

Ambrose Bierce

CUENTOS DE SOLDADOS Y CIVILES



Lectulandia

A partir de su propia experiencia como militar, Bierce nos ofrece unos relatos en los que el horror metafísico adquiere una veracidad y presencia absolutamente palpables. Una gran obra sobre el drama eterno de la guerra.

Lectulandia

Ambrose Bierce

Cuentos de soldados y civiles

ePub r1.0

Titivillus 25.06.17

Título original: *Tales of Soldiers and Civilians*
Ambrose Bierce, 1891

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Cuentos de Soldados

El jinete en el cielo

A Horseman in the Sky

I

Cierta tarde de sol en el otoño de 1861, un soldado se encontraba tendido bajo un monte de laurel junto al camino, en el oeste de Virginia. Echado sobre el estómago, con la punta de los pies clavada en tierra y la cabeza apoyada en un antebrazo, empuñaba descuidadamente el rifle con su mano derecha. Salvo por la posición algo metódica de las piernas y un ligero movimiento de la cartuchera al dorso del cinto, se hubiera pensado que estaba muerto. Dormía, sin embargo, en el puesto de guardia. Pero de haber sido descubierto, muy poco después lo hubiese estado, ya que la muerte era el castigo justo y legal de su crimen.

El monte de laurel estaba ubicado en el recodo de un camino que después de ascender hasta aquel lugar por una escarpada cuesta, se volvía abruptamente hacia el oeste, corriendo por la cumbre unas cien yardas. Desde allí regresaba de nuevo al sur y zigzagueaba monte abajo a través del bosque. En la saliente del segundo recodo había una gran roca lisa, proyectada hacia el norte, que dominaba el hondo valle desde donde subía el camino. La roca era el remate de una altísima barranca: de arrojar una piedra desde el borde, caería a pico más de mil pies hasta la copa de los pinos. El recodo donde estaba el soldado se encontraba en otro risco de la misma barranca. Si hubiese estado despierto habría visto no sólo el breve brazo del camino y la roca salediza, sino el contorno entero del barranco allá abajo, pronto para enfermarlo de vértigo.

La región estaba cubierta de bosques, excepto en el fondo del valle, hacia el norte, donde un arroyo apenas visible desde el otro extremo surcaba una pequeña pradera natural. Este espacio parecía apenas más grande que un patio, pero en realidad medía varios acres. Su verdor era más vivo que el del bosque circundante, detrás del cual se levantaba una línea de gigantes barrancos similares a los que suponemos pisar en este examen del paisaje, y por el cual el camino había ascendido de algún modo hasta la cumbre. La forma del valle, en verdad, era tal que desde nuestro punto de observación parecía enteramente cerrado, y uno no podía menos que preguntarse cómo podía el camino, que había encontrado una salida, haber entrado. O de dónde

venían y hacia dónde iban las aguas del arroyo que cruzaban la pradera más de mil pies allá abajo.

No hay región tan abrupta e inhóspita que los hombres no puedan hacer de ella el escenario de la guerra. En el bosque, al fondo de aquella ratonera militar donde quinientos hombres que dominaran sus salidas podían hacer morir de hambre a un ejército, estaban escondidos cinco regimientos federales de infantería. Habían tenido una larga marcha durante el día y la noche, y ahora descansaban. Al anocheecer retomarían el camino, subiendo hasta el lugar en que dormía el desleal centinela, y bajando por la otra pendiente de la quebrada, cerca de la medianoche caerían sobre el campo enemigo. Su esperanza estaba puesta en la sorpresa, pues el camino llegaba hasta la retaguardia. En caso de fracasar, su posición sería en extremo peligrosa, y fracasarían inevitablemente si algún accidente o algún espía prevenía del movimiento de tropas al enemigo.

II

El centinela dormido en el monte de laurel era un joven virginiano llamado Carter Druse. Hijo único de una familia pudiente, había conocido tanto ocio y educación y buena vida como lo permitiera el refinamiento y la riqueza en una zona montañosa del oeste de Virginia. Su casa estaba a pocas millas de donde ahora se encontraba. Una mañana se había levantado de la mesa, después del desayuno, y había dicho, tranquila y gravemente:

—Padre: un regimiento de la Unión ha llegado a Grafton. Voy a unirme a él.

Su padre levantó la leonina testa, miró al muchacho un momento en silencio y respondió:

—Bien, márchese, señor, y pase lo que pase haga lo que considere su deber. Virginia, a quien traiciona, continuará sin su presencia. Si ambos llegamos vivos al final de la guerra, volveremos a hablar del asunto. La salud de su madre, como ya le ha informado el médico, es muy delicada: no estará con nosotros más que unas pocas semanas, como máximo; pero ese tiempo es precioso. Es preferible que no se la moleste.

De este modo Carter Druse, inclinándose reverentemente ante su padre —quien respondió al saludo con una augusta cortesía que disimulaba su corazón partido— abandonó el hogar de su niñez para enrolarse. Por su conciencia y su coraje, por sus heroicos actos de devoción y osadía, pronto fue apreciado por sus camaradas y oficiales. Y debido a estas cualidades y a algún conocimiento que tenía de la región, se lo había elegido para este peligroso deber en la extremada avanzada. Sin embargo, la fatiga había sido más fuerte que la voluntad y él se quedó dormido. ¿Quién podrá decir qué ángel, bueno o malo, vino luego en su sueño a despertarlo de su estado de culpa? Sin el menor ruido o movimiento, en el profundo silencio y la languidez del crepúsculo, algún mensajero invisible del destino presionó con sus dedos liberadores los ojos de su conciencia, susurró en el oído de su espíritu la misteriosa palabra que tiene el don de despertar y que ningún labio humano pronunció nunca, ni memoria alguna jamás ha recordado. Lentamente despegó la cabeza de sus brazos y miró por entre los encubridores tallos del laurel, apretando instintivamente la mano derecha sobre la caja del rifle.

La primera sensación fue un vivo deleite artístico. Sobre una colosal plataforma —el barranco—, inmóvil al borde de la roca saliente y nítidamente recortada contra el cielo, había una estatua ecuestre de impresionante dignidad. Era la figura del hombre montada sobre la del caballo, erguida y marcial pero con la calma de un dios griego tallado en el mármol que petrifica el movimiento. La vestimenta gris armonizaba con su fondo. El metal de su atavío y el jaez de su cabalgadura estaban mitigados por la sombra; la piel del corcel era opaca. Una carabina insólitamente acortaba descansaba sobre el pomo de la silla, y se mantenía en su lugar gracias a la mano que la aferraba por el puño, mientras la otra, que mantenía las riendas, quedaba

oculta. Recortado contra el cielo, el perfil del caballo parecía tallado con la agudeza de un camafeo. Miraba por sobre las alturas hacia los barrancos, más lejos. La cara del jinete, ligeramente desviada, mostraba apenas el contorno de la sien y de la barba: estaba observando el fondo del valle. Magnificada por su altura contra el cielo y por la sensación de horror que causaba en el soldado la proximidad de un enemigo, la estatua parecía de un tamaño heroico, casi colosal.

Por un instante Druse tuvo la extraña sensación de que había dormido hasta el fin de la guerra, y que ahora miraba una noble obra maestra erigida allí para conmemorar los hechos de un pasado heroico del que él había cumplido una cuota poco gloriosa. Pero un ligero movimiento del grupo quebró el hechizo: el caballo, sin mover las patas, había retrocedido ligeramente del borde del abismo; el hombre permanecía inmóvil como siempre. Despierto del todo y consciente de la gravedad del momento, Druse llevó la culata del rifle contra la mejilla, empujando cautelosamente el caño entre los matorrales; amartilló el arma, y observando por la mira cubrió un punto vital en el pecho del jinete. Una presión sobre el gatillo y todo le hubiera ido bien a Carter Druse. En aquel instante el jinete volvió su rostro en la dirección de su oculto antagonista. Parecía estar examinando, a través del follaje, su cara misma, sus ojos, su corazón bravo y compasivo.

¿Es entonces tan terrible matar en la guerra a un enemigo, a un enemigo que ha sorprendido un secreto vital para la propia seguridad y la de sus camaradas, un enemigo más formidable por lo que sabe que todos los ejércitos por sus contingentes? Carter Druse palideció, le temblaron los brazos y las piernas, se desvaneció y vio el grupo estatuario delante suyo como figuras negras que se levantaban y caían o se agitaban inseguras en círculos por un cielo encendido. Sus manos soltaron el arma y la cabeza descendió con lentitud hasta descansar entre las hojas. Este temerario caballero y duro soldado estaba a punto de desmayarse por la intensidad de su emoción.

No fue por mucho tiempo; un momento después irguió la cabeza y las manos reasumieron su lugar en el rifle, mientras el índice buscaba el gatillo. La mente, el corazón y los ojos estaban claros; sólidos, el raciocinio y la conciencia. No podía pensar en capturar al enemigo, y de alarmarlo sólo lo haría precipitarse en su propio campamento con las noticias fatales. Su deber de soldado era sencillo: debía matar al hombre por sorpresa; debía enviarlo o saldar sus cuentas sin prevenirlo sin un solo momento de preparación espiritual, sin una sola plegaria, nunca tan necesitada. ¡Pero no: hay una esperanza! Probablemente no ha descubierto nada, tal vez no hace otra cosa que admirar la solemnidad del paisaje. Si es posible, puede volverse y cabalgar diferente en la dirección que trajo. Seguramente se podrá juzgar si sabe algo en el momento preciso en que se marcha. Bien podría ser que la fijeza de su atención... Druse volteó la cabeza y miro hacia abajo por las profundidades del aire, como desde la superficie al fondo de un mar transparente. Vio una sinuosa fila de hombres y caballos serpenteando a través de la verde pradera: ¡algún oficial estúpido había

permitido que sus soldados de escolta abrevaran los caballos en el claro, visible desde una docena de sitios en la barranca!

Druse apartó la vista del valle y la fijó otra vez sobre el conjunto de hombre y caballo en el cielo, y otra vez fue a través de la mira del rifle. Mas ahora apuntaba al caballo. En su memoria, como si se tratase de un mandato divino, sonaban las palabras de su padre en el momento de partir: «Pase lo que pase, haga lo que considere su deber». Ahora estaba tranquilo. Sus dientes apretados firmemente aunque sin rigidez, sus nervios tan calmos como los de una criatura dormida, ni siquiera un temblor afectaba los músculos de su cuerpo. La respiración, aunque contenida en el momento de apuntar, era regular y lenta. El deber había vencido. Y el espíritu habíale ordenado al cuerpo: «Silencio, quédate tranquilo». Disparó.

III

En espíritu de aventura o en busca de experiencia, un oficial de las fuerzas federales había abandonado el *vivac* escondido en el valle, caminando sin propósito determinado hasta el borde de un pequeño claro al pie del barranco. Pensaba en qué podría ganar de aventurarse más lejos en su exploración. A un cuarto de milla adelante, aunque aparentemente a un paso, se elevaba desde su franja de pinos la gigantesca mole, remontándose a tan grande altura que le producía vértigo alzar la vista hasta su borde recortado en una aguda y áspera línea contra el cielo. La roca se presentaba con un perfil limpio, vertical, contra un fondo de cielo azul hasta casi la mitad, y de lejanas colinas, apenas más pálidas, desde allí hasta la copa de los árboles. Levantando los ojos hacia la vertiginosa cima, el oficial presenció una escena pasmosa: ¡un hombre a caballo, cabalgando valle abajo por el aire!

El jinete iba rígidamente erguido, firme su apoyo sobre la silla, y apretando con fuerza las riendas para contener la impetuosa precipitación de su corcel. En su cabeza descubierta flotaban ondulantes los cabellos muy largos, como un penacho. Las manos desaparecían en la nube de crin de su caballo. El cuerpo del animal iba tan horizontal como si cada golpe de sus cascos encontrase la resistencia de la tierra. Sus movimientos parecían de un galope desbocado, pero apenas el oficial miró, cesaron, las patas del caballo estiradas adelante en el acto de caer de un salto. ¡Y aquello era un vuelo!

Presas de espanto y terror por esta aparición de un jinete en el cielo —casi creyéndose el escriba elegido de algún nuevo Apocalipsis—, el oficial fue superado por sus intensas emociones: sus piernas lo traicionaron y se fue al suelo. Casi simultáneamente oyó un estallido entre los árboles —un sonido que murió sin eco— y todo volvió al silencio.

El oficial se alzó sobre sus piernas, todavía temblorosas. El dolor familiar de una canilla dislocada le devolvió sus facultades. Esforzándose, corrió rápidamente desde el barranco hasta algún lugar lejos de su falda; allí esperaba encontrar a su hombre, y allí naturalmente fracasó. En la fugacidad de su visión, la aparente gracia, elegancia y designio del prodigioso hecho había influido tanto sobre su imaginación que no se le ocurrió pensar que la trayectoria de la caballería aérea había de ser directamente a pique y que podía encontrar los objetos de su búsqueda en el mismo fondo del barranco. Media hora después regresó al campamento.

El oficial no era tonto; demasiado discreto como para contar una verdad increíble, no dijo nada, pues, de lo que había visto. Pero cuando el comandante le preguntó si en su reconocimiento había aprendido alguna cosa de provecho para la expedición, respondió:

—Sí, señor: que no hay ningún camino que baje al valle por el sur.

El comandante sonrió con discreción.

IV

Después de disparar su rifle, el soldado Carter Druse volvió a cargarlo y continuó vigilando. Habían transcurrido apenas diez minutos cuando un sargento se le acercó cautelosamente, arrastrándose sobre manos y rodillas. Druse no volvió la cabeza ni lo miró; permaneció quieto, como si no lo hubiera notado.

—¿Usted disparó? —susurró el sargento.

—Sí.

—¿A qué?

—A un caballo. Estaba sobre aquella roca, allá lejos. Ya ve que no está más. Se despeñó por el barranco.

La cara del hombre había palidecido, pero no mostraba signos de emoción. Después de contestar volvió los ojos y calló. El sargento no entendía.

—Escuche, Druse —dijo, tras un momento de silencio—, es inútil que haga de esto un enigma. Le ordeno dar parte. ¿Había alguien sobre el caballo?

—Sí.

—¿Bien...?

—Mi padre.

El sargento se levantó para marcharse. «¡Dios mío!», exclamó.

El incidente del Puente del Búho

An Occurrence at Owl Creek Bridg

I

Desde un puente ferroviario, al norte de Alabama, un hombre contemplaba el rápido discurrir del agua seis metros más abajo. Tenía las manos detrás de la espalda, las muñecas sujetas con una soga; otra soga, colgada al cuello y atada a un grueso tirante por encima de su cabeza, pendía hasta la altura de sus rodillas. Algunas tablas flojas colocadas sobre los durmientes de los rieles le prestaban un punto de apoyo a él y a sus verdugos, dos soldados rasos del ejército federal bajo las órdenes de un sargento que, en la vida civil, debió de haber sido agente de la ley. No lejos de ellos, en el mismo entarimado improvisado, estaba un oficial del ejército con las divisas de su graduación; era un capitán. En cada lado un vigía presentaba armas, con el cañón del fusil por delante del hombro izquierdo y la culata apoyada en el antebrazo cruzado transversalmente sobre el pecho, postura forzada que obliga al cuerpo a permanecer erguido. A estos dos hombres no les interesaba lo que sucedía en medio del puente. Se limitaban a bloquear los lados del entarimado. Delante de uno de los vigías no había nada; la vía del tren penetraba en un bosque un centenar de metros y, dibujando una curvatura, desaparecía. No muy lejos de allí, sin duda, había una posición de vanguardia. En la otra orilla, un campo abierto ascendía con una ligera pendiente hasta una empalizada de troncos verticales con aberturas para los fusiles y un solo ventanuco por el cual salía la boca de un cañón de bronce que dominaba el puente. Entre el puente y el fortín estaban situados los espectadores: una compañía de infantería, en posición de descanso, es decir, con la culata de los fusiles en el suelo, el cañón inclinado levemente hacia atrás contra el hombro derecho, las manos cruzadas encima de la caja. A la derecha de la hilera de soldados había un teniente; la punta de su sable tocaba tierra, la mano derecha reposaba encima de la izquierda. Sin contar con los verdugos y el reo en el medio del puente, nadie se movía. La compañía de soldados, delante del puente, miraba fijamente, hierático. Los vigías, en frente de los límites del río, podrían haber sido esculturas que engalanaban el puente. El capitán, con los brazos entrelazados y mudo, examinaba el trabajo de sus auxiliares sin hacer ningún gesto. Cuando la muerte se presagia, se debe recibir con ceremonias

respetuosas, incluso por aquéllos más habituados a ella. Para este mandatario, según el código castrense, el silencio y la inmovilidad son actitudes de respeto.

El hombre cuya ejecución preparaban tenía unos treinta y cinco años. Era civil, a juzgar por su ropaje de cultivador. Poseía elegantes rasgos: una nariz vertical, boca firme, ancha frente, cabello negro y ondulado peinado hacia atrás, inclinándose hacia el cuello de su bien terminada levita. Llevaba bigote y barba en punta, pero sin patillas; sus grandes ojos de color grisáceo desprendían un gesto de bondad imposible de esperar en un hombre a punto de morir. Evidentemente, no era un criminal común. El liberal código castrense establece la horca para todo el mundo, sin olvidarse de las personas decentes.

Finalizados los preparativos, los dos soldados se apartaron a un lado y cada uno retiró la madera sobre la que había estado de pie. El sargento se volvió hacia el oficial, lo saludó y se colocó detrás de éste. El oficial, a su vez, se desplazó un paso. Estos movimientos dejaron al reo y al suboficial en los límites de la misma tabla que cubría tres durmientes del puente. El extremo donde se situaba al civil casi llegaba, aunque no del todo, a un cuarto durmiente. La tabla se mantenía en su sitio por el peso del capitán; ahora lo estaba por el peso del sargento. A una señal de su mando, el sargento se apartaría, se balancearía la madera, y el reo caería entre dos durmientes. Consideró que esta acción, debido a su simplicidad, era la más eficaz. No le habían cubierto el rostro ni vendado los ojos. Observó por un instante su inseguro punto de apoyo y miró vagamente el agua que corría por debajo de sus pies formando furiosos torbellinos. Una madera que flotaba en la superficie le llamó la atención y la siguió con la vista. Apenas avanzaba. ¡Qué indolente corriente!

Cerró los ojos para recordar, en estos últimos instantes, a su mujer y a sus hijos. El agua brillante por el resplandor del sol, la niebla que se cernía sobre el río contra las orillas escarpadas no lejos del puente, el fortín, los soldados, la madera que flotaba, todo en conjunto lo había distraído. Y en este momento tenía plena conciencia de un nuevo motivo de distracción. Al dejar el recuerdo de sus seres queridos, escuchaba un ruido que no comprendía ni podía ignorar, un ruido metálico, como los martillazos de un herrero sobre el yunque. El hombre se preguntó qué podía ser este ruido, si procedía de una distancia cercana o alejada: ambas hipótesis eran posibles. Se reproducía en regulares plazos de tiempo, tan pausadamente como las campanas que doblan a muerte. Esperaba cada llamada con impaciencia, sin comprender por qué, con recelo. Los silencios eran cada vez más largos; las demoras, enloquecedoras. Los sonidos eran menos frecuentes, pero aumentaba su contundencia y su nitidez, molestándole los oídos. Tuvo pánico de gritar... Oía el tictac de su reloj.

Abrió los ojos y escuchó cómo corría el agua bajo sus pies. «Si lograra desatar mis manos —pensó— podría soltarme del nudo corredizo y saltar al río; esquivaría las balas y nadaría con fuerza, hasta alcanzar la orilla; después me internaría en el bosque y huiría hasta llegar a casa. A Dios gracias, todavía permanece fuera de sus líneas; mi familia está fuera del alcance de la Posición más avanzada de los

invasores». Mientras se sucedían estos pensamientos, reproducidos aquí por escrito, el capitán inclinó la cabeza y miró al sargento. El suboficial se colocó en un extremo.

II

Peyton Farquhar, cultivador adinerado, provenía de una respetable familia de Alabama. Propietario de esclavos, político, como todos los de su clase fue, por supuesto, uno de los primeros secesionistas y se dedicó, en cuerpo y alma, a la causa de los Estados del Sur. Determinadas condiciones, que no podemos divulgar aquí, impidieron que se alistara en el valeroso ejército cuyas nefastas campañas finalizaron con la caída de Corinth, y se enojaba de esta trabazón sin gloria, anhelando conocer la vida del soldado y encontrar la ocasión de distinguirse. Estaba convencido de que esta ocasión llegaría para él, como llega a todo el mundo en tiempo de guerra. Entre tanto, hacía lo que podía. Ninguna acción le parecía demasiado modesta para la causa del Sur, ninguna aventura lo suficientemente temeraria si era compatible con la vida de un ciudadano con alma de soldado, que con buena voluntad y sin apenas escrúpulos admite en buena parte este refrán poco caballeroso: en el amor y en la guerra, todos los medios son buenos.

Una tarde, cuando Farquhar y su mujer estaban descansando en un rústico banco, próximo a la entrada de su parque, un soldado confederado detuvo su corcel en la verja y pidió de beber. La señora Farquhar sólo deseaba servirle con sus níveas manos. Mientras fue a buscar un vaso de agua, su esposo se aproximó al polvoriento soldado y le pidió ávidamente información del frente.

—Los yanquis están reparando las vías del ferrocarril —dijo el hombre— porque se preparan para avanzar. Han llegado hasta el Puente del Búho, lo han reparado y han construido una empalizada en la orilla norte. Por una orden, colocada en carteles por todas partes, el comandante ha dictaminado que cualquier civil a quien se le sorprenda en intento de sabotaje a las líneas férreas será ejecutado sin juicio previo. Yo he visto la orden.

—¿A qué distancia está el Puente del Búho? —pregunto Faquhar.

—A unos cincuenta kilómetros.

—¿No hay tropas a este lado del río?

—Un solo piquete de avanzada a medio kilómetro, sobre la vía férrea, y un solo vigía de este lado del puente.

—Suponiendo que un hombre —un ciudadano aficionado a la horca— pudiera despistar la avanzadilla y lograrse engañar al vigía —dijo el plantador sonriendo—, ¿qué podría hacer?

El militar pensó:

—Estuve allí hace un mes. La creciente de este invierno pasado ha acumulado una enorme cantidad de troncos contra el muelle, en esta parte del puente. En estos momentos los troncos están secos y arderían con mucha facilidad.

En ese mismo instante, la mujer le acercó el vaso de agua. Bebió el soldado, le dio las gracias, saludó al marido y se alejó con su cabalgadura. Una hora después, ya de noche, volvió a pasar frente a la plantación en dirección al norte, de donde había

venido. Aquella tarde había salido a reconocer el terreno. Era un soldado explorador del ejército federal.

III

Al caerse al agua desde el puente, Peyton Farquhard perdió la conciencia, como si estuviera muerto. De este estado salió cuando sintió una dolorosa presión en la garganta, seguida de una sensación de ahogo. Dolores terribles, fulgurantes, cruzaban todo su cuerpo, de la cabeza a los pies. Parecía que recorrían líneas concretas de su sistema nervioso y latían a un ritmo rápido. Tenía la sensación de que un enorme torrente de fuego le subía la temperatura insoportablemente. La cabeza le parecía a punto de explotar. Estas sensaciones le impedían cualquier tipo de raciocinio, sólo podía sentir, y esto le producía un enorme dolor. Pero se daba cuenta de que podía moverse, se balanceaba como un péndulo de un lado para otro. Después, de un solo golpe, muy brusco, la luz que lo rodeaba se alzó hasta el cielo. Hubo un chapoteo en el agua, un rugido aterrador en sus oídos y todo fue oscuridad y frío. Al recuperar la conciencia supo que la cuerda se había roto y él había caído al río. Ya no tenía la sensación de estrangulamiento: el nudo corredizo alrededor de su garganta, además de asfixiarle, impedía que entrara agua en sus pulmones. ¡Morir ahorcado en el fondo de un río! Esta idea le parecía absurda. Abrió los ojos en la oscuridad y le pareció ver una luz por encima de él, ¡tan lejana, tan inalcanzable! Se hundía siempre, porque la luz desaparecía cada vez más hasta convertirse en un efímero resplandor. Después creció de intensidad y comprendió a su pesar que subía de nuevo a la superficie, porque se sentía muy cómodo. «Ser ahogado y ahorcado —pensó— no está tan mal. Pero no quiero que me fusilen. No, no habrán de fusilarme. Eso no sería justo».

Aunque inconsciente del esfuerzo, el vivo dolor de las muñecas le comunicaba que trataba de deshacerse de la cuerda. Concentró su atención en esta lucha como si fuera un tranquilo espectador que podía observar las habilidades de un malabarista sin demostrar interés alguno por el resultado. Qué prodigioso esfuerzo. Qué magnífica, sobrehumana energía. ¡Ah, era una tentativa admirable! ¡Bravo! Se desató la cuerda: sus brazos se separaron y flotaron hasta la superficie. Pudo discernir sus manos a cada lado, en la creciente luz. Con nuevo interés las vio agarrarse al nudo corredizo. Quitaron salvajemente la cuerda, la lanzaron lejos, con rabia, y sus ondulaciones parecieron las de una culebra de agua. «¡Ponla de nuevo, ponla de nuevo!».

Creyó gritar estas palabras a sus manos, porque después de liberarse de la soga sintió el dolor más inhumano hasta entonces. El cuello le hacía sufrir increíblemente, la cabeza le ardía; el corazón, que apenas latía, estalló de inmediato como si fuera a salirse por la boca. Una angustia incomprensible torturó y retorció todo su cuerpo. Pero sus manos no le respondieron a la orden. Golpeaban el agua con energía, en rápidas brazadas de arriba hacia abajo, y lo sacaron a flote. Sintió emerger su cabeza. El resplandor del sol lo cegó; su pecho se expandió con fuertes convulsiones. Después, un dolor espantoso y sus pulmones aspiraron una gran bocanada de oxígeno, que al instante exhalaban en un grito.

Ahora tenía plena conciencia de sus facultades; eran, verdaderamente,

sobrenaturales y sutiles. La terrible perturbación de su organismo las había definido y despertado de tal manera que advertían cosas nunca percibidas hasta ahora. Sentía los movimientos del agua sobre su cara, escuchaba el ruido que hacían las diminutas olas al golpearlo. Miraba el bosque en una de las orillas y conocía cada árbol, cada hoja con todos sus nervios y con los insectos que alojaba: langostas, moscas de brillante cuerpo, arañas grises que tendían su tela de ramita en ramita. Contempló los colores del prisma en cada una de las gotas de rocío sobre un millón de briznas de hierba. El zumbido de los moscardones que volaban sobre los remolinos, el batir de las alas de las libélulas, las pisadas de las arañas acuáticas, como remos que levanta una barca, todo eso era para él una música totalmente perceptible. Un pez saltó ante su vista y escuchó el deslizar de su propio cuerpo que surcaba la corriente.

Había llegado a la superficie con el rostro a favor de la corriente. El mundo visible comenzó a dar vueltas lentamente. Entonces vio el puente, el fortín, a los vigías, al capitán, a los dos soldados rasos, sus verdugos, cuyas figuras se distinguían contra el cielo azul. Gritaban y gesticulaban, señalándolo con el dedo; el oficial le apuntaba con su revólver, pero no disparaba; los otros carecían de armamento. Sus movimientos a simple vista resultaban extravagantes y terribles; sus siluetas, grandiosas.

De pronto escuchó un fuerte estampido y un objeto sacudió fuertemente el agua a muy poca distancia de su cabeza, salpicando su cara. Escuchó un segundo estampido y observó que uno de los vigías tenía aún el fusil al hombro; de la boca del cañón ascendía una nube de color azul. El hombre del río vio cómo le apuntaba a través de la mirilla del fusil. Al mirar a los ojos del vigía, se dio cuenta de su color grisáceo y recordó haber leído que todos los tiradores famosos tenían los ojos de ese color; sin embargo, éste falló el tiro.

Un remolino le hizo girar en sentido contrario; nuevamente tenía a la vista el bosque que cubría la orilla opuesta al fortín. Escuchó una voz clara detrás de él; en un ritmo monótono, llegó con una extremada claridad anulando cualquier otro sonido, hasta el chapoteo de las olas en sus oídos. A pesar de no ser soldado, conocía bastante bien los campamentos y lo que significaba esa monserga en la orilla: el oficial cumplía con sus quehaceres matinales. Con qué frialdad, con qué pausada voz que calmaba a los soldados e imponía la suya, con qué certeza en los intervalos de tiempo, se escucharon estas palabras crueles:

—¡Atención, compañía...! ¡Armas al hombro...! ¡Listos...! ¡Apunten...! ¡Fuego...!

Farquhar pudo sumergirse tan profundamente como era necesario. El agua le resonaba en los oídos como la voz del Niágara. Sin embargo, oyó la estrepitosa descarga de la salva y, mientras emergía a la superficie, encontró trozos de metal brillante, extremadamente chatos, bajando con lentitud. Algunos le alcanzaron la cara y las manos, después siguieron descendiendo. Uno se situó entre su cuello y la camisa: era de un color desagradable, y Farquhar lo sacó con energía.

Llegó a la superficie, sin aliento, después de permanecer mucho tiempo debajo del agua. La corriente lo había arrastrado muy lejos, cerca de la salvación. Mientras tanto, los soldados volvieron a cargar sus fusiles sacando las baquetas de sus cañones. Otra vez dispararon y, de nuevo, fallaron el tiro. El perseguido vio todo esto por encima de su hombro. En ese momento nadaba enérgicamente a favor de la corriente. Todo su cuerpo estaba activo, incluyendo la cabeza, que razonaba muy rápidamente. «El teniente —pensó— no cometerá un segundo error. Esto era un error propio de un oficial demasiado apegado a la disciplina. ¿Acaso no es más fácil eludir una salva como si fuese un solo tiro? En estos momentos, seguramente, ha dado la orden de disparar a voluntad. ¡Qué Dios me proteja, no puedo esquivar a todos!».

A dos metros de allí se escuchó el increíble estruendo de una caída de agua seguido de un estrepitoso escándalo, impetuoso, que se alejaba disminuyendo, y parecía propasarse en el aire en dirección al fortín, donde sucumbió en una explosión que golpeó las profundidades mismas del río. Se levantó una empalizada líquida, curvándose por encima de él; lo cegó y lo ahogó. ¡Un cañón se había unido a las demás armas! El obús sacudió el agua, oyó el proyectil, que zumbó delante de él despedazando las ramas de los árboles del bosque cercano.

«No empezarán de nuevo —pensó—. La próxima vez cargarán con metralla. Debo fijarme en la pieza de artillería, el humo me dirigirá. La detonación llega demasiado tarde: se arrastra detrás del proyectil. Es un buen cañón». De inmediato comenzó a dar vueltas y más vueltas en el mismo punto: giraba como una peonza. El agua, las orillas, el bosque, el puente, el fortín y los hombres ahora distantes, todo se mezclaba y desaparecía. Los objetos ya no eran sino sus colores; todo lo que veía eran banderas de color. Atrapado por un remolino, marchaba tan rápidamente que tenía vértigo y náuseas. Instantes después se encontraba en un montículo, en el lado izquierdo del río, oculto de sus enemigos. Su inmovilidad inesperada, el contacto de una de sus manos contra la pedriza, le devolvió los sentidos y lloró de alegría. Sus dedos penetraron la arena, que se echó encima, bendiciéndola en voz alta. Para su parecer era la cosa más preciosa que podría imaginar en esos momentos. Los árboles de la orilla eran gigantescas plantas de jardinería; le llamó la atención el orden determinado en su disposición, respiró el aroma de sus flores. La luz brillaba entre los troncos de una forma extraña y el viento entonaba en sus hojas una armoniosa música interpretada por un arpa eólica. No quería seguir huyendo, le bastaba permanecer en aquel lugar perfecto hasta que lo capturaran.

El silbido estrepitoso de la metralla en las hojas de los árboles lo despertaron de su sueño. El artillero, decepcionado, le había enviado una descarga al azar como despedida. Se alzó de un brinco, subió la cuesta del río con rapidez y se adentró en el bosque.

Caminó todo el día, guiándose por el sol. El bosque era interminable; no aparecía por ningún sitio el menor claro, ni siquiera un camino de leñador. Ignoraba vivir en una región tan salvaje, y en este pensamiento había algo de sobrenatural.

Al anochecer continuó avanzando, hambriento y fatigado, con los pies heridos. Continuaba vivo por el pensamiento de su familia. Al final encontró un camino que lo llevaba a buen puerto. Era ancho y recto como una calle de ciudad. Y, sin embargo, no daba la impresión de ser muy conocido. No colindaba con ningún campo; por ninguna parte aparecía vivienda alguna. Nada, ni siquiera el ladrido de un perro, sugería un indicio de humanidad próxima. Los cuerpos de los dos enormes árboles parecían dos murallas rectilíneas; se unían en un solo punto del horizonte, como un diagrama de una lección de perspectiva. Por encima de él, levantó la vista a través de una brecha en el bosque, y vio enormes estrellas áureas que no conocía, agrupadas en extrañas constelaciones. Supuso que la disposición de estas estrellas escondía un significado nefasto. De cada lado del bosque percibía ruidos en una lengua desconocida.

Le dolía el cuello; al tocárselo lo encontró inflamado. Sabía que la soga lo había marcado con un destino trágico. Tenía los ojos congestionados, no podía cerrarlos. Su lengua estaba hinchada por la sed; sacándola entre los dientes apaciguaba su fiebre. La hierba cubría toda aquella avenida virgen. Ya no sentía el suelo a sus pies.

Dejando a un lado sus sufrimientos, seguramente se ha dormido mientras caminaba, porque contempla otra nueva escena; quizá ha salido de una crisis delirante. Se encuentra delante de las rejas de su casa. Todo está como lo había dejado, todo rezuma belleza bajo el sol matinal. Ha debido caminar, sin parar, toda la noche. Mientras abre las puertas de la reja y sube por la gran avenida blanca, observa unas vestiduras flotar ligeramente: su esposa, con la faz fresca y dulce, sale a su encuentro bajando de la galería, colocándose al pie de la escalinata con una sonrisa de inenarrable alegría, en una actitud de gracia y dignidad incomparables. ¡Qué bella es! Él se lanza para abrazarla. En el momento en que se dispone a hacerlo, siente en su nuca un golpe que le atonta. Una luz blanca y enceguecedora clama a su alrededor con un estruendo parecido al del cañón... y después absoluto silencio y absoluta oscuridad.

Peyton Farquhar estaba muerto. Su cuerpo, con el cuello roto, se balanceaba de un lado a otro del Puente del Búho.

Chickamauga

Chickamauga

En una tarde soleada de otoño, un niño perdido en el campo, lejos de su rústica vivienda, entró en un bosque sin ser visto. Sentía la nueva felicidad de escapar a toda vigilancia, de andar y explorar a la ventura, porque su espíritu, en el cuerpo de sus antepasados, y durante miles y miles de años, estaba habituado a cumplir hazañas memorables en descubrimientos y conquistas: victorias en batallas cuyos momentos críticos eran centurias, cuyos campamentos triunfales eran ciudades talladas en peñascos. Desde la cuna de su raza, ese espíritu había logrado abrirse camino a través de dos continentes y después, franqueando el ancho mar, había penetrado en un terreno donde recibió como herencia la guerra y el poder.

Era un niño de seis años, hijo de un pobre plantador. Este, durante su primera juventud, había sido soldado, había luchado en el extremo sur. Pero en la existencia apacible del plantador, la llama de la guerra había sobrevivido; una vez encendida, nunca se apagó. El hombre amaba los libros y las estampas militares, y el niño las había comprendido lo bastante para hacerse un sable de madera que el padre mismo, sin embargo, no hubiera reconocido como tal. Ahora llevaba este sable con gallardía, como conviene al hijo de una raza heroica, y separaba de tiempo en tiempo en los claros soleados del bosque para asumir, exagerándolas, las actitudes de agresión y defensa que le fueron enseñadas por aquellas estampas. Enardecido por la facilidad con que echaba por tierra a enemigos invisibles que intentaban detenerlo, cometió el error táctico bastante frecuente de proseguir su avance hasta un extremo peligroso, y se encontró por fin al borde de un arroyo, ancho pero poco profundo, cuyas rápidas aguas le impidieron continuar adelante, a la caza de un enemigo derrotado que acababa de cruzarlo con ilógica facilidad. Pero el intrépido guerrero no iba a dejarse amilanar; el espíritu de la raza que había franqueado el ancho mar ardía, invencible, dentro de aquel pecho menudo, y no era sencillo sofocarlo. En el lecho del río descubrió un lugar donde habla algunos cantos rodados, espaciados a un paso o a un brinco de distancia; gracias a ellos pudo atravesarlo, cayó de nuevo sobre la retaguardia de sus enemigos imaginarios, y los pasó a todos a cuchillo.

Ahora, una vez ganada la batalla, la prudencia exigía que se replegara sobre la base de sus operaciones. ¡Ay!, como tantos otros conquistadores más grandes que él, como el más grande de todos, no podía ni refrenar su sed de guerra ni comprender que el más afortunado no puede tentar al Destino.

De pronto, mientras avanzaba desde la orilla, se encontró frente a un nuevo y formidable adversario. A la vuelta de un sendero, con las orejas tiesas y las patas delanteras colgantes, muy erguido, estaba sentado un conejo. El niño lanzó una exclamación de asombro, dio media vuelta y escapó sin saber qué dirección tomaba,

llamando a su madre con gritos inarticulados, llorando, tropezando, con su tierna piel cruelmente desgarrada por las zarzas, su corazoncito palpitando de terror, sin aliento, enceguecido por las lágrimas, perdido en el bosque. Después, durante más de una hora, sus pies vagabundos lo llevaron a través de malezas inextricables, y por fin, rendido de cansancio, se acostó en un estrecho espacio entre dos rocas a pocas yardas del río. Allí, sin dejar de apretar su sable de madera, que no era ya para él un arma sino un compañero, se durmió a fuerza de sollozos. Encima de su cabeza, los pájaros del bosque cantaban alegremente, las ardillas, castigando él aire con el esplendor de sus colas chillaban y corrían de árbol en árbol, ignorando al niño lastimero, y en alguna parte, muy lejos, gruñía un trueno, extraño y sordo, como si las perdices redoblaran para celebrar la victoria de la naturaleza sobre el hijo de aquellos que, desde tiempos inmemoriales, la han reducido a la esclavitud. Y del otro lado, en la pequeña plantación, donde hombres blancos y negros, llenos de alarma, buscaban afiebradamente en los campos y los cercos, una madre tenía el corazón destrozado por la desaparición de su hijo.

Pasaron las horas y el pequeño durmiente se levantó. La frescura de la tarde transía sus miembros; el temor a las tinieblas, su corazón. Pero había descansado y no lloraba más. Impulsado a obrar por un impulso ciego, se abrió camino a través de las malezas que lo rodeaban hasta llegar a un extremo más abierto: a su derecha, el arroyo; a su izquierda, una suave pendiente con unos pocos árboles; arriba, las sombras cada vez más densas del crepúsculo. Una niebla tenue, espectral, a lo largo del agua, le inspiró miedo y repugnancia; en lugar de atravesar el arroyo por segunda vez en la dirección en que había venido, le dio la espalda y avanzó hacia el bosque sombrío que lo cercaba. Súbitamente, ante sus ojos, vio desplazarse un objeto extraño que tomó al principio por un enorme animal: perro, cerdo, no lo sabía; quizá fuera un oso. Había visto imágenes de osos y, no abrigando temor hacia ellos, había deseado vagamente encontrar uno. Pero algo en la forma o en el movimiento de aquel objeto, algo torpe en su andar, le dijo que no era un oso; el miedo refrenó la curiosidad, y el niño se detuvo. Sin embargo, a medida que la extraña criatura avanzaba con lentitud, aumentó su coraje porque advirtió que no tenía, al menos, las orejas largas, amenazadoras del conejo. Quizá su espíritu impresionable era consciente a medias de algo familiar en ese andar vacilante, ingrato. Antes de que se hubiera acercado lo suficiente para disipar sus dudas, vio que la criatura era seguida por otra y otra y otra. Y había muchas más a derecha e izquierda: el campo abierto que lo rodeaba hormigueaba de aquellos seres, y todos avanzaban hacia el arroyo.

Eran hombres. Trepaban con las manos y las rodillas. Algunos solo usaban las manos, arrastrando las piernas; otros, solo las rodillas, y los brazos colgaban, inútiles, de cada lado. Trataban de ponerse en pie, pero se abatían en el curso de su esfuerzo, el rostro contra la tierra. Nada hacían normalmente, nada hacían de igual manera, salvo esa progresión pie por pie en el mismo sentido. Una por uno, dos por dos, en pequeños grupos, continuaban avanzando en la penumbra; a veces, algunos hacían un

alto, otros se les adelantaban, arrastrándose con lentitud, y aquellos, entonces, reanudaban el movimiento. Llegaban por docenas y por centenares; se extendían a derecha e izquierda hasta donde podía escrutarse en la oscuridad creciente, y el bosque negro detrás de ellos parecía interminable. El suelo mismo parecía desplazarse hacia el arroyo. De tiempo en tiempo, uno de aquellos que habían hecho un alto no reanudaba su camino y yacía inmóvil: estaba muerto. Algunos se detenían y gesticulaban de manera extraña: levantaban los brazos y los dejaban caer de nuevo, se tomaban la cabeza con ambas manos, extendían sus palmas hacia el cielo como hacen ciertos hombres durante las plegarias que dicen en común.

El niño no reparó en todos estos detalles que solo hubiera podido advertir un espectador de más edad. Solo vio una cosa: eran hombres, y sin embargo se arrastraban como niñitos. Eran hombres, nada pues tenían de terrible, aunque algunos llevaran vestimentas que desconocía. Caminó libremente en medio de ellos, mirándolos de cerca con infantil curiosidad. Los rostros de todos eran singularmente pálidos; muchos estaban cubiertos de rastros y gotas rojas. Esto, unido a sus actitudes grotescas, les recordó al payaso pintarrajeado que había visto en el circo el verano anterior, y se puso a reír al contemplarlos. Pero esos hombres mutilados y sanguinolentos no dejaban de avanzar, sin advertir, al igual que el niño, el dramático contraste entre la risa de éste y su propia y horrible gravedad. Para el niño era un espectáculo cómico. Había visto a los negros de su padre arrastrarse sobre las manos y las rodillas para divertirlo: en esta posición los había montado, «haciendo creer» que los tomaba por caballos. Y entonces se aproximó por detrás a una de esas formas rampantes, y después, con un ágil movimiento, se le sentó a horcajadas. El hombre se desplomó sobre el pecho, recuperó el equilibrio, furiosamente, hizo caer redondo al niño como hubiera podido hacerlo un potrillo salvaje y después volvió hacia él un rostro al que le faltaba la mandíbula inferior; de los dientes superiores a la garganta, se abría un gran hueco rojo franjeado de pedazos de carne colgante y de esquirlas de hueso. La saliente monstruosa de la nariz, la falta de mentón, los ojos montaraces, daban al herido el aspecto de un gran pájaro rapaz con el cuello y el pecho enrojados por la sangre de su presa. El hombre se incorporó sobre las rodillas. El niño se puso de pie. El hombre lo amenazó con el puño. El niño, por fin aterrorizado, corrió hasta un árbol próximo, se guareció detrás del tronco, y después encaró la situación con mayor seriedad. Y la siniestra multitud continuaba arrastrándose, lenta, dolorosa, en una lúgubre pantomima, bajando la pendiente como un hormigueo de escarabajos negros, sin hacer jamás el menor ruido, en un silencio profundo, absoluto.

En vez de oscurecerse, el hechizado paisaje comenzó a iluminarse. Más allá del arroyo, a través de la cintura de árboles, brillaba una extraña luz roja sobre la cual se destacaba el negro encaje de las ramas; golpeaba las siluetas rampantes y proyectaba sobre ellas monstruosas sombras que caricaturizaban sus movimientos en la hierba iluminada; caía en sus rostros, teñía su palidez de un color bermellón, acentuando las

manchas que distorsionaban y maculaban a tantos de ellos, y centelleaba sobre los botones y las partes metálicas de sus ropas. Por instinto, el niño se volvió hacia aquel esplendor siempre creciente, y bajó la colina con sus horribles compañeros; en pocos instantes, había pasado al primero de la multitud, hazaña fácil dada su manifiesta superioridad sobre todos. Se colocó a la cabeza, el sable de madera siempre en la mano, y dirigió la marcha, adaptando su andar al de ellos, solemne, volviéndose de vez en cuando para verificar que sus fuerzas no quedaban atrás. A buen seguro, nunca un jefe tuvo semejante séquito.

Esparcidos por el terreno que enangostaba lentamente aquella marcha atroz de la multitud hacia el agua, había algunos objetos que no provocaban ninguna asociación de ideas significativa en el espíritu del jefe: en algunos lugares, una manta enrollada a lo largo, con las dos puntas atadas por una cuerda; aquí, una pesada mochila de soldado; allá, un fusil roto; en suma, esos desechos que se encuentran en la retaguardia de las tropas en retirada, jalonando la pista de los vencidos que han huido de sus perseguidores. En todos lados junto al arroyo, bordeado en aquel sitio por tierras bajas, el suelo había sido hollado y transformado en lodo por los pies de los hombres y los cascos de los caballos. Un observador más experimentado habría advertido que esas huellas iban en ambas direcciones; dos veces habían pasado por el terreno: avanzando, retrocediendo. Algunas horas antes, aquellos heridos sin esperanza habían penetrado en el bosque por millares, en compañía de sus camaradas más felices, muy lejos ahora. Sus batallones sucesivos, dispersándose en enjambres y reformándose en líneas, habían desfilado junto al niño dormido, por poco lo habían pisoteado en su sueño. El ruido y el murmullo de su marcha no lo habían despertado. Casi a la distancia de un hondazo del lugar en que estaba acostado, habían librado batalla; pero el niño no había oído el estruendo de los fusiles, el estampido de los cañones, «la voz tonante de los capitanes y los clamores». Había dormido durante casi todo el combate, apretando contra su pecho el sable de madera, quizá por inconsciente simpatía hacia el conjunto marcial que lo rodeaba, pero tan insensible a la magnificencia de la lucha como a los caídos que allí habían muerto para hacerla gloriosa. Más allá de los árboles, del otro lado del arroyo, ahora el fuego se reflejaba sobre la tierra desde lo alto de su bóveda de humo y bañaba todo el paisaje, transformando en vapor dorado la línea sinuosa de la niebla. Sobre el agua brillaban anchas manchas rojas, y rojas eran igualmente casi todas las piedras que emergían. Pero sobre aquellas piedras había sangre: los heridos menos graves las habían maculado al pasar. Gracias a ellas, también, al niño cruzó el arroyo a paso rápido; iba hacia el fuego. Una vez en la otra orilla, se volvió para mirar a sus compañeros de marcha. La vanguardia llegaba al arroyo. Los más vigorosos se habían arrastrado hasta el borde y habían hundido el rostro en el agua. Tres o cuatro, que yacían inmóviles, parecían no tener ya cabeza. Ante ese espectáculo, los ojos del niño se dilataron de asombro; por hospitalario que fuera su espíritu, no podía aceptar un fenómeno que implicara pareja vitalidad. Después de haber abrevado su sed, aquellos

hombres no habían tenido fuerzas para retroceder ni mantener sus cabezas por encima del agua: se habían ahogado. Detrás de ellos, los claros del bosque permitieron ver al jefe, como al principio de su marcha, innumerables e informes siluetas. Pero no todas se movían. El niño agitó su gorra para animarlas y, sonriendo, señaló con el sable de madera en dirección a la claridad que lo guiaba, columna de fuego de aquel extraño éxodo.

Confiando en la fidelidad de sus compañeros, penetró en la cintura de árboles, la franqueó fácilmente, a la luz roja, escaló una empalizada, atravesó corriendo un campo, volviéndose de tiempo en tiempo para coquetear con su obediente sombra, y de tal modo se aproximó a las ruinas de una casa en llamas. Por doquiera, la desolación. A la luz del inmenso brasero, no se veía un ser viviente. No se preocupó por ello. El espectáculo le gustaba y se puso a bailar de alegría como bailaban las llamas vacilantes. Corrió aquí y allá para recoger combustibles, pero todos los objetos que encontraba eran demasiado pesados y no podía arrojarlos al fuego, dada la distancia que le imponía el calor. Desesperado, lanzó su sable a la hoguera: se rendía ante las fuerzas superiores de la naturaleza. Su carrera militar había terminado.

Como cambiara de lugar, detuvo la mirada en algunas dependencias cuyo aspecto era extrañamente familiar: tenía la impresión de haber soñado con ellas. Se puso a reflexionar, sorprendido, y de pronto la plantación entera, con el bosque que la rodeaba, pareció girar sobre su eje. Vaciló su pequeño universo, se trastocó el orden de los puntos cardinales. ¡En los edificios en llamas reconoció su propia casa!

Durante un instante quedó estupefacto por la brutal revelación. Después se puso a correr en torno a las ruinas. Allí, plenamente visible a la luz del incendio, yacía el cadáver de una mujer: el rostro pálido vuelto al cielo, las manos extendidas, agarrotadas y llenas de hierba, las ropas en desorden, el largo pelo negro, enmarañado, cubierto de sangre coagulada; le faltaba la mayor parte de la frente, y del agujero desgarrado salía el cerebro que desbordaba sobre las sienes, masa gris y espumosa coronada de racimos escarlata obra de un obús.

El niño hizo ademanes salvajes e inciertos. Lanzó gritos inarticulados, indescritibles, que hacían pensar en los chillidos de un mono y en los cloqueos de un ganso, sonido atroz, sin alma, maldito lenguaje del demonio. El niño era sordomudo.

Después permaneció inmóvil, los labios temblorosos, los ojos fijos en las ruinas.

Un hijo de los dioses

A Son of the Gods

Día de brisa en un paisaje soleado. Campo abierto a derecha, a izquierda, hacia adelante; detrás, un bosque. En el linde del bosque, frente al campo abierto pero temiendo aventurarse en él, largas líneas de soldados que conversan; crujido de innumerables pasos sobre las hojas secas que tapizan el suelo entre los árboles; voces roncadas de los oficiales que dan órdenes. Al frente de las tropas —pero no demasiado expuestos— apartados grupos de soldados de caballería; muchos miran atentamente la cumbre de una colina situada a una milla de distancia en la dirección del avance interrumpido. Porque ese ejército poderoso, que se desplaza en orden de batalla a través de un bosque, acaba de encontrar un obstáculo formidable: el campo abierto. La cumbre de la suave colina a una milla de distancia tiene un aspecto siniestro. Dice: ¡Cuidado! Está coronada por un largo muro de piedra que se extiende a derecha e izquierda. Detrás del muro hay un cerco. Detrás del cerco se ven las copas de algunos árboles dispuestos muy irregularmente. Entre los árboles, ¿qué? Es necesario saberlo.

Ayer, y muchos días y noches antes, combatíamos en alguna parte; había un incesante cañoneo y de tiempo en tiempo el redoble del vivo fuego de los fusiles al que se mezclaban vítores —nuestros o de nuestro enemigo: rara vez lo sabíamos— atestiguando una ventaja transitoria. Esta mañana, al romper el día, el enemigo había desaparecido. Avanzamos cruzando sus fortalezas y terraplenes —¡tan a menudo lo habíamos intentado vanamente!— a través de los desechos de sus campamentos abandonados, en medio de las tumbas de sus caídos en el bosque.

¡Con qué curiosidad lo examinamos todo! ¡Cuán extraño nos pareció todo! Nada nos era completamente familiar. Hasta los objetos más comunes —una montura vieja, una rueda hecha pedazos, una cantimplora olvidada— nos descubrían algún rasgo de la misteriosa personalidad de aquellos desconocidos que habían estado matándonos. El soldado no se representa jamás a sus adversarios como hombres semejantes a él; no puede sacarse la idea de que son seres de otra especie, diferentemente condicionados, en un medio que no es del todo el de esta tierra. Los menores vestigios dejados por ellos detienen su atención y cautivan su interés. Los juzga inaccesibles y cuando los vislumbra de improviso, en la lejanía se le aparecen más lejanos, más considerables de lo que realmente están y son, como objetos en la niebla. En cierto modo, le inspiran un temor reverencial.

Desde el linde del bosque hasta lo alto de la colina se ven huellas de cascos de caballos y de ruedas, las ruedas del cañón. La hierba amarilla está pisoteada por la infantería. Por ahí han pasado miles, qué duda cabe. Pero no hay rastros en los caminos. Esto es significativo: es la diferencia entre un repliegue y una retirada.

Esos hombres a caballo son nuestro general en jefe, su estado mayor y su escolta.

El general mira la colina distante. Con ambas manos, levantando innecesariamente los codos, sostiene los prismáticos contra sus ojos. Es una moda: confiere dignidad al ademán. Todos lo hacemos así. De pronto, baja los prismáticos y dice unas pocas palabras a quienes lo rodean. Dos o tres edecanes se apartan del grupo y a galope corto se internan en el bosque, a lo largo de las líneas, cada cual en una dirección. Sin haberlas oído, conocemos sus palabras:

—Díganle al general X que haga avanzar la artillería.

Aquellos de nosotros que no están en su puesto, se alejan apresuradamente: los que descansaban, se yerguen, y las filas vuelven a formarse sin que la orden haya sido impartida. Algunos de nosotros, oficiales del estado mayor, nos apeamos para verificar la cincha de nuestras cabalgaduras; los que se habían apeado, vuelven a subir.

Galopando rápidamente por la brilla del campo abierto, llega un joven oficial en un caballo blanco como la nieve. El mandil de su silla de montar es escarlata. ¡Imbécil! Cualquiera que haya oído silbar las balas recuerda que todos los fusiles apuntan instintivamente al hombre que monta un caballo blanco; cualquiera que haya visto el fogonazo del obús no ignora que un poco de rojo exaspera al toro de la batalla. Que esos colores se hayan puesto de moda en la vida militar debe aceptarse como uno de los fenómenos más sorprendentes de la vanidad humana. Se los diría calculados para aumentar el índice de mortandad.

Ese joven oficial está de punto en blanco, como en un desfile. Brilla con todas sus galas. Es una edición de lujo, con el canto dorado, de la Poesía de la guerra. Una onda de risas burlonas corre por las filas a medida que avanza. ¡Pero qué apuesto es! ¡Con qué gracia indolente monta a caballo!

Se para a respetuosa distancia del general en jefe y saluda. El viejo soldado, inclinando la cabeza, responde a su saludo con familiaridad. Lo conoce, evidentemente. El joven da la impresión de hacer un pedido que el general no está dispuesto a conceder. Acerquémonos un poco. ¡Demasiado tarde! ¡Ya han terminado! El joven oficial saluda de nuevo, da media vuelta en su caballo y toma derecho hacia la cumbre de la colina. Está mortalmente pálido.

Unos cuantos tiradores, a seis pasos de distancia, salen ahora del bosque y avanzan por el campo abierto. El comandante dice unas palabras al clarín, que pega su instrumento a los labios. ¡Tralalá! ¡Tralalá! Los tiradores se detienen.

Mientras tanto, el joven jinete ha recorrido cien yardas. Sube al paso la prolongada colina, erguido, sin volver jamás la cabeza. ¡Es admirable! ¡Dios mío, qué no daríamos nosotros por estar en su lugar, por tener su presencia de ánimo! No ha sacado el sable de la vaina; su mano derecha cuelga indolentemente. La brisa sopla sobre el penacho de su sombrero y lo hace flamear con elegancia. La luz del sol descansa en sus charreteras tiernamente, como una visible bendición. Cabalga en línea recta. Diez mil pares de ojos están fijos en él con una intensidad que no puede dejar de sentir; diez mil corazones palpitan al ritmo rápido de los inaudibles pasos de

su corcel blanco como la nieve. No está solo: nuestras almas lo acompañan. Todos no somos sino «hombres muertos». Pero recordamos habernos reído. Sigue y sigue cabalgando, en línea recta hacia la muralla que bordea el cerco. Ni una mirada hacia atrás. ¡Ah, si consintiera en volverse una sola vez, si pudiera sentir ese amor, esa adoración, esa reparación!

Nadie habla. En las profundidades del bosque se oye aún el murmullo de las multitudes que lo pueblan, invisibles y ciegas, pero en la orilla, allí donde comienza el campo abierto, el silencio es absoluto. El general corpulento se ha transformado en una estatua ecuestre. Los oficiales a caballo del estado mayor, mirando por los prismáticos, están inmóviles. La línea de batalla en el linde del bosque observa una nueva clase de «atención» porque cada soldado se mantiene en la actitud que tenía cuando adquirió bruscamente conciencia de lo que está sucediendo. Todos esos duros e impenitentes matadores de hombres para quienes la muerte en la más atroz de sus formas es algo familiar que pueden observar día tras día, que duermen en las colinas sacudidas por el tronar de los cañones, que comen bajo una lluvia de proyectiles y que juegan a los naipes entre los rostros muertos de sus amigos más queridos, todos ellos, con el corazón palpitante, conteniendo el aliento, acechan el resultado de un acto que compromete la vida de un solo hombre. Tal es el magnetismo del valor y de la devoción.

Si ahora volvieran ustedes la cabeza, observarían un movimiento simultáneo entre los espectadores, un sobresalto semejante al que produce una corriente eléctrica; después, mirando de nuevo hacia adelante, hacia el jinete lejano, verían que en ese momento mismo ha cambiado de dirección y se desvía en ángulo recto de la ruta precedente.

Los soldados suponen que ese desvío ha sido causado por un disparo, quizá por una herida, pero tomen ustedes los prismáticos y observarán que se dirige hacia una brecha en el muro y en el cerco. Intenta franquearlos, si no lo matan, para examinar la comarca que se extiende más allá.

No deben ustedes olvidar la naturaleza del acto de este hombre; en el hecho en sí no pueden ver una bravata, ni un sacrificio inútil. Si el enemigo no se ha batido en retirada, acumula todas sus fuerzas detrás de la colina. El explorador encontrará nada menos que una línea de batalla; no se necesitan puestos de avanzada, centinelas en vista, tiradores para anunciar nuestro avance. Nuestras líneas de ataque serán visibles, conspicuas, estarán expuestas a un fuego de artillería que arrasará la tierra en el preciso instante en que salgan del linde del bosque, a media distancia de una lluvia de balas que hará perecer a todos nuestros soldados. En suma, si el enemigo está allí, sería una locura atacarlo de frente; habrá que desbordarlo siguiendo el plan inmemorial que consiste en amenazar sus líneas de comunicación, tan necesarias a su existencia como lo es su tubo de aire para el buzo sumergido en el fondo del mar. ¿Pero cómo saber a ciencia cierta que el enemigo está allí? Sólo hay un medio: alguien que vaya y vea. Por lo común, se acostumbra mandar una línea de tiradores.

Pero en este caso todos pagarían con sus vidas una respuesta afirmativa. El enemigo, agazapado en doble fila tras el muro de piedra, y a cubierto por el cerco, aguardará hasta que le sea posible contar los dientes de cada asaltante. La mitad de ellos caerá a la primera salva, y la otra mitad sufrirá igual destino antes de poder batirse en retirada. ¡Qué caro cuesta satisfacer una curiosidad! ¡A qué alto precio debe a veces un ejército comprar sus informes! «Déjenme pagar por todos», ha dicho ese galante caballero, ese Cristo soldado. No hay ninguna esperanza, excepto la esperanza contra toda esperanza de que la colina esté despejada. En verdad, el caballero podría preferir el cautiverio a la muerte. Mientras avance, los soldados enemigos no dispararán. ¿Por qué dispararían?

Puede entrar sano y salvo en las filas hostiles y convertirse en un prisionero de guerra. Pero esto haría fracasar su propósito. Es preciso que regrese sano y salvo a nuestras líneas, o que lo maten ante nuestros ojos. Sólo así sabremos cómo proceder. Porque su captura puede muy bien ser la obra de media docena de rezagados.

Ahora comienza una extraña justa de inteligencia entre un hombre y un ejército. Nuestro caballero, a un cuarto de milla de la cumbre, dobla de pronto hacia la izquierda y galopa en dirección paralela a la colina. Ha visto a su adversario: lo sabe todo. Una configuración del terreno ligeramente favorable le ha permitido distinguir parte de las tropas enemigas. Ahora estaría en condiciones de comunicarnos lo que sabe. Si estuviera aquí, podría decírnoslo, pero ya no debemos esperar su vuelta: ha de hacer el mejor uso de los pocos minutos que le quedan por vivir para obligar al adversario mismo a que nos dé aquellos informes claramente, francamente, cosa que repugna, desde luego, a esa discreta potencia. No hay un solo tirador en esas filas de hombres agazapados, no hay un solo artillero junto a esos cañones disimulados y prontos a disparar, que ignore las exigencias de la situación, el imperativo debe de ser paciente. Por lo demás, sus jefes tuvieron tiempo de sobra para prohibirles que dispararan. En realidad, una sola bala podría abatirlo sin revelar gran cosa. Pero un disparo es contagioso... Y vean ustedes cuán rápidamente se desliza sin detenerse nunca, excepto para hacer girar su caballo antes de tomar una nueva dirección, sin volverse nunca hacia sus ejecutores. Lo distinguimos todo a través de los prismáticos, nos parece que todo sucede a la distancia de un balazo. Sí, lo distinguimos todo excepto al enemigo, cuya presencia, cuyos pensamientos, cuyos motivos inferimos. A simple vista sólo hay una silueta negra sobre un caballo blanco, dibujando zigzags sobre una colina distante, tan lentamente que casi parece que serpenteara.

Tomemos nuevamente los prismáticos: se ha cansado de su fracaso, o ha visto su error, o ha enloquecido: ¡ahora se lanza en línea recta contra el muro de piedra como si quisiera saltarlo junto con el cerco! Un instante después da media vuelta y desciende la colina, rápido como el viento, hacia sus amigos, hacia la muerte. En seguida, abarcando centenares de yardas a derecha e izquierda, impetuosas columnas de humo aparecen tras el muro de piedra. En seguida el viento las disipa y antes de que hayamos oído el crepitar de los fusiles, el jinete cae. No, vuelve a incorporarse en

su silla; se ha contentado con hacer plegar su caballo sobre las patas de atrás. ¡De nuevo el caballo está sobre sus cuatro patas, y ambos se alejan! Rompemos en formidables vítores que nos liberan de la insostenible tensión de nuestros sentimientos. ¿Y el caballo y su caballero? Sí, ambos se alejan. Se alejan de verdad. Vienen directamente hacia nuestra izquierda, en línea paralela al muro que ahora escupe sin tregua llama y fuego. Los fusiles crepitan de modo constante y ese corazón valeroso sirve de blanco a cada bala.

De pronto, una gran sábana de humo se levanta detrás del muro. Una y otra la suceden y suben antes de que alcance a nuestros oídos el tronar de las explosiones y el zumbido de los proyectiles que llegan y brincan hasta donde estamos, a través de nubes de polvo, haciendo caer de vez en cuando a un hombre, causando una distracción momentánea, suscitando un egoísta pensamiento fugaz.

El polvo se dispersa. ¡Increíble!... Ese caballo y ese caballero hechizados han franqueado un barranco y suben otra colina para descubrir otra conspiración de silencio y frustrar el designio de otras huestes armadas. Un instante más, y también aquella cumbre entra en erupción. El caballo se encabrita y golpea el aire con sus patas delanteras. Por fin cae. Pero... ¡quién diría! El hombre se ha desprendido del animal muerto. Se yergue, inmóvil, y con la mano derecha levanta el sable por encima de la cabeza. Nos mira de frente. Luego baja la mano a la altura del rostro, extiende el brazo, la hoja del sable describe una curva hacia el suelo. Es una señal a nosotros, al mundo, a la posteridad. Es el saludo de un héroe a la muerte y a la historia.

De nuevo se ha roto el hechizo. Nuestros hombres tratan de lanzar vítores: la emoción los ahoga: articulan gritos roncros, discordantes, aferran sus armas y se precipitan tumultuosamente en el campo abierto. Los tiradores, sin haber recibido órdenes, en contra de las órdenes, avanzan a todo correr como sabuesos sueltos. Nuestros cañones hablan y los del enemigo contestan a coro. De izquierda a derecha, hasta donde la vista alcanza, erige sus torres de humo la distante colina, que ahora parece tan cerca, y los gruesos proyectiles se abaten gruñendo sobre la masa hormigueante de nuestras tropas. Uno después de otro, nuestros estandartes emergen del bosque, nuestras filas se adelantan impetuosamente, y las armas bruñidas centellean al sol. Sólo los últimos batallones, dando pruebas de obediencia, permanecen a la distancia prescrita del frente rebelde.

El general en jefe no se ha movido. Baja ahora sus prismáticos y echa una ojeada a derecha e izquierda. Ve la corriente humana que avanza a ambos lados del grupo formado por él y por su escolta, como un remolino de olas partido en dos por un peñasco. Ni el menor signo de emoción en su rostro: está pensando. De nuevo mira hacia adelante: examina en toda su extensión esa colina terrible y maléfica. Dice una palabra en voz baja a su clarín. ¡Tralalá! ¡Tralalá! Tan imperiosa es la orden que se hace obedecer. La repiten los clarines de todos los destacamentos subordinados. Las notas breves, metálicas, se afirman por encima del zumbido del ataque y atraviesan el

ruido de cañón. Detenerse es batirse en retirada. Los estandartes se repliegan lentamente, las filas dan media vuelta, melancólicas, cargando a los heridos. Los tiradores recogen los muertos.

¡Ah, esos muchos, muchos muertos inútiles! A esa gran alma cuyo hermoso cuerpo yace allí, tan nítidamente recortado sobre el flanco árido de la colina, ¿no hubieran podido ahorrarle la amarga conciencia de un sacrificio vano? ¿Es que una sola excepción habría herido demasiado gravemente la implacable perfección del plan eterno, ineluctable, divino?

Uno de los desaparecidos

One of the Missing

Jerome Searing, soldado raso del ejército del general Sherman, que entonces combatía al enemigo en Kermesaw Mountain, Georgia, dio la espalda al pequeño grupo de oficiales con los que había estado conversando en voz baja, atravesó una estrecha franja de trincheras y desapareció en el bosque. Ninguno de los hombres alineados tras las trincheras le dijo una palabra, y apenas él les dirigió un movimiento de cabeza al pasar, pero todos los que lo vieron comprendieron que a aquel valiente acababan de confiarle una misión peligrosa. Jerome Searing, aunque era soldado raso, no servía en las filas; por razones de servicio estaba destacado en el cuartel general de la división, y en las listas figuraba como asistente. «Asistente» es una palabra que comprende multitud de obligaciones. Un asistente puede ser un mensajero, un oficinista, el criado de un oficial... cualquier cosa. Puede realizar servicios que no están previstos en las instrucciones y reglamentaciones militares. Su naturaleza puede depender de las aptitudes del asistente, del favor de otros o de la mera casualidad. El soldado Searing, un incomparable tirador, joven, fuerte, inteligente e insensible al miedo, era explorador. Al general que comandaba su división no le satisfacía obedecer ciegamente las órdenes, sin saber qué era lo que había frente a sus tropas, incluso cuando éstas no se hallaban destacadas en servicio y sólo formaban una fracción del ejército en línea; ni le agradaba recibir la información por sus vis-á-vis a través de los canales acostumbrados, Quería saber más de lo que le informaban los mandos del ejército y los choques entre los destacamentos y los tiradores. Para ello estaba Jerome Searing, con su audacia extraordinaria, su conocimiento del bosque, sus observadores ojos y su veracidad en el relato. En esta ocasión, sus instrucciones eran sencillas: llegar tan próximo como fuera posible a las líneas enemigas y averiguar todo cuanto pudiera.

En pocos momentos alcanzó los primeros puestos. Allí, los hombres de guardia descansaban en grupos de dos y de cuatro detrás de los pequeños terraplenes con que habían formado la ligera depresión de tierra en que yacían, con los fusiles sobresaliendo por encima de las ramas verdes con que habían cubierto sus pequeñas defensas. El bosque se extendía sin interrupción frente a ellos, tan solemne y silencioso que sólo un esfuerzo de la imaginación podía concebirlo poblado de hombres armados, vigilantes y alertas —un bosque extraordinario, pleno de posibilidades de lucha—. Tras detenerse un momento en una de las trincheras para informar a los hombres de sus intenciones, Searing se arrastró sigilosamente con las manos y las rodillas y pronto se perdió de vista en la densa espesura de la maleza.

—Es lo último de él —dijo uno de los hombres—. Desearía tener su fusil. Esos tipos nos herirán a alguno con él.

Searing continuó arrastrándose, aprovechando todos los accidentes del terreno y la vegetación para cubrirse mejor. Sus ojos lo escudriñaban todo y sus oídos tomaban nota de todos los ruidos. Contenía la respiración. Y cuando unas ramas pequeñas crujieron debajo de sus rodillas, detuvo su avance y se aplastó contra la tierra. Era un trabajo lento, pero no tedioso; el peligro lo hacía incluso excitante, pero la excitación no se manifestaba físicamente. Su pulso era tan regular y sus nervios tan firmes como si estuviera intentando cazar un gorrión.

—Parece mucho tiempo —pensó—. Pero no puedo haber llegado muy lejos; todavía estoy vivo.

Sonrió ante su personal método de calcular la distancia y prosiguió reptando. Un momento después, se aplastó bruscamente contra el suelo y se mantuvo inmóvil un rato, minuto tras minuto. A través de una pequeña abertura entre los arbustos había percibido un pequeño talud de arcilla amarilla: una de las trincheras enemigas. Tras un poco más de tiempo, levantó la cabeza cautelosamente, pulgada a pulgada; después levantó el cuerpo sobre las manos, apoyadas a cada lado sobre el suelo, intentando mirar el montículo de greda. Un instante después estaba de pie, con el fusil en la mano, y corría rápidamente hacia delante sin cuidado alguno de ocultarse. Había interpretado bien las señales, cualesquiera que fuesen; el enemigo se había marchado.

Para asegurarse completamente antes de volver atrás para informar de un hecho de tan gran importancia, Searing siguió avanzando a través de la línea de las abandonadas trincheras, corriendo de una protección a otra en las partes más claras del bosque, con los ojos atentos al descubrimiento de posibles rezagados. Llegó hasta el borde de una plantación, una de aquellas granjas abandonadas y desiertas de los últimos años de la guerra, invadida por las zarzas, afeada por los cercados rotos y las desoladas y vacías construcciones que mostraban descarnadas aberturas en el lugar de las puertas y ventanas. Después de un escrutinio penetrante desde el abrigo seguro de un grupo de pinos jóvenes, Searing cruzó velozmente un campo y una huerta hasta alcanzar una pequeña estructura situada algo aparte de las otras construcciones de la granja, sobre una suave elevación. Pensó que aquella situación le ofrecería una buena panorámica de la comarca, en la dirección que suponía que había tomado el enemigo en su retirada. Aquella construcción, que originalmente había consistido en una sola habitación sostenida por cuatro postes de uno o tres metros de altura, era ahora poco más que un tejado en el suelo; se había desplomado y los tirantes y las tablas se amontonaban en el suelo en desorden, o colgaban del extremo en varios ángulos, no completamente desprendidos de los puntos que los aguantaban. Los mismo postes de soporte habían dejado de ser verticales. Parecía que todo el edificio pudiera desplomarse con sólo tocarlo con un dedo.

Ocultándose entre los escombros de viguetas y solerías, Searing recorrió con la vista el terreno abierto que se extendía entre su punto de observación y una estribación de Kennesaw Mountain, a ochocientos metros de distancia. Un camino

que subía y cruzaba la estribación estaba atestado de tropas. Los fusiles de la retaguardia del enemigo en retirada brillaban al sol de la mañana.

Searing había averiguado ya todo lo que habría podido desear saber. Ahora su deber era retornar a su compañía con la mayor rapidez posible e informar de su descubrimiento. Pero la columna gris de los confederados ascendiendo penosamente el camino de la montaña era una tentación singular. Su fusil —un Springfield ordinario, pero provisto de una mira esférica y un gatillo al pelo— enviaría fácilmente, silbando en medio de la tropa, su onza y cuarto de plomo. Seguramente eso no afectaría la duración ni el resultado de la guerra, pero el trabajo del soldado es matar. También es su costumbre, si es un buen soldado. Searing amartilló su fusil y «enchufó» el gatillo.

Pero estaba decidido desde el principio de los tiempos que el soldado Searing no asesinara a nadie aquella luminosa mañana de verano, y que no fuera él quien anunciara la retirada de los confederados. Durante innumerables siglos, los acontecimientos se habían ido imbricando de tal manera a sí mismos en ese mosaico maravilloso, del que algunas partes, difícilmente discernibles, llamamos historia, que los actos que ahora el soldado Searing se proponía ejecutar enturbiaban la armonía del modelo. Unos veinticinco años antes, la Providencia encargada de ejecutar esa tarea según el diseño prefijado había prevenido aquel infortunio originando el nacimiento de cierto niño en una aldea situada al pie de los Montes Cárpatos. Lo había criado con todo cuidado, había supervisado su educación, había encaminado sus intereses hacia la carrera militar y, llegado el momento, lo había hecho oficial de artillería. Pero la concurrencia de un número infinito de influencias favorables que predominaban sobre otras influencias desfavorables hizo que aquel oficial de artillería incurriera en una infracción de la disciplina militar y hubiera de huir de su país natal para evitar el castigo. Fue enviado a Nueva Orleans —en lugar de a Nueva York—, donde un oficial de reclutamiento le recogió en el muelle. Fue alistado y más tarde ascendido, y los sucesos se ordenaron de tal modo que ahora comandaba una batería de los confederados a unos tres kilómetros en línea recta del lugar donde Searing, el explorador federal, amartillaba su rifle. Nada se había descuidado: en cada etapa del desarrollo de las vidas de aquellos dos hombres, y en las vidas de sus contemporáneos y antepasados, y en las vidas de los contemporáneos de sus antepasados, se había hecho todo lo correcto para llegar al resultado deseado. Si algo se hubiese omitido en esta vasta concatenación, el soldado Searing hubiera podido hacer fuego aquella mañana sobre los confederados en retirada y quizá hubiera fallado. Pero sucedió que a un capitán de artillería confederado, sin nada mejor que hacer mientras aguardaba su turno para avanzar, se le ocurrió divertirse apuntando un cañón de campaña oblicuamente hacia su derecha, hacia lo que tomó por un grupo de soldados federales situados en la cima de una colina, y hacer fuego. El obús voló mucho más allá de su objetivo.

Jerome Searing echó atrás el gatillo de su fusil, calculando, con los ojos fijos

sobre los distantes confederados, dónde podría plantar su bala con la mayor esperanza de hacer una viuda, un huérfano o una madre sin hijo —incluso, quizá, las tres cosas a la vez—, porque, aunque el soldado raso Searing había rechazado repetidas veces el ascenso, no carecía de cierta ambición. Entonces oyó precipitarse un ruido en el aire, como el de las alas de un pájaro enorme abatiéndose sobre su presa. Demasiado rápido para que pudiera percibir su graduación, el ruido aumentó hasta convertirse en un bramido ronco y temible, al mismo tiempo que el proyectil que lo producía se abalanzaba sobre él desde el cielo, golpeaba con ensordecedor impacto uno de los postes que sostenía el montón de vigas encima de él, lo hacía añicos y derrumbaba con estrépito la descalabrada caseta entre nubes de polvo cegador.

Cuando Jerome Searing recuperó el conocimiento no supo al principio qué había ocurrido. Todavía tardó un tiempo en abrir los ojos. Por un momento creyó que había muerto y había sido enterrado, e intentó recordar algunos fragmentos de los oficios fúnebres. Imaginó que su esposa estaba arrodillada sobre su tumba, añadiendo el peso de su cuerpo al de la tierra que tenía sobre el pecho. Ambos, la viuda y la tierra, habían aplastado el ataúd. A menos de que los niños la convencieran de volver a casa, no lograría seguir respirando mucho tiempo. Experimentó una sensación de injusticia. «No puedo hablarle —pensó—. Los muertos no tienen voz, y si abro los ojos se me llenarán de tierra».

Abrió los ojos. Una gran extensión de cielo azul por encima de la franja de las copas, de los árboles. En primer plano, ocultando algunos árboles, había un alto y pardo montículo, de contorno anguloso, atravesado por una red intrincada e irregular de líneas rectas; todo a una inconmensurable distancia, una distancia tan inconcebiblemente grande que lo cansaba; cerró los ojos. En el momento en que lo hizo percibió una luz insoportable. En sus oídos retumbó el ruido del trueno sordo y rítmico de un mar lejano, rompiendo en sucesivas olas sobre la playa y, además del ruido, como parte de él o incluso de más lejos de él, entremezcladas con su incesante murmullo, le llegaron unas palabras: «Jerome Searing, estás cogido como una rata en una trampa... en una trampa, trampa, trampa».

Súbitamente, se hizo un gran silencio, una profunda oscuridad y una infinita calma, y Jerome Searing, absolutamente consciente de su condición de rata y convencido de que había caído en una trampa, recordó todo y abrió de nuevo los ojos sin alarma para reconocer la situación, advertir la fuerza del enemigo y planear su defensa. Había quedado atrapado casi tumbado, con la espalda fuertemente apoyada contra una viga. Otro travesaño le cruzaba el pecho y, aunque había logrado apartarse un poco para que no lo oprimiera, el travesaño era inamovible. Un tirante que formaba ángulo con él le había comprimido el lado izquierdo contra un montón de maderas inmovilizándole el brazo. Un montón de cascotes le cubría hasta las rodillas las piernas, algo entreabiertas en el suelo, y tapaba su limitado horizonte. Tenía la cabeza tan rígidamente sujeta como fijada por un tomo; podía mover los ojos y la barbilla pero nada más. Sólo tenía el brazo derecho parcialmente libre. «Tienes que

librarnos de esto» le dijo. Pero no podía sacarlo de debajo de la gruesa viga que le cruzaba el pecho ni mover el codo más de seis centímetros.

Searing no estaba gravemente herido ni sufría dolor. Un golpe seco en la cabeza dado por un pedazo del poste astillado, unido al súbito y terrible impacto nervioso, lo habían conmocionado momentáneamente. Su desvanecimiento y recuperación, durante la que había experimentado extrañas fantasías, probablemente no habían sobrepasado unos segundos, pues el polvo producido por el derrumbamiento todavía no se había disipado cuando empezó a entender con claridad la situación.

Con la mano derecha en parte libre intentó asir la viga que le aprisionaba, no del todo, el pecho. No pudo hacerlo de ninguna manera. No era capaz de bajar el hombro para empujar con el codo el borde de la viga que tenía más cerca de las rodillas. Al fracasar en este movimiento, tampoco podía levantar el antebrazo y la mano para coger la madera. El tirante que formaba ángulo con la viga por abajo y atrás le impedía cualquier movimiento en esa dirección y el espacio entre el tirante y su cuerpo no era ni la mitad de ancho que la largura de su antebrazo. Era evidente, pues, que no podía pasar la mano ni por encima ni por debajo de la viga; de hecho, no podía ni siquiera tocarla. Comprendiendo que era imposible, desistió de este empeño y empezó a pensar en alcanzar parte de los escombros amontonados sobre las piernas.

Mientras miraba el montón intentando determinar las posibilidades que había, le llamó la atención lo que parecía un brillante aro metálico situado delante de su vista. Al principio le pareció que rodeaba una sustancia completamente negra y que tenía un centímetro de diámetro. De pronto comprendió que la parte negra era solamente una sombra y que el aro era en realidad la boca de su fusil, que sobresalía del montón de escombros. En seguida se alegró de que fuera eso, si es que podía ser una alegría. Cerrando primero un ojo y luego otro, podía ver una parte del caño, hasta el punto en que lo escondían los escombros. Cuando veía el lado correspondiente a un ojo, éste estaba aparentemente en el mismo ángulo que el lado correspondiente al otro ojo. Si miraba con el ojo derecho, el arma parecía dirigida a la izquierda de su cabeza, y viceversa. No lograba ver la superficie superior del caño, pero alcanzaba a distinguir en un breve ángulo la superficie inferior de la culata. El arma, en realidad, apuntaba exactamente al centro justo de su frente.

Cuando el soldado Searing advirtió esta circunstancia y recordó que antes del accidente que le había colocado en aquella desgraciada situación había amartillado el fusil y dispuesto el gatillo para disparar con sólo rozarlo, le asaltó una sensación de inquietud. Pero no fue en absoluto miedo; era un hombre valiente, familiarizado con aquella posición de los rifles, y también con los cañones. Entonces recordó, casi divertido, un incidente que le había ocurrido durante el asalto de Missionary Ridge. Cuando se encaramaba a uno de los parapetos enemigos, donde había visto que un pesado cañón lanzaba carga tras carga de metralla a los asaltantes, por un momento pensó que habían retirado el cañón; sólo conseguía ver un aro en la abertura. Lo comprendió justo a tiempo de saltar a un lado, cuando el cañón lanzó otro picotazo de

acero sobre la cuesta plagada de hombres. Dar la cara a las armas de fuego es una de las situaciones más habituales en la vida de un soldado... armas de fuego, además, tras las que resplandece el brillo de unos ojos hostiles. Para eso está hecho un soldado. Sin embargo, el soldado Searing no apreciaba ahora del mismo modo la situación, y apartó la vista.

Tras tantear durante un rato, vagamente, con la mano derecha, hizo un inútil intento de liberar la izquierda. Después, trató de desasir la cabeza, cuya sujeción le resultaba tanto más molesta por ignorar qué era lo que la sujetaba. A continuación, intentó liberar los pies, pero cuando endurecía, a este propósito, los fuertes músculos de las piernas, reparó en que un movimiento de los escombros que las cubrían podía provocar la descarga del rifle; no comprendía cómo había resistido el arma, pero la memoria lo ayudó aportándole varios casos similares. Recordaba uno en particular, en que en un momento de distracción había aporreado a un caballero con el fusil para saltarle los sesos, sin darse cuenta hasta después de que el arma que acababa de blandir por el caño estaba amartillada y con el gatillo puesto, detalle que si hubiera conocido su antagonista le hubiera inducido, sin duda, a una mayor resistencia. Siempre había sonreído ante este recuerdo de sus «inmaduros y juveniles» días de soldado, pero ahora no sonrió. Volvió la mirada otra vez a la boca del fusil y por un instante imaginó que se había movido; parecía algo más próxima.

Apartó otra vez la vista. Las copas de los distantes árboles que había fuera de los límites de la plantación la atrajeron: no había reparado antes en qué ligeros, como plumosos, eran, ni en qué azul intenso tenía el cielo, incluso entre las ramas de los árboles, que de algún modo lo hacían palidecer con su verdor; por encima de él, ya aparecía casi negro. «De día hará un calor insoportable aquí —pensó—. Me gustaría saber en qué dirección estoy mirando».

A juzgar por las sombras que veía, decidió que tenía la cara al norte; al menos no le daría el sol en los ojos, Y al norte... bueno, era en dirección a su mujer y sus hijos.

—¡Bah! —exclamó en voz alta—. ¿Qué tienen que ver con esto?

Cerró los ojos. «Mientras no pueda salir, lo mejor será que duerma. Los rebeldes han marchado y seguro que alguno de los nuestros pasará por aquí a buscar forraje. Me encontrarán».

Pero no se dormía. Poco a poco empezó a sentir un dolor en la frente, un dolor sordo, casi imperceptible primero, pero que aumentaba y se hacía más y más molesto. Al abrir los ojos desaparecía, pero cuando los cerraba volvía a aparecer.

—¡Al diablo! —exclamó, inútilmente, y miró de nuevo fijamente el cielo. Escuchó el canto de los pájaros, la extraña nota metálica de las alondras de la pradera, que sugería un golpeteo de vibrantes espadas. Se hundió en las memorias agradables de su infancia; jugaba con su hermano y su hermana; atravesaba corriendo los campos, chillando para espantar a las sedentarias alondras; se adentraba en el sombrío bosque alejado y, con tímidos pasos, seguía el borroso sendero que conducía a la Peña del Fantasma; se detenía, por último, con unos estruendosos latidos en el pecho,

ante la Cueva del Hombre Muerto e intentaba penetrar su pasmoso misterio. Por primera vez, se dio cuenta de que la abertura de la caverna encantada estaba rodeada por un aro de metal. Entonces, todo se desvaneció y lo dejó escrutando el cañón de su fusil, como antes. Pero mientras que antes parecía cerca, ahora semejaba a una inconcebible distancia y, por ello, más siniestro. Se puso a gritar y, asustado por algo que percibió en su propia voz —el tono del Miedo— se mintió a sí mismo: «Si no grito, puedo quedarme aquí hasta que me muera».

Ya no hizo más intentos de rehuir la amenazadora mirada del cañón del fusil. Si giraba los ojos en algún momento, era para buscar ayuda (aunque no podía ver el terreno que había a cada lado de la ruina), y se permitía después volver la vista otra vez, como obedeciendo una imperativa fascinación. Si cerraba los ojos era por agotamiento, y en seguida los abría, obligado por el punzante dolor en la frente —la profética amenaza de la bala.

La tensión nerviosa era demasiado fuerte; la naturaleza venía en su auxilio sumiéndolo en intervalos de inconsciencia. Cuando revivía de uno de estos intervalos percibió un agudo dolor y un escozor en la mano derecha. Movi6 los dedos y se los frotó contra la palma, y notó que estaban húmedos y resbaladizos. No podía verse la mano, pero conocía aquella sensación: le manaba sangre. En su momento de delirio había golpeado los cascotes desportillados de las ruinas y se había clavado varias astillas. Decidió que se enfrentaría a su destino con más virilidad. Era un soldado raso y vulgar, no tenía religión ni filosofía. No podía morir como un héroe, entre grandilocuentes y sabias palabras, ni aun en el caso de que hubiera habido alguien para escucharlas, pero podía morir «con ánimo», y eso iba a hacer. ¡Pero si pudiera saber cuándo iba a sonar el disparo!

Algunas ratas, que probablemente habían habitado la caseta, se acercaron correteando furtivamente. Una subió a la pila de cascotes que aprisionaban el rifle; le siguió otra y otra. Searing las miró al principio con indiferencia y luego con amistoso interés. Pero después, cuando en su mente extraviada destelló el pensamiento de que podían rozar el gatillo del fusil, las maldijo y les chilló que se marcharan.

—Esto no es asunto de ustedes —les gritó.

Los animales se fueron; volverían más tarde, a atacarle la cara, a roerle la nariz, a desgarrarle la garganta... él lo sabía, pero esperaba estar muerto para entonces

Nada podía apartar ahora su vista del pequeño aro metálico repleto de tinieblas. El dolor en la frente era feroz y no cesaba. Lo sentía penetrar gradualmente en el cerebro a más y más profundidad, hasta que detenía su avance la madera que sostenía su cabeza. Aumentaba por momentos haciéndose intolerable: irracionalmente, empezó a golpear otra vez la mano herida contra las astillas para contrarrestar con otro sufrimiento aquel dolor lacerante. Parecía palpitar con lenta y regular recurrencia, cada pulsación más penetrante que la anterior, y a veces aullaba, creyendo que sentía el disparo fatal. Ningún pensamiento sobre su hogar, su esposa e hijos, la patria o la gloria. Todo recuerdo se había desvanecido de la memoria. El

mundo había desaparecido... no quedaba ningún vestigio. Aquí, en esa confusión de vigas y maderas, está el único universo. Aquí está la inmortalidad del tiempo... cada dolor una vida perpetua. Cada pulsación una señal de la eternidad.

Jerome Searing, el hombre valeroso, el enemigo formidable, el fuerte y resuelto guerrero, tenía la palidez de un fantasma. La mandíbula le colgaba; le sobresalían los ojos; le temblaba cada músculo; un sudor frío le bañaba todo el cuerpo; aullaba de miedo. No había enloquecido... estaba aterrado.

Tanteando con la mano derecha, desgarrada y sangrante, logró alcanzar un pedazo de madera; la empujó hacia arriba y sintió que cedía. Estaba paralela a su cuerpo. Dobló el codo todo lo que el estrecho espacio le permitía y logró moverla unos centímetros. Repitió la maniobra varias veces y la tabla quedó desprendida de los escombros que le cubrían las piernas. Pudo alzarla entera del suelo. Le invadió la esperanza, quizá pudiera desplazarla hacia arriba, es decir hacia atrás, lo bastante como para alzarla por el extremo y empujar el fusil a un lado; o, si éste estaba demasiado encajado, colocar la tabla de manera que desviara la bala. Con este objetivo, corrió la madera hacia atrás centímetro a centímetro sin atreverse apenas a respirar por temor a que ello hiciera fracasar su intento, más incapaz que nunca de apartar los ojos del fusil, que podía ahora aprovechar su menguante oportunidad. Algo, al menos, había ganado: en su preocupación por aquel intento de autodefensa era menos sensible al dolor de su cabeza y había dejado de gritar. Pero continuaba mortalmente asustado y los dientes le temblequeaban como castañuelas.

La tabla de madera dejó de moverse bajo la presión de su mano. Tiró de ella con todas sus fuerzas, cambiando su dirección todo lo que podía, pero la tabla había encontrado un obstáculo detrás de él y el extremo de delante estaba todavía demasiado lejos para salir del montón de escombros y alcanzar el caño del fusil. Llegaba casi, sin embargo, hasta el guardamonte, que, no cubierto de escombros, podía entrever con el ojo derecho. Intentó romper la tabla con la mano, pero no tenía apoyo para hacer palanca. Con el fracaso retornó su terror, diez veces aumentado. La negra abertura del fusil parecía amenazar con una muerte más repentina e inminente, como castigo por su rebeldía. El trayecto de la bala a través de su cabeza le hizo sentir un dolor mayor. Tembló otra vez.

De pronto, recuperó la calma. El temblor persistía. Apretó los dientes y frunció las cejas. No había agotado las posibilidades de defensa; en su mente se había formado una nueva idea... otro plan de batalla. Alzando la punta delantera de la tabla de madera, la empujó cuidadosamente hacia delante por entre los cascotes que rodeaban el fusil hasta que tocó el guardamontes. Movi6 la punta lentamente hasta que notó que lo traspasaba.

Entonces cerró los ojos y apretó contra el guardamontes con toda su fuerza. No hubo ninguna detonación. El rifle se había descargado al caerle de la mano cuando el edificio se derrumbó... Pero cumplió su función.

El teniente Adrian Searing, al mando del piquete en aquella línea de combate por

la que su hermano Jerome había pasado para cumplir su misión, estaba sentado, con los oídos atentos, en su parapeto tras la línea. No se le escapaba el menor ruido: el chillido de un pájaro, el raspar de una ardilla, el sonido del viento entre los pinos... todo lo captaban ansiosamente sus sentidos agotados. De repente, justo delante de su alineación, escuchó un rumor confuso, apenas perceptible, semejante al estruendo del hundimiento de un edificio, transportado en la distancia. El teniente miró mecánicamente su reloj. Las seis y dieciocho minutos. En aquel momento, un oficial se aproximó a él y lo saludó.

—Mi teniente —dijo el oficial—, el coronel le ordena que haga avanzar su alineación y entre en contacto con el enemigo si lo encuentra. Si no, debe proseguir el avance hasta que se le ordene el alto. Hay motivos para pensar que el enemigo se ha dado en retirada.

El teniente asintió en silencio; el otro oficial se retiró. En poco tiempo los hombres, avisados en voz baja de su obligación por los oficiales, cargaron sus rifles y comenzaron a avanzar en formación, con los dientes apretados y el corazón palpitante.

Este piquete de tiradores atravesó rápidamente la plantación dirigiéndose a la montaña. Pasaron por los dos lados de la caseta en ruinas sin observar nada. A poca distancia, en la retaguardia, iba su teniente. Éste miró con curiosidad las ruinas y observó un cadáver semienterrado entre las maderas y las vigas.

Está tan cubierto de polvo que sus ropas son del gris confederado. Tiene el rostro de un blanco amarillento; las mejillas hundidas; las sienes sobresalen con unos bordes angulosos dando a la frente una estrechez lúgubre; el labio superior, levemente alzado, descubre los dientes blancos, rígidamente apretados. El pelo está enteramente impregnado de sudor y el rostro tan húmedo como la hierba cubierta de rocío. Desde donde se encuentra, el oficial no advierte el fusil; en apariencia, el hombre había muerto por el derrumbamiento del edificio.

— Muerto hace una semana —dijo el oficial lacónicamente.

Siguió su camino, consultando su reloj con aire ausente, como para verificar su cálculo de la hora. Las seis y cuarenta minutos.

Muerto en Resaca

Killed at Resaca

El mejor soldado de nuestro estado mayor era el teniente Herman Brayle, uno de los dos edecanes. No recuerdo de dónde lo sacó el general, creo que de algún regimiento de Ohio. Ninguno de nosotros lo conocía, pero eso no era extraño, pues no había ni dos de nosotros que hubiéramos venido del mismo estado, y ni siquiera de estados contiguos. El general parecía pensar que había que reflexionar muy cuidadosamente a la hora de conceder la distinción de un puesto en su estado mayor, para no ocasionar celos regionales que pusieran en peligro la integridad de aquella parte de la Nación que todavía seguía unida. No elegía oficiales de su propio mando y hacía malabarismos en los servicios del cuartel general para obtenerlos de otras brigadas. En estas circunstancias, los servicios de un hombre tenían que ser, en verdad, muy relevantes, para que se extendieran al ámbito de su familia y de sus amigos de juventud. De todos modos, la «voz de la trompeta de la fama» había enronquecido un poco por exceso de locuacidad.

El teniente Brayle medía más de metro noventa de altura y poseía una espléndida constitución. Tenía el cabello claro y los ojos azul grisáceos que en los hombres de su talla suelen asociarse a un valor y entereza de primera magnitud. Solía vestir el uniforme completo, especialmente en acción, mientras la mayoría de los oficiales se contentaba con lucir un atuendo menos rimbombante, por lo cual su figura resultaba llamativa e impresionante. Como todo el resto, tenía las maneras de un caballero, una mente cultivada y un corazón de león. Tenía alrededor de treinta años.

Pronto todos empezamos a sentir por Brayle tanto simpatía como admiración, y con sincero disgusto observamos, durante la batalla de Stone's River —nuestro primer combate desde que él se unió a nosotros—, que poseía uno de los defectos más criticables e indignos de un militar: se envanecía de su valentía. En el transcurso de las vicisitudes y alternancias de aquel odioso enfrentamiento, tanto cuando nuestras tropas se batían en los campos abiertos de algodón, o en los bosques de cedros, como cuando lo hacían detrás del terraplén del ferrocarril, él no se puso ni una vez a cubierto, hasta que se lo ordenó expresamente el general, que normalmente tenía otras cosas en qué pensar que en las vidas de los oficiales de su estado mayor, o en la de sus hombres, por el mismo motivo.

En los combates siguientes, mientras Brayle estaba con nosotros, ocurrió lo mismo. Permanecía sentado en su caballo como una estatua ecuestre, entre una tormenta de balas y metralla, en los puntos más expuestos, dondequiera que su deber, requiriéndole acudir, le permitiera permanecer. Sin embargo, sin ningún problema y en beneficio de su reputación de hombre con sensatez, hubiera podido situarse a resguardo, en la medida de lo posible, en esos breves momentos de inacción personal

que se dan en una batalla.

Su comportamiento era el mismo cuando andaba a pie, por necesidad o por deferencia a su comandante y a sus compañeros apeados. Se erguía como una roca en campo descubierto, cuando oficiales y soldados se ponían a cubierto. Mientras hombres de más edad y más años de servicio, con más alto rango y con incuestionable coraje, preservaban sensatamente, tras alguna colina, sus vidas, infinitamente valiosas para el servicio del país, aquel hombre se colocaba en la cima de la colina, igualmente ocioso en aquel momento que sus compañeros, pero dando la cara en la dirección del fuego más nutrido.

Cuando los combates se desarrollan en campo abierto, a menudo sucede que los soldados confrontados, que se enfrentan entre ellos durante horas a la simple distancia de una pedrada, se aprietan contra la tierra como si estuvieran enamorados de ella. Los mismos oficiales, en los puestos asignados, se aplastan contra el suelo, y los oficiales superiores, cuando han matado a sus caballos o los han enviado a la retaguardia, se agazapan evitando la bóveda infernal de silbidos de plomo y aullidos de acero, sin pensar en su dignidad.

En tales circunstancias, la vida de un oficial del estado mayor de brigada no es, evidentemente, «una vida feliz»; tanto por su precaria duración como por los nerviosos cambios emocionales a que está expuesto. De una posición de relativa seguridad —de la que un civil, sin embargo, consideraría que sólo puede salvarse «de milagro»— puede ser enviado a transmitir una orden al coronel de algún regimiento situado en el frente de combate; una persona poco visible en ese momento y difícil de encontrar sin una intensa búsqueda entre hombres preocupados por otras cosas, en una madriguera en que tanto preguntas como respuestas se realizan por señales. En esos casos, se acostumbra a bajar la cabeza y a escabullirse galopando a toda prisa, pues el mensajero se ha convertido en un objeto de extraordinario interés para miles de maravillados tiradores. A la vuelta... bueno, no suele haber vuelta.

La actuación de Brayle era muy distinta. Confiaba su caballo al cuidado de su asistente —amaba mucho a su caballo— y se encaminaba muy tranquilo a cumplir su peligroso mandato, sin volverse nunca, fascinando las miradas de todos con su espléndida figura realzada por el uniforme. Lo observábamos conteniendo la respiración y con el corazón en la boca. En una de estas ocasiones, un compañero de nuestras filas se emocionó tanto que me gritó:

—Te a-apuesto d-dos d-dólares a que lo m-matan antes de que llegue a-al f-foso.

No acepté la brutal apuesta, porque yo también estaba seguro de que lo matarían.

Pero permítanme hacer justicia a la memoria de un hombre valiente. De todas las veces que exponía inútilmente su vida, no hacía después la menor baladronada ni el subsiguiente relato de sus hazañas. En las pocas ocasiones en que alguno de nosotros se había aventurado a reprenderlo, Brayle había sonreído amablemente y había dado una respuesta cortés pero firme, que no alentaba a proseguir con el tema. Un día le habló al capitán:

—Capitán, si alguna vez sufro un percance por olvidar sus consejos, espero que su querida voz me reconforte en mis últimos momentos murmurándome al oído las benditas palabras: «Ya se lo dije...».

Nos reímos del capitán, sin que hubiéramos sabido explicar por qué. Cuando aquella tarde le dispararon, hasta casi hacerlo pedazos en una emboscada, Brayle permaneció junto a su cuerpo mucho tiempo, colocando bien sus miembros con extrema delicadeza... ¡allí, en medio de un camino barrido por ráfagas de metralla y botes de humo! Es fácil censurar este tipo de cosas y no muy difícil abstenerse de imitarlas, pero es imposible no respetarlas. Y Brayle no era menos apreciado por aquella debilidad, que se expresaba de modo tan heroico. Deseábamos que no hiciera locuras, pero perseveró en su actitud hasta el final, resultando a veces gravemente herido, pero retornando siempre al cumplimiento de su deber, cuando estaba repuesto.

Por supuesto, al fin le llegó el momento. Aquel que ignora la ley de las probabilidades desafía a un adversario invencible. Fue en Resaca, en Georgia, durante el transcurso de una maniobra que resultó en la toma de Atlanta. Enfrente de nuestra brigada, las trincheras enemigas se extendían por campos abiertos a lo largo de la suave cima de una colina. Estábamos muy próximos a ellas, en el sotobosque, en cada extremo de este campo abierto, pero no albergábamos esperanzas de ocupar aquel claro hasta la noche, en que la oscuridad nos permitiría abrirnos camino como topos y surgir de las madrigueras. Nuestra línea se encontraba en el límite del bosque, a medio kilómetro del enemigo. Más o menos formábamos una especie de semicírculo en el que la línea enemiga quedaba como la cuerda del arco.

—Teniente, vaya a decir al coronel Ward que se acerque tanto como pueda, manteniéndose a cubierto, y que no malgaste munición en disparos innecesarios. Puede usted dejar su caballo.

Cuando el general impartió esta orden, nos encontrábamos en el margen del bosque, en el extremo derecho de aquel arco. El coronel Ward se hallaba en el extremo izquierdo. La sugerencia, hecha por el general, de dejar el caballo, significaba, obviamente, que Brayle debía tomar el camino más largo, a través del bosque y por en medio de los hombres. En realidad, era una sugerencia innecesaria. Ir por el camino más corto suponía fracasar con toda seguridad en la entrega del mensaje. Antes de que nadie hubiera podido interponerse, Brayle cabalgaba a medio galope por el campo abierto y de las trincheras enemigas surgía un fuego crepitante.

—¡Paren a ese maldito loco! —aulló el general.

Un soldado raso de la escolta, con más ambición que cerebro, espoleó al caballo hacia delante para obedecer, y en diez metros él y su caballo quedaron muertos en el campo del honor.

Brayle estaba ya fuera del alcance de las llamadas. Galopaba tranquilamente, en paralelo al enemigo, a menos de doscientos metros de distancia. ¡Parecía un cuadro admirable! El sombrero había volado o saltado de un disparo de su cabeza y su largo cabello rubio subía y bajaba en el aire con el movimiento del caballo. Se sentaba muy

erguido en la montura, sujetando suavemente las riendas con la mano izquierda, y con la derecha colgando indolentemente a un lado. Una rápida mirada a su hermoso perfil cuando volvía la cabeza a uno u otro lado demostraba que el interés con que tomaba lo que estaba sucediendo era verdadero y sin ninguna afectación.

El espectáculo era intensamente dramático, pero en modo alguno teatral. Sucesivas hileras de rifles escupían fuego sobre él mientras avanzaba y pronto nuestra línea, en el linde del bosque, se rompió en una visible y sonora defensa. Sin más preocupación por sí mismos ni por las órdenes recibidas, nuestros compañeros se pusieron en pie de un salto y se precipitaron al campo abierto lanzando láminas de balas hacia la chispeante cima de las fortificaciones enemigas, que respondieron abriendo un bestial fuego sobre los grupos desprotegidos, con efectos mortales. La artillería de las dos partes se unió a la batalla, puntuando el crepitar y el clamor con explosiones sordas que hacían temblar la tierra y rasgando el aire con ensordecedoras tormentas de metralla. Desde el lado enemigo la metralla astillaba los árboles y los salpicaba de sangre; desde nuestro lado, ensuciaba el humo de sus armas con nubes de polvo que se levantaban de sus trincheras.

El combate general había concentrado mi atención por un momento, pero después, mirando hacia abajo, al camino despejado que quedaba entre aquellas dos nubes de tormenta, vi a Brayle, la causa de aquella carnicería. Invisible ahora para los dos bandos, condenado por igual por amigos y adversarios, estaba de pie en medio de aquel espacio barrido de disparos, con la cara vuelta al enemigo. A pocos metros, su caballo yacía en el suelo. Al instante vi lo que lo había detenido.

Como ingeniero topógrafo que yo era, a primeras horas del día había hecho un apresurado reconocimiento del terreno y en ese momento recordé que en aquel punto había un profundo y sinuoso barranco, que atravesaba el campo por el medio hasta las líneas enemigas con las que se unía al final en ángulo recto. Desde la posición donde nos encontrábamos no podía verse y Brayle, evidentemente, desconocía su existencia. Sin duda, era infranqueable. Sus ángulos salientes le hubieran proporcionado una completa seguridad si se hubiera contentado con el milagro que, sin duda, se había producido ya en su favor, y hubiera saltado dentro. No podía avanzar y no podía retroceder. Estaba de pie, aguardando la muerte. No lo hizo esperar mucho.

Por una misteriosa coincidencia, el fuego cesó casi en el mismo instante en que cayó. Unos pocos disparos aislados, a largos intervalos, acentuaron más el silencio, en lugar de romperlo. Era como si los dos bandos se hubieran arrepentido súbitamente de su inútil crimen. Poco después, cuatro de nuestros camilleros, seguidos por un sargento con bandera blanca, avanzaron por el campo sin ser molestados y se dirigieron directamente hacia el cuerpo de Brayle. Varios oficiales y soldados confederados salieron a su encuentro y, descubriéndose, los ayudaron a levantar su sagrada carga. Mientras lo traían a nuestras filas, oímos tras las trincheras enemigas el sonido apagado de los pífanos y los tambores... una marcha fúnebre. Un enemigo generoso honraba a un valiente caído.

Entre los efectos personales del muerto estaba una desgastada cartera de cuero de Rusia. Me tocó a mí en la distribución de los recuerdos de nuestro amigo, que hizo el general, en calidad de administrador.

Un año después del final de la guerra, en mi vuelta a California, la abrí y la inspeccioné sin mucha atención. De un compartimiento que había pasado por alto cayó una carta sin sobre ni dirección. Estaba escrita con letra de mujer y empezaba con unas palabras de cariño, pero sin encabezamiento. Estaba fechada en: «San Francisco, Cal., 9 de julio de 1862». La firma era: «Querida», entre comillas. De manera casual, la autora de la carta daba su nombre y apellidos en medio del texto: Marian Mendenhall.

La carta mostraba indicios de cultura y educación en su autora, pero era una carta de amor corriente, si es que una carta de amor puede ser corriente. No había en ella nada interesante, a excepción de un párrafo:

«El señor Winters (a quien aborreceré siempre por ello) ha ido contando que en una batalla en Virginia, durante la cual fue herido, te vio agazapado detrás de un árbol. Estoy segura de que quiere despreciarte ante mis ojos, como sabe que ocurriría si creyera tal historia. Podría soportar recibir la noticia de la muerte de mi amante soldado, pero no la de su cobardía».

Aquellas eran las palabras que aquella tarde soleada, en una lejana región, habían matado a un centenar de hombres. ¿Las mujeres son débiles?

Un día, por la tarde, telefoneé a la señorita Mendenhall para quedar con ella y devolverle su carta. Tenía la intención, también, de contarle lo que ella había provocado, aunque sin decirle que había sido la causa. La encontré en una bonita casa de Rincón Hill. Era hermosa y bien educada; en una palabra, encantadora.

—Usted conocía al teniente Herman Brayle, ¿no es así? —empecé, de una manera algo brusca—. Sin duda sabe que desgraciadamente cayó en batalla. Entre sus efectos se encontró esta carta, remitida por usted. Mi misión al venir aquí es entregársela personalmente.

Tomó maquinalmente la carta, la miró por encima y se ruborizó. Luego, mirándome con una sonrisa, dijo:

—Es muy amable de su parte, aunque estoy segura de que no merecía la pena que se molestara.

De pronto se sobresaltó y cambió de color.

— Esta mancha... —dijo—, es... seguramente, no será...

—Señorita —dije yo—, discúlpeme, pero sí, es la sangre del corazón más fiel y más valeroso que ha palpitado jamás.

Entonces tiró apresuradamente la carta a los ardientes carbones de la chimenea.

—¡Oh! No puedo soportar la visión de la sangre —exclamó—. ¿Cómo murió?

Me había levantado instintivamente para rescatar aquel pedazo de papel, sagrado hasta para mí, y estaba de pie detrás de ella. Cuando hizo la pregunta volvió la cara ligeramente. La luz de la carta ardiendo se reflejó en sus ojos y le tintó una mejilla

con un color carmesí igual que el rojo de la mancha del papel. Jamás había visto nada tan hermoso como aquella odiosa criatura.

—Lo mordió una serpiente —respondí.

El caso del desfiladero de Coulter

The Affair at Coulter's Notch

—¿Cree usted, coronel, que a su valiente Coulter le agradaría emplazar uno de sus cañones aquí? —preguntó el general.

No parecía que pudiera hablar en serio: aquél, verdaderamente, no parecía un lugar donde a ningún artillero, por valiente que fuera, le gustase colocar un cañón. El coronel pensó que posiblemente su jefe de división quería darle a entender, en tono de broma, que en una reciente conversación entre ellos se había exaltado demasiado el valor del capitán Coulter.

—Mi general —replicó, con entusiasmo—, a Coulter le gustaría emplazar un cañón en cualquier parte desde la que alcanzara a esa gente —con un gesto de la mano señaló en dirección al enemigo.

—Es el único lugar posible —afirmó el general.

Hablaba en serio, entonces.

El lugar era una depresión, una «mella» en la cumbre escarpada de una colina. Era un paso por el que ascendía una ruta de peaje, que alcanzaba el punto más alto de su trayecto serpenteando a través de un bosque ralo y luego hacía un descenso similar, aunque menos abrupto, en dirección al enemigo. En una extensión de kilómetro y medio a la derecha y kilómetro y medio a la izquierda, la cadena de montañas, aunque ocupada por la infantería federal, asentada justo detrás de la escarpada cumbre como mantenida por la sola presión atmosférica, era inaccesible a la artillería. El único lugar utilizable era el fondo del desfiladero, apenas lo bastante ancho para establecer el camino. Del lado de los confederados, ese punto estaba dominado por dos baterías apostadas sobre una elevación un poco más baja, al otro lado de un arroyo, a medio kilómetro de distancia. Lo árboles de una granja disimulaban todos los cañones excepto uno que, como con descaro, estaba emplazado en un claro, justo enfrente de una construcción bastante destacada: la casa de un plantador. El cañón, sin embargo, estaba bastante protegido en su exposición porque la infantería federal había recibido la orden de no tirar. El desfiladero de Coulter, como se le llamó después, no era un lugar, en aquella agradable tarde de verano, donde a nadie le «agradara emplazar un cañón».

Tres o cuatro caballos muertos yacían en el camino, tres o cuatro hombres muertos estaban ordenadamente colocados en hilera a uno de los lados, un poco hacia atrás, en la pendiente de la colina. Todos menos uno eran soldados de caballería de la vanguardia federal. Uno era Furriel. El general que comandaba la división y el coronel en jefe de la brigada, seguidos de su estado mayor y de su escolta, habían cabalgado hasta el fondo del desfiladero para examinar la batería enemiga, que se había disimulado inmediatamente tras unas altas nubes de humo. Resultaba inútil

curiosear sobre unos cañones que se enmascaraban como las sepias, y el examen había sido breve. Cuando terminó, a poca distancia del sitio donde había comenzado, se produjo la conversación que hemos relatado parcialmente. «Es el único lugar — repitió el general con aire pensativo— desde donde llegar a ellos».

El coronel le miró con gravedad.

—Sólo hay espacio para un cañón, mi general. Uno contra doce.

—Es verdad... para uno solo cada vez —dijo el comandante de la división esbozando algo parecido a una sonrisa—. Pero, entonces, su bravo Coulter... tiene una batería en él mismo.

Su tono irónico no dejaba lugar a dudas. Al coronel le irritó, pero no supo qué decir. El espíritu de subordinación militar no promueve la réplica, ni siquiera la tácita desaprobación.

En aquel momento, un joven oficial de artillería ascendía lentamente a caballo por el camino, escoltado por su clarín. Era el capitán Coulter. No debía de tener más de veintitrés años. De mediana estatura, muy esbelto y flexible, montaba su caballo con algo del aire de un civil. En su rostro había algo singularmente distinto a los de los hombres que le rodeaban; era delgado, tenía la nariz grande y los ojos grises, un ligero bigote rubio y un largo, bastante desordenado cabello, también rubio. Su uniforme mostraba señales de descuido: la visera del gastado kepis estaba ligeramente ladeada; la chaqueta, sólo abotonada a la altura del cinturón, dejaba ver en buena medida una camisa blanca, bastante limpia para aquella etapa de la campaña. Pero aquella indolencia sólo afectaba a su atuendo y a su porte: la expresión de sus ojos grises demostraba un profundo interés hacia cuanto le rodeaba: escrutaban como faros el paisaje a derecha e izquierda; después se detenían mucho rato en el cielo que se veía sobre el desfiladero: hasta llegar al punto más alto del camino, no había nada más que ver en aquella dirección. Al pasar frente a sus jefes de división y de brigada por el lado del camino los saludó mecánicamente y se dispuso a proseguir. El coronel le indicó por señas que se detuviera.

—Capitán Coulter —dijo—, el enemigo ha situado doce piezas de artillería en la colina contigua. Si comprendo bien al general, le ordena a usted que emplace un cañón aquí e inicie el combate.

Hubo un inexpresivo silencio. El general miró, impasible, a un regimiento distante que ascendía apretadamente y muy despacio por la colina, a través de la densa maleza, en espiral, como una deshilvanada nube de humo azul. Pareció que el capitán Coulter no había observado al general. Después habló, lentamente y con aparente esfuerzo:

—¿En la próxima colina, dice usted, mi coronel? ¿Están los cañones cerca de la casa?

—¡Ah, ya ha recorrido usted este camino antes! Sí, justo ante la casa.

—¿Y es... necesario... abrir fuego? ¿La orden es formal?

Hablaba con voz ronca y entrecortada. Había palidecido visiblemente. El coronel

estaba sorprendido y mortificado. Lanzó una mirada de reojo al general. Ningún indicio en aquel rostro inmóvil, tan duro como el bronce. Un momento después, el general se alejaba cabalgando, seguido de los miembros de su estado mayor y de su escolta. El coronel, humillado e indignado, se disponía a ordenar que arrestaran al capitán Coulter cuando éste pronunció en voz baja unas pocas palabras dirigidas a su clarín, saludó y se dirigió cabalgando en línea recta hacia el desfiladero. Cuando llegó a la cima del camino, con los gemelos ante los ojos, se mostró recortado contra el cielo, y él y su caballo dibujaron una nítida figura ecuestre. El clarín había bajado la pendiente a toda carrera y desapareció detrás de un bosque. Entonces, se oyó sonar su clarín entre los cedros y, en increíblemente poco tiempo, un cañón seguido de un furgón de municiones, cada cual tirado por seis caballos y manejado por su equipo completo de artilleros, apareció traqueteando y arrasando la cuesta en medio de un torbellino de polvo. Luego, fue empujado a mano hasta la cumbre fatal, entre los caballos, que quedaron muertos. El capitán hizo un ademán con el brazo, los hombres que cargaban el cañón se movieron con asombrosa agilidad y, casi antes de que las tropas que seguían el camino hubieran dejado de escuchar el ruido de las ruedas, una enorme nube blanca se abatió sobre la colina con un ensordecedor estruendo: el combate del desfiladero de Coulter había empezado.

No se pretende aquí relatar con detalle los episodios y las vicisitudes de este horrible combate, un combate sin incidentes y con las únicas alternancias de diferentes grados de desesperación. Casi en el momento en que el cañón del capitán Coulter lanzaba su nube de humo como un desafío, doce nubes se elevaron en respuesta por entre los árboles que rodeaban la casa de la plantación, y el rugido profundo de una detonación múltiple resonó como un eco roto. Desde ese momento hasta el final, los cañones federales lucharon su batalla sin esperanza, en una atmósfera de hierro candente cuyos pensamientos eran relámpagos y cuyas hazañas eran la muerte.

Como no deseaba ver los esfuerzos que no podía apoyar, ni la carnicería que no podía impedir, el coronel había escalado la cumbre hasta un punto situado a cuatrocientos metros a la izquierda, desde donde el desfiladero, invisible pero impulsando sucesivas masas de humo, semejava el cráter de un volcán en tronante erupción. Observó los cañones enemigos con sus prismáticos, constatando hasta donde podía los efectos del fuego de Coulter —si Coulter vivía todavía para dirigirlo—. Vio que los artilleros federales, ignorando las piezas del enemigo cuya posición sólo podían determinar por el humo, consagraban toda su atención al que continuaba emplazado en el terreno abierto: el césped de delante de la casa. Alrededor y por encima de este duro cañón explotaron los obuses a intervalos de pocos segundos. Algunos hicieron explosión en la casa, como se pudo ver por unas delgadas columnas de humo que subían por las brechas del techo. Se veían claramente formas de hombres y caballos postrados en el suelo.

—Si nuestros hombres están haciendo tan buen trabajo con un solo cañón —dijo

el coronel a un ayudante de campo que estaba cerca— deben estar sufriendo como el demonio el fuego de doce. Baje y presente a quien dirija ese cañón mis felicitaciones por la eficacia de su fuego.

Se volvió a su ayudante mayor y agregó:

—¿Observó usted la maldita resistencia de Coulter a obedecer órdenes?

—Sí, mi coronel.

—Bueno, no hable de esto con nadie, por favor. No creo que el general se preocupe de formular acusaciones. Tendrá sin duda bastante qué hacer para explicar su papel en este modo tan poco usual de divertir a la retaguardia de un enemigo en retirada.

Un joven oficial se aproximó desde la parte de abajo, escalando sin aliento la pendiente. Casi antes de saludar, exclamó, jadeando:

—Mi coronel, me envía el coronel Harmon para informarle que los cañones del enemigo se hallan al alcance de nuestros fusiles y casi todos son visibles desde numerosos puntos de la colina.

El jefe de brigada le miró sin demostrar el menor interés.

—Lo sé —respondió, tranquilamente.

El joven ayudante estaba visiblemente azorado.

—El coronel Harmon quisiera autorización para silenciar esos cañones.

—Yo también —replicó el coronel con en el tono de antes—. Salude de mi parte al coronel Harmon y dígame que todavía rigen las órdenes del general para que la infantería no abra fuego.

El ayudante saludó y se retiró. El coronel hundió los talones en tierra y dio media vuelta para continuar mirando los cañones del enemigo.

—Coronel —dijo el ayudante mayor—, no sé si debería decir nada, pero hay algo extraño en todo esto. ¿Sabía usted que el capitán Coulter es del Sur?

—No. ¿Lo era, de verdad?

—Oí que el verano pasado, la división que el general comandaba entonces se encontraba en las cercanías de la plantación de Coulter; acampó allí durante unas semanas y...

—¡Escuche! —le interrumpió el coronel levantando la mano—. ¿Oye usted eso?

Eso era el silencio del cañón federal. El estado mayor, los asistentes, las líneas de infantería situadas detrás de la cumbre, todos habían «oído» y miraban con curiosidad en la dirección del cráter, de donde no ascendía ya humo sino sólo algunas nubes esporádicas procedentes de los obuses enemigos. Entonces llegó el toque de un clarín y el ruido débil de unas ruedas. Un minuto más tarde, las agudas detonaciones comenzaron con redoblada actividad. El cañón destruido había sido reemplazado por otro, intacto.

—Sí —dijo el ayudante mayor, continuando su historia—, el general conoció a la familia Coulter. Hubo problemas, ignoro de qué naturaleza... Algo que concernía a la esposa de Coulter. Es una rabiosa secesionista, como casi todos en la familia, excepto

Coulter, pero es una buena esposa y una dama muy educada. En el cuartel general del ejército se recibió una queja. El general fue transferido a esta división. Resulta extraño que después de eso la batería de Coulter haya sido asignada a ella.

El coronel se había levantado de la roca donde estaba sentado. Sus ojos llameaban de generosa indignación.

—Dígame, Morrison —dijo, mirando a su chismoso oficial del estado mayor directamente a la cara—, ¿le contó esa historia un caballero o un embustero?

—No quiero revelar cómo me llegó, mi coronel, a, menos que sea preciso —enrojeció ligeramente—, pero apuesto mi vida a que es verdad.

El coronel se giró hacia un corrillo de oficiales que estaba a cierta distancia.

—¡Teniente Williams! —gritó.

Uno de los oficiales se apartó del grupo y, adelantándose, saludó y dijo:

—Discúlpeme, mi coronel, creía que estaba usted informado. Williams ha muerto abajo, al pie del cañón. ¿En qué puedo servirle, señor?

El teniente Williams era el edecán que había tenido el placer de transmitir al oficial que comandaba la batería las felicitaciones de su jefe de brigada.

—Vaya —dijo el coronel— y ordene la retirada de esa pieza inmediatamente. No... Iré yo mismo.

Bajó a todo correr la cuesta que conducía a la parte de atrás del desfiladero, franqueando rocas y malezas, seguido de su pequeña escolta, entre un tumultuoso desorden. Cuando llegaron al pie de la cuesta, montaron sus caballos, que los esperaban, enfilaron a trote rápido por el camino; doblaron un recodo y desembocaron en el desfiladero. ¡El espectáculo que encontraron allí era espeluznante!

En aquel desfiladero, apenas suficientemente ancho para un solo cañón, habían amontonado los restos de por lo menos cuatro piezas. Si habían percibido el silencio de sólo el último inutilizado, era porque habían faltado hombres para sustituirlo rápidamente por otro. Los desechos se esparcían a ambos lados del camino; los hombres habían logrado mantener un espacio libre en el medio en el que la quinta pieza estaba ahora haciendo fuego. ¿Los hombres? ¡Parecían demonios del infierno! Todos sin gorra, todos desnudos hasta la cintura, su piel, humeante, negra de manchas de pólvora y salpicada de gotas de sangre. Todos trabajaban como dementes, manejando el ariete y los cartuchos, las palancas y el gancho de disparo. A cada golpe de retroceso, apoyaban contra las ruedas sus hombros tumefactos y sus manos ensangrentadas, y encajaban de nuevo el pesado cañón en su lugar. No había órdenes. En aquel enloquecido revuelo de alaridos y explosiones de obuses; entre el silbido agudo de las esquirlas de hierro y de las astillas que volaban por todas partes, no se hubiera oído ninguna orden. Los oficiales, si es que quedaban oficiales, no se distinguían de los soldados. Todos trabajaban juntos, cada uno, mientras aguantaba, dirigido por miradas. Cuando el cañón era escobillado, se cargaba; cuando estaba cargado, se apuntaba y se tiraba. El coronel vio algo que no había visto jamás en toda

su carrera militar, algo horrible y misterioso: ¡el cañón sangraba por la boca! En un momento en que faltaba agua, el artillero que esponjaba la pieza había empapado la esponja en un charco de sangre de uno de sus camaradas. No había ningún conflicto en todo aquel trabajo. El deber del instante era obvio. Cuando un hombre caía, otro, muy poco más limpio, parecía surgir de la tierra en lugar del muerto, para caer a su vez.

Con los cañones deshechos yacían también los hombres deshechos, al lado de los restos, por encima y por debajo. Y, retrocediendo por el camino, ¡una horripilante procesión! se arrastraban con las manos y las rodillas los heridos capaces de moverse. El coronel, que compasivamente había enviado a su escolta hacia la derecha, hubo de pasar con su caballo por encima de los que estaban definitivamente muertos para no aplastar a aquellos que todavía conservaban un resto de vida. Mantuvo su camino con tranquilidad en medio de aquel infierno, se acercó al lado del cañón y, en la oscuridad de la última descarga, golpeó en la mejilla al hombre que sostenía el ariete, que se derrumbó creyendo que había muerto. Un demonio siete veces condenado brotó de entre el humo para ocupar su puesto, pero se detuvo y fijó en el oficial a caballo una mirada no terrenal; los dientes le brillaban entre los labios negros; los ojos, salvajes y desorbitados, ardían como brasas bajo las cejas ensangrentadas. El coronel hizo un ademán autoritario señalándole la parte de atrás. El demonio se inclinó, en señal de obediencia. Era el capitán Coulter.

Simultáneamente a la señal de alto del coronel, el silencio cayó sobre todo el campo de batalla. La procesión de proyectiles dejó de correr en aquel desfile de muerte porque el enemigo también había dejado de tirar. Su ejército había desaparecido desde hacía horas; el comandante de la retaguardia, que había mantenido arriesgadamente su posición con la esperanza de silenciar el cañón federal, también había hecho callar sus piezas en aquel extraño minuto.

—No era consciente del alcance de mi autoridad —dijo el coronel sin dirigirse a nadie, mientras cabalgaba hacia la cima de la colina para averiguar qué había ocurrido.

Una hora más tarde, su brigada hacía vivac en el campo enemigo, y los soldados examinaban con respeto casi religioso, como fieles ante las reliquias de un santo, los cuerpos de una veintena de caballos despatarrados y los restos de tres cañones inservibles. Los caídos habían sido retirados; sus cuerpos desmembrados y desgarrados hubieran satisfecho demasiado al enemigo.

Naturalmente, el coronel se alojó con su familia militar en la casa de la plantación. Aunque bastante derruida, era mejor que un campamento al aire libre. Los muebles estaban muy desarreglados y rotos. Las paredes y los techos habían cedido en algunas partes y un olor a pólvora lo impregnaba todo. Las camas, los armarios para la ropa femenina y las alacenas no estaban muy dañados. Los nuevos inquilinos de una noche se instalaron como en su casa, y la virtual aniquilación de la batería de Coulter les brindó un animado tema de conversación.

Durante la cena, un asistente que pertenecía a la escolta apareció en el comedor y pidió permiso para hablar con el coronel.

—¿Qué ocurre, Barbour? —preguntó el coronel amablemente, habiendo escuchado sus palabras.

—Mi coronel, en el sótano pasa algo raro. No sé qué... creo que hay alguien allí. Yo había bajado a registrar.

—Bajaré a ver —dijo un oficial del estado mayor, levantándose.

—Yo también —repuso el coronel—. Que los demás se queden. Guíenos, asistente.

Tomaron un candelero de la mesa y bajaron las escaleras del sótano. El asistente temblaba visiblemente. El candelero iluminaba débilmente, pero en seguida, mientras avanzaban, su estrecho círculo de luz reveló una forma humana sentada en el suelo contra la pared de piedra negra que ellos habían venido siguiendo. Tenía las rodillas en alto y la cabeza echada hacia atrás. El rostro, que hubiera debido verse de perfil, permanecía invisible porque el hombre estaba tan inclinado hacia delante que su largo cabello lo ocultaba. Y, de un modo extraño, su barba, de un color mucho más oscuro, caía en una gran masa enredada y se desplegaba sobre el suelo a su lado. Se detuvieron involuntariamente. Después, el coronel, tomando el candelero de la temblorosa mano del asistente, se aproximó al hombre y le examinó con atención. La barba negra era la cabellera de una mujer muerta. La mujer muerta apretaba entre sus brazos a un bebé muerto. Y el hombre estrechaba a los dos entre sus brazos, los apretaba contra su pecho, contra sus labios. En el cabello del hombre había sangre. A medio metro, cerca de una depresión irregular de la tierra fresca que formaba el suelo del sótano —una excavación reciente, con un pedazo convexo de hierro y los bordes arqueados visibles en uno de los lados—, se veía el pie de un niño. El coronel alzó el candelero lo más alto que pudo. El piso del cuarto de arriba se había agujereado y las astillas de madera colgaban apuntando en todas direcciones.

—Esta casamata no es a prueba de bombas —dijo el coronel gravemente. No se le ocurrió que su resumen del asunto guardaba cierta frivolidad.

Permanecieron un momento al lado del grupo sin decir una palabra: el oficial del estado mayor pensaba en su cena interrumpida; el asistente, en lo que podía contener un tonel que había en el otro rincón del sótano. De pronto, el hombre que habían creído muerto levantó la cabeza y los miró tranquilamente a la cara. Tenía la piel negra como el carbón; sus mejillas parecían tatuadas desde los ojos por irregulares líneas blancas. Los labios también eran blancos, como los de un negro de teatro. Tenía sangre en la frente.

El oficial del estado mayor retrocedió un paso y el asistente, dos.

—¿Qué hace usted aquí, amigo? —preguntó el coronel, inmutable.

—Esta casa me pertenece, señor —fue la réplica, deliberadamente cortés.

—¿Le pertenece? ¡Ah, entiendo! ¿Y éstos?

—Mi mujer y mi hija. Soy el capitán Coulter.

«Coup de grâce»

«Coup de Grâce»

La lucha había sido dura e incesante. Todos los sentidos lo atestiguaban: hasta el gusto de la batalla flotaba en el aire. Pero ya había terminado; sólo quedaba auxiliar a los heridos y enterrar a los muertos...; «limpiar un poco», como decía el humorista del pelotón de sepultureros. Era bastante lo que había que limpiar. Hasta donde abarcaba la vista dentro del bosque, entre los árboles descuajados, veíanse restos de hombres y caballos, entre los que se movían los camilleros recogiendo y transportando a los pocos que daban señales de vida. La mayor parte de los heridos habían muerto desangrados, cuando hasta el derecho de atenderlos se hallaba en disputa. Los heridos tenían que esperar, reglamentaban las ordenanzas del ejército. La mejor manera de cuidarlos es ganar la batalla. Debe admitirse que la victoria es una indudable ventaja para un hombre que necesita atención médica, pero muchos no viven para sacarle partido.

Los muertos eran puestos en hilera, en grupos de quince o veinte, mientras se cavaban las fosas que habían de recibirlos. A algunos, que estaban demasiado lejos, se les enterraba donde habían caído. Nadie se esforzaba demasiado por identificarlos, aunque en la mayoría de los casos los pelotones de enterradores que espigaban en el mismo terreno que contribuyeran a segar anotaban los nombres de los muertos victoriosos. A las bajas enemigas, ya era bastante que las contaran. Aunque esto tenía su compensación, porque a muchos los contaban varias veces; de ahí que el total que aparecía en el comunicado del comandante vencedor denotaba más bien una esperanza que un resultado.

A corta distancia del sitio donde uno de los pelotones de enterradores había establecido su «vivac de la muerte», un oficial de los federales se apoyaba contra un árbol. Desde los pies hasta el cuello, su actitud era de fatiga en reposo. Pero la cabeza movíase inquieta de un lado a otro. Su mente, al parecer, no descansaba. Quizá no sabía en qué dirección marcharse. Lo más probable era que no permaneciese allí mucho tiempo, porque ya los rayos oblicuos del sol poniente manchaban de rojo los claros del bosque, y los soldados exhaustos abandonaban su tarea. Era difícil que pernoctara entre los muertos. Después de la batalla, nueve hombres de cada diez le preguntaban a uno el paradero de alguna sección del ejército... como si alguien lo supiera. Indudablemente este oficial estaba extraviado. Tras descansar un instante, marcharía en pos de los pelotones de sepultureros.

Cuando todos se fueron, empezó a caminar a través del bosque, en dirección al rojo poniente, cuya luz le manchaba la cara con reflejos sanguíneos. El aire de confianza con que ahora avanzaba sugería que estaba en terreno familiar; había logrado orientarse. Marchaba sin mirar los muertos que yacían a derecha e izquierda.

Tampoco le detenía la sorda queja de algún infeliz, olvidado por los grupos de rescate, que pasaría mala noche bajo las estrellas, sin más compañía que la sed. El oficial nada podía hacer: no era médico, no tenía agua.

Al extremo de una angosta quebrada —una simple depresión del terreno— yacía un pequeño grupo de cadáveres. Los vio. Apartose de pronto del camino que seguía y caminó rápido hacia ellos. Escrutándolos al pasar, se detuvo al fin ante uno que estaba a corta distancia de los demás, cerca de un matorral de arbustos. Lo miró atentamente: parecía moverse. Se agachó y le puso la mano en la cara. El cuerpo gritó.

El oficial era el capitán Downing Madwell, de un regimiento de infantería de Massachusetts, soldado inteligente y audaz, amén de hombre honorable.

En el regimiento había dos hermanos de apellido Halcrow. Caffal y Creede Halcrow. Caffal Halcrow era sargento en la compañía del capitán Madwell. Y esos dos hombres, el sargento y el capitán, eran íntimos amigos. Dentro de lo que permitía la diferencia de graduación, la disparidad de obligaciones y los requisitos de la disciplina militar, estaban siempre juntos. En realidad, se habían criado juntos. Y una costumbre del corazón no se desarraiga fácilmente. Caffal Halcrow nada tenía de marcial en su carácter ni en sus gustos, pero la idea de separarse de su amigo le resultaba desagradable; y por eso se alistó en la compañía de la que Madwell era entonces teniente. Ambos habían ascendido dos grados, pero entre el suboficial más alto y el oficial más subalterno, el abismo social es ancho y profundo; y aquella vieja relación, mantenida con dificultad, ya no podía ser idéntica.

Creede Halcrow, hermano de Caffal, era mayor del regimiento. Un hombre cínico, saturnino. Entre él y el capitán Madwell reinaba una antipatía natural, que las circunstancias habían alimentado y fortalecido hasta convertirla en activa animosidad. De no mediar la influencia moderadora de Caffal, es indudable que cada uno de estos patriotas habría tratado de privar a su país de los servicios del otro...

* * *

Al iniciarse la batalla esa mañana, el regimiento cumplía una misión de avanzada, a una milla del cuerpo principal del ejército. Fue atacado y casi rodeado en el bosque, pero mantuvo a pie firme el terreno. Al disminuir momentáneamente la lucha, el mayor Halcrow se dirigió hacia el capitán Madwell. Cambiaron un saludo formal, y dijo el mayor:

—Capitán, el coronel le ordena avanzar con su compañía hasta el nacimiento de esa quebrada, y mantener la posición hasta nueva orden. No necesito subrayarle el carácter peligroso de la maniobra, pero si usted lo desea, imagino que puede entregar el mando a su primer teniente. No se me ordenó, sin embargo, autorizar esta substitución. Es simplemente una sugerencia personal y extraoficial.

A ese atroz insulto, replicó fríamente el capitán Madwell:

—Señor, le invito a participar en la maniobra. Un oficial montado sería un blanco perfecto, y siempre he sostenido la opinión de que usted valdría más si estuviera muerto.

Ya en 1862 se cultivaba en los círculos militares el arte de la réplica.

Media hora más tarde la compañía del capitán Madwell fue desalojada de su posición, con pérdidas equivalentes a un tercio de sus efectivos. Entre los muertos estaba el sargento Halcrow. Poco después el regimiento debió replegarse a las líneas principales, y al terminar la lucha se encontraba a varias millas de distancia.

El capitán estaba ahora de pie junto al amigo y subordinado.

El sargento Halcrow se hallaba mortalmente herido. El desgarrado uniforme dejaba ver el abdomen. Algunos de los botones de la casaca habían sido arrancados y estaban dispersos por el suelo, con otros fragmentos de su ropa. El cinturón de cuero estaba partido, y parecía que se lo hubieran arrancado de bajo del cuerpo. No había mucha sangre derramada. La única herida visible era un ancho e irregular desgarrón en el abdomen, sucio de tierra y hojas muertas, por donde asomaba un extremo lacerado de intestino. En toda su experiencia, el capitán Madwell no habla visto una herida semejante. No podía imaginar cómo fue producida, ni explicar las circunstancias que la acompañaban: el uniforme extrañamente rasgado, el cinturón partido, las manchas de la piel. Se arrodilló para efectuar un examen más atento. Cuando se puso de pie, volvió los ojos en varias direcciones, como buscando un enemigo. A cincuenta yardas de distancia, en la cresta de una loma baja, cubierta de arbustos, vio varios objetos oscuros que se movían entre los hombres caídos...: una manada de cerdos. Uno le daba la espalda, con los cuartos delanteros levantados. Apoyaba las patas en un cuerpo humano; la cabeza baja era invisible. La erizada eminencia del lomo se recortaba en negro contra el rojo poniente. El capitán Madwell apartó los ojos y volvió a clavarlos en eso que había sido su amigo.

El hombre que había padecido esas monstruosas mutilaciones estaba vivo. De a ratos movía las piernas. Con cada inspiración lanzaba un gemido. Miraba azorado la cara del amigo; y si éste lo tocaba, soltaba un grito. En su feroz agonía, había arañado el suelo en que se encontraba tendido; sus manos crispadas estaban llenas de tierra, hojas y palitos. No conseguía articular una palabra. Era imposible saber si sentía algo que no fuera dolor. La expresión de su rostro era un ruego; en sus ojos parecía reflejarse una plegaria. ¿Qué pedía?

Imposible equivocar el significado de esa mirada. El capitán la había visto con demasiada frecuencia en los ojos de aquellos cuyos labios aún podían suplicar la muerte. Conscientemente o no, este retorcido fragmento de humanidad, esta imagen del sufrimiento, esta mezcla de hombre y bestia, este humilde Prometeo sin heroísmo, suplicaba a todos, a todas las cosas, a todo lo que no era él, la bendición de no existir. A la tierra y al cielo, a los árboles, al hombre, a todo cuanto adquiriría forma en los sentidos o en la conciencia, este padecer hecho carne dirigía su callada plegaria.

¿Qué significaba? Lo que concedemos a la más ruin criatura desprovista de razón

para pedirlo, lo que sólo negamos a los infortunados de nuestra propia especie: la anhelada liberación, el rito de compasión máxima, el *coup de grâce*.

El capitán Madwell pronunció el nombre de su amigo. Lo repitió una y otra vez, sin resultado, hasta que lo ahogó la emoción. Sus lágrimas, encegueciéndolo, cayeron sobre aquel pálido rostro. Ahora no veía más que un objeto borroso y móvil, pero los gemidos eran más claros que nunca, cortados a breves intervalos por agudos gritos. Dio media vuelta, llevándose la mano a la frente, y se alejó. Los cerdos, al verlo, alzaron los hocicos encarnados, lo miraron suspicaces un momento, y después, gruñendo ásperamente al unísono, se alejaron a la carrera. Un caballo, con la pata horriblemente astillada por un cañonazo, alzó la cabeza del suelo y lanzó un doloroso relincho. Madwell avanzó un paso, desenfundó el revólver, y le pegó un tiro entre los ojos, observando atento la agonía de la pobre bestia, que contrariamente a lo que él esperaba, fue larga y violenta. Pero al fin quedó inmóvil. Los tensos músculos de los belfos, que habían desnudado los dientes en una mueca atroz, parecieron aflojarse. El perfil nítido y fino de la cabeza adquirió un aspecto de profunda paz y reposo.

En el oeste, a lo largo de la distante loma arbolada, se extinguían los últimos esplendores del atardecer. La luz que acariciaba los troncos de los árboles se había degradado a un gris tierno; en lo alto de las copas anidaban las sombras como grandes pájaros oscuros. Llegaba la noche, y entre el capitán Madwell y el campamento, se extendía a lo largo de muchos kilómetros el bosque espectral. Sin embargo, ahí estaba, junto al animal muerto, desvinculado al parecer de cuanto le rodeaba. Los ojos clavados en el suelo, la mano izquierda floja al costado, la derecha esgrimiendo la pistola. De pronto alzó la cara, miró a su amigo moribundo y volvió rápidamente a su lado. Se arrodilló a medias, montó el arma, apoyó el cañón en la frente del sargento, desvió los ojos y apretó el gatillo.

No hubo detonación. Su última bala la había gastado en el caballo. El moribundo gimió y sus labios se movieron convulsivamente. La espuma que brotaba de ellos tenía un tinte sanguinolento. El capitán Madwell se puso de pie y desenvainó la espada. Pasó los dedos de la mano izquierda a lo largo del filo desde la empuñadura a la punta. La tendió recta ante sí como para probar sus nervios. La hoja no temblaba. El mortecino fulgor que reflejaba la luz del cielo, permanecía inmóvil y firme. Se inclinó, desgarró con la mano izquierda la camisa del moribundo. Irguiéndose, le puso la punta de la espada sobre el corazón. Esta vez no apartó los ojos. Aferrando la empuñadura con ambas manos, empujó con todas sus fuerzas. La hoja se hundió en el cuerpo del hombre. Atravesó el cuerpo y se clavó en la tierra. El capitán Madwell estuvo a punto de caer sobre su obra. El moribundo encogió las piernas, y al mismo tiempo se llevó el brazo al pecho, sujetando el acero con tanta fuerza que los nudillos de la mano se le pusieron blancos. Con este violento pero inútil esfuerzo por quitarse la espada, agrandó la herida, por la que escapó un hilo de sangre, que se filtró sinuosamente por el roto uniforme.

En ese momento tres hombres salían silenciosamente del montecito de arbustos

que había ocultado su avance. Dos eran enfermeros y traían angarillas.
El tercero era el mayor Creede Halcrow.

Parker Adderson, filósofo

Parker Adderson

—Prisionero, ¿cuál es su nombre?

—Como debo perderlo mañana al amanecer, no creo que valga la pena ocultarlo:
Parker Adderson.

—¿Su grado?

—Más bien humilde. La vida de los oficiales de carrera es demasiado preciosa para que se la exponga en el peligroso oficio de espía. Soy sargento.

—¿De qué regimiento?

—Le ruego que me disculpe. Si le contesto, entiendo que podría darle una idea de los efectivos que tienen al frente. Me he introducido en las filas de ustedes para obtener y no para comunicar esa clase de informes.

—Veo que no le falta chispa.

—Si tiene la paciencia de aguardar, le pareceré bastante apagado mañana.

—¿Cómo sabe que debe morir mañana por la mañana?

—Así se acostumbra con los espías capturados en la noche. Es una de las bonitas reglas del oficio.

El general, olvidando la dignidad que convenía a un oficial confederado de alto rango y de vasto renombre, se permitió sonreír. Pero ninguno de aquellos que habían caído en su desfavor, estando bajo sus órdenes, habría augurado nada bueno de ese signo exterior y visible de aquiescencia. No era benévolo ni contagioso; no se comunicaba con los hombres allí presentes: el espía capturado que lo provocó y el centinela armado que condujo a éste a la tienda y que ahora se mantenía a cierta distancia, vigilando al prisionero a la luz amarilla de una vela. Sonreír no formaba parte del deber de aquel guerrero: muy otras eran sus tareas. Continuó la conversación; era, en realidad, el proceso de un delito que merecía la pena capital.

—¿Usted admite, entonces, que es un espía que se ha introducido en mi campamento, disfrazado con el uniforme de un soldado confederado, para obtener secretamente informes sobre el número y la disposición de mis tropas?

—Sobre el número, especialmente. La disposición ya la conocía. Es más bien tétrica.

El general sonrió de nuevo. El centinela, con un sentido más severo de su responsabilidad, acentuó la austeridad de su expresión y se mantuvo un poco más erguido que antes. Haciendo girar sobre el índice su sombrero de fieltro gris, el espía miraba cómodamente a su alrededor. Era un lugar modesto. La tienda era la típica tienda de campaña, de ocho por diez, iluminada por una vela de sebo hundida en el cubo de una bayoneta encajada en una mesa de pino a la cual estaba sentado el general, quien ahora escribía laboriosamente sin prestar atención a su forzado

huésped. Una vieja alfombra en el piso de tierra, un baúl de fibra todavía más viejo, una segunda silla y un rollo de mantas: la tienda no contenía otra cosa. Bajo las órdenes del general Clavering, la simplicidad y la falta absoluta de «pompa y circunstancia» del ejército confederado había alcanzado su máximo. De un grueso clavo hundido en el mástil de la tienda, a la entrada, colgaba un cinturón de un largo sable, una pistola en su cartuchera y, cosa bastante absurda, un cuchillo de monte. Cuando hablaba de esta arma de ningún modo militar, el general solía decir que era un recuerdo de sus pacíficos días de civil.

La noche era tormentosa. Una lluvia torrencial caía como una cascada sobre la lona con ese ruido monótono, semejante al redoble de un tambor, tan familiar a los oídos de quienes viven bajo una tienda. Sometidos a los embates de las ráfagas atronadoras, el frágil edificio temblaba y vacilaba y tiraba de las cuerdas y estacas que lo fijaban al suelo.

Cuando hubo terminado de escribir, el general dobló la hoja de papel y le dijo al centinela:

—Oiga, Tassman, llévele esto al ayudante mayor y vuelva.

—¿Y el prisionero, mi general? —preguntó el soldado después de saludar y echar una mirada en dirección al espía.

—Haga lo que le digo —dijo el general.

El soldado tomó la nota y salió de la tienda bajando bruscamente la cabeza. El general Clavering volvió hacia el espía federal su hermoso rostro, de rasgos nítidos, lo miró en los ojos, no sin dulzura, y le dijo:

—Es una mala noche, muchacho.

—Para mí, no cabe duda.

—¿Adivina lo que acabo de escribir?

—Algo digno de leerse, espero. Y me atrevo a decir, quizá sea vanidad de mi parte, que yo figuro en ese papel.

—Sí, es el memorándum de una orden acerca de su ejecución para ser leída a las tropas no bien suene la diana. Y también hay unas líneas que conciernen al capitán preboste para que arregle los detalles de la ceremonia.

—Espero, mi general, que el espectáculo será inteligentemente preparado, porque yo asistiré en persona.

—¿No desea tomar algunas disposiciones? ¿Ver a un capellán, por ejemplo?

—No querría procurarme un descanso tan largo privándolo del suyo, aunque fuera por poco rato.

—¡Dios mío, muchacho! ¿Tiene usted intenciones de ir a la muerte sin otra cosa que bromas en los labios? ¿No sabe usted que es un asunto serio?

—¿Cómo podría saberlo? Nunca he estado muerto en mi vida. He oído decir que la muerte es un asunto serio, pero nunca por aquellos que hicieron la experiencia.

El general quedó un momento silencioso. Aquel individuo le interesaba, le divertía, quizá. Era un tipo de hombre que no había encontrado antes.

—Por lo menos —dijo—, la muerte es una pérdida. La pérdida de la relativa felicidad que gozamos, y de otras ocasiones de ser felices.

—Una pérdida de la que nunca tendremos conciencia puede soportarse con calma y aguardarse sin aprensión. Habrá observado, mi general, que de todos los hombres muertos que usted ha tenido el heroico placer de sembrar en su camino, ninguno le ha dado señales de pesar.

—Si estar muerto no causa pesar, el paso de la vida a la muerte, morir, en suma, da la impresión de ser muy desagradable a quien no ha perdido la facultad de sentir.

—El sufrimiento es desagradable, sin duda. Siempre me causa un malestar más o menos grande. Pero mientras vivimos, más expuestos estamos al sufrimiento. Lo que usted llama morir es, sencillamente, el último sufrimiento. Morir, en realidad, es algo que no existe. Suponga, por ejemplo, que yo trato de escaparme. Usted levanta el revólver que disimula con tanta cortesía sobre sus rodillas y...

El general se ruborizó como una muchacha, luego rió suavemente mostrando sus dientes brillantes, inclinó su hermosa cabeza y nada dijo.

El espía continuó:

—Usted dispara, y yo tengo en mi estómago algo que no he tragado. Caigo, pero no estoy muerto. Después de media hora de agonía, estoy muerto. Pero en cualquier instante dado de esa media hora, yo estaba vivo o muerto. No hay período de transición.

«Mañana por la mañana, cuando me ahorquen, ocurrirá exactamente lo mismo. Mientras esté consciente, viviré. Una vez muerto, estaré inconsciente. La naturaleza parece haber arreglado las cosas de acuerdo con mis intereses... Como yo mismo las habría arreglado... —Es tan simple —agregó con una sonrisa— que se diría que apenas importa que a uno lo cuelguen».

Hubo un largo silencio después de estas palabras. El general, impasible, miraba al hombre bien de frente. Al parecer, no le prestaba atención. Como si sus ojos montaran guardia junto al prisionero mientras otros pensamientos ocupaban su espíritu. En seguida respiró largamente, profundamente, se estremeció como recién despierto de una atroz pesadilla, y exclamó con voz apenas audible: «¡La muerte es horrible!».

—Era horrible para nuestros salvajes antepasados —dijo el espía con gravedad— porque no tenían la inteligencia suficiente para dissociar la noción de conciencia de la noción de formas físicas en las cuales se manifiesta la muerte. De igual manera, una inteligencia todavía más primitiva, la del mono, por ejemplo, es incapaz de imaginar una casa sin moradores, y a la vista de una cabaña en ruinas se representa a su ocupante herido. Para nosotros la muerte es horrible porque hemos heredado la tendencia a considerarla horrible, y nos explicamos esta idea por especulaciones quiméricas sobre el otro mundo; de igual modo, los nombres de los lugares dan nacimiento a las leyendas que los explican, y una conducta irrazonable hace surgir las teorías filosóficas que la justifican. Usted puede ahorcarme, mi general, pero allí se

detiene su poder de hacerme daño. Usted no puede condenarme al cielo.

El general parecía no haber oído. Las palabras del espía llevaron sus pensamientos por un sendero poco familiar, y una vez allí marcharon a su antojo hacia conclusiones propias. La tormenta había cesado, y algo del carácter solemne de la noche se comunicó a sus reflexiones dándoles el tinte sombrío de un temor sobrenatural. En él entraba, quizá, un elemento de presciencia. «No quisiera morir —dijo—. Esta noche, no».

Fue interrumpido —si es que tenía la intención de seguir hablando— por la entrada de un oficial de su estado mayor. Era el capitán Hasterlick, el preboste. El general volvió en sí. Desapareció su aire ausente.

—Capitán —dijo, devolviendo el saludo del oficial—, este hombre es un espía yanqui que ha sido capturado en nuestras filas. Llevaba encima los papeles que demuestran su culpabilidad. Lo ha confesado todo. ¿Qué tiempo hace?

—Ha pasado la tormenta, mi general, y brilla la luna.

—Bueno. Busque un pelotón de hombres, condúzcalo ahora mismo al lugar de las maniobras y hágalo fusilar.

El espía lanzó un grito. Se echó hacia adelante, el cuello tenso, los ojos fuera de las órbitas los puños cerrados.

—¡Dios mío! —exclamó con voz ronca, articulando apenas las palabras—. ¡Usted no habla en serio! ¡Usted olvida que no debo morir hasta mañana!

—No he dicho nada de mañana —replicó fríamente el general—. Eso fue por su cuenta. Va a morir ahora.

—Pero general, le pido... le suplico que recuerde... ¡Yo debo ser ahorcado! Se necesita cierto tiempo para levantar el patíbulo. Dos horas... una hora... A los espías se los cuelga. La ley militar me concede ese derecho. Por el amor de Dios, mi general, considere qué poco...

—Capitán, haga lo que le ordeno.

El oficial sacó su espada y después, sin decir una palabra, le señaló al espía la abertura de la tienda. El espía vaciló, pálido como un cadáver. El oficial lo tomó por el cuello y lo empujó suavemente hacia delante. Como se acercara al mástil que sostenía la tienda, el espía dio un salto, se apoderó del cuchillo de monte con la agilidad de un gato, arrancó el arma de su vaina, empujó al capitán y, lanzándose sobre el general con la furia de un demente, lo hizo caer de espaldas y se le echó encima. La mesa se vino al suelo, se apagó la vela y los dos hombres lucharon ciegamente en las tinieblas. El capitán se precipitó en auxilio de su oficial superior; muy pronto rodaba también sobre las dos formas que se debatían. Maldiciones y gritos inarticulados de rabia y de dolor ascendían de ese tumulto de brazos y piernas. La tienda se abatió de pronto, y la lucha continuó debajo de los pliegues confusos y envolventes de la lona. El soldado Tassman, que regresaba de dar su mensaje, conjeturó vagamente la situación: arrojó su fusil y asiendo al azar la ondulante lona intentó separarla, inútilmente, de los hombres que cubría. El centinela que iba y venía

frente a la tienda, no atreviéndose a abandonar su puesto aunque el cielo se desplomara, hizo un disparo al aire. La detonación alertó al campamento. El redoble de los tambores y las notas agudas de los clarines llamaron a la tropa. Entonces surgió una multitud presurosa de soldados semidesnudos que se vestían a la disparada, bajo el claro de luna, no dejando de correr para ponerse en las filas mientras obedecían a las breves órdenes de sus oficiales. Todo era como es debido: una vez en las filas, los hombres estaban bajo vigilancia. Así permanecieron mientras el estado mayor del general y los soldados de su escolta ponían orden en el caos alzando la tienda caída y separando a los actores de aquella extraña pelea, heridos y sin aliento.

En realidad, uno había sin aliento: había muerto el capitán. Por su garganta asomaba el cabo del cuchillo de monte, tan profundamente hundido debajo del mentón que su extremo estaba acuñado en el ángulo de la mandíbula. La mano que le asestó la cuchillada no había podido retirar el arma. El cadáver aferraba la espada con una energía que desafiaba las fuerzas de los vivos. La hoja estaba manchada de rojo hasta la empuñadura.

El general se puso de pie, pero en seguida lanzó un gemido y se desvaneció. Aparte de las magulladuras, tenía dos profundas heridas de espada: una le había atravesado la cadera; la otra, el hombro.

El espía no había salido demasiado maltrecho. Con excepción el brazo derecho roto, hubiera podido sufrir todas sus heridas en un combate común con armas comunes. Pero estaba ofuscado y no parecía comprender lo que acababa de ocurrir. Se apartó de aquellos que le atendían, se acurrucó en el suelo y empezó a murmurar palabras ininteligibles. Su cara, hinchada por los golpes y chorreando sangre, estaba sin embargo muy blanca bajo el pelo en desorden, tan blanca como la de un cadáver.

—Este hombre no es un loco —dijo el cirujano respondiendo a una pregunta—. Está enfermo de miedo. ¿Quién es y qué hace aquí?

El soldado Tassman empezó a explicar. Era la oportunidad de su vida. No dejó nada por decir que de una u otra manera pudiese acentuar su importancia en los acontecimientos de aquella noche. Cuando terminó su historia y estaba listo para repetirla de nuevo, nadie le prestó atención.

El general acababa de volver en sí. Se apoyó en el codo, miró su alrededor, vio al espía custodiado junto a una fogata del campamento.

—Que lleven a este hombre al lugar de las maniobras y lo fusilen —dijo sencillamente.

—El general delira —dijo un oficial que estaba cerca de él.

—No delira —dijo el ayudante mayor—. Repite lo que ha escrito en un memorándum que tengo en mi poder. Le había dado esa misma orden a Hasterlick —señaló con un ademán el cadáver del preboste— y ¡Dios de Dios! es una orden que será cumplida.

Diez minutos después, el sargento Paker Adderson, del ejército federal, filósofo y

hombre de ingenio, arrodillado bajo el claro de luna y suplicando en términos incoherentes que le perdonaran la vida, era fusilado por veinte hombres. En el momento en que resonó la salva en el aire vivo de aquella media noche, el general Clavering, que yacía pálido e inmóvil a la luz rojiza del fuego del campamento, abrió sus grandes ojos azules, miró afablemente a los que le rodeaban y murmuró:

—¡Qué silencio hay en todo!

El cirujano miró al ayudante mayor con aire grave y significativo. El enfermo cerró lentamente los ojos y permaneció en esa actitud durante algunos minutos. Después, con el rostro iluminado por una sonrisa inefablemente dulce, dijo con voz débil:

—Supongo que ha llegado la muerte.

Y expiró.

Una escaramuza en los puestos de avanzada

An Affair of Outposts

I

En relación con el deseo de morir

Concerning the wish to be dead

Dos hombres estaban sentados, conversando. Uno era el gobernador del estado. Corría el año 1861; la guerra estaba en pleno apogeo y el gobernador era ya famoso por la inteligencia y el afán con que disponía el poder y los recursos de su estado para el servicio de la Unión.

—¡Cómo! ¿Usted? —exclamó el gobernador, con evidente sorpresa—. ¿También usted quiere un nombramiento de oficial? Verdaderamente, el toque de los pífanos y los tambores debe haber alterado profundamente sus convicciones. Supongo que, desde mi condición de oficial de reclutamiento, no tendría que ser muy escrupuloso —había un destello de ironía en sus palabras—, pero, bueno, ¿olvida usted que va a exigírsele un juramento de lealtad?

—No he cambiado ni mis convicciones ni mis simpatías —respondió el otro hombre con tranquilidad—. Aunque mis simpatías están con, el Sur, como usted me hace el honor de recordar, nunca he dudado de que el Norte tenga la razón. Soy sudista por origen y por sentimientos, pero en cuestiones de importancia, tengo el hábito de actuar por lo que pienso y no por lo que siento.

El gobernador golpeteó con un lápiz su escritorio con aire ausente y permaneció unos instantes sin responder. Después dijo:

—He oído decir que en el mundo hay hombres de toda clase, y supongo que algunos constituyen la categoría que acaba usted de describir, a la que, sin duda, cree pertenecer. Pero le conozco desde hace mucho tiempo y —perdóneme usted— no le creo.

—Entonces, ¿debo entender que deniega mi solicitud?

—A menos de que me convenza de que sus simpatías por el Sur no son un impedimento, sí. No dudo de su buena fe y sé que está sobradamente dotado, por inteligencia y por formación, para cumplir los deberes de un oficial. Dice usted que

sus convicciones le llevan a favorecer la causa de la Unión, pero yo prefiero a un hombre que lo sienta en lugar de creerlo. Los hombres luchan con el corazón.

—Escuche, gobernador —dijo el más joven, con una sonrisa más luminosa que cálida—. Guardo una carta en la manga. Una cualificación que había esperado que no fuera necesario mencionar. Una alta autoridad militar ha dado una receta muy sencilla para ser un buen soldado: «Intenta siempre hacerte matar». Con ése propósito es con el que deseo ingresar en el ejército. No soy, seguramente, demasiado patriota, pero deseo morir.

El gobernador le miró fijamente a los ojos y luego dijo, con cierta frialdad:

—Existe un modo más sencillo y más claro.

—En mi familia, señor —fue la réplica—, no hacemos esto. Ningún Armisted lo ha hecho nunca.

Sobrevino un prolongado silencio en el que ambos hombres evitaron mirarse. Después, el gobernador levantó la vista del lápiz, con el que había vuelto a tabletear sobre el escritorio, y preguntó:

—¿Quién es ella?

—Mi esposa.

El gobernador tiró el lápiz encima del escritorio, se puso en pie y dio dos o tres vueltas por la habitación. Después se volvió hacia Armisted, quien también se había puesto en pie, le miró todavía más fríamente y dijo:

—Pero ese hombre... No sería mejor que él... ¿No podría nuestro país prescindir mejor de él que de usted? ¿O los Armisted se oponen también a las «leyes no escritas»?

Los Armisted, aparentemente, eran capaces de acusar un insulto: el joven enrojeció y luego palideció, pero se contuvo para persistir en su propósito.

—Desconozco la identidad del hombre en cuestión —dijo, guardando la calma.

—Discúlpeme —repuso el gobernador, con menos contrición visible de la que suele acompañar comúnmente a esa palabra. Reflexionó un instante y añadió—: Mañana le enviaré un nombramiento de capitán en el Décimo Regimiento de Infantería, que ahora se halla en Nashville, Tennessee. Buenas noches.

—Buenas noches, señor. Gracias.

Cuando el gobernador se quedó solo, permaneció un rato inmóvil, apoyado en su escritorio. Luego se encogió de hombros, como desechando una preocupación.

—Es un mal asunto —dijo.

Se sentó junto a una mesa para leer que había junto a la chimenea, tomó el libro que tenía más a mano y lo abrió con aire distraído. Sus ojos cayeron casualmente sobre la siguiente frase: ,

«Cuando Dios obligó a una mujer infiel a mentir a su esposo para justificar sus culpas, tuvo la compasión de infundir en los hombres la necesidad de creerla».

Miró el título del libro: *Su majestad el necio*.

Arrojó el volumen al fuego.

II

Cómo decir lo que debe oírse

How to say what is worth hearing

El enemigo, derrotado en dos días de lucha en Pittsburg Landing, había regresado con resentimiento a Corinth, de donde había salido. Por manifiesta incompetencia Grant había sido relevado del mando. En la derrota, su ejército se había salvado de ser capturado y aniquilado por la hábil actuación militar de Buell. Pero el mando no le había sido otorgado a Buell sino a Halleck, un hombre de experiencia no probada, teórico, de carácter indolente e indeciso.

Sus tropas, siempre desplegadas en línea de batalla para resistir las escaramuzas de los tiradores enemigos, siempre atrincherándose contra columnas que nunca llegaban, atravesaron treinta millas de bosques y pantanos, dirigiéndose hacia un enemigo, presto a desvanecerse al primer contacto, como un fantasma con el canto del gallo. Fue una campaña de «excursiones y alertas», de reconocimientos y contramarchas, de despropósitos y contraórdenes.

Durante semanas, esta solemne farsa mantuvo la atención e impulsó a destacados civiles a abandonar los ámbitos de la ambición política para ver, de cerca y a salvo, todo lo que podían de los horrores de la guerra. Entre estas personalidades se encontraba nuestro amigo el gobernador.

Tanto en los estados mayores del ejército como en los campamentos de las tropas de su estado se convirtió en una figura familiar, siempre escoltado por varios miembros de su equipo, vistosamente amontonados, impecablemente ataviados y tocados con sombreros de copa. Eran figuras de ensueño, sugeridoras de pacíficas y tranquilas tierras tras un océano de lucha.

El soldado embarrado los miraba pasar desde su trinchera, apoyado en su pala, y les insultaba en voz alta para demostrar su opinión sobre la inoportunidad de aquella ostentación ante los sacrificios de su oficio.

—Opino, señor gobernador —dijo el general Masterson un día, cuando se dirigía a caballo a una reunión informal, sentado en su postura favorita, con una pierna cruzada sobre el pomo de su silla—, opino, que yo no seguiría más en esa dirección, si estuviera en su lugar. Fuera de aquí no tenemos más que una línea de tiradores. Supongo que por eso me han ordenado emplazar aquí estos cañones; si nuestros tiradores deben replegarse, el enemigo se desesperará al ver que no pueden llevárselos; son «un poquito» pesados.

Hay motivo para temer que esta espontánea muestra de humor militar no cayera como una brisa del cielo sobre el sombrero de copa del gobernador. Pero no perdió un ápice de su dignidad.

—Tengo entendido —dijo, con gravedad— que algunos de mis hombres están

allí; una compañía del Décimo Regimiento, comandada por el capitán Armisted. Me gustaría reunirme con él, si a usted no le importa.

—Merece la pena ir a verle. Pero más allá hay un trozo de jungla bastante incómodo, por lo que le aconsejaría que dejara su caballo —lanzó una mirada a la escolta del gobernador— y su otro acompañamiento.

El gobernador, por tanto, emprendió el viaje solo y a pie. Durante media hora avanzó por una enredada maleza que cubría todo un suelo pantanoso, hasta que alcanzó un terreno más abierto y seguro. Allí encontró a media compañía de infantería descansando tras una línea de fusiles alineados. Los hombres llevaban su equipo completo: cinturones, cartucheras, mochilas y cantimploras. Algunos dormían profundamente tendidos a todo lo largo sobre un montón de hojas secas; otros charloteaban ociosamente sobre unas cosas u otras; unos pocos jugaban a las cartas; ninguno estaba apartado de la línea de fusiles alineados. Para un civil era una escena de despreocupación, desorden y descuido; un soldado hubiera adivinado en ella expectación y espera.

A poca distancia, un oficial vestido con uniforme de fajina y armado, sentado sobre el tronco de un árbol caído, observaba acercarse al visitante. Un sargento, que se había levantado de uno de los grupos, se dirigía hacia él.

—Deseo ver al capitán Armisted —indicó el gobernador.

El sargento escrutó al visitante sin decir palabra, señaló al oficial y, después de coger un rifle de los alineados, le acompañó hacia su jefe.

—Este hombre quiere verle, mi capitán —dijo, haciendo el saludo de rigor.

El oficial se levantó.

Se hubiera necesitado una mirada muy perspicaz para reconocerle. El cabello, que sólo pocos meses antes era moreno, estaba ahora cruzado de canas. El rostro, bronceado por la vida al aire libre, tenía arrugas de más edad. Una larga y pálida cicatriz sobre la frente señalaba la huella de una estocada. Una de las mejillas estaba doblada y arrugada por la obra de una bala. Sólo una leal mujer del Norte le hubiera encontrado guapo.

—Armisted... capitán —dijo el gobernador tendiéndole la mano—, ¿no me reconoce?

—Le reconozco, señor, y le saludo... como gobernador de mi Estado.

Alzó la mano izquierda a la altura de la sien y efectuó el saludo reglamentario. El código militar no prevé el saludo de estrecharse las manos. Por tanto, el civil dejó caer la suya. Si el gobernador sintió sorpresa o decepción, su rostro no lo expresó.

—Ésta es la mano que firmó su nombramiento —dijo.

—Y es la mano...

La frase quedó en suspenso. De la dirección del frente llegó la sonora detonación de un fusil, seguida de otra y otra más. Una bala atravesó el bosque silbando y se incrustó en un árbol cercano. Los hombres se levantaron de un salto del suelo y, antes de que la clara y potente voz del capitán pronunciara la orden «¡¡Atención!!», se

habían tirado ya a la retaguardia, tras la hilera de armas alineadas. De nuevo, ahora a través del estruendo de una restallante descarga de fusilería, sonó la pausada y precisa cantinela militar: «A... las armas», a la que siguió el golpeteo del calado de las bayonetas.

Las balas del enemigo invisible les llovían ahora encima, veloces y en denso círculo, aunque la mayoría se perdían, emitiendo el zumbido característico del choque con las ramas y el desvío de la trayectoria. Dos o tres hombres habían caído ya en la retaguardia. Un grupo de heridos del puesto de escaramuza del frente surgió de la maleza cojeando con dificultad; casi todos se encaminaron directamente a la retaguardia sin detenerse, con el rostro pálido y apretando los dientes.

Súbitamente, se produjo un profundo y chirriante estampido en el frente, al que siguió el sobrecogedor ataque de un obús, que, sobrevolándoles, fue a explotar en el borde de la espesura, incendiando las hojas secas. Penetrando el estruendo, flotando por encima de él como la melodía de un pájaro en lo alto, resonaban las lentas y monótonas órdenes del capitán, sin acento ni énfasis, musicales y tranquilas como un cántico en las noches de cosechas.

Familiarizados con aquel sonido tranquilizador en los momentos de inminente peligro, aquellos soldados inexpertos, con menos de un año de entrenamiento, cedían al hechizo y ejecutaban las órdenes con la precisión y la compostura de unos veteranos. Incluso el distinguido civil que se protegía tras un árbol, oscilando entre el orgullo y el terror, era sensible a su encanto y su seducción. Sintió que su valor se fortalecía, y sólo corrió cuando los tiradores de vanguardia, tras recibir órdenes de unirse a la reserva, salieron del bosque como liebres acosadas y formaron a la izquierda de la línea de tropa, sin resuello, dando gracias por poder recuperar el aliento.

III

Combate de un hombre que no lucha con el corazón

The fighting of one whose heart was not in the quarrel

Guiado en su retirada por los soldados heridos, el gobernador llegó valientemente a la retaguardia, atravesando otra vez aquel «trozo de jungla bastante incómodo». Estaba sin aliento y, un poco confuso. Excepto algún que otro disparo aislado, no había ninguna señal de lucha tras él. El enemigo estaba reuniéndose para efectuar un nuevo ataque a un adversario cuyo número de fuerzas y cuya situación estratégica desconocía.

El civil fugitivo pensó que probablemente iba a conservar la vida para el servicio de su patria y encomendó a la Providencia las disposiciones adecuadas a este fin. Pero al saltar un pequeño arroyo, en un terreno más abierto, una de estas disposiciones incluyó la desgracia de una desagradable torcedura de tobillo. No pudo continuar la retirada, pues estaba demasiado gordo para andar saltando sobre un solo pie, por lo que, tras varios intentos inútiles, que le causaron un gran dolor, se sentó en el suelo, cuidando su humillante invalidez y lamentando aquella situación militar.

De nuevo el fuego se renovó, con más intensidad, y las balas perdidas volaron, zumbando a su alrededor. Después le llegó el estrépito de dos salvas rotundas y nítidas, a las que siguió un crepitar continuo a través del cual le llegaban los gritos y las exclamaciones de los combatientes, sobre el fondo de los truenos de los cañones. Esto le indicó que la pequeña compañía al mando del capitán Armisted había sido violentamente atacada y la lucha era cuerpo a cuerpo.

Los heridos que iban tras él comenzaron a aparecer por cada lado, y su número había aumentado por nuevas levadas de soldados de la reserva. En solitario, o de dos en dos, o tres en tres, algunos sujetando a otros camaradas más gravemente heridos, pero todos encerrados en sí mismos, sordos a los gritos de auxilio, se internaban en la maleza y desaparecían allí. El ruido del fuego del combate aumentaba y se hacía más nítido, y pronto a los fugitivos heridos les sucedieron hombres que caminaban con paso firme, se volvían de vez en cuando para descargar sus armas y reanudaban el camino de retirada recargándolas mientras andaban.

Dos o tres cayeron mientras él les miraba, y quedaron inmóviles sobre el suelo. Uno, que conservaba todavía el aliento de vida suficiente, hizo un intento lastimoso de arrastrarse para ocultarse. Un camarada que pasaba por el lado y se detenía para disparar, le miró apreciando de una ojeada la gravedad del pobre diablo, y prosiguió su camino con expresión hosca, mientras insertaba un cartucho en su fusil.

Allí no había nada de la pompa de la guerra, ninguna huella de gloria. Incluso en medio de todo aquel peligro y aquel dolor, el desamparado civil no pudo evitar contrastar esto con las paradas magníficas y los desfiles organizados en su honor, con

resplandecientes uniformes, música, banderas y paso marcial. Aquello era algo feo y nauseabundo: para su gusto artístico era desagradable, repugnante, brutal.

—¡Uf! —exclamó, estremeciéndose—. ¡Esto es abominable! ¿Dónde está el encanto de todo? ¿Los nobles sentimientos, la fe, el heroísmo, el...?

Desde un punto cercano, en la dirección del enemigo que los perseguía, se elevó la clara y pausada cantinela del capitán Armisted: «Caaal-ma, chicos... caaal-ma. ¡Aaalto! ¡Abraaan... fuego!».

El crepitar de poco más de doce rifles se destacó entre el tumulto general, y luego, otra vez, el penetrante falsete: «¡Aaalto... el fuego! ¡Reeetirada! ¡Maaarchando!».

En pocos momentos, el resto de la tropa se habla replegado lentamente a la derecha del gobernador, encarando la retirada, desplegados los hombres a seis pasos unos de otros. Por el lado izquierdo, unos metros atrás, venía el capitán. El gobernador gritó su nombre, pero el capitán no le oyó. Un tropel de soldados con uniforme gris salieron de la espesura corriendo y se dirigieron directamente hacia donde yacía el gobernador. Un accidente del terreno les había llevado a converger con los otros en aquel punto, con lo que la línea se convirtió en una muchedumbre revuelta. En un último esfuerzo por salvar la vida y la libertad, el gobernador intentó levantarse y, en ese momento, el capitán se volvió y le vio. En seguida, pero con la misma precisión que antes, entonó su cantinela:

—«¡Tiradores... alto!».

Los hombres se detuvieron y, obedeciendo la orden, se volvieron al enemigo.

—«¡Derecha... Formen!».

Se reunieron corriendo, apuntando con sus bayonetas, y formaron en fila cerrada a partir del primer hombre que empezaba la línea.

—«¡Aadelante... salvar al gobernador del Estado..., Reeedoblen paso... Maaarch...!».

Sólo un hombre desobedeció esta sorprendente orden: estaba muerto.

Con un grito, los tiradores salvaron los veinte o treinta pasos que los separaban de su misión. El capitán, que estaba más cerca, llegó antes, al mismo tiempo que el enemigo. Le lanzaron seis disparos precipitados y un soldado de avanzadilla, un tipo de formidable estatura, sin gorra y con el pecho descubierto, intentó romperle la cabeza con la culata del rifle.

El capitán paró el golpe, rompiéndose el brazo al hacerlo, y clavó su espada hasta la empuñadura en el pecho del gigante. Al caer, el cuerpo le arrancó la espada de las manos y, antes de que pudiera sacar el revólver de la cartuchera, otro hombre se abalanzó sobre él como un tigre, le aferró el cuello con las manos y le lanzó sobre el postrado gobernador, que todavía luchaba por incorporarse. Un sargento federal atravesó rápidamente al hombre con su bayoneta y con una patada en las muñecas le obligó a aflojar del cuello del capitán la presión de sus manos agonizantes. Cuando el capitán se puso en pie estaba ya en la retaguardia de sus tiradores, que habían pasado alrededor de él y atacaban fieramente a sus enemigos, más numerosos pero menos

organizados. Prácticamente todos los rifles estaban descargados por ambas partes y, en la pelea, no había tiempo ni ocasión de recargarlos. Los confederados estaban en desventaja porque la mayoría de ellos no tenía bayonetas; luchaban a garrotazos, y un rifle como porra es un arma formidable.

El ruido de la batalla semejaba el entrechocar de los cuernos de los toros luchando entre sí: aquí o allá el estallido de un cráneo, una maldición, el chirrido de la boca del rifle contra el abdomen ya traspasado por la bayoneta. El capitán Armisted se precipitó hacia una hondonada producida por la caída de uno de sus hombres, con el brazo izquierdo roto pendiendo al costado. En la mano derecha llevaba un revólver, cuya completa carga vació rápidamente, con terribles efectos, sobre el grueso de las tropas uniformadas de gris. Pero los sobrevivientes de la primera fila fueron empujados hacia delante, por encima de los cadáveres, por sus compañeros de la retaguardia, hasta que enfrentaron de nuevo su pecho a las bayonetas incansables. Sin embargo, cada vez quedaban menos bayonetas; media docena a lo sumo. Unos minutos más de aquel salvaje enfrentamiento —una pequeña escaramuza cuerpo a cuerpo— y todo habría acabado.

De repente, unas fuertes detonaciones resonaron a derecha e izquierda. A la carrera llegaba un nuevo destacamento de tiradores federales, arrasando las partes de la línea confederada que habían quedado separadas por el avance del centro. Y a unos doscientos o trescientos metros detrás de estos nuevos combatientes, se veía, confusamente, entre los árboles, ¡una línea de combate!

Instintivamente, antes de emprender la retirada, el grupo de soldados de gris realizó un último ataque salvaje contra sus adversarios, arrollándoles con el mero impulso de su velocidad, y, al no poder usar sus armas, en el tumulto, aplastándolos y pisoteándolos brutalmente en los miembros, el cuerpo, el cuello, las caras... Después, se retiraron pisando con sus pies ensangrentados a sus propios muertos y se unieron a la desbandada general. Con ello, la escaramuza finalizó.

IV

Los grandes honran a los grandes

The great honor the great

El gobernador, que había perdido el conocimiento, abrió los ojos, miró a su alrededor y recordó, lentamente, los hechos ocurridos aquel día. Un soldado con uniforme de mayor estaba arrodillado a su lado, era un cirujano. Cerca se encontraban los miembros civiles de su equipo de gobierno, que expresaban en sus rostros una solicitud muy natural, teniendo en cuenta sus cargos. Un poco más alejado, el general Masterson se dirigía a otro oficial gesticulando con un puro. En aquel momento, decía:

—Ha sido la batalla más hermosa que se ha visto nunca. ¡Por Dios, señor, ha sido magnífica!

La hermosura y la magnificencia las atestiguaba una hilera de muertos cuidadosamente alineados, y otra hilera de heridos, más informalmente colocados, angustiados y semidesnudos, pero elegantemente vendados.

—¿Cómo se encuentra, señor? —inquirió el médico—. No le hallo ninguna herida.

—Creo que estoy bien —respondió el paciente, sentándose—. Es ése tobillo.

El cirujano dirigió su atención al tobillo y rasgó la bota. Todos los ojos siguieron el movimiento del cuchillo.

Al mover la pierna, quedó al descubierto un papel doblado. El paciente lo cogió y lo abrió distraídamente. Era una carta escrita tres meses antes y firmada con el nombre de «Julia». Al ver por casualidad su nombre en ella, la leyó. No era nada interesante: era sólo la confesión de una esposa infiel y arrepentida de un pecado inútil, abandonada por su seductor. La carta había caído del bolsillo del capitán Armisted; el lector la guardó con calma en su bolsillo.

Un ayudante de campo llegó en ese momento a caballo y desmontó. Avanzó hacia el gobernador y le saludó.

—Señor gobernador —dijo—, lamento encontrarle herido. El general en jefe lo ignoraba. Le presenta sus saludos y me ordena informarle que ha dispuesto para mañana, en su honor, un gran desfile de los cuerpos de reserva. Me permito añadir que el coche del general está a su disposición, en caso de que pueda usted asistir.

—Tenga la amabilidad de comunicar al general en jefe que le agradezco profundamente su cortesía. Si tiene la paciencia de aguardar unos minutos, podrá transmitirle una respuesta más concreta.

Esbozó una radiante sonrisa y, mirando al cirujano y a sus ayudantes, añadió:

—En estos momentos —si me permiten ustedes una alusión a los horrores de la paz—, estoy «en manos de, mis amigos».

El humor de los grandes es contagioso. Todos rieron, sus palabras.

—¿Dónde está el capitán Armisted? —preguntó el gobernador ya no tan distraídamente.

El cirujano alzó la vista del trabajo que realizaba y señaló con el dedo en silencio el cuerpo más próximo de la hilera de muertos. Le habían cubierto discretamente el rostro con un pañuelo. Estaba tan cerca que el gran hombre hubiera podido posar la mano encima. Pero no lo hizo. Posiblemente tuvo miedo de que sangrara.

Historia de una conciencia

The story of a conscience

1

El capitán Parrol Hartroy se encontraba hablando en voz baja con el centinela en el puesto de avanzada de su piquete de guardia. Este puesto estaba ubicado en una carretera que dividía el campamento del capitán, media milla en retaguardia, aunque el campamento del capitán no se veía desde ese lugar. Aparentemente el oficial le estaba dando al soldado ciertas instrucciones, o quizás sólo le preguntaba si todo estaba tranquilo en el frente. Mientras los dos hablaban se les acercó un hombre en la dirección del campamento, silbando con descuido, y el soldado le detuvo de inmediato. Era evidentemente un civil, alto, vestido con la rústica tela casera de amarillo grisáceo llamado «Nogal», que usaban los hombres durante los últimos días de la Confederación. Llevaba un sombrero que había sido alguna vez blanco, inclinado sobre la frente, y por debajo del sombrero se veía caer mechones de pelo disparejo que aparentemente no conocían ni las tijeras ni el peine. El rostro del hombre era bastante notable: frente ancha, nariz larga y mejillas delgadas; la boca era invisible debido a la tupida barba oscura que parecía tan descuidada como el cabello. Los ojos grandes tenían esa firmeza y fijeza de atención que tan frecuentemente revelan una inteligencia apreciativa y una fuerza de voluntad que no es fácil desviar de sus propósitos. Por lo menos así dicen los fisonomistas que tienen esa clase de ojos. En resumen, este era un hombre a quien uno probablemente no podría observar sin ser observado al mismo tiempo por él. Llevaba un bastón cortado en el bosque y sus viejas botas de cuero de vaca estaban blancas de polvo.

—Muéstreme su pase —dijo el soldado federal, quizás un poco más imperiosamente que lo que habría creído necesario si no fuera por la mirada de su comandante, quien observaba desde la vera del camino, cruzado de brazos.

—Pensé que me reconocería, general —dijo el caminante tranquilamente mientras sacaba el papel del bolsillo de su chaqueta. Había algo en su tono de voz, quizás una leve nota de ironía, que hizo aquella acción menos agradable de lo que es generalmente—. Supongo que tienen que ser bastante cuidadosos —agregó, con un tono más conciliador, como disculpándose por haber sido detenido.

Después de leer el pase, con su rifle apoyado en el suelo, el soldado devolvió el documento sin decir palabra, echó el arma al hombro y regresó hacia donde estaba su comandante. El civil siguió por el medio de la carretera y cuando hubo penetrado el terreno confederado se puso a silbar otra vez, perdiéndose muy pronto de vista en un ángulo del camino que en ese lugar se internaba en un bosquecito. Repentinamente el oficial descruzó los brazos, sacó el revólver del cinto y se lanzó a la disparada en la misma dirección, dejando al centinela absolutamente estupefacto.

El capitán Hartroy comandaba un batallón independiente. Sus fuerzas consistían en una compañía de infantería, un escuadrón de caballería y una sección de artilleros separados del ejército al que pertenecían, para defender un importante desfiladero en las montañas Camberland de Tennessee. Aunque el comando correspondía a un oficial superior, se le había asignado a un oficial de línea después de «descubrirlo» y promoverlo. Su puesto era excepcionalmente peligroso; la defensa implicaba una grave responsabilidad y se le habían conferido sabiamente poderes discrecionales, tanto más necesarios dada la distancia a la que se encontraba del cuerpo principal del ejército, lo precario de sus líneas de comunicación y la ferocidad de las guerrillas enemigas que infestaban esa región. Había fortificado concienzudamente su pequeño campamento que rodeaba un villorrio de media docena de casas y un almacén de campaña, y había reunido una cantidad considerable de provisiones. Entregó a unos pocos civiles del lugar, cuya lealtad era reconocida, con quienes era necesario comerciar y de cuyos servicios diversos había hecho uso varias veces, pases escritos que les permitían internarse en sus defensas. Es fácil comprender que un abuso de este privilegio podía resultar en serias consecuencias favorables al enemigo. El capitán Hartroy había ordenado que quienquiera incurriera en tal abuso debía ser ejecutado tras un juicio sumario.

Mientras el centinela examinó el salvoconducto del civil, el capitán había estado mirando atentamente a este último. Le pareció un rostro familiar y no dudó al principio haberle entregado él mismo el pase que ahora tranquilizaba al centinela. Sólo después que el hombre se perdió de vista y dejó de oírlo, se le reveló su identidad gracias a un chispazo de su memoria. El oficial había actuado con la rapidez de una decisión militar.

3

Para quien no tenga singular aplomo, la aparición de un oficial del ejército, formidablemente uniformado, blandiendo en una mano una espada desenvainada y en la otra un revólver amartillado, y corriendo, en furiosa persecución, es sin duda sumamente inquietante; sin embargo, no pareció tener ningún otro efecto sobre el hombre que en este caso era objeto de dicha persecución que el de aumentar en cierto grado su tranquilidad. Podría fácilmente haber huido a derecha o a izquierda, adentrándose en el bosque, pero eligió otra actitud: se volvió y enfrentó con calma al capitán diciéndole, mientras se acercaba:

—Me imagino que tiene usted algo que decirme, que se le ha olvidado. ¿Qué sería, amigo?

Pero el «amigo» no respondió, más ocupado en la acción poco amistosa de amenazarlo con una pistola amartillada.

—Ríndase —dijo el capitán con tanta calma como se lo permitía una cierta agitación causada por el esfuerzo—, o es hombre muerto.

No había amenaza alguna en el tono de voz con que impartió esta orden; ella estaba dada por los medios con que se ejercía la coacción. Había también algo no del todo tranquilizador en los fríos ojos grises que miraban a lo largo del cañón del arma. Durante un instante los dos hombres se miraron en silencio; entonces el civil, sin apariencia de temor —con la misma enorme despreocupación con que había cumplido la orden menos austera del centinela— sacó lentamente del bolsillo el papel que había satisfecho a aquel humilde funcionario y lo tendió diciendo:

—Me parece que este pase del señor Hartroy es...

—El pase es una falsificación —dijo el oficial interrumpiéndolo—. Yo soy el capitán Hartroy, y usted es Dramer Brune.

Sólo un ojo de lince habría notado la leve palidez del rostro del civil al escuchar estas palabras, y la única otra manifestación que atestiguaba su importancia fue un voluntario relajamiento del pulgar y de los dedos que sostenían el descartado papel, el cual, al caer olvidado sobre el camino, fue echado a rodar por una suave brisa y luego se detuvo, sucio de polvo, como humillado por la mentira que manifestaba. Un momento después el civil, todavía tranquilo, contemplando el cañón de la pistola, dijo:

—Sí, soy Dramer Brune, espía confederado y prisionero suyo. Llevo, como usted pronto descubrirá, un plano de su fuerte y de su armamento, una explicación de la forma en que están distribuidos sus hombres y el número a que ascienden, y un mapa de las entradas que muestra las posiciones de todos sus piquetes. Mi vida está en su poder, pero si usted desea tomarla de manera más formal que si lo hiciera por su mano, y si desea evitarme la vergüenza de entrar en el campamento a punta de pistola, le prometo que no resistiré, ni intentaré escapar, ni protestaré, sino que me someteré a la pena que deba ser impuesta.

El oficial bajó su pistola, la desamartilló y la puso en la cartuchera. Brune se adelantó un paso extendiendo la mano derecha.

—Es la mano de un traidor y un espía —dijo el oficial fríamente, y no la estrechó. El otro asintió—. Venga —dijo el capitán—, vamos al campamento; usted no morirá hasta mañana en la madrugada.

Dio la espalda a su prisionero, y estos dos hombres enigmáticos volvieron sobre sus pasos y pronto pasaron al centinela, quien expresó su sentido de las cosas con un innecesario y exagerado saludo a su comandante.

La mañana siguiente a estos hechos, temprano, los dos hombres, aprehensor y cautivo, se encontraban sentados en la tienda del primero. Los separaba una mesa sobre la cual, entre una cantidad de cartas privadas y oficiales que el capitán había escrito durante la velada, estaban los papeles acusadores que portaba el espía. Ese caballero había dormido toda la noche en una tienda contigua, sin centinelas. Ambos; después de desayunar, fumaban.

—Señor Brune —dijo el capitán Hartroy—, es probable que usted no comprenda por qué lo reconocí disfrazado, ni cómo sabía su nombre.

—No he tratado de enterarme, capitán —dijo el prisionero con pacífica dignidad.

Sin embargo, me gustaría que usted supiera, si la historia no lo ofende. Apreciaré que lo conozco desde el otoño de 1861. En aquella época, usted era un soldado de un regimiento de Ohio, un soldado valiente que inspiraba confianza. Para sorpresa y pena de sus oficiales y camaradas desertó y se pasó al enemigo. Poco después fue capturado durante una escaramuza, reconocido, juzgado por una corte marcial y sentenciado a morir fusilado. Esperando la ejecución de la sentencia lo confinaron, sin cadenas, en un vagón de carga que se encontraba en una vía lateral del ferrocarril.

—En Grafton, Virginia —dijo Brune, quitando las cenizas de su cigarro con el meñique de la mano que lo sostenía y sin levantar la vista.

En Grafton, Virginia —repitió el capitán—. Una noche oscura y tormentosa, un soldado que acaba de regresar de una marcha larga y fatigante fue destacado para vigilarlo. Se sentó sobre un cajón de galletas dentro del vagón, cerca de la puerta, con su rifle cargado y la bayoneta calada. Usted se sentó en una esquina, y las órdenes del soldado eran de matarlo si usted trataba de ponerse de pie.

Pero si yo pedía para ponerme de pie el soldado podía llamar al cabo de guardia.

Sí. A medida que pasaban las horas largas y silenciosas, el soldado se entregó a las exigencias de la naturaleza: el soldado mismo incurrió en la pena de muerte al dormirse en su puesto.

Eso fue lo que hizo usted.

—¡Cómo! ¿Me reconoce? ¿Me reconoció desde un primer momento?

El capitán se había puesto de pie y se paseaba por la tienda, visiblemente alterado. Su cara enrojeció, los ojos grises habían perdido la mirada fría y despiadada que mostraban cuando Brune los había visto detrás del cañón de la pistola; se habían suavizado maravillosamente.

—Lo conocí —dijo el espía, con su acostumbrada tranquilidad— cuando me enfrentó ordenando que me rindiera. Dadas las circunstancias, habría sido poco elegante de mi parte que le recordara todo esto. Soy quizás un traidor, ciertamente un espía; pero no quisiera parecer un suplicante.

El capitán se había detenido y miraba al prisionero. Había una singular ronquera en su voz cuando habló otra vez:

—Señor Brune, sea usted lo que su conciencia le permita ser; me salvó la vida a costa de la suya. Hasta que lo vi ayer, cuando mi centinela lo detuvo, lo creía muerto, creía que usted había sufrido la pena a la que, gracias a mi propio crimen, usted podía haber fácilmente eludido: no tenía más que salir del vagón y hacerme tomar su lugar ante el pelotón de fusilamiento. Usted tuvo una divina compasión. Tuvo piedad de mi fatiga. Me dejó dormir, veló mi sueño y, cuando se acercó el momento en el que debía llegar mi relevo, me despertó suavemente. Ah, Brune, Brune, aquello fue grande, fue digno, fue...

La voz del capitán se quebró; las lágrimas le corrían por la cara y resplandecían en su barba y sobre el pecho. Sentándose otra vez detrás de la mesa, hundió la cara en los brazos, sollozando. Todo estaba en silencio.

De repente, el claro sonido de un clarín se dejó oír convocando a la tropa. El capitán se sobresaltó e irguió el rostro, humedecido, de entre sus brazos; se había vuelto terriblemente pálido. Afuera, al sol, se oía a los hombres alineándose; las voces de los sargentos; el repiqueteo de los tambores. El capitán habló una vez más:

—Debí haber confesado mi falta para poder relatarla historia de su magnanimidad; podía haberle obtenido el perdón. Cien veces decidí hacerlo, pero la vergüenza me lo impidió. Por otra parte, su sentencia era justa. Bien, que Dios me lo perdone, nada dije y mi regimiento fue enviado poco después a Tennessee; no volví a saber de usted.

—Me fue bien, señor —dijo Brune sin aparente emoción—, huí y regresé a servir a mi bandera, la bandera confederada. Quisiera agregar que, antes de desertar del servicio federal, había solicitado por todos los medios que se me diera de baja tratando de hacer valer el argumento de que mis convicciones habían cambiado. Se me castigó.

—¡Ah! Sí yo hubiera sufrido la pena de mi crimen, si usted no me hubiera dado tan generosamente la vida que yo acepté sin gratitud, no se encontraría otra vez amenazado por una muerte inminente.

El prisionero se sobresaltó levemente y la ansiedad apareció en su rostro. Se habría dicho, también, que estaba sorprendido. En ese momento un teniente, el ayudante, apareció en la abertura de la tienda y saludó.

—Capitán —dijo—, el batallón está formado.

El capitán Hartroy había recuperado su compostura. Se volvió hacia el oficial y respondió:

—Teniente, dígame al capitán Braham que le ordeno asumir el mando del batallón y lo lleve a alinearse fuera del parapeto. Este caballero es un desertor y un espía; debe ser fusilado ante la tropa. Le acompañará, sin grilletes ni guardias.

Mientras el ayudante esperaba en la puerta, los dos hombres que estaban dentro de la tienda se pusieron de pie e intercambiaron ceremoniosos saludos; Brune se retiró de inmediato.

Media hora después un viejo cocinero negro, la única persona que quedaba en el

campamento, excepción hecha del comandante, se sobresaltó por el estampido de una descarga de fusilería y dejó caer la caldera que estaba sacando del fuego. Si no hubiera sido por su preocupación y por el silbido que el contenido de la caldera hacía entre las brasas, podría haber oído también, más cerca, el tiro de revólver con que el capitán Hartroy renunció a una vida que, en conciencia, ya no podía conservar.

De acuerdo con lo manifestado en una nota dirigida al oficial que lo sucedía en el mando, fue enterrado, como el desertor y espía, sin honores militares. Bajo la sombra solemne de las montañas que ya conocen la guerra, ambos duermen en tumbas tiempo ha olvidadas.

Una clase de oficial

One kind of officer

I

De las buenas maneras

Of The Uses Of Civility

—Capitán Ransome, no se le permite saber nada en absoluto. Es suficiente con que obedezca mi orden. Y permítame que la repita. Si percibe algún movimiento de tropas a su frente, debe abrir fuego, y si lo atacan debe defender esta posición todo el tiempo que le sea posible. ¿Me he expresado con claridad, señor?

—No puede haber nada más claro. Teniente Price —estas palabras iban dirigidas a un oficial de su misma batería que había llegado a caballo a tiempo de oír la orden—, lo que ha dicho el general es perfectamente claro, ¿no es así?

El teniente siguió a ocupar su puesto. Durante un momento el general Cameron y el comandante de la batería quedaron sentados sobre sus caballos, mirándose en silencio. No había más que decir; aparentemente ya se había dicho demasiado. Luego el oficial superior saludó fríamente con la cabeza y giró su caballo para alejarse. El artillero saludó lenta, gravemente y con extrema formalidad. Quien conociera bien las delicadezas de la etiqueta militar habría dicho que con su actitud acusaba recibo de la reprimenda de que había sido objeto. Uno de los usos importantes que se da al urbanismo es el de expresar resentimiento.

Cuando el general se reunió con su estado mayor y con su escolta que lo esperaba muy cerca de allí, toda la cabalgata se desplazó hacia la derecha de los cañones y desapareció en la niebla. El capitán Ransome estaba solo, silencioso, inmóvil como una estatua ecuestre. La niebla gris, cada vez más densa, se cerró alrededor suyo como un visible hado nefasto.

II

Bajo qué circunstancias los hombres no desean morir de un balazo

Under what circumstances men do not wish to be shot

La lucha del día anterior había sido desganada e indecisa. En los puntos donde se luchaba, el humo de la batalla se había colgado en azules cortinas entre las ramas de los árboles hasta que la lluvia que caía lo golpeó disolviéndolo en la nada. En la tierra ablandada las medas de los cañones y de los vagones con las municiones cortaban surcos hondos y dentados, y los movimientos de la infantería parecían ralentizarse por el barro que se pegaba a los pies de los soldados. Con sus ropas mojadas y con rifles mal protegidos por las capas, éstos se arrastraban en líneas sinuosas aquí y allá a través de bosques que goteaban y terrenos empapados. Los oficiales de a caballo, con sus cabezas que sobresalían de los relucientes ponchos de caucho como armaduras negras, iban buscando el camino individualmente o en grupos desorganizados, entre los soldados, yendo y viniendo sin aparente razón y sin llamar la atención de nadie sino de ellos mismos. Aquí y allá, un muerto con la ropa manchada de tierra, el rostro cubierto por una frazada o descubierto y arcilloso bajo la lluvia, agregaba su influencia desalentadora a los otros rasgos deprimentes de la escena y aumentaba la inquietud general con una depresión especial. Estos cadáveres parecían muy repulsivos, para nada heroicos, y nadie se encontraba accesible a su ejemplo patriótico. Muertos en el campo del honor, sí; ¡pero el campo del honor estaba mojado!

El choque general que todos esperaban no se daba; ninguno de los encuentros aislados y accidentales que se producían dando ventajas ora a un bando, ora al otro, proseguía. Los ataques desganados motivaban una resistencia malhumorada que se satisfacía con el mero rechazo. Las órdenes eran cumplidas con fidelidad mecánica; nadie hacía más que su deber.

—El ejército está asustado hoy —dijo el general Cameron, comandante de una brigada federal, a su lugarteniente.

—El ejército está frío —replicó el oficial— y, sí, no quisiera estar de esa forma.

Señaló a uno de los cadáveres que yacía en un pequeño charco de agua amarilla, con la ropa y el rostro salpicados por los cascos y las ruedas.

Las armas del ejército parecían compartir la delincuencia militar. El golpeteo de los rifles sonaba sordo y despreciable. No tenía significado y apenas despertaba la atención o la expectativa de los que se encontraban fuera de la lucha, en las reservas. Oídas a alguna distancia, las explosiones de los cañones poseían poco volumen y timbre: les faltaba agudeza y resonancia. Los cañones parecían disparados con cargas menguadas. De esa manera el día inútil llegó a su lóbrego final, y a la incómoda

noche sucedió un día de temor.

Un ejército tiene personalidad. Por debajo de los pensamientos y emociones individuales piensa y siente como unidad. Y en este sentido de las cosas, amplio y comprensivo, yace una sabiduría más sabia que la mera suma de todo lo que sabe. En aquella mañana decepcionante, esta gran fuerza bruta que tropezaba en el fondo de un blanco océano de niebla entre los árboles que se asemejaban a algas marinas, tenía una vaga noción de que algo andaba mal, de que todo un día de maniobras había tenido como resultado una equivocada disposición de sus partes, una ciega dispersión de su fuerza. Los hombres se sentían inseguros y hablaban entre ellos de aquellos errores tácticos que su reducido vocabulario les permitía comentar. Los oficiales de línea y de campo se reunían en grupos y hablaban con propiedad de lo que no comprendían muy claramente. Los comandantes de brigada y de división miraban a derecha e izquierda, hacia sus líneas de comunicación, enviaban a los oficiales de sus estados mayores a hacer averiguaciones, y a los exploradores los hacían adelantarse, silenciosa y cautamente, en la dudosa región que se encontraba entre lo conocido y lo desconocido. En algunos puntos de la línea, con aparente espontaneidad, las tropas construían las escasas defensas que podían excavar sin la pala silenciosa y la ruidosa hacha.

Uno de estos puntos era defendido por la batería del capitán Ransome, que constaba de seis piezas de artillería. Siempre provistos de herramientas de trinchera, sus hombres habían trabajado diligentemente toda la noche y ahora los cañones asomaban sus hocicos negros entre las troneras de una muralla de tierra verdaderamente formidable. Coronaba una pequeña elevación exenta de matorrales que permitiría disparar sin obstáculos hasta una distancia indefinida. Difícilmente podría haberse elegido una posición mejor. Tenía esta peculiaridad que el capitán Ransome, adicto al uso de la brújula, no había dejado de observar: enfrentaba al norte, en tanto que sabía que la alineación general del ejército debía enfrentar al este. En realidad, esa parte de la línea estaba «rechazada», es decir, doblada hacia atrás, alejada del enemigo. Esto implicaba que la batería del capitán Ransome estaba cerca del flanco izquierdo del ejército, ya que un ejército formado para la batalla retira sus flancos si la naturaleza del terreno se lo permite; son sus puntos vulnerables. El capitán Ransome parecía defender el extremo izquierdo de la línea, ya que más allá de las suyas no había tropas visibles en aquella dirección. La conversación mantenida por él y por su comandante de brigada, cuya pintoresca parte final hemos reproducido más arriba, había tenido lugar inmediatamente detrás de los cañones.

III

Cómo tomar el cañón sin partitura

How to play the cannon without notes

El capitán Ransome montaba su caballo, inmóvil y silencioso. A unas pocas yardas de distancia los hombres formaban alrededor de sus piezas. En algún lado — en todas partes dentro de un radio de pocas millas— había cien mil hombres, amigos y enemigos. Pero él estaba solo. La niebla lo había aislado tan completamente como si se hubiera encontrado en el corazón de un desierto. Su mundo consistía en unas pocas yardas cuadradas de tierra empapada y pisoteada por las patas de su caballo. Sus camaradas en aquel dominio fantasmagórico eran invisibles y no se oían. Estas condiciones favorecían la meditación y él se puso a pensar.

Sus rasgos agradables y bien definidos no dejaban traslucir la naturaleza de sus pensamientos. Tenía la expresión tan inescrutable como la de una esfinge. ¿Para qué había de registrar lo que nadie observaría? Al oír una pisada, sólo giró sus ojos hacia la dirección de donde procedía; uno de sus sargentos, semejante a un gigante en la falsa perspectiva de la niebla, se acercó, y al quedar claramente definido y reducido a sus dimensiones reales por la cercanía, saludó y quedó firme.

—Hola, Morris —dijo el oficial saludando a su vez a su subordinado.

—El teniente Price me ordenó que le informara que la mayor parte de la infantería ha sido retirada. No tenemos suficiente apoyo.

—Sí, lo sé.

—Debo decirle que algunos de nuestros hombres han salido de las defensas adelantándose unos cien metros, e informan que nuestro frente no está vigilado por nuestras propias fuerzas.

—Sí.

—Se adelantaron tanto que pudieron oír al enemigo.

—Sí.

—Escucharon el traqueteo de las ruedas de la artillería y las órdenes de los oficiales.

—Sí.

—El enemigo está avanzando hacia nosotros.

El capitán Ransome, que había estado mirando hacía la retaguardia de su línea — hacia el punto donde el comandante de brigada había sido tragado por la niebla—, hizo girar a su caballo y se puso a mirar en la dirección contraria. Después de esto quedó otra vez inmóvil.

—¿Quiénes son los hombres que hicieron esa afirmación? —preguntó sin mirar al sargento; sus ojos se dirigían hacia la niebla, por sobre la cabeza de su caballo.

—El cabo Hassman y el artillero Manning.

El capitán Ransome quedó silencioso por un instante. Una leve palidez inundó su cara, una tenue compresión afectó las líneas de sus labios, pero se requería un observador más agudo que el sargento Morris para notar el cambio. No hubo tal cambio en su voz.

—Sargento, envíe mis saludos al teniente Price y ordénele que abra fuego con todos los cañones. Metralla.

El sargento saludó y se desvaneció en la niebla.

IV

Presentación del general Masterson

To introduce General Masterson

Buscando al comandante de su división, el general Cameron y su escolta habían seguido la línea de batalla durante casi una milla hacia la derecha de la batería de Ransome, para enterarse de que el comandante de división había salido a buscar al comandante del cuerpo. Parecía que todos andaban en busca de su superior inmediato, lo cual era un hecho ominoso. Esto significaba que nadie se encontraba tranquilo. Así fue que el general Cameron siguió cabalgando otra media milla y encontró por fortuna al general Masterson que regresaba.

—Ah, Cameron —dijo el oficial superior, deteniendo a su caballo y cruzando su pierna derecha a través de su montura con un estilo por demás poco militar—. ¿Alguna novedad? Espero que haya encontrado una buena posición para su batería, si es que se puede hablar de un lugar mejor que otro en la niebla.

—Sí, general —dijo el otro con la máxima dignidad apropiada a su rango menor. Mi batería está muy bien emplazada. Quisiera poder decir que está igualmente bien comandada.

—Eh, ¿cómo es eso? ¿Ransome? Creo que es una excelente persona. En el ejército debiéramos estar orgullosos de él.

Era costumbre de los oficiales del ejército regular hablar del mismo refiriéndose a «*el ejército*». De la misma manera que las mayores ciudades son provincianas, la complacencia propia de las aristocracias es francamente plebeya.

—Es muy cerrado en sus opiniones. A propósito, para ocupar la colina que él defiende tuve que extender peligrosamente mi línea. La colina está a mi izquierda, lo cual es decir el flanco izquierdo del ejército.

—Oh, no, la brigada de Hart está más allá. La enviaron desde Drytown anoche y le ordenaron que se uniera a sus fuerzas. Más vale que vaya y...

La frase quedó sin terminar. Una cerrada descarga de artillería había estallado hacia la izquierda, y ambos oficiales, seguidos por sus séquitos de ayudantes y ordenanzas, con gran ruido de sables, se alejaron rápidamente hacia aquel lugar. Pero pronto hubieron de detenerse, porque se vieron obligados por la niebla a no perder de vista la línea de fuego, detrás de la cual enjambres de hombres en movimiento se les atravesaban. Por todas partes las filas se definían más nítidamente al tomar los hombres sus armas y organizarse con sus oficiales que blandían los sables. Los abanderados desplegaron sus banderas, los clarines llamaban a cerrar filas y los enfermeros aparecían con las camillas. Los oficiales de línea montaban y enviaban su impedimenta hacia la retaguardia para que los sirvientes negros se ocuparan de ella. Más atrás, en los claros fantasmagóricos del bosque, se escuchaba el murmullo de las

reservas que se reunían.

Todas estas preparaciones no eran vanas, porque no habían pasado cinco minutos desde que los cañones del capitán Ransome rompieran la tregua de la duda, cuando toda la región estallaba. El enemigo atacaba por todas partes.

V

Cómo los sonidos pueden luchar contra las sombras

How sounds can fight shadows

El capitán Ransome caminaba detrás de los cañones que disparaban rápida y firmemente. Los artilleros trabajaban con atención pero sin apuro y, aparentemente, sin ansiedad. Es que no había realmente por qué entusiasmarse; cuesta poco apuntar un cañón y dispararlo contra la niebla. Cualquiera puede hacerlo.

Los hombres sonreían ante el ruido de su obra, llevándola a cabo cada vez con menor velocidad. Echaban miradas llenas de curiosidad hacia su capitán, quien se había subido sobre el terraplén y miraba a través del parapeto como si observara el efecto de sus disparos. Pero el único efecto visible era la sustitución de anchas y bajas cortinas de humo por su volumen en niebla. Repentinamente estalló desde la oscuridad una tremenda gritería que llenaba los intervalos entre las explosiones de los cañones con sobresaltadora nitidez. Para los pocos que tenían tiempo y oportunidad de observar el sonido, era inefablemente extraño, tan fuerte, tan cercano, tan amenazante, y sin embargo nada se veía. Los hombres que habían sonreído dejaron de hacerlo y siguieron su trabajo con seria y febril actividad.

Desde su puesto sobre el parapeto el capitán Ransome pudo ver ahora una multitud de opacas figuras grises que tomaban forma en la niebla y trepaban en enjambre la colina. Pero la obra de los cañones era ahora rápida y furiosa. Barría la colina con ráfagas de metralla cuyo zumbido se dejaba oír a través del trueno de las explosiones. En esta horrible tempestad de hierro los asaltantes se esforzaban paso a paso por sobre sus muertos, disparando dentro de las troneras, recargando, disparando otra vez y cayendo finalmente, un poco más adelante que los que habían caído antes. Pronto el humo fue lo suficientemente denso como para cubrirlo todo. Cayó sobre el ataque y volviendo hacia atrás envolvió a la defensa. Los artilleros apenas podían hacer funcionar sus piezas, y cuando algunas pocas figuras del enemigo aparecían sobre el parapeto, habiendo tenido la buena suerte de acercársele lo suficiente entre dos troneras como para quedar protegidas de los cañones, parecían tan etéreas que apenas valía la pena que unos pocos integrantes de la infantería se dedicaran a echarlos hacia atrás con sus bayonetas sobre la zanja.

Dado que el comandante de una batería en plena acción tiene cosas más importantes que hacer que dedicarse a quebrar cráneos, el capitán Ransome se había retirado del parapeto al lugar que le correspondía detrás de sus cañones, donde quedó de pie, con los brazos cruzados, y el corneta a su lado. En ese lugar, en lo más encarnizado de la lucha, se le acercó el teniente Price, quien acababa de atravesar con su espada a uno de los asaltantes más audaces. Un diálogo fogoso se entabló entre los dos oficiales, fogoso por lo menos por parte del teniente, quien gesticulaba con

energía y gritaba una y otra vez en la oreja de su comandante, como tratando de hacerse oír por sobre el estruendo infernal de los cañones. Si sus gestos hubieran sido observados fríamente por un actor, se habrían dicho de protesta: se diría que se oponía a la acción que estaba desarrollándose. ¿Deseaba rendirse?

El capitán Ransome escuchó sin que su semblante ni su actitud reflejaran cambio alguno, y cuando el otro hombre terminó su arenga lo miró fríamente a los ojos, durante un oportuno silencio, diciéndole:

—Teniente Price, no se le permite saber nada en absoluto; es suficiente que obedezca mis órdenes.

El teniente volvió a su puesto; estando el parapeto aparentemente despejado, el capitán Ransome regresó a él para mirar del otro lado. Cuando se subía al terraplén un hombre que agitaba una brillante bandera, se lanzó desde arriba. El capitán desenfundó una pistola del cinto y lo mató de un balazo. El cuerpo, al caer, quedó colgando del borde del terraplén, con sus brazos hacia abajo y las manos aún estrechando la bandera. Los pocos seguidores de este hombre se volvieron y huyeron ladera abajo. Mirando por sobre el parapeto el capitán no vio ser viviente alguno. Observó también que ya no llegaban balas hasta su posición.

Hizo un gesto al corneta, quien tocó la orden para que cesara el fuego. En todos los otros puntos la acción ya había finalizado con el rechazo del ataque confederado; con el cese de este cañoneo el silencio fue absoluto.

VI

Por qué, cuando se es insultado por A, no conviene insultar a B.

Why, being affronted by A, it is not best to affront B

El general Masterson entró a caballo en el reducto. Los hombres, reunidos en grupos, hablaban en voz alta y gesticulaban. Señalaban hacia los muertos, corriendo de un cuerpo al otro. Descuidaban sus hediondas y recalentadas piezas y olvidaban vestirse nuevamente. Corrían hacia el parapeto mirando del otro lado, y se lanzaban algunos de ellos dentro de la zanja. Una veintena de hombres se había reunido alrededor de una bandera rígidamente sostenida por un muerto.

—Bien, mis hombres —dijo el general alegremente—, han hecho una excelente pelea.

Se quedaron mirándolo fijamente. Nadie contestó; la presencia del gran hombre los alarmaba y avergonzaba.

Al no recibir respuesta a su amable condescendencia, el joven oficial silbó un compás o dos de una melodía popular y adelantándose con su caballo hasta el parapeto observó a los muertos. En un instante había hecho girar a su caballo y lo espoleaba hacia los cañones, mirando simultáneamente en todas direcciones. Un oficial se encontraba sentado sobre el carro de uno de los cañones, fumando un cigarro. Al acercarse el general como una tromba, se puso de pie y saludó con tranquilidad.

—¡Capitán Ransome! —las palabras cayeron agudas y duras como el choque de hojas de acero—. Ha estado combatiendo a nuestros propios hombres, señor. ¿Me oye? ¡La brigada de Han!

—General, ya lo sé.

—¿Lo sabe, lo sabe y se queda ahí sentado, fumando? ¡Oh! ¡Maldito sea! Hamilton, estoy perdiendo la paciencia —estas últimas palabras dirigidas a su preboste marcial—. Señor capitán Ransome, tenga la amabilidad de decir, de decir, por qué combatió contra nuestros hombres.

—No sabría decírselo. Esa información no fue incluida entre mis órdenes.

El general no comprendió.

—¿Quién fue el agresor?

—Yo.

—¿Y no pudo haber sabido, no podía ver, señor, que estaba atacando a nuestros propios hombres?

La respuesta fue sorprendente:

—Lo sabía, general. Pero no parecía ser asunto mío. Entonces, rompiendo el absoluto silencio que siguió, dijo:

—Debo rogarle que se lo pregunte al general Cameron.

—El general Cameron está muerto, señor, tan muerto como puede estarlo cualquier hombre de este ejército. Yace allí bajo un árbol. ¿Quiere usted decir que él tuvo algo que ver con este espantoso asunto?

El capitán Ransome no contestó. Observando el altercado sus hombres se habían acercado para enterarse del desenlace. Estaban muy excitados. La niebla, que los disparos habían disipado parcialmente, había vuelto a cerrarse alrededor tan oscuramente que se apretujaron hasta que el juez de a caballo y el acusado de pie tenían apenas un reducido espacio libre de intrusos. Era la corte marcial más informal, pero todos sentían que la más formal que la seguiría no haría más que afirmar su juicio. No tenía jurisdicción, pero tenía el valor de una profecía.

—Capitán Ransome —gritó impetuosamente el general con algo en su voz que era casi una súplica—, si puede decir algo que arroje una luz más favorable sobre su incomprensible conducta le ruego que lo haga.

Habiendo recuperado su ecuanimidad, este generoso soldado buscaba algo que justificara su natural actitud de simpatía para con un hombre valiente ante la inminencia de una muerte deshonrosa.

—¿Dónde está el teniente Price? —dijo el capitán.

Aquel oficial se adelantó, su rostro oscuro y melancólico un tanto imponente bajo el pañuelo sanguinolento que envolvía una de sus cejas. Comprendió el significado de la citación y no necesitaba que se lo invitara a hablar. No miró al capitán y se dirigió al general.

—Durante la batalla descubrí lo que estaba sucediendo, y lo trasmití al comandante de la batería. Me atreví a urgirlo a que hiciera detener el fuego. Fui insultado y se me ordenó que regresara a mi puesto.

—¿No sabe usted nada de las órdenes que se me habían impartido? —preguntó el capitán.

—De las órdenes bajo las cuales actuaba el comandante de la batería —prosiguió el teniente, aún dirigiéndose al general— no sé nada en absoluto.

El capitán Ransome sintió que el mundo se hundía bajo sus pies. En aquellas crueles palabras oyó el murmullo de los siglos que rompían sobre la orilla de la eternidad. Escuchó la voz del destino fatal; decía con tono frío, mecánico y mesurado: «¡Prontos, listos, fuego!», y sintió las balas que desgarraban su corazón. Oyó el sonido de la tierra que caía sobre su ataúd y (si el buen Dios tuviera tanta piedad) el canto de un pájaro sobre su olvidada tumba. Sacando silenciosamente su sable de sus arreajes se lo entregó al preboste marcial.

Un oficial, un hombre

One officer, one man

El capitán Graffenreid estaba de pie a la cabeza de su compañía. Ésta no había entrado a combate. Formaba parte del frente de batalla que se extendía a lo lejos, hacia la derecha, con una longitud visible de casi dos millas a través del campo abierto. El flanco izquierdo estaba oculto por el bosque; a mano derecha, la línea también se perdía de vista, pero después de mucho espacio. Unas cien yardas detrás se encontraba la segunda línea; detrás de ésta, las brigadas de reserva y las divisiones formadas en columnas. Las baterías de artilleros ocupaban los espacios intermedios y coronaban las colinas. Grupos de jinetes —generales con sus estados mayores y sus escoltas— quebraban la regularidad de las líneas y columnas. Algunas de estas figuras conspicuas portaban prismáticos y estaban inmóviles oteando tranquilamente la campiña que tenían por adelante; otros iban y venían lentamente, impartiendo órdenes. Había escuadrones de camilleros, ambulancias, carros con municiones y edecanes en la retaguardia de todos —de todo lo visible—, porque aún detrás de ellos, a lo largo de los caminos, se extendía por muchas millas una vasta multitud de reservistas que junto con su variada impedimenta tienen asignada la tarea poco gloriosa pero importante de atender a las múltiples necesidades de los combatientes.

Un ejército alineado para la batalla, a la espera de un ataque o pronto para iniciarlo, presenta extraños contrastes. En el frente se encuentran la formalidad, la inmovilidad y el silencio. Hacia atrás estas características son cada vez menos notorias hasta que, al final, espacialmente hablando, se pierden por completo en medio de la confusión, el movimiento y el ruido. Lo homogéneo se convierte en heterogéneo. Lo definido desaparece; el reposo se ve sustituido por una actividad aparentemente sin propósito; la armonía se desvanece en la desorganización; la forma, en el desorden. Por todos lados hay conmoción e inquietud incesante.

Los hombres que no luchan no están listos nunca.

Desde su lugar el frente de la tropa, el capitán Graffenreid tenía una visión sin obstáculos del terreno enemigo. Una media milla de campo despejado y casi llano se abría ante él, y más allá un bosque irregular cubría un pequeño montículo; no se veía un ser humano por ninguna parte. Tampoco podía imaginarse nada más apacible que este agradable paisaje con sus alargadas franjas de campos oscuros sobre los cuales la atmósfera empezaba a estremecerse con el calor del sol matinal. Ni un solo ruido llegaba desde el campo y el bosque, ni siquiera el ladrido de un perro, o el canto de un gallo desde la plantación que apenas se veía en la colina entre los árboles. Sin embargo, cada uno de esos centenares de hombres sabía que él y la muerte se encontraban cara a cara.

El capitán Graffenreid no había visto un enemigo armado en toda su vida, aunque

su regimiento era el más antiguo en el combate, desde los dos años que ya duraba la guerra. Tenía la ventaja poco común de una educación militar, y cuando sus camaradas marcharon hacia el frente a él lo habían asignado al servido administrativo en la capital de su estado donde se pensaba que habría de ser más útil. Como mal soldado había protestado, y como buen militar había obedecido. Relacionado amistosa y oficialmente con el gobernador, y en goce de su favor y confianza, rechazó firmemente toda promoción y había visto cómo sus inferiores eran promovidos por encima de su grado. La muerte trabajaba en su lejano regimiento; se habían abierto vacantes en los cargos de oficiales una y otra vez; pero un caballeresco sentimiento de que los premios de la guerra debían recaer sobre los que soportaban el peso de las batallas lo había llevado a mantenerse en su humilde rango para facilitar la fortuna de otros. Su silenciosa devoción a los principios venció por fin: fue relevado de sus odiosos deberes y enviado al frente, y ahora, todavía no bautizado por el fuego, se encontraba en la antesala de la batalla comandando una compañía de duros veteranos para quienes él sólo había sido un nombre, y ese nombre, objeto de burlas. Nadie —ni siquiera los oficiales de su misma promoción a favor de quienes había renunciado a sus derechos— comprendía su devoción. Estaban demasiado ocupados para poder ser justos; lo veían como alguien que había rehuído a su deber, hasta que se vio obligado a dirigirse al frente. Demasiado orgulloso como para explicarse, aunque no tan insensible como para dejar de sentir, sólo le restaba soportar su situación y esperar.

De todos los integrantes del ejército federal aquella mañana veraniega ninguno había aceptado el combate con más alegría que Anderton Graffenreid. Su espíritu retozaba, sus facultades se desbocaban. Estaba en un estado de exaltación mental y apenas podía sufrir la demora del ataque enemigo. Para él ahí estaba la oportunidad, y no le interesaba en absoluto el resultado. Que la victoria o la derrota se dieran según la voluntad de Dios; tanto en una como en la otra probaría que era un soldado y un héroe; reivindicaría el derecho al respeto de sus hombres, al compañerismo de los oficiales y a la consideración de sus superiores. ¡Cómo latía el corazón en su pecho cuando el clarín tocó las conmovedoras notas llamando a atención! ¡Con qué paso liviano, apenas consciente de la tierra que pisaba, se encaminó hacia adelante, al frente de su compañía, y con qué alegría notó la disposición táctica que había ubicado a su regimiento en la primera línea! Si por ventura tuvo un recuerdo de un par de ojos oscuros que se enternecerían al leer la crónica de los hechos de esa jornada, ¿quién lo acusará por esa reflexión tan poco marcial o pensará que decaía su ardor de soldado?

Repentinamente, desde el bosque que se encontraba a una media milla del frente —aparentemente desde las ramas superiores de los árboles, pero en realidad desde más allá de la colina— se elevó una alta columna de humo blanco. Un momento después llegó una explosión profunda y desgarradora, seguida —casi acompañada— por un terrible zumbido que parecía saltar a través del espacio con inconcebible rapidez, elevándose desde el susurro hasta el rugido con una graduación demasiado

rápida como para que se notaran las sucesivas etapas de su horrenda progresión. Un temblor recorrió las filas; los hombres se sobresaltaron. El capitán Graffenreid dio un salto y se llevó las manos a la cabeza. Al hacerlo oyó una explosión aguda y resonante, y vio una tremenda columna de humo y de tierra que se elevaba sobre una ladera detrás de sus líneas; era la explosión de la granada. ¡Sólo había pasado a unos cien pies hacia su izquierda! Oyó o creyó oír una carcajada baja y burlona y volviéndose hacia la dirección de la que provenía vio a su teniente primero, los ojos fijos en él, con una inconfundible mirada de diversión. Observó la línea de rostros. Los hombres reían. ¿De él? La idea devolvió el color a su pálido semblante, devolvió demasiado color. Sus mejillas se inflamaron con una fiebre de vergüenza.

El disparo del enemigo no tuvo respuesta: el oficial que estaba al mando de esa parte de la línea tan desguarnecida no tenía evidentemente ningún deseo de provocar una cañoneada. El capitán Graffenreid fue consciente de un sentimiento de gratitud por esta interrupción. No sabía que el vuelo de un proyectil fuera un fenómeno de carácter tan imponente. Su concepción de la guerra ya había sufrido un profundo cambio, y tenía conciencia de que su nuevo sentir se manifestaba mediante una visible perturbación. La sangre hervía en sus venas: tenía una sensación de asfixia y sintió que si tuviera que dar una orden sería inaudible o por lo menos ininteligible. La mano que sostenía su espada temblaba; la otra se movía automáticamente aferrándose a diversas partes de su uniforme. Encontró difícil quedarse de pie inmóvil e imaginó que sus hombres lo observaban. ¿Era miedo? Temió que lo fuera.

Desde algún sitio de la derecha llegó, al cambiar el viento, un grave e intermitente murmullo como el del océano durante la tormenta, como el de un ferrocarril lejano, como el del viento entre los pinos; tres sonidos tan parecidos que el oído, sin la ayuda del pensamiento, no puede distinguirlos. Los ojos de las tropas giraron en esa dirección; los oficiales de a caballo apuntaron hacia allí sus prismáticos. Una pulsación irregular se entremezclaba con el ruido. Al principio pensó que era el latir de su sangre afiebrada en sus oídos; luego, que era el distante repique de un tambor.

—Han comenzado a disparar sobre el flanco derecho —dijo un oficial.

El capitán Graffenreid comprendió: los sonidos eran de fusiles y de artillería. Asintió y trató de sonreír. No había aparentemente nada contagioso en la sonrisa.

Casi inmediatamente irrumpió, todo a lo largo de la orilla del bosque frente a ellos, una tenue línea de nubecillas de humo azul, sucedida por el estampido de rifles. Silbidos penetrantes surcaron el aire y terminaron abruptamente con un sonido sordo cerca suyo. El hombre que estaba al lado del capitán Graffenreid dejó caer su rifle; sus rodillas se doblaron y se inclinó torpemente hacia adelante golpeándose la cara. Alguien gritó: «¡Cuerpo a tierra!», y fue difícil distinguir un cadáver de un ser vivo. Parecía que aquellos pocos disparos hubieran muerto a diez mil hombres. Sólo los oficiales permanecieron erguidos; su concesión a la emergencia consistió en desmontar y enviar sus caballos al abrigo de las bajas colinas que se encontraban a retaguardia.

El capitán Graffenreid yacía al costado del muerto, desde cuyo cuerpo fluía lentamente un hilo de sangre. Tenía un olor tan suave y dulzón que descomponía. El rostro estaba hundido y aplastado contra la tierra. Ya se veía amarillo y era repulsivo. Nada sugería la gloria de la muerte de un soldado, ni mitigaba lo repugnante del incidente. Graffenreid no podía dejar de ver el cuerpo sin volverse de espaldas hacia sus hombres.

Fijó la mirada en el bosque donde una vez más todo era silencio. Trató de imaginar lo que sucedía allá, cómo las líneas de tropas se formarían para atacar, cómo empujarían los cañones a mano hasta el borde del claro. Imaginó que podía ver sus negras bocas apareciendo entre las malezas, listas para lanzar sus tormentas de proyectiles, tales como aquel cuyo chillido había sobresaltado tanto sus nervios. La tensión de los ojos se volvió dolorosa; una niebla pareció formarse delante de ellos; ya no podía distinguir nada a través del campo de batalla y sin embargo no podía retirar la mirada sin peligro de ver el cadáver que yacía a su lado.

El fuego de la batalla ya no ardía muy brillantemente en el espíritu de este guerrero. De la quietud había nacido la introspección. Eligió analizar sus sentimientos antes que distinguirse por un acto de valentía y devoción. El resultado fue profundamente deprimente. Se cubrió la cara con las manos y lanzó un quejido.

El ronco murmullo de la batalla se hizo más y más nítido hacia la derecha; en verdad, el murmullo se había convertido en un rugido, los latidos en truenos. Los sonidos se habían desplazado oblicuamente hacia el frente; evidentemente estaban rechazando al enemigo, y el momento propicio para avanzar contra el ángulo saliente de su línea llegaría pronto. El silencio y el misterio en el frente resultaban ominosos; todos los sentían un mal presagio para los atacantes.

Detrás de las líneas sonaron los cascos de caballos que galopaban; los hombres se volvieron para mirar. Una docena de oficiales del estado mayor cabalgaban hacia los diversos comandantes de brigada y de regimiento, que habían vuelto a montar. Un momento más tarde, un coro de voces gritaba desordenadamente las mismas palabras: «¡Atención, batallón!». Los hombres se pusieron de pie de un salto y fueron alineados por los comandantes de la compañía. Esperaban la palabra «Adelante». Esperaban, también, con corazones desbocados y dientes apretados, las ráfagas de hierro y plomo que los destruirían en cuanto se movieran para obedecer aquella palabra. La palabra no se daba; la tempestad no estallaba. La demora era horrible, enloquecedora. ¡Exasperaba como una tregua en la guillotina!

El capitán Graffenreid estaba de pie a la cabeza de su compañía, con el muerto a sus pies. Escuchó la batalla a la derecha: el golpeteo y el estallido de los fusiles, el incesante tronar de los cañones, los gritos interrumpidos de los combatientes. Observó las nubes de humo que se elevaban desde los bosques lejanos. Notó el silencio siniestro del que tenían delante. Estos extremos contrastantes afectaron toda la gama de sus sentidos. La tensión sobre su organización nerviosa fue insoportable. Sentía frío y calor. Jadeaba como un perro y luego olvidaba respirar hasta que el

vértigo se lo recordaba.

Repentinamente se tranquilizó mirando hacia el suelo, los ojos se habían posado sobre su espada desnuda mientras la sostenía con la punta hacia la tierra. Pensó que se parecía en algo a la hoja corta y pesada de los antiguos romanos. ¡La imagen estaba cargada de sugerencias malignas, fatales, heroicas!

El sargento que se encontraba parado justo detrás del capitán Graffenreid observó entonces algo extraño. Su atención fue atraída por un movimiento poco común de aquel hombre —un repentino y enérgico lanzar las manos hacia adelante y luego hacia sí mismo, con los codos abiertos, como remando—, y vio surgir de entre los omóplatos del capitán una brillante punta de metal que se prolongaba casi medio brazo de longitud: ¡una hoja de espada! Estaba levemente manchada de carmesí, y su punta se acercó tanto y tan rápidamente al pecho del sargento que éste dio un salto atrás, alarmado. En ese momento el capitán Graffenreid cayó pesadamente hacia adelante y murió.

Una semana más tarde, el teniente general que comandaba el cuerpo izquierdo del ejército federal enviaba el siguiente informe: «Tengo el honor de informar, respecto de la acción del 19 próximo pasado, que debido a la retirada del enemigo para reforzar su flanco izquierdo derrotado, mis fuerzas no se vieron acosadas seriamente. Mis bajas fueron las que siguen: muertos, un oficial, un hombre».

George Thurston

George Thurston

Tres incidentes en la vida de un hombre

George Thurston era primer teniente y edecán en el estado mayor del coronel Brough, quien comandaba una brigada federal. El coronel Brough tenía esta jerarquía provisoria, como coronel de mayor antigüedad, pues el brigadier estaba gravemente herido y en uso de licencia hasta que se recuperara. Creo que el teniente Thurston provenía del regimiento del coronel Brough, y a ese mismo regimiento, junto con su coronel, habría sido devuelto, de haber vivido hasta la recuperación de nuestro comandante. El edecán cuyo puesto ahora ocupaba Thurston había muerto en una batalla, y la llegada de Thurston fue la única modificación en el equipo de nuestro estado mayor aparte el cambio de comandantes. Pero no lo queríamos: era poco sociable. De todas maneras eran otros quienes notaban esta característica más que yo. Así fuera en el campamento como durante la marcha, en las tiendas, en los barracones o en los vivacs, mis deberes como topógrafo me mantenían ocupado como un castor. Estaba todo el día sobre el caballo, y la mitad de la noche ante mi mesa de dibujo relacionando los datos de mis relevos. El mío era un trabajo peligroso; debía entrar lo más posible en las líneas enemigas, para que más valieran mis anotaciones y los mapas que resultaban de ellas. En este asunto las vidas humanas no contaban para nada ante la posibilidad de definir un camino o determinar un puente. A veces era necesario enviar escuadrones enteros de caballería contra poderosas avanzadas de infantes para que el breve lapso entre el avance y la retirada inevitable pudiera utilizarse para medir la profundidad de un vado o fijar el punto de intersección de dos caminos.

En algunos oscuros rincones de Inglaterra y de Gales existe la costumbre inmemorial de «azotar los límites» de la parroquia. Un determinado día del año la población entera viaja en procesión desde un mojón al otro, a lo largo del límite. En los puntos más importantes se azota con verdadero entusiasmo a los muchachos para hacerles recordar ese lugar en años venideros, hasta que se convierten en autoridades en cuestión de límites. Nuestros frecuentes encuentros con las patrullas y exploradores confederados tenían este mismo valor educativo; fijaban en mi memoria una imagen vívida y aparentemente imperecedera del lugar, una imagen que hacía las veces de las más precisas anotaciones, las que por otra parte no era siempre prudente llevar consigo, entre los disparos de las carabinas, el choque de los sables y los caballos lanzados hacia todos lados. Estos fogosos encuentros eran observaciones teñidas de rojo.

Una mañana, al salir con mi escolta para realizar una expedición más riesgosa aún

de lo habitual, el teniente Thurston se me acercó a caballo y me preguntó si tenía alguna objeción a que él me acompañara, ya que el comandante le había otorgado permiso para hacerlo.

—Ninguna en absoluto —contesté un tanto hoscamente—; pero ¿a título de qué viene usted? No es topógrafo y el capitán Burling comanda mi escolta.

—Iré como espectador —dijo. Se quitó la espada, sacó las pistolas de sus cananas y se las entregó al auxiliar, quien volvió nuevamente al campamento. Me di cuenta de la brutalidad de mi observación, pero al no encontrar una forma de disculpa, me quedé callado.

Esa tarde nos encontramos con un regimiento enemigo y con una pieza de artillería que dominaba por lo menos una milla del camino por el que nos acercábamos. Mi escolta luchó desplegada a ambos lados de la ruta, pero Thurston permaneció en el medio de la misma; cada pocos segundos su posición era barrida por la metralla que desgarraba el aire al pasar. Él había dejado caer las riendas sobre el pescuezo de su caballo y estaba sentado, muy erguido sobre la montura, con los brazos cruzados. Pronto se encontró en el suelo, con su caballo hecho trizas. Desde el costado del camino, mi lápiz y mi cuaderno inertes, olvidados de mi deber, lo observé mientras se desembarazaba lentamente de los restos de su animal para ponerse de pie. En ese momento —el cañón había callado—, un tipo gigantesco se lanzó a caballo como una centella por el camino, con el sable desnudo. Thurston lo vio venir, se irguió cuan largo era y se cruzó de brazos una vez más. Era demasiado valiente como para retroceder ante una orden, y además mis bruscas palabras lo habían desarmado. Era sólo un espectador. Un momento más y habría sido partido en dos como un pescado, pero una bala bendita tumbó al atacante sobre el camino polvoriento, tan cerca de Thurston que el impulso lo hizo rodar hasta sus pies. Esa noche, mientras pasaba mis apuradas notas en limpio, encontré el tiempo suficiente para pensar mis disculpas, que tomaron, *creo*, la ruda y primitiva forma de una confesión reconociendo que había hablado como un idiota.

Unas semanas más tarde parte de nuestro ejército hizo un asalto contra el flanco izquierdo del enemigo. El ataque, lanzado contra una posición desconocida, a través de un terreno poco familiar, fue conducido por nuestra brigada. Había tantos accidentes de terreno y la maleza era tan espesa que todos los oficiales y soldados de a caballo tuvieron que combatir a pie, incluso el comandante y su estado mayor. En la *melée*, Thurston quedó separado del resto y sólo lo encontramos, horriblemente herido, después de haber conquistado la última defensa enemiga. Estuvo algunos meses en el hospital de Nashville, Tennessee, pero finalmente se reunió con nosotros. Muy poco dijo sobre su accidente, excepto que se había confundido y extraviado, y desembocó ante las líneas enemigas, donde fue herido; pero nos enteramos de los detalles de boca de uno de sus heridores a quien habíamos capturado: «Apareció caminando frente a nosotros, mientras formábamos en línea, cuerpo a tierra», dijo este hombre. «Toda una compañía se puso de pie apuntándole al pecho con sus rifles

y algunos casi lo rozaban. “¡Arroja el sable y ríndete, maldito yanqui!”, gritó uno de nuestros oficiales. El hombre dejó vagar sus ojos por la línea de fusiles, se cruzó de brazos empuñando todavía la espada, y contestó lentamente: No *lo haré*. Si todos hubiéramos disparado lo habríamos despedazado. Algunos no lo hicimos. Yo fui uno de ellos; nada podría haberme obligado a hacerlo».

Cuando se mira con tranquilidad a la muerte sin hacerle ninguna concesión, es natural que uno tenga una buena opinión de sí mismo. No sé si era este sentimiento el que en Thurston se expresaba con su actitud tan formal al cruzarse de brazos. Nuestro cabo, tartamudo incorregible, sugirió otra explicación un día en que estábamos comiendo y Thurston se encontraba ausente: «Es s-su ma-mane-ra de do-do-mi-nar una ten-den-cia conge-gé-nita a huir».

—¿Qué? —exploté, poniéndome de pie indignado—. ¿Insinúa, cuando él no está, que Thurston es un cobarde?

—Si-si fuera un-un co-o-barde, no-no trata-ta-ría de domi-mi-narla; y si es-es-tuvie-e-ra aquí no-no me a-a-ni-ma-ría a tra-tar el a-asun-to —fue la apaciguadora respuesta.

Este hombre intrépido, George Thurston, murió una muerte innoble. La brigada había acampado, y el cuartel general estaba ubicado en un bosque frutal de árboles inmensos. En una de las ramas más altas de uno de ellos, un trepador temerario había atado los dos cabos de una larga cuerda haciendo una hamaca que no tenía menos de cien pies de largo. Lanzarse hacia abajo desde una altura de cincuenta pies, por el arco de un círculo que tiene aquel radio, elevarse hasta una altura igual, detenerse durante un instante sobrecogedor, y luego volar vertiginosamente hacia atrás... Nadie que no lo haya intentado puede concebir los terrores que tal deporte apareja a los novicios.

Thurston salió un día de su tienda y pidió que lo instruyeran en el misterio de la propulsión de la hamaca, ese arte de elevarse y sentarse que todos los muchachos dominaban. En pocos minutos había aprendido y se hamacaba a una altura mayor que la que habían pretendido los más expertos. Nos estremecíamos al ver sus vuelos temibles.

—De-deténgan-lo —dijo el cabo, saliendo lentamente del comedor donde había estado almorzando—. N-no sa-sabe que si su-supera la ram-ma en-en-rollará la-a hamm-aca.

Tanta era la fuerza con que aquel hombre se lanzaba a través del aire, tanta la energía, que en cada extremo del arco, su cuerpo de pie sobre la hamaca quedaba casi horizontal. Si llegaba a pasar una sola vez sobre el nivel en que estaba sujeta la cuerda, estaría perdido; la cuerda se aflojaría y él habría de caer, recorriendo la misma distancia que había subido; en ese momento, la repentina tensión le arrancaría la cuerda de sus manos. Todos advertían el peligro, todos le gritaban que desistiera, y le hacían gestos cuando volaba cerca nuestro —difuso y con un zumbido corno de proyectil de cañón al surcar el espacio—, en el momento en que llegaba al nivel

inferior de su horrible oscilación. Una mujer que estaba cerca de allí se desvaneció y se cayó al suelo sin que nadie lo notara. Los soldados de un regimiento que acampaba en las cercanías llegaron corriendo en grupo para ver, alborotados. Repentinamente, cuando Thurston estaba en su curva ascendente, los gritos callaron.

Thurston y la hamaca se habían separado; es todo lo que se puede saber. Ambas manos se habían soltado de la cuerda a la vez. Al agotarse el impulso de la liviana hamaca ésta se replegó, y el empuje del hombre lo llevó, casi erguido, arriba y adelante, sin seguir ya su arco, en una curva hacia afuera. Sólo puede haber transcurrido un instante, pero parecieron siglos. Yo grité, o creí que gritaba: «¡Dios mío! ¿No dejará nunca de ascender?». Casi rozó la rama de un árbol. Recuerdo un sentimiento de alegría cuando pensé que podría aferrarse a ella y salvarse. Especulé con la posibilidad de que sostuviera su peso. Pasó sobre ella, y desde mi perspectiva se destacó contra el azul del cielo. No obstante los años que han pasado puedo evocar nítidamente la imagen de un hombre en el cielo, con su cabeza erguida, los pies juntos, las manos... No, las manos no puedo verlas. De pronto, con repentina y sorprendente rapidez, gira por completo y se lanza hacia abajo. El hombre se ha convertido en un mero bólido, casi todo piernas. Luego hay un sonido indescriptible, el sonido de un impacto que sacude la tierra, y estos hombres, familiarizados con la muerte bajo sus aspectos más espantosos, se descomponen. Muchos se marchan del lugar caminando a tropezones; otros se apoyan contra los árboles o se sientan sobre las raíces. La muerte ha aprovechado una ventaja injusta; ha golpeado con un arma poco común; ha ejecutado una estratagema nueva e inquietante. No sabíamos que tuviera recursos tan horribles, posibilidades tan abismales de terror.

El cuerpo de Thurston yacía sobre sus espaldas. Una pierna, doblada debajo del tronco, estaba quebrada sobre la rodilla y el hueso se había hundido en la tierra. El abdomen había estallado; los intestinos sobresalían. Tenía el cuello roto.

Los brazos estaban rígidamente cruzados sobre el pecho.

El sinsonte

The mocking-bird

La época: una agradable tarde de domingo a principios del otoño de 1861. Es escenario: el corazón de un bosque en la región montañosa del sudeste de Virginia. Puede verse al soldado Grayrock del ejército federal cómodamente sentado sobre la raíz de un gran pino. Tiene la espalda contra el mismo, sus piernas extendidas en el suelo, el rifle descansando sobre sus muslos y las manos (entrelazadas para que no caigan) apoyadas sobre el caño del arma. El contacto de su nuca con el árbol le ha empujado la gorra sobre los ojos, ocultándoselos casi; quien lo viese, diría que está dormido.

El soldado Grayrock no dormía. De hacerlo, hubiese puesto en peligro los intereses de los Estados Unidos; en efecto, se encontraba muy lejos de sus líneas, pronto a que lo capturara o matara el enemigo. Además, su estado de ánimo no parecía propicio al reposo y la causa de su perturbación era ésta: la noche anterior lo habían emplazado como centinela de guardia en este mismo bosque. Era una noche clara aunque sin luna, pero a la sombra del bosque reinaba la oscuridad más profunda.

El puesto de Grayrock distaba considerablemente de los otros puestos a derecha e izquierda, ya que habían sido colocados demasiado lejos del campamento, de tal manera que la línea era muy extensa para que pudieran ocuparla otras fuerzas. Joven era la guerra y los campamentos militares creían, equivocadamente, proteger mejor su sueño colocando piquetes desperdigados y adelante, que otros más nutridos y cercanos. E indudablemente necesitaban el mayor preaviso posible del avance del enemigo, ya que en esa época acostumbraban desvestirse para dormir, costumbre que no podía ser menos marcial. Así sucedió que en la mañana del memorable 6 de abril, en Shiloh, muchos de los hombres de Grant, en el momento de ser atravesados por las bayonetas confederadas, estaban desnudos como civiles; aunque debe reconocerse que esto no se debió a un defecto de sus líneas de centinelas. Su error fue de otro tipo: no tenían centinelas... Sin duda ésta es una digresión inútil, y no quisiera interesar al lector en el destino de un ejército; el que nos importa aquí es el destino del soldado Grayrock.

Aquel sábado de noche, después de que lo dejaran en su solitario puesto, se quedó durante dos horas inmóvil, apoyado contra el tronco de un árbol inmenso, mirando fijamente hacia la oscuridad que tenía delante. Trataba de reconocer algunos objetos, pues lo habían destacado en ese mismo lugar durante el día. Pero ahora todo era diferente; no distinguía nada en detalle, sino grupos de cosas cuyas formas le resultaban poco familiares, ya que antes habían sido otros los detalles que atraieron su atención.

Además, un paisaje que es todo árboles y maleza indefinible resulta confuso y no tiene rasgos destacados en los que se apoye la memoria. Agréguese la tiniebla de una noche sin luna, y se suscitará algo más que una gran inteligencia natural y una educación ciudadana para mantener el sentido de la orientación. Y es así como sucedió que el soldado Grayrock, después de observar con atención el espacio a su frente y de ejecutar con imprudencia una inspección circular de su entorno escasamente visible (caminando en silencio alrededor de su árbol para lograrlo), se desorientó por completo y mermó seriamente su utilidad como centinela. Perdido en su puesto, era ya incapaz de decir en qué dirección debía esperar al enemigo, ni dónde estaba el campamento por cuyo sueño y seguridad debía velar so pena de muerte. Consciente además de varias otras circunstancias desconcertantes en torno a su propia seguridad, el soldado Grayrock se sentía profundamente inquieto. Pero no tuvo tiempo de recobrar su tranquilidad, ya que en el mismo momento en que comprendía su desagradable problema escuchó un movimiento de hojas y el crujir de ramitas que se quebraban. Con el corazón en la boca, se volvió hacia los ruidos y percibió en la oscuridad la vaga forma de un ser humano.

—¡Alto! —gritó el soldado Grayrock en tono perentorio, como era debido, y respaldó la orden con el agudo sonido metálico del rifle amartillado—. ¿Quién va ahí?

Ninguna respuesta. Acaso una vacilación, y si hubo respuesta, se la tragó el estampido del rifle del centinela. En el silencio de la noche y el bosque, el ruido fue ensordecedor, y apenas se había extinguido lo repitieron los centinelas a derecha y a izquierda, en una descarga solidaria. Durante dos horas había estado creando enemigos con su imaginación y poblando con ellos el bosque que lo enfrentaba; así que el disparo de Grayrock trajo al invasor hacia una existencia visible. Después de las descargas, todos retrocedieron, anhelantes, hacia las reservas. Todos excepto Grayrock, quien no sabía en qué dirección retroceder. Después, cuando no llegó a aparecer ningún enemigo, el campamento, que se había despertado a dos millas de distancia, se desvistió y acostó nuevamente, y la línea de centinelas fue restablecida por cautela. Descubrieron a Grayrock manteniendo su posición con valentía, y el oficial de guardia le felicitó por eso como a un soldado modelo en aquella dedicada tropa.

Entretanto, Grayrock había intentado una búsqueda minuciosa aunque inútil de los despojos mortales del intruso contra quien había disparado, y a quien su intuición de tirador le aseguraba haber herido. Era, en efecto, uno de esos expertos natos que disparan casi sin apuntar, guiado por un sentimiento instintivo del blanco, y que por ello son casi tan peligrosos de noche como de día. Durante una buena mitad de sus veinticuatro años había sido el terror de todas las galerías de tiro al blanco de tres ciudades. Impedido ahora de mostrar el producto de su caza, tuvo la discreción de callarse, y se alegró al observar que su superior y sus camaradas suponían naturalmente que no había visto al enemigo, ya que no emprendió la retirada. De

todas maneras, ganó su «mención de honor» por mantenerse en su puesto.

Sin embargo, el soldado Grayrock no estaba nada satisfecho de su aventura nocturna, y cuando al día siguiente encontró un pretexto plausible para solicitar el permiso y salir de las líneas (el comandante se lo otorgó rápidamente en premio a su valentía de la noche anterior), marchó hacia el lugar donde aquella valentía había sido ejercida. Le dijo al centinela de guardia que había perdido algo —lo que era indudablemente cierto— y renovó la búsqueda del hombre que creía haber alcanzado y que, si estaba herido, esperaba rastrear siguiendo las huellas de la sangre.

Su suerte, a la luz del sol, no fue mayor que la que tuvo en la noche, y después de recorrer una amplia zona y adentrarse temerariamente en el territorio de «la Confederación», renunció fatigado a la búsqueda y se sentó sobre la raíz del gran pino donde ya lo hemos visto antes. Allí dio rienda suelta su decepción.

No debe inferirse que el fastidio de Grayrock obedecía a una naturaleza cruel frustrada de su premio sangriento. En los grandes y límpidos ojos, en los labios finos, en la amplia frente de aquel joven, se podía leer una historia bien diferente. En verdad, su carácter era una mezcla singularmente feliz de audacia y sensibilidad, de coraje y conciencia.

«Estoy desilusionado», se dijo, sentado allí en el fondo de la dorada bruma que sumergía al bosque como en un mar sutil. «Desilusionado de no poder descubrir a un prójimo muerto por mi mano. ¿Es que entonces desearía verdaderamente, haber cobrado una vida en la ejecución de un deber que hubiese cumplido igual sin ese resultado? ¿Qué más puedo desear? Si existía la amenaza de algún peligro, mi disparo la alejó; para eso estaba yo aquí. No, de verdad me siento feliz si no extinguí inútilmente la vida de un hombre. Sin embargo, estoy en una falsa posición. He permitido que me elogiaron los oficiales y me envidiaran mis camaradas. El campamento hierve de alabanzas a mi valentía. No es justo; sé que soy valiente, pero esta alabanza va dirigida a actos específicos que no he realizado, o que realicé de otra forma. Se cree que permanecí valientemente en mi puesto, sin disparar, cuando fui yo quien comenzó el tiroteo, y no me retiré durante la alarma general porque estaba desorientado. ¿Qué haré? ¿Diré que vi a un enemigo y disparé? Cada uno lo dijo de sí mismo, aunque nadie lo cree. ¿Diré una verdad que echará a tierra mi coraje y tendrá el mismo efecto que una mentira? ¡Ay! Es realmente un asunto penoso. ¡Le agradecería a Dios que me dejara encontrar a mi hombre!».

Y deseando tal cosa, el soldado Grayrock, vencido al fin por la languidez de la tarde y acunado por los tranquilos sonidos de los insectos que zumbaban y libaban en algunos arbustos perfumados, olvidó a tal punto los intereses de los Estados Unidos que se quedó dormido exponiéndose a que lo capturaran. Y dormido soñó.

Se soñó muchacho, viviendo en una lejana y agradable tierra en la costa de un gran río por el que altos vapores se desplazaban grandiosamente en todas direcciones bajo las volutas de humo negro. Ese humo los anunciaba mucho antes de que hubieran aparecido por las curvas y los delataba mucho después de que se

marchaban. A su lado, constantemente, mientras miraba los barcos, se encontraba alguien a quien amaba con todo su corazón y su alma; un hermano mellizo. Juntos caminaban por las costas del río; juntos exploraban los campos más alejados y recogían mentas de olor penetrante y yuyos perfumados en las colinas desde las cuales se extendía el Reino de las Probabilidades. Desde allí, mirando hacia el sur a través del gran río, divisaban la Tierra Encantada. Tomados de la mano, latiendo al ritmo de un solo corazón, hijos ambos de una viuda, caminaban por senderos de luz a través de apacibles valles, observando las cosas nuevas bajo un nuevo sol. Y a lo largo de todos los dorados días flotaba un incesante sonido: la rica y excitante melodía de un sinsonte en su jaula suspendida sobre la puerta de la casa. Esa melodía entraba y se posesionaba de todos los intervalos espirituales del sueño, como una bendición musical. El pájaro estaba siempre cantando, feliz; las notas, infinitamente variadas, parecían fluir sin esfuerzo de su garganta, como burbujas y trinos, con cada latido del corazón, o como el chorro de una fuente. Esa melodía fresca y clara parecía el alma del paisaje, la interpretación y el significado de los misterios de la vida y el amor.

Pero llegó una época en que los días del sueño se oscurecieron de pena con una lluvia de lágrimas. La buena madre había muerto, la casita de la pradera junto al río estaba derruida, y dos familiares inconciliables separaron a los hermanos. William (el soñador) fue a vivir a una ciudad populosa en el Reino de las Probabilidades, y a John, después de cruzar el río y entrar en la Tierra Encantada, lo llevaron a una región lejana donde se contaba que había gentes extrañas y malvadas. En la división de los bienes maternos, a él le había tocado lo único que creían de valor: el sinsonte. Podían separarlos a ellos, pero no al pájaro, de modo que desapareció en aquella tierra extraña, y para el mundo de William nunca más existió. Sin embargo, durante el tiempo en que duró su soledad, el canto llenaba todos sus sueños; parecía estar soñando siempre en el oído y en el fondo de su corazón.

Los parientes adoptivos de los muchachos estaban enemistados entre sí y no mantenían ningún tipo de comunicación. Todavía durante un tiempo los hermanos intercambiaron cartas llenas de baladronadas pueriles y fanfarronadas sobre las experiencias nuevas y variadas, con grotescas descripciones de los nuevos mundos conquistados. Pero estas cartas fueron cada vez menos frecuentes, y con la mudanza de William a otra ciudad más grande cesaron por completo. Siempre continuó, de todos modos, el canto del sinsonte, y cuando el soñador abrió los ojos y miró el paisaje de pinos, el fin de la música le indicó que había despertado.

El sol se ponía por el oeste, enrojeciendo el cielo. Los rayos, casi a tierra, proyectaban desde el tronco de cada pino gigantesco una pared de sombra que atravesaba la dorada bruma hasta que la luz y la sombra se fundían en un azul apenas perceptible.

El soldado Grayrock se levantó, miró cautelosamente en derredor, puso su rifle al hombro y se dirigió hacia el campamento. Había avanzado quizás media milla y

atravesaba unos arbustos de laurel, cuando de entre ellos vio un pájaro y al posarse en un árbol emitió de su pecho tan infinitas oleadas de melodía como sólo una entre las criaturas de Dios puede hacerlo en Su Alabanza. No le resultaba difícil —bastaba con abrir el pico y respirar—, pero el hombre se detuvo como anonadado, se detuvo y dejó caer su rifle, miró hacia arriba, hacia el pájaro, cubrió los ojos con las manos y lloró como un niño. Por un instante se convirtió verdaderamente en un niño, en recuerdo y espíritu, y volvió a vivir a la orilla del gran río, cerca de la Tierra Encantada... Luego, con un esfuerzo de voluntad, volvió en sí mismo, recogió el arma y maldiciéndose por idiota prosiguió su camino. Al cruzar un claro que llegaba hasta el corazón de la pequeña espesura, miró y allí, de espaldas sobre la tierra, con sus brazos abiertos y el uniforme gris oscurecido por una sola mancha de sangre sobre el pecho, yacía su propia imagen: ¡el cuerpo de John Grayrock, muerto de un balazo, y aún tibio! Había encontrado a su hombre.

Mientras el infortunado soldado se arrodillaba ante tal obra maestra de la guerra civil, el pájaro detuvo el canto sobre su rama y, resplandeciendo en la gloria carmín del poniente, planeó silenciosamente alejándose a través de los solemnes espacios del bosque. Esa tarde, en el campamento federal, el nombre de William Grayrock no obtuvo respuesta al pasar la lista. Ni entonces ni en las tardes que siguieron.

Cuentos de Civiles

El hombre que salía de la nariz

The man out of the nose

En la intersección de dos calles de esa parte de San Francisco que se conoce de manera bastante genérica con el nombre de North Beach, hay un solar vacío que está bastante más nivelado de lo que suele suceder con los solares, vacíos o no, de esa zona. Sin embargo, inmediatamente detrás de él, por el sur, el terreno adopta una empinada pendiente cuya cuesta se interrumpe por tres terrazas cortadas en la roca blanda. Es un lugar para cabras y para pobres, y varias familias de cada categoría lo han ocupado conjunta y amistosamente «desde la fundación de la ciudad». Una de las humildes viviendas de la terraza inferior resulta notable por su tosco parecido a un rostro humano, o más bien al simulacro de éste que un muchacho podría recortar en una calabaza, sin pretender ofender a los de su raza. Los ojos son dos ventanas circulares, la nariz es una puerta, la boca una abertura provocada al quitar un tablón inferior. La puerta no tiene escalones. Como rostro, la casa es demasiado grande; como vivienda, demasiado pequeña. La mirada vacía y carente de significado de sus ojos, sin pestañas ni cejas, resulta misteriosa.

A veces un hombre sale de la nariz, gira, pasa por el lugar en donde debería estar la oreja derecha y, abriéndose camino por entre la multitud de niños y cabras que obstruyen el estrecho sendero entre las puertas de sus vecinos y el borde de la terraza, llega a la calle descendiendo por un tramo de escaleras desvencijadas. Se detiene allí para consultar su reloj y cualquier desconocido que acierte a pasar en ese momento se sorprenderá de que un hombre semejante se interese por saber la hora que es. Una observación más detenida demostraría que la hora del día es un importante elemento en los movimientos de ese hombre, pues 365 veces al año sale exactamente a las dos en punto de la tarde.

Una vez que se ha asegurado que no se ha equivocado en cuanto a la hora, guarda el reloj y camina a paso vivo hacia el sur, calle arriba, durante dos manzanas, gira a la derecha y al acercarse a la esquina siguiente fija la mirada en una ventana alta de un edificio de tres pisos que hay en su camino. Se trata de una estructura algo deslucida, en su origen de ladrillo rojo, pero ahora grisácea. Se ve en ella, bien a las claras, el contacto del tiempo y el polvo. Construida como vivienda, ahora es una fábrica. No sé lo que se hace allí, pero supongo que las cosas que se suelen hacer en una fábrica. Lo único que sé es que a las dos en punto de todos los días, salvo los domingos, está llena de actividad y estruendo: la sacuden los latidos de algún motor grande y se escuchan los gritos recurrentes de la madera atormentada por la sierra. En la ventana en la que nuestro hombre fija tan intensamente su mirada expectante no aparece nunca nadie; en realidad el cristal tiene una capa tan grande de polvo que hace tiempo que dejó de ser transparente. El hombre la mira sin detenerse, por lo que el giro de la

cabeza se va haciendo cada vez más pronunciado conforme va dejando atrás el edificio. Al llegar a la esquina siguiente, gira a la izquierda, rodea la manzana y regresa a un punto situado diagonalmente respecto a la calle de la fábrica: un punto por el que ya había pasado antes, y por el que vuelve a pasar ahora mirando frecuentemente hacia atrás, por encima del hombro derecho, hacia la misma ventana; hasta que la pierde de vista. Se sabe que durante muchos años no ha variado su ruta ni ha introducido una sola innovación en su actividad. Un cuarto de hora después vuelve a estar en la boca de su vivienda; y una mujer, que lleva parada algún tiempo en la nariz, le ayuda a entrar. No se le vuelve a ver hasta las dos del día siguiente.

La mujer es su esposa. Se gana la vida, y la del marido, lavando para los pobres entre los que viven, entre disputas que destruyen la porcelana y la competencia doméstica.

El hombre tiene unos cincuenta y siete años, aunque parece mucho más viejo. Sus cabellos son absolutamente blancos. No tiene barba y siempre va recién afeitado. Sus manos están limpias y sus uñas bien cortadas. Por lo que se refiere al vestuario, éste es claramente superior al que le corresponde, tal como indican su entorno y el negocio de su esposa. Va vestido con mucha pulcritud, aunque no a la moda. Su sombrero de copa no tiene más de dos años y las botas, escrupulosamente limpias, carecen de parches. Me han contado que la ropa que lleva durante la excursión diaria de quince minutos no es la misma que utiliza en su casa. Como todas sus otras posesiones, ésta se la mantiene y arregla su esposa, que la renueva con tanta frecuencia como se lo permiten sus escasos medios.

Hace treinta años, John Hardshaw y su esposa vivían en Rincon Hill, en una de las hermosas residencias de aquel barrio, entonces aristocrático. Él era médico, pero al heredar una suma considerable de su padre ya no se preocupó más de las dolencias de sus semejantes, pues la gestión de sus propios asuntos le daba ya todo el trabajo que podía permitirse. Tanto él como su esposa eran personas muy cultivadas, cuya casa era frecuentada por un pequeño grupo de mujeres y hombres que el matrimonio pensaba que merecía la pena conocer por sus gustos. Por lo que se sabe gracias a ellos, el señor y la señora Hardshaw vivían muy felices juntos; la esposa estaba entregada a su bello y feliz marido y muy orgullosa de él.

Entre sus conocidos estaban los Barwell —marido, esposa y dos hijos pequeños— de Sacramento. El señor Barwell era un ingeniero de minas y obras civiles cuyas ocupaciones le mantenían mucho tiempo fuera de su casa y le obligaban a ir con frecuencia a San Francisco. En esas ocasiones, su esposa solía acompañarle y pasaba mucho tiempo en casa de su amiga, la señora Hardshaw, siempre con los dos hijos, con los que se había encariñado mucho la señora Hardshaw, que no había tenido ninguno. Por desgracia, el marido de la señora Hardshaw se encariñó igualmente con la madre... con un cariño realmente fuerte. Para mayor desgracia todavía, aquella atractiva dama era más débil que sabia.

Hacia las tres de una madrugada otoñal, el oficial número 13 de la policía de

Sacramento vio a un hombre que salía furtivamente por la puerta posterior de una residencia de caballeros, por lo que le detuvo inmediatamente. El hombre, que llevaba sombrero flexible y un abrigo velludo, ofreció al policía a cambio de su liberación primero cien dólares, después quinientos y finalmente mil. Como no llevaba encima ni siquiera la primera suma mencionada, el policía trató su propuesta con virtuoso desprecio. Antes de haber llegado a la comisaría, el prisionero había ofrecido darle un cheque de diez mil dólares, aceptando permanecer atado en un sauce a la orilla del río hasta que éste hubiera sido cobrado. Como la propuesta sólo provocara nuevas burlas, no dijo nada más y se limitó a dar un nombre evidentemente falso. Cuando le cachearon en la comisaría, lo único que encontraron de valor fue un retrato en miniatura de la señora Barwell: la dama de la casa en la que había sido apresado. Iba engarzado en valiosos diamantes y algo en la calidad de la ropa del hombre provocó una punzada de inútil remordimiento en el incorruptible pecho del policía número 13. No había nada en la ropa ni en la persona del prisionero que sirviera para identificarle y fue fichado por robo con escalo con el nombre que él mismo había dado: el honorable nombre de John K. Smith. La K. fue una inspiración de la que sin duda se sintió muy orgulloso.

Entretanto, la misteriosa desaparición de John Hardshaw estaba provocando murmuraciones en Rincon Hill, San Francisco, llegando incluso a mencionarse en uno de los periódicos. A la dama que uno de los periódicos describió con consideración como su «viuda» no se le ocurrió buscarle en la prisión de Sacramento, ciudad que nunca se supo que él hubiera visitado. Fue acusado como John K. Smith y, tras renunciar al interrogatorio, enviado a juicio.

Unas dos semanas antes del proceso, la señora Hardshaw, enterándose por accidente de que su esposo estaba retenido en Sacramento con un nombre supuesto bajo la acusación de robo con escalo, acudió presurosa a esa ciudad sin atreverse a mencionar el asunto a nadie y se presentó en la cárcel pidiendo una entrevista con su esposo John K. Smith. Ojerosa y enferma de ansiedad, llevando un sencillo abrigo de viaje que la cubría de la cabeza a los pies, y dentro del cual había pasado la noche en el vapor, demasiado nerviosa para dormir, apenas parecía lo que era, pero sus maneras decían en su favor más que cualquier cosa que se le hubiera ocurrido a ella decir como prueba de su derecho a ser admitida. Le permitieron ver al preso a solas.

Lo que sucedió durante aquella penosa entrevista no se ha llegado nunca a conocer, aunque acontecimientos posteriores demuestran que Hardshaw encontró los medios para someterla a su voluntad. Ella abandonó la prisión con el corazón roto, negándose a responder cualquier pregunta, y al retornar a su desolado hogar renovó, aunque con poco entusiasmo, la investigación sobre el paradero del esposo desaparecido. Una semana más tarde también ella desapareció: había «vuelto a los Estados»... y nadie llegó a saber nunca nada más.

En el juicio, el prisionero se declaró culpable «por indicación de su consejero legal», tal como le dijo su consejero. Sin embargo el juez, en cuya mente diversas

circunstancias inusuales habían creado una duda, insistió al fiscal para que tomara declaración al policía número 13 y también se leyó ante el jurado la declaración de la señora Barwell, que no pudo asistir personalmente por encontrarse muy enferma. Era muy breve: no sabía nada del asunto salvo que aquel retrato era de su propiedad y creía haberlo dejado en la mesa del salón cuando se acostó la noche de la detención. Iba a ser un regalo para su esposo, que en aquel momento, lo mismo que durante el juicio, se encontraba en Europa por encargo de una empresa minera.

La actitud de la testigo cuando hizo esa declaración en su residencia fue descrita más tarde por el fiscal del distrito como extraordinaria. Por dos veces se había negado a testificar, y en una ocasión, cuando a la declaración sólo le faltaba su firma, se la había arrebatado al funcionario y la había hecho pedazos. Llamó a sus hijos al lado de su lecho de enferma y los abrazó con ojos llorosos, pero después, enviándolos fuera de la habitación, verificó su declaración con el juramento y la firma y se desmayó: en palabras exactas del fiscal del distrito, «se mareó». En ese momento su médico, que acababa de llegar, se hizo cargo de la situación de inmediato y cogiendo por el cuello al representante de la ley lo lanzó a la calle, enviando a su ayudante tras él de una patada. La vejación de los agentes de la ley no fue vengada porque la víctima de tal indignidad ni siquiera la mencionó en el tribunal. Tenía ambiciones de ganar su *caso* y, de haber relatado las circunstancias en las que se tomó esa declaración, no habría tenido demasiado peso; además, la ofensa contra la majestad de la ley del procesado hubiera resultado menos atroz que la del médico irascible.

Por sugerencia del juez, el jurado pronunció un veredicto de culpabilidad; no quedaba nada más por hacer y el procesado recibió una condena de tres años en una penitenciaría. Su consejero legal, que no había objetado nada y ni siquiera había suplicado clemencia —en realidad apenas había dicho una palabra—, estrechó la mano de su cliente y abandonó la sala del tribunal. A todos los abogados les resultó evidente que había sido contratado sólo para impedir que el tribunal designara un abogado defensor que pudiera insistir en realizar una defensa.

John Hardshaw cumplió su condena en San Quintín, y al ser liberado encontró en la puerta de la prisión a su esposa, que había regresado de «los Estados» para recibirle. Se pensó que se fueron directamente a Europa; al menos, firmaron en París un poder general a un abogado que todavía vive entre nosotros y del que he obtenido muchos de los hechos de esta historia. En poco tiempo, el abogado vendió todas las posesiones de los Hardshaw en California y durante años no volvió a saberse nada de la infortunada pareja; aunque muchos a cuyos oídos llegaron sugerencias vagas e imprecisas de esta extraña historia, y que habían conocido a sus personajes, recordaron tiernamente su personalidad y pensaron compasivamente en su infortunio.

Ambos regresaron varios años más tarde, los dos con la fortuna y el espíritu abatidos, y él también con mala salud. No he sido capaz de averiguar el propósito de su regreso. Vivieron durante algún tiempo, con el nombre de Johnson, en un barrio bastante respetable situado al sur de Market Street, bastante acomodado, y nunca se

les vio lejos de su casa. Les debía quedar un poco de dinero, pues no se sabe que él realizara ninguna ocupación, ya que el estado de su salud probablemente no se lo permitía. La devoción de la mujer a su esposo inválido fue motivo de comentario entre los vecinos; nunca parecía alejarse de su lado y siempre le apoyaba y animaba. Pasaban horas sentados en un banco de un pequeño parque público, leyéndole ella un libro, con la mano de él entre las suyas, acariciándole a veces ligeramente su frente pálida, elevando con frecuencia sus ojos, todavía hermosos, del libro que estaba leyendo para mirarle a él, mientras le comentaba algo del texto, o cerrando el volumen para entretener su estado de ánimo hablando de... ¿de qué podían hablar? Nadie escuchó jamás una conversación entre ellos dos. El lector que haya tenido la paciencia de seguir su historia hasta este punto, quizás pueda disfrutar imaginándolo: probablemente había algo que evitarían. La actitud del hombre era de abatimiento profundo; la verdad es que los jóvenes de la vecindad, poco piadosos y con ese sentido penetrante hacia las características físicas visibles que distingue siempre a los jóvenes varones de nuestra especie, le mencionaban a veces entre ellos con el apodo de el Espectro Taciturno.

Un día sucedió que John Hardshaw se sintió poseído por una inquietud de espíritu. Dios sabrá lo que le impulsó a ir hasta allí, pero el hecho es que cruzó Market Street, se dirigió hacia el norte por las colinas y bajó hasta la región conocida con el nombre de North Beach. Girando sin objetivo hacia la izquierda, caminó por una calle desconocida hasta que se encontró frente a lo que en aquel tiempo era una morada bastante grande, y que ahora es una fábrica bastante ruinosa. Levantando casualmente la mirada hacia arriba, vio en una ventana abierta lo que hubiera sido mejor que nunca hubiera visto: el rostro y la figura de Elvira Barwell. Los ojos de ambos se encontraron. Con una aguda exclamación, semejante al grito de un pájaro sorprendido, la dama se puso en pie de un salto y sacó la mitad del cuerpo por la ventana, aferrándose a ambos lados del marco. La gente que pasaba por la calle, se detuvo por el grito y miró hacia arriba. Hardshaw permaneció inmóvil, incapaz de hablar, con sus ojos llameantes.

—¡Tenga cuidado! —gritó alguien de la multitud cuando la mujer seguía echándose hacia adelante, desafiando la callada e implacable ley de la gravedad, al igual que en otro tiempo había desafiado otra ley que Dios había proclamado atronadoramente desde el Sinaí.

Lo repentino de sus movimientos hizo que un torrente de cabellos oscuros cayera de sus hombros por encima de las mejillas, ocultándole casi el rostro. Permaneció así un momento, y luego... un grito de temor sonó en la calle cuando, perdiendo el equilibrio, la mujer cayó desde la ventana, formando una masa confusa y rotatoria de faldas, miembros, cabellos y rostro blanco, hasta que golpeó el suelo con un sonido horrible y un impacto tan fuerte que se pudo sentir a cien metros de distancia. Por un momento, todas las miradas se negaron a cumplir su objetivo y se apartaron del espectáculo horrible que había en la acera. Pero atraídas de nuevo hacia ese horror,

vieron que había aumentado extrañamente. Un hombre sin sombrero, sentado sobre las piedras del pavimento, sostenía el cuerpo roto y sangrante contra su pecho, besaba las mejillas destrozadas y la boca espumeante por entre las marañas de pelo humedecido, con sus propios rasgos indistinguibles y enrojecidos por la sangre, que casi le sofocaba y caía a chorros por su barba humedecida.

La tarea del reportero casi ha terminado. Esa misma mañana los Barwell acababan de regresar de una estancia de dos años en Perú. Una semana más tarde, el viudo, ahora doblemente desolado, puesto que no podía dejar de entender el significado de la terrible demostración de Hardshaw, había zarpado hacia un puerto distante que desconozco; no ha regresado nunca. Hardshaw, pues había dejado ya de ser Johnson, pasó un año en el manicomio de Stockton, donde, gracias a la influencia de unos piadosos amigos, también fue admitida su esposa para que pudiera atenderle. Cuando le dieron el alta, no porque estuviera curado sino porque era inofensivo, regresaron a la ciudad; ésta siempre pareció tener para ellos alguna terrible fascinación. Vivieron durante algún tiempo en la Misión Dolores, en una pobreza algo menos abyecta que la que les afecta hoy; pero estaba demasiado lejos del objetivo del peregrinaje diario de ese hombre. No podían permitirse los billetes del transporte. Así que ese pobre ángel del cielo —esposa del convicto y del lunático— obtuvo por un alquiler bastante razonable la choza de rostro vacío de la terraza inferior de la Colina de la Cabra. La distancia desde allí hasta el edificio que fue vivienda y ahora es una fábrica no es muy grande; en realidad es un paseo agradable a juzgar por la mirada alegre del hombre cuando lo inicia. El viaje de regreso le resulta ya un poco fatigoso.

Una aventura en Brownville^[1]

An adventure at Brownville

Fui profesor de una pequeña escuela rural próxima a Brownville, que como sabe todo el que haya tenido la suerte de vivir allí es la capital de una considerable extensión de terreno con los más bellos paisajes de California. Durante el verano, la ciudad es frecuentada por un tipo de personas a las que el periódico local suele llamar «buscadores de placer», pero que en una clasificación más justa serían conocidos como «los enfermos y los atacados por la adversidad». La propia ciudad de Brownville podría describirse justamente como el último recurso en cuanto a lugares de veraneo. Está bastante bien dotada de pensiones, en la menos perniciosa de las cuales realizaba yo dos veces al día (pues almorzaba en la escuela) el humilde rito de cimentar la alianza entre el alma y el cuerpo. Desde esta «hostelería» (tal como prefería llamarla el periódico local, cuando no la describía como «caravasai») hasta la escuela, la distancia que tenía que recorrer en un carro por la carretera era de unos tres kilómetros; pero había un sendero, muy poco utilizado, que cruzando un grupo de colinas bajas y muy arboladas reducía considerablemente la distancia. Por ese sendero regresaba un día más tarde de lo habitual. Era el último día del trimestre y me había quedado en la escuela casi hasta el anochecer, preparando las cuentas de mi administración para los fideicomisarios, dos de los cuales, reflexioné orgullosamente, serían capaces de leerlas, mientras que el tercero (un ejemplo del dominio de la mente sobre la materia) quedaría anulado en su habitual lucha con el maestro de escuela que imaginaba ser.

Llevaba recorrida una cuarta parte del camino cuando, interesándome por las travesuras de una familia de lagartos que vivía por allí y que parecía llena de alegría reptiliana por su inmunidad frente a los incidentes malignos de la vida en Brownville House, me senté sobre un tronco caído para observarlos. Cuando, fatigado, me apoyé en una rama del tronco nudoso y viejo, el crepúsculo se hizo más intenso en el sombrío bosque y la débil luna nueva empezó a formar sombras visibles, adornando las hojas de los árboles con una luz tierna pero fantasmal.

Oí voces: la voz impetuosa y colérica de una mujer que se levantaba por encima de unos tonos masculinos, más ricos y musicales. Concentré la mirada, escudriñando por entre las oscuras sombras del bosque, con la esperanza de poder ver a los que habían turbado mi soledad, pero no pude ver a nadie. Tenía varios metros de visión ininterrumpida del sendero en cada dirección, y como sabía que no había ningún otro camino a menos de un kilómetro de distancia, pensé que las personas a las que oía debían estar acercándose por el bosque. No había ningún sonido salvo el de las voces, que ahora eran tan claras que podía entender las palabras. Las del hombre me producían una impresión de cólera que confirmó el asunto del que estaban hablando.

—No son amenazas; sabes bien que estás indefensa. Dejemos las cosas como están o... ¡por Dios que ambas sufriréis por ello!

—¿Qué quieres decir? —preguntó la voz de la mujer, que era una voz cultivada, la de una dama—. No irás a... asesinarlos.

No hubo respuesta o al menos yo no pude oírla. Durante esa fase de silencio, miré hacia el bosque con la esperanza de vislumbrar a los que hablaban, pues estaba convencido de que se trataba de un asunto grave en el que no deben tenerse en cuenta los escrúpulos ordinarios. Me pareció que la mujer estaba en peligro; en cualquier caso, el hombre no había negado la voluntad de asesinar. Cuando un hombre representa el papel de asesino potencial no tiene derecho a elegir su audiencia. Al cabo de un tiempo les vi, confusamente, entre los árboles iluminados por la luna. El hombre, alto y delgado, parecía ir vestido de negro; me pareció que la mujer llevaba un traje de color gris. Era evidente que no se habían dado cuenta de mi presencia en la sombra, aunque por alguna razón cuando reanudaron la conversación hablaron en un tono más bajo y ya no pude entenderles. Mientras miraba a la mujer, ésta pareció agacharse en el suelo y elevar las manos en actitud de súplica, como se suele hacer con frecuencia en el escenario, pero nunca, por lo que yo sé, en ningún otro lugar, aunque ahora no esté totalmente seguro de que lo hiciera así en este caso. El hombre clavó los ojos en ella; parecían brillar tristemente bajo la luz de la luna con una expresión que me hizo pensar que fuera a volverlos hacia mí. No sé qué impulso me hizo moverme, pero de un salto salí de la sombra. En el mismo instante, esas figuras se desvanecieron. En vano miré entre los espacios que dejaban libres los árboles y los matorrales. El viento de la noche hizo crujir las hojas y los lagartos, reptiles de costumbres ejemplares, se habían retirado pronto. La pequeña luna se deslizaba ya tras una oscura colina situada al oeste.

Regresé a casa con la mente algo inquieta, casi dudando de haber oído o visto a ningún ser vivo, salvo los lagartos. Todo aquello me parecía algo extraño y misterioso. Era como si entre los diversos fenómenos, objetivos y subjetivos, que conformaban la suma total del incidente, hubiera habido un elemento incierto que derramara sobre todos los demás su carácter equívoco: como si hubiera introducido en la masa entera la levadura de la irrealidad. Aquello no me gustaba.

A la mañana siguiente en la mesa del desayuno había un nuevo rostro; tenía frente a mí a una mujer joven a la que apenas miré al sentarme. Hablando con ese tono femenino alto y potente de quien parecía condescender a esperarnos, la joven llamó inmediatamente mi atención por el sonido de su voz, parecido, aunque no totalmente idéntico, al que seguía murmurando en mi recuerdo de la aventura de la noche anterior. Un momento más tarde entró en el comedor otra joven, unos años mayor que la primera, y se sentó a la izquierda de ésta, deseándole los buenos días en un tono amable. Su voz sí que me sobresaltó: era sin la menor duda la que me había recordado la primera joven. Allí estaba, sentada audazmente delante de mí, la dama del incidente del bosque, «vestida como si estuviera viva».

Evidentemente, eran hermanas. Con una especie de nebulosa aprensión de que podría haber sido reconocido como el mudo y vergonzoso héroe de una aventura que tenía en mi conciencia, sabiendo que había escuchado algo indebidamente, tan sólo me concedí una rápida taza del café tibio que solícitamente me proporcionaba nuestra sabia camarera para casos de emergencia, y abandoné la mesa. Al salir de la casa escuché una rica y potente voz masculina que cantaba un aria de «Rigoletto». Puedo decir que la cantaba exquisitamente, pero había algo en ella que me desagradaba, aunque no sabía decir qué era, ni por qué, por lo que me marché caminando a toda prisa.

Aquel día, cuando regresé a una hora tardía, vi a la mayor de las dos jóvenes de pie en el porche, y junto a ella a un hombre alto vestido de negro: precisamente el hombre al que esperaba ver. Durante todo el día había deseado ardientemente saber algo de esas personas, por lo que decidí ahora enterarme de todo lo que pudiera de alguna forma que no fuera ni baja ni poco honorable.

El hombre estaba hablando afablemente con su compañera, pero al oír el sonido de mis pasos sobre el sendero de gravilla guardó silencio y, dándose la vuelta, me miró directamente. Parecía de mediana edad, de tez oscura y muy guapo. No había en su atuendo el menor fallo, el porte era sencillo y gracioso, la mirada que volvió hacia mí libre y desprovista de cualquier sugerencia de tosquedad. Sin embargo, me afectó con una emoción evidente que cuando la analicé más tarde en el recuerdo me pareció una combinación de odio y temor; no deseo llamarla miedo. Un segundo después, el hombre y la mujer habían desaparecido. Me dio la impresión de que se hubieran desvanecido mediante un truco. Sin embargo, al entrar en la casa les vi en el umbral del salón; simplemente habían entrado por una puerta que daba al jardín.

Cuando «abordé» cautamente el tema de los nuevos huéspedes, mi patrona no se mostró descortés. Los hechos, espero que restablecidos con mayor reverencia hacia la gramática, eran éstos: las dos jóvenes, procedentes de San Francisco, se llamaban Pauline y Eva Maynard; la mayor de ellas era Pauline. El hombre, Richard Benning, era su tutor y había sido el amigo más íntimo de su padre, ahora fallecido. El señor Benning las había llevado a Brownville con la esperanza de que el clima de la montaña pudiera ser beneficioso para Eva, pues se temía que corriera peligro de contraer tisis.

A partir de estos datos breves y simples, la patrona tejió un bordado de elogios que daban abundantes pruebas de su fe en la voluntad y la capacidad del señor Benning de pagar por los mejores servicios que pudiera prestarle su casa. Que tenía buen corazón era evidente por su devoción a aquellas dos hermosas damas y por su solicitud, realmente conmovedora, por la comodidad de éstas. Aquella prueba no me pareció suficiente y silenciosamente pronuncié el veredicto escocés: «No demostrado».

Era cierto que el señor Benning se mostraba de lo más atento con sus pupilas. En mis paseos por el campo los encontré con frecuencia —a veces en compañía de otros

huéspedes del hotel— explorando los barrancos, pescando, cazando con rifles y evitando de diversos modos la monotonía de la vida en el campo; y aunque les observaba tan de cerca como me lo permitían las buenas costumbres, no vi nada que explicara en modo alguno las extrañas palabras que había escuchado en el bosque. Llegué a tener un conocimiento tolerablemente aceptable de las jóvenes damas y pude llegar a intercambiar miradas e incluso saludos con su tutor sin sentir realmente repugnancia.

Al cabo de un mes casi había dejado de interesarme por sus asuntos cuando, una noche, toda nuestra pequeña comunidad se vio sobrecogida de excitación por un acontecimiento que me recordó mucho la experiencia que había tenido en el bosque.

Se trató de la muerte de la mayor de las hermanas, Pauline.

Las hermanas habían ocupado el mismo dormitorio en el tercer piso de la casa. Al despertar con el amanecer, Eva encontró a Pauline muerta a su lado. Más tarde, cuando la pobre joven lloraba junto al cadáver, en medio de una multitud de personas llenas de simpatía hacia ella, aunque no excesivamente consideradas, el señor Benning entró en la habitación y dio la impresión de que iba a cogerle la mano. Pero ella se apartó del cadáver y se dirigió lentamente hacia la puerta.

—Tú —dijo—. Tú has hecho esto. ¡Tú... tú... tú!

—Está delirando —dijo él en voz baja. La siguió paso a paso cuando se retiraba, mirándola fijamente a los ojos sin nada de ternura ni compasión.

Ella se detuvo; la mano que había levantado acusadoramente cayó a su costado, sus ojos dilatados se contrajeron visiblemente, los párpados se cerraron lentamente, ocultando su belleza salvaje y extraña, y se quedó inmóvil y casi tan blanca como la hermana muerta que yacía allí al lado. El hombre la cogió de la mano y le pasó el brazo amablemente por encima de los hombros, como dándole apoyo. De pronto ella se puso a llorar apasionadamente y se aferró a él como lo haría un niño a su madre. Él mostró una sonrisa que a mí me afectó desagradablemente —quizás cualquier sonrisa me habría producido ese sentimiento— y la sacó silenciosamente de la habitación.

Hubo una investigación con el veredicto habitual: la fallecida había encontrado la muerte por una «enfermedad del corazón». Aquello sucedió antes de que se hubiera inventado el término *fallo* cardíaco, aunque era indudable que el corazón de la pobre Pauline había fallado. El cuerpo fue embalsamado y trasladado a San Francisco por alguien contratado a ese fin, pues ni Eva ni Benning lo acompañaron. Algunos clientes murmuradores del hotel se aventuraron a pensar que aquello era muy extraño, pero fueron muy pocos los espíritus osados que llegaron al punto de pensar que era realmente extraño. La buena de la patrona entró en liza generosamente afirmando que la causa de aquello era la precaria naturaleza de la salud de la joven. No existen datos de que ninguna de las dos personas más afectadas, y en apariencia las menos concernidas, dieran explicación alguna.

Una noche, aproximadamente una semana después de la muerte, salí a la galería del hotel para recoger un libro que me había dejado allí. Bajo unas parras que

ocultaban parcialmente la luz de la luna vi a Richard Benning, aunque ya estaba predispuesto a verlo porque había escuchado previamente la voz baja y dulce de Eva Maynard, a quien también pude ver ahora, de pie ante él levantando una mano por encima de los hombros de él, y sus ojos, evidentemente, por lo que pude juzgar, mirándole a él.

Él le sujetó la mano e inclinó la cabeza hacia la joven con singular dignidad y gracia. La actitud de ambos era la de unos amantes, y como les estaba observando desde la oscuridad, me sentí más culpable que en aquella memorable noche que les vi por primera vez en el bosque. Iba ya a retirarme cuando habló la joven, y el contraste entre sus palabras y su actitud me resultó tan sorprendente que me quedé, simplemente como si me hubiera olvidado de marcharme.

—Me quitarás la vida como hiciste con la de Pauline. Conozco tu intención lo mismo que tu poder, y nada pido, sólo que termines tu trabajo sin retrasos innecesarios y me dejes en paz.

Él no le respondió: se limitó a soltar la mano que sujetaba, quitó la otra mano que la joven tenía sobre su hombro y, dándose la vuelta, descendió los escalones que conducían al jardín y desapareció entre la vegetación. Pero un momento más tarde escuché, aparentemente desde muy lejos, su hermosa y clara voz, que entonaba un canto bárbaro que en cuanto lo escuché trajo ante mi sentimiento espiritual interior la conciencia de alguna tierra extraña y lejana poblada de seres que tenían poderes prohibidos. La canción me retuvo como si estuviera hechizado, pero cuando desapareció me recuperé y al instante percibí lo que me pareció una oportunidad. Salí de las sombras hacia donde estaba la joven. Ésta se dio la vuelta y me contempló con una mirada que me pareció como de una liebre acosada. Posiblemente mi intromisión la había asustado.

—Señorita Maynard, le suplico que me diga quién es ese hombre y la naturaleza del poder que tiene sobre usted. Quizás esto sea descortés por mi parte, pero no es momento de dejarse llevar por una ociosa buena educación. Cuando una mujer está en peligro, cualquier hombre tiene derecho a actuar.

Me escuchó sin ninguna emoción visible; pensé que casi sin interés, y cuando terminé de hablar cerró sus grandes ojos azules como si estuviera indescriptiblemente cansada.

—No puede usted hacer nada —contestó.

Le sujeté el brazo y la sacudí suavemente, como a alguien que está cayendo en un sueño peligroso.

—Debe rebelarse. Algo podrá hacerse, y debe darme permiso para que actúe. Ha dicho que ese hombre mató a su hermana, y la creo; y que la matará a usted, y también la creo.

Ella se limitó a levantar sus ojos hacia mí.

—¿Va a contármelo todo? —añadí.

—No hay nada que pueda hacerse, ya se lo he dicho: nada. Y aunque pudiera

hacer algo, no lo haría. No importa lo más mínimo. Sólo estaremos aquí dos días; ¡después nos iremos muy lejos! Si ha visto usted algo, le ruego lo mantenga en secreto.

—Pero esto es una locura —hablando con fuerza, trataba de romper el inmovilismo mortal de su actitud—. Le ha acusado de asesinato. A menos que me, explique estas cosas, tendré que poner el asunto en manos de las autoridades.

Eso la despertó, pero de una manera que no me gustó. Levantó orgullosamente la cabeza y afirmó:

—Señor, no se mezcle en lo que no le concierne. Es asunto mío, señor Moran, no suyo.

—Concierne a toda persona del país... del mundo —respondí con una frialdad igual a la suya—. Aunque no amara usted a su hermana, yo por lo menos me intereso por usted.

—Escúcheme —me interrumpió inclinándose hacia mí—. ¡La amaba, Dios sabe cuánto! Pero más todavía que eso... más allá de lo que puede expresarse, le amo a él. Ha oído un secreto, pero no deberá utilizarlo para hacerle daño a él. Lo negaré todo. Será su palabra contra la mía. ¿Cree que las «autoridades» van a creerle a usted?

Ahora sonreía como un ángel, ¡y qué Dios me ayude porque estaba perdiendo la cabeza enamorándome de ella! ¿Acaso con alguno de los múltiples métodos de adivinación que conocen las mujeres estaba leyendo mis sentimientos? Había cambiado totalmente de actitud.

—Vamos —me dijo en un tono casi mimoso—: prométame que no volverá a ser descortés —añadió tomándome del brazo de la manera más amigable—. Hablaré con usted. Él no se enterará... estará fuera toda la noche.

Paseamos por la galería, arriba y abajo, bajo la luz de la luna. Parecía haber olvidado su reciente aflicción, pues empezó a realizar comentarios y murmuraciones de jovencita sobre todo tipo de cosas sin importancia sucedidas en Brownville; yo guardaba silencio porque me sentía incómodo, pues tenía cierta sensación de haberme implicado en una intriga. Fue una revelación: aquella persona encantadora, y aparentemente inocente, engañando fría y abiertamente al hombre por el que un momento antes había reconocido ese amor supremo para el que incluso la muerte es una prueba aceptable.

«Verdaderamente hay aquí algo nuevo bajo la luna», pensé en mi inexperiencia. Y la luna debió sonreír.

Antes de que nos despidiéramos había conseguido que me prometiera que saldría a dar un paseo conmigo la siguiente tarde, antes de irse para siempre, hasta el Viejo Molino, una de las reverenciadas antigüedades de Brownville, construido en 1860.

—Si él no está por aquí —contestó ella con gravedad cuando le solté la mano que me había dado al despedirse, y que, que me perdonen los santos, me esforcé vanamente por volver a tomar una vez que dijo aquello: tal como señalan los sabios franceses, así de encantadora encontramos la infidelidad de una mujer cuando

nosotros somos el objeto y no la víctima. Aquella noche, dándome sus bendiciones, el ángel del sueño se apoderó de mí.

En Brownville House se cenaba pronto, y tras la cena del siguiente día la señorita Maynard, que no se había sentado a la mesa, se acercó a mí en la galería, vestida con el más recatado de los trajes de paseo, sin decir una palabra. Evidentemente «él no estaba por allí». Subimos lentamente por el camino que conducía al Viejo Molino. Ella no parecía tener demasiadas fuerzas, por lo que a veces se cogía de mi brazo, abandonándolo y volviéndolo a tomar de una manera que me pareció bastante caprichosa. Su estado de ánimo, o más bien su sucesión de estados de ánimo, era tan mutable como la luz del cielo en un mar ondulado. Bromeaba como si nunca hubiera oído hablar de la muerte y reía por el incidente más ligero, para inmediatamente después cantar algunos compases de una melodía grave con una expresión tan tierna que yo tenía que apartar mi mirada para que no viera la prueba del éxito de su arte, si era arte, y no ingenuidad, como a veces me sentía impulsado a pensar. Dijo las cosas más extrañas de la manera menos convencional, bordeando a veces insondables abismos del pensamiento en los que yo apenas me habría atrevido a poner el pie. En suma, me estaba fascinando de mil maneras distintas, y a cada paso yo ejecutaba una locura emocional más nueva y profunda, una indiscreción espiritual más osada, aceptando responsabilidades nuevas para evitar, mediante el policía de la conciencia, las infracciones a mi propia paz.

Al llegar al molino no pareció que fuera a detenerse, sino que se metió por un sendero que, atravesando un campo de rastrojos, conducía a un torrente. Lo cruzamos por un rústico puente y seguimos el sendero, que ascendía ahora hacia una colina que era uno de los puntos más pintorescos del país. Le daban el nombre de Nido de Águila: era la cumbre de un risco que se elevaba en el aire hasta una altura de varios cientos de metros por encima del bosque que había en su base. Desde aquella elevada posición teníamos una magnífica vista de otro valle y de las colinas opuestas, enrojecidas por los últimos rayos de sol poniente. Cuando observábamos cómo la luz se iba escapando a planos más y más elevados desde las sombras que llenaban el valle, oímos unos pasos y al cabo de un momento se nos unió Richard Benning.

—Les vi desde el camino, así que subí —dijo descuidadamente.

Como soy un estúpido, en lugar de cogerle por la garganta y lanzarlo al abismo, murmuré una mentira cortés. El efecto que produjo su llegada sobre la joven fue inmediato e inequívoco. Se había difundido por su rostro la gloria de la transfiguración del amor: la luz rojiza del atardecer no resultaba más evidente en su mirada que la luz del amor que la sustituyó.

—¡Me alegro tanto de que hayas venido! —dijo ella dándole a él ambas manos. ¡Y que Dios me ayude, evidentemente era cierto!

Sentándose en el suelo, empezó él una animada disertación sobre las flores silvestres de la zona, con muchas de las cuales había formado un ramo. En mitad de una frase divertida, de pronto dejó de hablar y fijó la mirada en Eva, que apoyada en

el tocón de un árbol trenzaba hierbas con actitud ausente. Sorprendentemente, ella elevó los ojos hacia él, como si hubiera *sentido su* mirada. Se levantó entonces, arrojó las hierbas y se alejó lentamente de él. También él se levantó, sin dejar de mirarla. Llevaba todavía en la mano el ramo de flores. La joven se dio la vuelta, por expresarlo así, pero no dijo nada. Ahora recuerdo con claridad algo que en aquel momento apenas observé conscientemente: el terrible contraste entre la sonrisa de los labios de ella y su expresión aterrorizada al responder a la mirada fija e imperativa de él. No sé cómo sucedió, ni cómo no me di cuenta de ello antes; tan sólo sé que con la sonrisa de un ángel en sus labios y la mirada de terror en sus hermosos ojos, Eva Maynard saltó de la roca y se estrelló contra las copas de los pinos del valle inferior.

No sé cuánto tardé en llegar a aquel lugar, pero Richard Benning ya estaba allí, arrodillado ante el cadáver de la mujer.

—Está muerta —dijo fríamente—. Iré a la ciudad a buscar ayuda. Por favor, hágame el favor de quedarse aquí. —Se puso en pie y empezó a alejarse, pero al cabo de un momento se detuvo y se dio la vuelta—: sin duda habrá observado, amigo mío, que lo hizo totalmente por su propia voluntad. No pude levantarme a tiempo para impedirlo, y usted, como no conocía su condición mental... desde luego que no podía ni sospecharlo.

Su actitud me enloquecía.

—En realidad es usted su asesino; tanto como si sus condenadas manos le hubieran abierto la garganta.

Se encogió de hombros sin responder a mi frase, se dio la vuelta y se marchó. Un momento más tarde escuché a través de las profundas sombras del bosque por el que había desaparecido una voz rica y potente de barítono que cantaba *La donna e mobile*, de «Rigoletto».

El famoso legado Gilson

The Famous Gilson Bequest

Lo de Gilson iba mal: tal era el juicio lacónico y frío, si bien no carente de simpatía, de la mejor opinión pública de Mammon Hill: el dictamen de la sociedad respetable. El veredicto del elemento opuesto, o mejor sería decir oponente —el elemento que acechaba con ojos enrojecidos e inquietos la «ruina» de Moll Gurney, mientras la respetabilidad se tomaba el asunto más dulcemente en el magnífico «salón» del señor Jo. Bentley— venía a tener prácticamente los mismos efectos generales, aunque expresados con mayor adorno mediante la utilización de pintorescas palabrotas que es innecesario citar. Por lo que respecta a la cuestión Gilson, Mammon Hill era prácticamente una piña. Y debe confesarse que en un sentido meramente temporal no le iba todo bien al señor Gilson. Aquella misma mañana había sido conducido a la ciudad por el señor Brentshaw y acusado públicamente de robar caballos; entretanto el sheriff estaba ocupado en El Árbol probando una nueva cuerda de cáñamo mientras el carpintero Pete se afanaba activamente, entre trago y trago, en fabricar una caja de pino de la longitud y la anchura del señor Gilson. Una vez que la sociedad había pronunciado su veredicto, entre Gilson y la eternidad sólo restaba la formalidad decente de un juicio.

Éstos son, de manera breve y simple, los anales del prisionero: recientemente había residido en New Jerusalem, en la horquilla septentrional de Little Stony, pero había acudido a los recién descubiertos depósitos minerales de Mammon Hill inmediatamente antes de la «fiebre del oro» que había despoblado la población anterior. El descubrimiento de las nuevas excavaciones había sido oportuno para el señor Gilson, pues muy poco antes un comité de vigilancia de New Jerusalem le había dado a entender que sería mejor que cambiara de vida y se fuera, para siempre, a algún otro lugar; y la lista de los lugares a los que podía acudir sintiéndose a salvo no incluía muchos de los campamentos anteriores, por lo que lógicamente se estableció en Mammon Hill. Como acabó por ser seguido hasta allí por sus jueces, ordenó su conducta con considerable circunspección, pero como no se sabía que hubiera trabajado decentemente ni un solo día en alguna labor aprobada por el rígido código moral local, aparte de jugar al póker, seguía siendo objeto de la sospecha general. A decir verdad, se conjeturaba que había sido el autor de las numerosas depredaciones osadas que se habían cometido recientemente en los diques de contención utilizando una batea y un cepillo.

El señor Brentshaw ocupaba un lugar destacado entre aquellos que habían cambiado las sospechas por una convicción firme. En cualquier momento, resultara o no oportuno, el señor Brentshaw expresaba su creencia de que el señor Gilson estaba relacionado con aquellas impías aventuras de medianoche, añadiendo su voluntad de

abrir caminos a los rayos del sol a través del cuerpo de cualquiera que considerara adecuado expresar una opinión diferente, lo que en su presencia procuraba no hacer ni siquiera la pacífica persona más implicada en el tema. Pero con independencia de cuál fuera la verdad del asunto, lo cierto es que con frecuencia Gilson perdía más «polvo de oro puro» en la mesa de faro^[2] de Jo. Bentley de lo que estaba registrado en la historia local que hubiera ganado nunca honestamente al póker durante toda la existencia del campamento. Pero finalmente el señor Bentley —posiblemente porque temía perder el patronazgo más provechoso del señor Brentshaw— se negó en redondo a que Gilson cubriera con monedas la apuesta de la reina, dando a entender al mismo tiempo, a su manera sincera y directa, que el privilegio de perder dinero en «aquel banco» era una bendición que debía ir aparejada a la condición de una corrección comercial notoria y una buena fama social.

Los habitantes de Hill consideraron que ya era el momento de ocuparse de una persona a la que el ciudadano más honorable del lugar se había visto obligado a rechazar aun a costa de un considerable sacrificio personal. Particularmente el contingente que procedía de New Jerusalem empezó a mitigar su tolerancia, surgida por la diversión que les producía la metedura de pata que habían cometido al exiliar a un vecino de dudosa reputación enviándolo precisamente al mismo lugar al que ellos habían acabado por llegar. Finalmente, todos los habitantes de Mammon Hill eran de la misma opinión. Tampoco es que se expresara así, pero el hecho de que Gilson debía ser ahorcado estaba «en el ambiente». Pero en este momento decisivo de su historia, dio signos de haber cambiado de vida, aunque no fuera de corazón. Quizás se debiera tan sólo a que como «el banco» se había cerrado para él, de nada le servía ya el polvo de oro. En cualquier caso, lo cierto es que los diques de contención no volvieron a ser molestados. Pero era imposible reprimir la abundante energía de una naturaleza como la suya, por lo que prosiguió, posiblemente por el hábito, los caminos tortuosos que ya había recorrido para beneficio del señor Bentley. Tras algunos intentos inútiles de dedicarse al robo en los caminos —si es posible utilizar un nombre tan duro para ese trabajo de carretera—, hizo uno o dos modestos intentos en la conducción de manadas de caballos, y fue en mitad de una prometedora acción de este tipo, y precisamente cuando mejor le iban las cosas, cuando naufragó. Pues una neblinosa noche iluminada por la luna el señor Brentshaw se topó con una persona que evidentemente tenía intenciones de abandonar aquella parte del país, sujetó el ronzal que relacionaba la muñeca del señor Gilson con la yegua baya del señor Harper, le palmeó familiarmente la mejilla con el cañón de un revólver y le solicitó el placer de que le acompañara en la dirección contraria a la que iba viajando. Ciertamente, Gilson lo tenía bastante mal.

La mañana posterior a su detención fue juzgado, considerado culpable y sentenciado. Por lo que concierne a su vida en la tierra, sólo restaba ahorcarle, reservando para una mención más particular su última voluntad y testamento, que con gran esfuerzo redactó en la prisión, y en el que probablemente por alguna idea

confusa e imperfecta acerca del derecho de sus captores, legaba todas sus posesiones a su «ejecutor legal», el señor Brentshaw. Sin embargo, el legado incluía la condición de que el heredero bajara de El Árbol el cuerpo del testatario y lo «plantara en tierra».

De manera que el señor Gilson fue... iba a decir que fue «abandonado a su balanceo», pero me temo que ya he utilizado demasiados giros provincianos en esta relación directa de los hechos; además, la forma en que la ley siguió su curso se describe con mayor precisión con los términos que empleó el juez al leer la sentencia: el señor Gilson fue «ahorcado».

A su debido momento, el señor Brentshaw, algo conmovido quizás por el cumplimiento de la herencia, fue a El Árbol para recoger el fruto. Cuando bajó el cuerpo se encontró en el bolsillo del chaleco un codicilo debidamente firmado del testamento que ya hemos citado. La naturaleza de sus provisiones explicaba el hecho de que así se hubiera ocultado, pues si el señor Brentshaw hubiera conocido previamente las condiciones por las que se haría cargo del legado Gilson, sin la menor duda habría rechazado la responsabilidad. De manera breve, el codicilo venía a decir lo siguiente:

Puesto que en diversos momentos y lugares determinadas personas afirmaron que durante su vida el testador les había robado en sus diques de contención; por tanto, si durante los cinco años siguientes a la fecha de este instrumento legal alguien presentara pruebas de tal afirmación ante un tribunal, dicha persona recibiría como reparación toda la herencia personal y real que el testador muerto se apropió y poseyó, menos los gastos del tribunal y una compensación establecida al ejecutor legal, Henry *Clay* Brentshaw; proveyendo que, si más de una persona presentaba esa prueba, la herencia se dividiría a partes iguales entre ellos o con ellos. Pero en caso de que ninguno consiguiera establecer así la culpa del testador, entonces la propiedad entera, menos los gastos de tribunal, tal como se mencionaron, iría a parar al mencionado Henry Clay Brentshaw para su propio uso, tal como se establecía en el testamento.

Quizás la sintaxis de este notable documento pueda ser objeto de la crítica, pero el significado resultaba bastante claro. La ortografía no se conformaba a ningún sistema reconocido, pero por ser sobre todo fonética, no resultaba ambigua. Tal como comentó exactamente el juez testamentario, para ganar aquella apuesta se necesitarían cinco ases. El señor Brentshaw sonrió de buen humor, y tras ejecutar los últimos y tristes ritos con divertida ostentación, juró debidamente como ejecutor y heredero condicional según las provisiones de una ley apresuradamente aprobada (a instancias del miembro del distrito de Mammon Hill) por un cuerpo legislativo chistoso; la misma ley que, tal como se descubrió más tarde, había creado también tres o cuatro empleos lucrativos y autorizado los gastos de una considerable suma de dinero público para construir un puente sobre la línea férrea que quizás habría resultado más ventajoso de haberse construido sobre alguna vía real y existente.

Evidentemente el señor Brentshaw no esperaba beneficiarse ni del testamento ni del litigio, como consecuencia de sus inusuales provisiones; aunque Gilson había

tenido dinero en abundancia con frecuencia, los asesores y recaudadores fiscales habían procurado no perder dinero con él. Pero una búsqueda descuidada y formal entre sus papeles puso al descubierto títulos de propiedad de valiosas fincas en el este, y certificados de depósito de sumas increíbles en bancos bastante menos escrupulosos que el del señor Jo. Bentley.

Estas sorprendentes noticias se conocieron inmediatamente, produciendo gran excitación en la zona. El *Patriot* de Mammon Hill, cuyo editor había sido uno de los principales instigadores del movimiento que obligó a Gilson a abandonar New Jerusalem, publicó una nota necrológica llena de cumplidos hacia el fallecido en la que llamaba la atención sobre el hecho de que su vil competidor, el *Clarion* de Squaw Gulch, estaba convirtiendo la virtud en desprecio al ensuciar con lisonjas la memoria de aquel al que en vida había considerado como alguien molesto y vil. Sin embargo, el hecho es que sin dejarse intimidar por la prensa, los reclamantes del testamento no tardaron en presentarse con sus pruebas; y por grande que fuera el legado Gilson, llegó a parecer claramente insignificante teniendo en cuenta el gran número de diques de contención del que se aseguraba había obtenido las riquezas. ¡El país entero se levantó como un solo hombre!

El señor Brentshaw estuvo a la altura de la situación de emergencia. Con una astuta aplicación de humildes dispositivos auxiliares, levantó enseguida sobre los huesos de su benefactor un monumento costoso que sobresalía en altura sobre todos los otros del cementerio, y sobre él hizo juiciosamente que se inscribiera un epitafio que él mismo había compuesto y en el que elogiaba la honestidad, el espíritu público y las virtudes afines de aquel que dormía debajo, «víctima de las injustas calumnias de la camada de víboras del Calumniador».

Empleó además a los mejores talentos legales de la zona para defender la memoria de su desaparecido amigo, por lo que durante cinco largos años los tribunales territoriales se ocuparon de todos los litigios abundantes que se relacionaban con el legado Gilson. A los mejores hombres de leyes el señor Brentshaw opuso la capacidad de leguleyos mejores todavía; en la licitación por los favores que podían comprarse, ofrecía precios que desorganizaron totalmente el mercado; los jueces encontraron en su mesa hospitalaria entretenimiento para el hombre y el animal, como nunca antes lo había habido en el territorio; a los testigos falsos les enfrentó con testigos de falsedad superior.

Pero la batalla no se limitó al templo de la ciega diosa, sino que invadió la prensa, el púlpito y las salas de estar. Producía furor en el mercado, en la bolsa y en la escuela; en los barrancos y en las esquinas de la ciudad. Y en el último día del memorable período que limitaba la acción legal del testamento Gilson, el sol se puso en una región en la que el sentido moral había muerto, la conciencia social se había vuelto cruel, y la capacidad intelectual había menguado y se había debilitado y confundido. Pero el señor Brentshaw ganó en toda la línea.

Sucedió aquella noche que el cementerio *en el que*, en una de sus esquinas, yacían

las cenizas ahora honradas del fallecido caballero Milton Gilson, quedó parcialmente cubierto por el agua. Con la crecida provocada por las lluvias incesantes, el torrente Cat había derramado por encima de sus orillas una colérica inundación que, tras socavar el suelo en múltiples lugares, había remitido en parte, como por vergüenza del sacrilegio, dejando al descubierto mucho de lo que se había ocultado piadosamente. Incluso el famoso monumento Gilson, orgullo y gloria de Mammon Hill, había dejado de ser un vigoroso y erguido rechazo de la «camada de víboras», había sucumbido a la corriente que lo socavó y había sido derribado. La macabra inundación había exhumado el pobre y podrido ataúd de pino, que yacía ahora expuesto a la luz en piadoso contraste con el pomposo monolito que, como un signo gigantesco de admiración, ponía de relieve la revelación.

A ese deprimente lugar, atraído por una influencia sutil que no pretendió analizar ni tampoco resistirse a ella, llegó el señor Brentshaw. Un señor Brentshaw ya cambiado. Cinco años de esfuerzo, ansiedad y vigilancia habían cubierto de parches grises sus cabellos negros, encorvado su hermosa figura, afilado su rostro, y convertido su ágil modo de andar en un arrastrarse chocheante. Ese lustro de fiera lucha no había afectado menos a su corazón e intelecto. El buen humor despreocupado que le había impulsado a aceptar el legado del muerto había cedido ante un hábito de melancolía constante. Su intelecto firme y vigoroso había madurado dando paso a la blandura mental de una segunda infancia. Su entendimiento amplio se había estrechado hasta acomodarse a una sola idea; y en lugar de la incredulidad tranquila y cínica de tiempos anteriores, había en él una fe obsesiva en lo sobrenatural que aleteaba en su alma sombría como un murciélago que presagiara la locura. Confuso en todo lo demás, su entendimiento se aferraba a una sola convicción con la tenacidad de un intelecto hundido. Esa convicción era la creencia inquebrantable en la inocencia absoluta del fallecido Gilson. Tantas veces lo había jurado así en el tribunal y afirmado en conversaciones privadas —con tanta frecuencia había sido tan triunfalmente establecido así por testimonios que su buen dinero le habían costado (pues ese mismo día había pagado el último dólar del legado Gilson al señor Jo. Bentley, último testigo del buen carácter de Gilson)— que esa convicción se había convertido para él en una especie de fe religiosa. Le parecía la única verdad básica y decisiva de la vida: la única verdad serena en un mundo de mentiras.

Aquella noche, mientras estaba sentado y pensativo sobre el monumento caído, tratando de descifrar bajo la débil luz de la luna el epitafio que cinco años antes había compuesto con una sonrisa que la memoria no había registrado, las lágrimas del remordimiento brotaron de sus ojos al recordar que él había sido el principal instrumento que provocó, mediante una falsa acusación, la muerte de aquel buen hombre; pues durante parte de los procedimientos legales, el señor Harper, por una consideración (olvidada) había jurado que en la pequeña transacción con su yegua baya el fallecido había actuado en acuerdo estricto con sus deseos, que él mismo le había comunicado confidencialmente al fallecido, el cual los había ocultado fielmente

a costa de su vida. Todo lo que el señor Brentshaw había hecho desde entonces en favor de la memoria del muerto le parecía dolorosamente inadecuado: ¡en su mayor parte mediocre, insignificante y degradado por el egoísmo!

Mientras estaba sentado allí torturándose con esos lamentos inútiles, una débil sombra cruzó por delante de sus ojos. Al levantar la vista hacia la luna, que estaba a baja altura por el oeste, vio que la oscurecía una especie de nube vaga y acuosa; pero al moverse los haces de luz iluminaron uno de sus lados y percibió el perfil claro de una figura humana. La aparición fue haciéndose poco a poco más visible; estaba muy cerca de él. Por sorprendidos que estuvieran sus sentidos, casi trabados por el terror y confundidos por terribles imágenes, el señor Brentshaw no pudo evitar percibir, o pensar que percibía, que aquella forma ultraterrena tenía una extraña similitud con la parte mortal del finado Milton Gilson, con el aspecto que tenía esa persona cuando fue bajada de El Árbol cinco años antes. La semejanza era en verdad completa, incluso para sus ojos fríos, y en el cuello tenía una especie de círculo sombreado. No llevaba abrigo ni sombrero, estaba exactamente igual que Gilson cuando había sido colocado en su pobre y barato ataúd por las manos poco cuidadosas del carpintero Pete... por el que hacía ya bastante tiempo que alguien había realizado el mismo y amistoso oficio. El espectro, si era tal cosa, parecía llevar en las manos algo que el señor Brentshaw no podía descifrar claramente. Se acercó más, hasta que finalmente se detuvo al lado del ataúd que contenía las cenizas del fallecido señor Gilson, cuya tapa estaba torcida y revelaba a medias su incierto interior. Inclinandose sobre él, el fantasma pareció lanzar en él una sustancia oscura de dudosa consistencia que llevaba en un cuenco, para después deslizarse furtivamente hacia la parte inferior del cementerio. Allí la inundación había trasladado, al retirarse, varios ataúdes abiertos, entre los que empezó a emitir gorgoteos junto con sollozos y susurros. Inclinandose sobre uno de ellos, la aparición cepilló cuidadosamente su contenido sobre el cuenco, regresó luego a su propio ataúd y vació en él el cuenco, lo mismo que antes. Repitió la misteriosa operación en todos los ataúdes que habían quedado abiertos, y a veces el fantasma metía el cuenco en el agua corriente y lo agitaba suavemente para limpiarlo de la arcilla más ruin, amontonando siempre los residuos en su caja privada. En resumen, la parte inmortal del fallecido Milton Gilson estaba limpiando el polvo de sus vecinos y añadiéndolo previsoramente al suyo.

Quizás fuera el fantasma de una mente trastornada en un cuerpo enfebrecido. Quizás fuera una farsa solemne representada por los espíritus burlones que pueblan las sombras que están a la orilla del otro mundo. Dios lo sabrá; a nosotros sólo nos queda el conocimiento de que cuando el sol del siguiente día tocó con su luz dorada el cementerio en ruinas de Mammon Hill, el más amable de sus rayos iluminó el rostro inmóvil y blanco de Henry Brentshaw, muerto entre los muertos.

El solicitante

The applicant

Abriéndose paso entre la capa de nieve que había caído la noche anterior, que le llegaba hasta las espinillas, y estimulado por la alegría de su hermana pequeña que le seguía por el camino que él iba abriendo, el hijo del ciudadano más distinguido de Grayville, un muchacho pequeño y robusto, chocó uno de sus pies con algo que no resultaba visible bajo la superficie de la nieve. El propósito de esta narración es explicar cómo llegó hasta allí

Nadie que hubiera tenido la suerte de pasar por Grayville durante el día podía dejar de observar el gran edificio de piedra que coronaba la colina baja situada al norte de la estación del ferrocarril: es decir hacia la derecha si uno se dirigía a Great Mowbray. Es un edificio de aspecto algo insípido, del estilo «comatoso temprano», que parecía haber sido construido por un arquitecto que huía de la publicidad, y aunque no pudo ocultar su obra —en este caso incluso se vio obligado a mostrarla por tener que situarla a la vista de los hombres, sobre un promontorio—, hizo honestamente todo lo que pudo para asegurarse de que nadie le echara una segunda mirada. Por lo que concierne a su aspecto exterior y visible, el Hogar de Hombres Ancianos Abersush es incuestionablemente poco hospitalario por lo que se refiere a la atención humana.

Pero es un edificio de gran magnitud que costó a su benevolente fundador los beneficios de muchas cargas de té, sedas y especias que traían sus barcos desde los bajos fondos cuando se dedicaba al comercio en Boston; aunque los gastos principales fueron los de dotar el edificio de todo lo necesario. En resumidas cuentas, esta imprudente persona había robado a sus herederos una suma no inferior al medio millón de dólares, de los que se deshizo con donaciones desenfrenadas. Con la idea, posiblemente, de desaparecer de la vista de los testigos silenciosos de su extravagancia, poco después dispuso de todas las propiedades que le quedaban en Grayville, dio la espalda al escenario de su prodigalidad y cruzó el mar en uno de sus barcos. Las murmuraciones, que parecen obtener directamente del cielo su inspiración, afirmaban que fue en busca de una esposa: teoría que no era fácil de reconciliar con la del humorista del pueblo, quien aseguraba solemnemente que el filantrópico soltero había abandonado esta vida (es decir, se había ido de Grayville) porque las doncellas casaderas se lo estaban poniendo demasiado difícil. Pero, aunque así hubiera podido ser, no había regresado, y aunque de vez en cuando llegaban hasta Grayville, de forma poco metódica, vagos rumores acerca de sus recorridos por tierras extrañas, nadie llegó a saber nada con certeza acerca de él, por lo que para la nueva generación llegó a ser nada más que un nombre. Pero sobre la puerta del Hogar de Ancianos, la piedra gritaba ese nombre.

A pesar de lo poco prometedor del exterior, el Hogar es un lugar bastante cómodo para retirarse de todos los males que habían sufrido sus internos por ser pobres, viejos y hombres. En la época a la que se refiere esta breve crónica, debían ser una veintena, pero por su acritud, ingratitud general y nivel de quejas podría parecer que llegaban casi a cien; ése era al menos el cálculo del superintendente, el señor Silas Tilbody. El señor Tilbody tenía la convicción firme de que siempre que los fideicomisarios o administradores admitían a ancianos nuevos, para sustituir a los que se habían ido a otro y mejor Hogar, lo hacían claramente con la voluntad de interrumpir su paz y poner a prueba su paciencia. En verdad, cuanto más se iba relacionando con la institución más poderoso era su sentimiento de que el benevolente plan del fundador se veía tristemente perjudicado por el hecho de tener que admitir internos. No tenía demasiada imaginación, pero con la que poseía acostumbraba a reconstruir el Hogar para Hombres Ancianos en una especie de «castillo en el aire», con él mismo como castellano, dedicado a mantener hospitalariamente a una veintena de aseados y prósperos caballeros de mediana edad, de muy buen humor y con la voluntad de pagar cortésmente por la comida y el alojamiento. En esta revisión del proyecto filantrópico, felizmente no existían los fideicomisarios, a quienes les debía su trabajo y ante los que era responsable de su conducta. Por lo que se refiere a los fideicomisarios, el humorista del pueblo antes mencionado sostenía que, en su gestión de la gran obra caritativa, la providencia les había proporcionado solícitamente incentivos para su prosperidad. Nada sabemos de las deducciones que esperaba el humorista se extrajeran de dicha opinión; los internos, que desde luego eran los más implicados, ni la apoyaban ni la negaban. Vivían sus escasos restos de vida, se deslizaban a unas tumbas ordenadamente numeradas y eran sucedidos por otros ancianos que se asemejaban a ellos todo lo que podría haber deseado el Adversario de la Paz. Si el Hogar era un lugar de castigo por el pecado de haber sido manirroto, los veteranos pecadores buscaban justicia con una persistencia que era testigo de la sinceridad de su arrepentimiento. Hacia uno de ellos invito ahora al lector a que preste su atención.

Por lo que se refiere al atuendo, dicha persona no resultaba excesivamente atractiva. Pues dada la estación, mediados de invierno, hasta un observador descuidado habría visto en él una estratagema astuta de aquel que no está dispuesto a compartir los frutos de su trabajo con los cuervos que ni trabajan ni hilan; un error que no habría podido disiparse sin una observación más prolongada y atenta; pues su avance por la calle Abersush, hacia el Hogar, en la oscuridad de una tarde invernal, no resultaba más veloz del que podría haberse esperado de un espantapájaros bendecido con la juventud, la salud y el descontento. Aquel hombre iba claramente mal vestido, aunque no careciera de cierta salud ni de buen gusto; pues resultaba evidente que era un solicitante que trataba de ser admitido en el Hogar, donde la pobreza era una cualificación. En el ejército de los indigentes, el uniforme son los harapos, que sirven a los oficiales reclutantes para distinguir a sus soldados.

Cuando el anciano cruzó la puerta de la finca y empezó a ascender arrastrando los pies por el ancho camino, blanqueado ya por la nieve que caía rápidamente y que él, de vez en cuando, se sacudía de diversos rincones de su cuerpo, se colocó bajo la inspección de un farol grande y redondo que estaba encendido la noche entera encima de la puerta principal del edificio. Como si no deseara someterse a sus reveladores rayos luminosos, giró hacia la izquierda, recorrió una considerable distancia a lo largo de la fachada principal del edificio, llamó en una puerta más pequeña de cuyo interior salía una luz más tenue a través de un montante en forma de abanico, y que por tanto se extendía, poco favorable a la curiosidad, hacia arriba. El personaje que abrió la puerta no fue otro que el propio e importante señor Tilbody. Al observar al visitante, quien de inmediato se destocó y redujo algo el radio de la curvatura permanente de su espalda, el hombre importante no dio señal visible ni de sorpresa ni de incomodidad. El señor Tilbody se encontraba en un estado poco común de buen humor, fenómeno que sin duda podía achacarse a la alegre influencia del momento, pues era la víspera de Navidad y el siguiente día sería esa bendita trescientas setenta y cincoava parte del año que todas las almas cristianas destinan a sus mejores hazañas de bondad y de alegría. Tan repleto estaba el señor Tilbody del espíritu del momento que su rostro grueso y sus ojos de color azul claro —cuyo fuego inexistente permitía distinguirlo de una calabaza que se hubiera dado fuera de temporada— difundían un brillo tan afable que era una pena que no pudiera mantener solazándose en la conciencia de su propia identidad. Iba preparado con sombrero, botas, abrigo y paraguas, tal como correspondía a una persona a punto de exponerse a la noche y la tormenta en una misión de caridad; pues el señor Tilbody acababa de despedirse de su esposa y de sus hijos para ir «al centro» a comprar los elementos con los que confirmar la falsedad anual acerca de ese santo de vientre hinchado que frecuenta las chimeneas para recompensar a las niñas y niños pequeños que son buenos y sobre todo fieles. Ésa es la razón de que no invitara al anciano a entrar, sino que le saludara alegremente con estas palabras:

—¡Hola! Viene justo a tiempo. Un momento más tarde y no me habría encontrado. Vamos, no tengo tiempo que perder; haremos juntos una parte del camino.

—Se lo agradezco —contestó el anciano, sobre cuyo rostro delgado y blanco, pero no innoble, la luz de la puerta abierta dejaba al descubierto una expresión que era, quizás, de decepción—. Pero si los fideicomisarios... si mi solicitud...

—Los fideicomisarios han aceptado que su solicitud no les es aceptable —contestó el señor Tilbody cerrando así dos puertas, con lo que eliminaba dos tipos de luz.

Hay algunos sentimientos que no resultan apropiados para la Navidad, pero el humor tiene para sí, lo mismo que la muerte, todas las estaciones.

—¡Ay, Dios mío! —gritó el anciano en un tono tan ronco y tenue que la invocación resultó cualquier cosa menos impresionante, y al menos a uno de sus dos

auditores le pareció ciertamente algo ridícula. Al Otro... Pero éste es un asunto que los profanos no tenemos suficiente luz para exponer.

—Sí —prosiguió el señor Tilbody acomodando su paso al del compañero, que mecánicamente, pero no con demasiado éxito, recorría a la inversa el camino que él mismo había abierto en la nieve—. Han decidido que dadas las circunstancias, las circunstancias muy peculiares, usted me entenderá, no sería adecuado admitirle. Como superintendente y secretario ex officio de la honorable junta —tal como el señor Tilbody «pronunciaba claramente su título», la magnitud del gran edificio, visto tras el velo que formaba la nieve al caer, parecía sufrir algo con la comparación—, es mi deber informarle de que, con las palabras mismas del presidente, el diácono Byram, su presencia en el Hogar resultaría, repito que dadas las circunstancias, peculiarmente embarazosa. Consideré que era mi deber someter a la honorable junta la expresión que me hizo usted ayer de sus necesidades, su condición física y las pruebas que la Providencia ha tenido a bien enviarle, y hasta el esfuerzo de presentar personalmente su petición; pero tras una consideración cuidadosa, y me atrevería a decir suplicatoria, de su caso —y confío que también algo de esa gran capacidad para la caridad que es apropiada a esta estación—, se decidió que no estaría justificado hacer nada que probablemente dañaría la utilidad de la institución que se ha confiado (por la Providencia) a nuestro cuidado.

Mientras hablaban, habían salido ya de los terrenos del Hogar; el farol situado frente a la puerta resultaba apenas visible por causa de la nieve. Se había borrado ya el rastro anterior del anciano y éste parecía inseguro con respecto a qué camino debería seguir. El señor Tilbody se había adelantado un poco, pero se detuvo y se dio la vuelta hacia él, pues no parecía deseoso de perder aquella oportunidad.

—Dadas las circunstancias, la decisión...

Pero el anciano resultaba inaccesible a la capacidad persuasiva de su verbosidad; había cruzado la calle hacia un solar vacío y seguía avanzando en una progresión bastante sinuosa hacia ningún lugar en particular; lo cual, puesto que no tenía ningún lugar en particular al que acudir, no era un procedimiento tan irrazonable como podría parecer.

Y así es como sucedió que a la mañana siguiente, cuando las campanas de las iglesias de todo Grayville sonaban con la unción adicional que era apropiada al día, el robusto y pequeño hijo del diácono Byram, abriéndose un camino por la nieve hasta el lugar de veneración, golpeó uno de sus pies contra el cuerpo del filántropo Amasa Abersush.

Un vigilante junto al muerto

A watcher by the dead

I

En una habitación del piso superior de una vivienda desocupada situada en esa parte de San Francisco que se conoce con el nombre de North Beach, yacía bajo una sábana el cadáver de un hombre. La hora estaba próxima a las nueve de la noche; la habitación, apenas iluminada por una sola vela. Aunque el tiempo era bueno, las dos ventanas estaban cerradas con las persianas bajadas, contrariando la costumbre de dar mucho aire a los muertos. El mobiliario se componía tan sólo de tres piezas: un sillón, una pequeña mesita de lectura sobre la que estaba la vela y una mesa de cocina alargada sobre la cual estaba el cadáver del hombre. Los tres muebles, lo mismo que el cadáver, parecían haber sido llevados recientemente, pues un observador, de haber existido alguno, habría visto que no tenían polvo, mientras que el resto de la habitación tenía una capa espesa, e incluso había telarañas en los ángulos de las paredes.

Bajo la sábana podían perfilarse los rasgos del cuerpo, incluso los del rostro, pues tenían esa definición tan innaturalmente nítida que parece pertenecer a los rostros de los muertos, aunque en realidad es característica sólo de aquellos que han sido desgastados por la enfermedad. Por el silencio de la habitación se podía deducir, correctamente, que no estaba situada en la parte delantera de la casa ni daba a una calle: en realidad sólo daba a un promontorio rocoso, pues la parte trasera del edificio se había asentado en una colina.

Cuando el reloj de una iglesia cercana dio las nueve con una indolencia que parecía dar a entender tal indiferencia por el paso del tiempo que uno no podía dejar de preguntarse por qué se tomaba la molestia de dar las horas, se abrió la única puerta de la habitación y entró por ella un hombre que se dirigió hacia el cadáver. Al hacerlo, la puerta se cerró, dando la apariencia de que lo hacía por sí sola; pero se escuchó también un rechinar metálico, como de una llave que girara con dificultad, y el chasquido de un cerrojo al encajarse. Después sonaron unos pasos que se alejaban por el pasillo y el hombre dio toda la impresión de haber quedado allí como un prisionero. Al dirigirse hacia la mesa, se detuvo un momento para examinar el

cadáver; pero después, con un ligero encogimiento de hombros, fue hacia una de las ventanas y levantó la persiana. La oscuridad exterior era absoluta, pues los cristales estaban cubiertos de polvo, pero al limpiarlos pudo ver que la ventana estaba fortificada con fuertes barras de hierro que la cruzaban a escasos centímetros del cristal, incrustándose a cada lado en la mampostería. Examinó la otra ventana, encontrando la misma disposición. No manifestó gran curiosidad por el asunto y ni siquiera llegó a levantar el marco de la ventana. Si era un prisionero, parecía bastante dócil. Tras haber completado el examen de la habitación, se sentó en el sillón, sacó un libro del bolsillo, acercó la mesita con la vela y empezó a leer.

Era un hombre joven, de no más de treinta años, de tez oscura, bien afeitado y cabellos castaños. Su rostro era delgado y la nariz alta, con una frente ancha y una «firmeza» de la barbilla y la mandíbula que se dice denota resolución en los que la tienen. Los ojos, grises y firmes, no se movían sino era con un propósito concreto. La mayor parte del tiempo los mantenía fijos en el libro, aunque ocasionalmente los apartaba para dirigirlos hacia el cadáver de la mesa, aunque era evidente que no lo hacía con esa fascinación tétrica que se supone que esas circunstancias podrían ejercer incluso sobre una persona valiente, ni con esa rebelión consciente contra una influencia contraria que podría dominar a un tímido. Lo contemplaba como si durante la lectura hubiera encontrado algo que le recordara la sensación de su entorno. Evidentemente, este vigilante del muerto estaba desempeñando su cometido con inteligencia y compostura, tal como le correspondía.

Tras llevar leyendo quizás una media hora, pareció llegar al final de un capítulo y dejó tranquilamente el libro. Se levantó, alzó del suelo la mesita de lectura y la trasladó a una esquina de la habitación que estaba junto a una de las ventanas, cogió la vela y regresó frente a la vacía chimenea delante de la cual había estado sentado.

Un momento más tarde fue hacia el cuerpo de la mesa, levantó la sábana y le dio la vuelta desde la cabeza, dejando al descubierto una masa de cabellos oscuros y un fino paño que le cubría el rostro y bajo el cual los rasgos se revelaban todavía con mayor definición que antes. Dando sombra a los ojos, al interponer su mano libre entre éstos y la vela, se quedó mirando a su compañero inmóvil con una contemplación grave y tranquila. Satisfecho con la inspección, volvió a cubrir el rostro con la sábana y regresó a la silla, cogió algunas cerillas que había junto al candelero, las metió en el bolsillo lateral de su abrigo y se sentó. Levantó luego la vela separándola del candelero y la examinó críticamente, como si estuviera calculando cuánto tiempo duraría. Apenas medía cinco centímetros, por lo que al cabo de una hora se encontraría en la oscuridad. Volvió a ponerla en el candelero y sopló para apagarla.

II

En la consulta de un médico, en Kearny Street había tres hombres sentados junto a una mesa, bebiendo ponche y fumando. Era ya bastante tarde, casi la medianoche, y desde luego que el ponche no había faltado. El más solemne de los tres era el doctor Helberson, que era el anfitrión, pues se encontraban en sus habitaciones. Tenía unos treinta años; los otros eran más jóvenes, aunque todos eran médicos.

—El temor supersticioso con que los vivos consideran a los muertos es hereditario e incurable —decía el doctor Helberson—. Uno no tiene por qué avergonzarse de eso, como tampoco debería hacerlo por el hecho de heredar, por ejemplo, una incapacidad para las matemáticas o la tendencia a mentir.

Los otros dos se echaron a reír.

—¿No debería un hombre avergonzarse de ser mentiroso? —preguntó el más joven de los tres, que en realidad era un estudiante de medicina que todavía no se había graduado.

—Mi querido Harper, yo no he dicho nada semejante. Una cosa es la tendencia a mentir y otra el hecho de hacerlo.

—¿Pero piensa usted que ese sentimiento supersticioso, ese miedo a los muertos, tan irracional como nos parece, es universal? —intervino el tercer hombre—. No soy consciente de tenerlo.

—Ah, pero pese a todo está «en su sistema» —contestó Helberson—. Sólo requiere de las condiciones adecuadas —lo que Shakespeare llama «la estación confederada»— para manifestarse de alguna manera muy desagradable que le abra los ojos. Aunque desde luego los médicos y los soldados están más liberados que los demás de ese miedo.

—¡Los médicos y los soldados! ¿Por qué no añadir a los decapitadores y los verdugos de la horca? Añadamos a todos los grupos de asesinos.

—No, mi querido Mancher; los jurados no permiten que los verdugos públicos lleguen a adquirir una familiaridad suficiente con la muerte como para no sentirse en absoluto conmovidos por ella.

El joven Harper, que había ido junto a una mesa de servicio para coger un nuevo cigarro, volvió a su asiento.

—¿Cuáles consideraría usted que son las condiciones bajo las que cualquier hombre nacido de mujer llegaría a tener una conciencia insoportable de compartir a este respecto nuestra debilidad común? —preguntó con un exceso, quizás, de verbosidad.

—Bien, diría que si un hombre se encontrara una noche entera encerrado con un cadáver, a solas, en una habitación oscura de una casa vacía, sin cobertores de cama con los que taparse la cabeza, y pasara por todo ello sin enloquecer totalmente, podría jactarse entonces de no haber nacido de mujer ni ser tampoco, como Macduff, un producto de la cesárea.

—Pensé que no terminaría nunca de añadir condiciones —intervino Harper—. Pues conozco a un hombre que no es ni médico ni soldado y que las aceptaría todas por cualquier apuesta que quisieran ustedes hacer.

—¿De quién se trata?

—Se llama Jarette: aquí es un desconocido; procede de la misma ciudad que yo, en el estado de Nueva York. Carezco de dinero para apoyarle en la apuesta, pero él mismo la sostendrá con todo lo que haga falta.

—¿Cómo sabe eso?

—Antes preferiría apostar que comer. Y en cuanto al miedo... me atrevo a decir que opina que es algún trastorno cutáneo, o quizás un tipo particular de herejía religiosa.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Helberson que, evidentemente, se estaba interesando por el asunto.

—Se parece a Mancher... hasta podría ser su hermano gemelo.

—Acepto el desafío —respondió de inmediato Helberson.

—¿Porque se parece a mí? Muy agradecido por el cumplido —dijo Mancher arrastrando las palabras, pues tenía cada vez más sueño—. ¿Puedo intervenir?

—No contra mí —contestó Helberson—. No quiero ganar *su* dinero.

—De acuerdo —replicó Mancher—. Entonces yo seré el cadáver.

Los otros se echaron a reír.

El resultado de aquella loca conversación, ya lo hemos visto.

III

La intención del señor Jarette al apagar su magra ración de vela fue la de conservarla para alguna necesidad imprevista. También pudo pensar, o intuir, que la oscuridad no sería peor en un momento que en otro, y que si la situación llegaba a volverse insoportable sería mejor contar con algún medio de alivio o incluso de liberación. En cualquier caso, era prudente guardar una pequeña reserva de luz, aunque sólo fuera para poder mirar su reloj.

Nada más apagar la vela y dejarla en el suelo, a su lado, se arrellanó cómodamente en el sillón, se echó hacia atrás y cerró los ojos esperando dormirse. Pero en esto se decepcionó: jamás en su vida había sentido menos sueño, por lo que al cabo de unos minutos abandonó el intento. ¿Qué hacer? No podía pasear a tientas en una oscuridad absoluta con riesgo de herirse, o de chocar contra la mesa y turbar descortésmente al muerto. Todos reconocemos el derecho que tienen al descanso, a salvo de todo lo que sea duro y violento. Jarette consiguió casi hacerse creer a sí mismo que eran consideraciones de este tipo las que le llevaban a no correr el riesgo de la colisión y le permitían permanecer inmóvil en el asiento. Mientras pensaba este tema, creyó haber oído un débil sonido que procedía de la mesa... no era capaz de explicarse de qué tipo de sonido se trataba. No volvió la cabeza. ¿De qué iba a servirle en la oscuridad? Pero escuchó con gran atención: ¿por qué no iba a hacerlo? Y mientras escuchaba, se fue sintiendo mareado hasta el punto de que se aferró a los brazos del sillón en busca de apoyo. Percibía por sus oídos un zumbido extraño; tenía la sensación de que la cabeza le iba a estallar; la ropa que llevaba puesta le constreñía y oprimía el pecho. Se preguntó por el motivo de todo aquello; y si serían los síntomas del miedo. Luego, tras una larga y potente espiración, tuvo la impresión de que el pecho se le hundía, pero con la gran inspiración con la que rellenó sus pulmones agotados perdió el vértigo y se dio cuenta de que había estado escuchando con tanta intensidad que había retenido la respiración casi hasta el punto de ahogarse. Aquella revelación le resultó vejatoria; se levantó, empujó el sillón con el pie y caminó hasta el centro de la habitación. Pero no es posible caminar a zancadas en la oscuridad; empezó a avanzar a tientas, encontró una pared y la siguió hasta un ángulo, giró, pasó junto a las dos ventanas y en la otra esquina entró en violento contacto con la mesita de lectura, derribándola. Produjo un estrépito que le hizo sobresaltarse. Se sintió molesto.

—¿Cómo diablos pude olvidar dónde estaba? —murmuró, y empezó a abrirse camino a tientas, a lo largo de la tercera pared, hasta la chimenea—. He de poner las cosas en su sitio —añadió mientras buscaba la vela por el suelo.

Tras recuperarla, la encendió y volvió inmediatamente la mirada hacia la mesa, donde como es natural nada había cambiado. La mesita de lectura permaneció en el suelo: se había olvidado de «ponerla en su sitio». Miró por toda la habitación dispersando las sombras más profundas con el movimiento de la vela que llevaba en

la mano y, cruzándola hasta la puerta, la comprobó girando el pomo y tirando de él con toda su fuerza. No cedió y aquello pareció proporcionarle cierta satisfacción; incluso la aseguró con mayor firmeza mediante un pestillo que antes no había observado. Regresó al sillón y miró el reloj, comprobando que eran las nueve y media. Se sorprendió al darse cuenta de que se había llevado el reloj al oído: no se había parado. La vela era ahora visiblemente más corta. La volvió a apagar y la colocó en el suelo a su lado, lo mismo que antes.

El señor Jarette no se encontraba tranquilo; se sentía claramente inquieto en ese entorno, e insatisfecho consigo mismo por ello.

—¿Qué he de temer? —pensó en voz alta—. Esto resulta ridículo; no voy a comportarme como un estúpido.

Pero el valor no venía por el hecho de que se dijera «voy a ser valiente», ni por reconocer que la valentía era lo más apropiado para la ocasión. Cuanto más se condenaba Jarette a sí mismo, más razones se estaba dando para condenarse; cuanto mayor era el número de variaciones que había intentado sobre el único tema de que los muertos son inofensivos, más insoportable se volvía la discordancia de sus emociones.

—¿Cómo? —gritó en voz alta por la angustia de su espíritu—. ¡Cómo! ¿Es que yo, que no tengo la menor sombra de superstición en mi naturaleza, yo, que no creo en la inmortalidad, yo, que sé (y nunca lo supe con tanta claridad como ahora) que la otra vida es el sueño de un deseo, voy a perder mi apuesta, mi honor y el respeto que a mí mismo me tengo, quizás hasta mi razón, porque algunos antepasados salvajes que habitaban en cuevas y madrigueras concebían la idea monstruosa de que los muertos caminan por la noche?... Eso...

Clara e inequívocamente, el señor Jarette oyó tras él el sonido ligero y suave de unos pasos deliberados, regulares y cada vez más cercanos.

IV

Poco antes del amanecer de la mañana siguiente, el doctor Helberson y su joven amigo Harper avanzaban lentamente en el coupé del doctor por las calles de North Beach.

—¿Sigue teniendo la confianza de la juventud en el valor o la imperturbabilidad de su amigo? —preguntó el de más edad—. ¿Cree que he perdido esta apuesta?

—Sé que la ha perdido —contestó el otro con débil énfasis.

—Pues bien, por mi alma que espero que así sea.

Había pronunciado aquello con seriedad, casi solemnemente. Después se produjo un silencio momentáneo.

—Harper, no me siento totalmente tranquilo con este asunto —volvió a hablar el doctor, que parecía muy serio bajo las luces cambiantes y débiles que penetraban en el carruaje cuando pasaban junto a los faroles de la calle—. Si su amigo no me hubiera irritado con la actitud despreciativa con la que trató mis dudas acerca de su resistencia, una cualidad puramente física, y con la fría descortesía de su sugerencia de que el cadáver fuera el de un médico, no habría seguido con ello. Si sucediera cualquier cosa, estamos arruinados, y me temo que merecidamente.

—¿Pero qué puede suceder? Aunque el asunto hubiera tomado un giro grave, lo que no temo en absoluto, Mancher sólo tendría que «resucitar» y explicar el asunto. Con un «sujeto» auténtico de la sala de disección, o uno de sus últimos pacientes, la cosa podría ser distinta.

De modo que el doctor Mancher había cumplido su promesa: sirvió de «cadáver».

El doctor Helberson guardó silencio durante mucho tiempo mientras el coche, a paso de tortuga, siguió deslizándose por la misma calle que ya había recorrido en dos o tres ocasiones. Finalmente, rompió el silencio:

—Bien, esperemos que Mancher, si ha tenido que levantarse de entre los muertos, lo haya hecho discretamente. Un error en esa dirección podría haber empeorado las cosas, en lugar de mejorarlas.

—Ciertamente, Jarette le mataría —contestó Harper—. Pero doctor, son ya las cuatro en punto —añadió mirando su reloj cuando pasaron bajo un farol de gas.

Un momento después ambos habían bajado del vehículo y se dirigían a paso vivo hacia la casa que llevaba mucho tiempo desocupada, perteneciente al doctor, en la que habían encerrado al señor Jarette de acuerdo con los términos de la loca apuesta. Al acercarse a ella se encontraron con un hombre que corría.

—¿Por favor, saben dónde puedo encontrar un médico? —gritó deteniendo repentinamente su carrera.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Helberson en un tono que no le comprometía.

—Vayan a verlo por sí mismos —contestó el hombre reanudando la carrera.

Echaron a correr. Al llegar a la casa vieron a varias personas que entraban en ella con prisa y excitación. En algunas de las casas cercanas, a lo largo del camino, las

ventanas estaban abiertas y salían por ellas varias cabezas. Todas hacían preguntas, aunque sin dirigírselas unos a otros. Algunas ventanas que tenían las persianas cerradas estaban iluminadas; los que habitaban en ellas se estaban vistiendo para bajar. Directamente enfrente de la puerta de la casa que buscaban, un farol arrojaba sobre la escena una luz amarillenta e insuficiente, que parecía decir que podía revelar mucho más si lo deseaban. Harper se detuvo junto a la puerta y puso una mano sobre el brazo del compañero.

—Todo está perdido para nosotros, doctor —dijo presa de una agitación extrema que contrastaba extrañamente con la tranquilidad con la que pronunció esas palabras—. El juego se ha puesto en nuestra contra. No entremos allí; prefiero no asomar la cabeza.

—Soy médico y puede que necesiten uno —contestó con calma el doctor Helberson.

Subieron las escaleras de la casa y se dispusieron a entrar. La puerta estaba abierta; la farola de la acera de enfrente iluminaba el pasillo. Estaba lleno de hombres. Algunos habían subido las escaleras hasta el final y, como no se les permitía entrar, aguardaban mejor suerte. Todos hablaban y ninguno escuchaba. De pronto se produjo una gran conmoción en el rellano de arriba; un hombre había salido de una puerta y trataba de abrirse paso entre los que se esforzaban por retenerle. Llegó abajo por entre la masa de hombres ociosos y espantados, apartándolos, aplastándolos contra la pared de un lado o contra la barandilla de la escalera del otro, aferrándolos por la garganta, golpeándolos salvajemente, lanzándolos escaleras abajo y caminando sobre los que habían caído. Sus ropas estaban en desorden y no llevaba sombrero. Su mirada, salvaje e inquieta, contenía algo más aterrador todavía que su fuerza aparentemente sobrehumana. Su rostro, afeitado, carecía de color, sus cabellos habían encanecido.

Cuando la masa de gente que había al pie de las escaleras, que disfrutaban de más libertad de espacio, se apartó para dejarle pasar, Harper se adelantó.

—¡Jarette! ¡Jarette! —gritó.

El doctor Helberson cogió a Harper por el cuello y le hizo retroceder.

El hombre les miró al rostro sin que pareciera reconocerlos y salió a toda prisa por la puerta, bajó los escalones hasta la calle y se perdió. Un robusto policía que había tenido menos éxito para bajar las escaleras apareció un momento después e inició la persecución, ayudado por los gritos indicativos de todas las cabezas que salían por las ventanas, que ahora eran sólo las de mujeres y niños.

Como la escalera se había vaciado parcialmente, pues la mayor parte de la gente se había precipitado a la calle para observar la fuga y la persecución, el doctor Helberson subió al rellano seguido por Harper. En una puerta del pasillo superior un oficial les impidió el paso.

—Somos médicos —dijo el doctor, y así pudieron entrar.

La habitación estaba llena de hombres, apenas visibles por la oscuridad,

amontonados junto a una mesa. Los recién llegados se acercaron y miraron por encima de los hombros de los que estaban delante. Sobre la mesa, con los miembros inferiores cubiertos por una sábana, yacía el cuerpo de un hombre, bien iluminado por el haz de un ojo de buey que sostenía un policía situado a los pies. Los demás, salvo los que estaban cerca de la cabeza, y el propio oficial, se encontraban en la oscuridad. ¡El rostro del cuerpo parecía amarillo, repulsivo, horrible! Los ojos estaban parcialmente abiertos, mirando hacia arriba, y la mandíbula caída; rastros de espuma manchaban los labios, la barbilla y las mejillas. Un hombre alto, evidentemente médico, se inclinaba sobre el cuerpo introduciendo la mano bajo la parte delantera de la camisa. La retiró y colocó dos dedos sobre la boca abierta.

—Este hombre lleva muerto unas seis horas. Es un caso para el forense —dijo.

Sacó una tarjeta del bolsillo, se la entregó al oficial de policía y se dirigió a la puerta.

—¡Salgan de la habitación... todos! —gritó el oficial, y el cadáver desapareció como si alguien lo hubiera arrebatado cuando la linterna desvió sus haces de luz aquí y allá contra los rostros de la multitud. ¡El efecto fue sorprendente! Los hombres, cegados, confusos y casi aterrados, corrieron tumultuosamente hacia la puerta, empujándose y tropezando unos con otros en su huida, como las huestes de la noche ante los rayos de Apolo. El policía derramó su luz sin piedad e incesantemente sobre la masa que luchaba y tropezaba. Atrapados en esa corriente, Helberson y Harper fueron barridos fuera de la habitación y descendieron las escaleras hasta la calle como impulsados por un torrente.

—¡Dios mío, doctor! ¿No le dije que Jarette le mataría? —exclamó Harper en cuanto se hubieron alejado de la multitud.

—Creo recordar que lo dijo —contestó el otro sin ninguna emoción aparente.

Caminaron en silencio recorriendo una manzana tras otra. En el oriente grisáceo se percibían las siluetas de las casas de las colinas. La conocida carreta de la leche recorría ya las calles; el panadero aparecería pronto en escena; el vendedor de periódicos ya estaba en ella.

—Me parece, jovencito, que usted y yo últimamente hemos respirado demasiado los aires de la mañana. No son muy sanos y necesitamos un cambio. ¿Qué le parecería un viaje por Europa?

—¿Cuándo?

—Me da lo mismo. Aunque supongo que las cuatro de esta tarde sería conveniente.

—Entonces nos encontraremos en el barco —añadió Harper.

V

Siete años más tarde, los dos hombres estaban sentados en un banco de Madison Square en Nueva York, conversando amistosamente. Otro hombre, que llevaba observándoles algún tiempo sin ser visto, se acercó a ellos y, levantando cortésmente su sombrero, que dejó al descubierto un cabello tan blanco como la nieve, dijo:

—Les ruego que me perdonen, caballeros, pero cuando uno vuelve a la vida y mata a un hombre, lo mejor es cambiar la ropa con él y a la primera oportunidad buscar la libertad.

Helberson y Harper intercambiaron miradas significativas; evidentemente aquello les divertía. Pero el primero miró amablemente a los ojos del desconocido y contestó.

—Siempre he pensado que ése era el mejor plan. Estoy totalmente de acuerdo con usted en cuanto a las ventajas...

De pronto se detuvo, se levantó y se quedó blanco de asombro. Se quedó mirando fijamente al desconocido, con la boca abierta y temblando visiblemente.

—¡Ah! —exclamó el desconocido—. Me parece que está usted indispuerto, doctor. Si no es capaz de tratarse a sí mismo, estoy seguro de que el doctor Harper podrá hacer algo por usted.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Harper enérgicamente.

El desconocido se acercó más, e inclinándose hacia ellos dijo con un murmullo de voz:

—A veces digo que mi nombre es Jarette, pero dada nuestra antigua amistad no me importa decirles que soy el doctor William Mancher.

La revelación hizo que Harper se pusiera en pie de un salto.

—¡Mancher! —gritó.

—¡Dios mío, es cierto! —añadió Helberson.

Así es —añadió el desconocido, sonriendo vagamente—. Sin duda es cierto.

Vaciló mientras parecía tratar de recordar algo, pero enseguida empezó a silbar una melodía popular. Por lo visto se había olvidado de la presencia de los otros dos.

—Mancher, se lo ruego —dijo el mayor de los otros—. Díganos lo que sucedió aquella noche... a Jarette, ya sabe.

—Ah, sí, a Jarette. Resulta extraño que me haya olvidado de contárselo... lo cuento tanta veces. ¿Saben?, al oírle hablar consigo mismo me di cuenta de que estaba terriblemente asustado, así que no pude resistir la tentación de volver a la vida y divertirme un poco con él... de verdad que no pude evitarlo. Estuvo muy bien, aunque lo cierto es que no pensé que fuera a tomárselo tan en serio; de verdad que no lo pensé. Y después... bueno, fue un trabajo duro cambiar de puesto con él, y entonces... ¡maldita sea! ¡Ustedes no me ayudaron a salir de aquello!

Nada podría exceder a la ferocidad con la que fueron pronunciadas estas últimas palabras.

Ambos hombres retrocedieron alarmados.

—¿Nosotros?... Pero... ¿por qué? —dijo Helberson tartamudeando, pues había perdido totalmente el dominio de sí mismo—. Nosotros no tuvimos nada que ver.

—¿No dije que eran ustedes los doctores Hellborn y Sharper^[3]? —preguntó el hombre echándose a reír.

—Mi nombre es Helberson, ciertamente; y este caballero es el señor Harper —replicó el primero que se había tranquilizado con aquella risa—. Pero ya no somos médicos; somos... bueno, que me ahorquen, anciano: somos jugadores.

Y ésa era la verdad.

—Una profesión muy buena; verdaderamente buena; y dicho sea de paso, espero que este señor, Sharper, haya pagado su dinero a Jarette como un apostador honesto. Una profesión muy buena y honorable —repitió pensativamente, mientras se alejaba con despreocupación—. Yo sigo siendo lo que fui. Soy el jefe médico del Asilo de Bloomingdale; es mi deber curar al superintendente.

El hombre y la serpiente

The Man and the Snake

Es un informe verdadero, atestiguado por tantos que ahora ninguno de los sabios e ilustrados lo niega, el que los ojos de la serpiente tienen una propiedad magnética que hace que aquellos que caigan en su persuasión se acerquen a pesar de su voluntad y perezcan miserablemente por la mordedura de ese ser.

I

Tumbado cómodamente en un sofá, en bata y zapatillas, Harker Brayton sonrió al leer la anterior frase del viejo libro de Morryster, *Marvells of Science*.

—Lo único que tiene de maravilloso el asunto —dijo para sí mismo—, es que los hombres sabios e ilustrados de los tiempos de Morryster creyeran esas tonterías que rechazan hasta los más ignorantes de nuestra época.

Se produjo entonces una cadena de reflexiones, pues Brayton era un hombre de pensamiento, e inconscientemente bajó el libro sin alterar la dirección de la mirada. En cuanto el volumen estuvo por debajo de su línea de visión, algo que había en una oscura esquina de la habitación atrajo su atención sobre su entorno. Lo que vio en la sombra, debajo de la cama, fueron dos pequeños puntos de luz que parecían separados entre sí por unos dos centímetros. Un momento más tarde, algo —un impulso que no se le ocurrió analizar—, le hizo bajar de nuevo el libro y buscar lo que había visto antes. Allí seguían, todavía, los puntos de luz. Daba la impresión de que se hubieran vuelto más brillantes que antes, que resplandecieran con un brillo verdoso que no había observado la primera vez. También pensó que debían haberse movido un poco, que estaban algo más cerca. Sin embargo seguían todavía demasiado metidos en la sombra como para revelar su naturaleza y origen a una atención indolente, por lo que reanudó la lectura. De pronto, algo que había en el texto le sugirió un pensamiento que le hizo sobresaltarse y dejar caer el libro por tercera vez a un lado del sofá, de donde, al escapar de su mano, cayó al suelo boca abajo. Levantándose a medias, Brayton fijó la mirada en la zona de oscuridad que había bajo la cama, donde le pareció que los puntos de luz brillaban con un fuego

todavía mayor. Ahora su atención se había despertado plenamente y su mirada era impaciente e imperativa. De esa manera vio, casi directamente bajo la barandilla del pie de la cama, los anillos de una gran serpiente... ¡los puntos de luz eran sus ojos! Su cabeza horrible, que sobresalía del anillo interior y descansaba sobre el más exterior, se orientaba directamente hacia él, pues la definición de la mandíbula ancha y brutal y de la frente, semejante a la de un idiota, servía para mostrar la dirección de su mirada maligna. Los ojos no eran ya simples puntos luminosos, pues parecían tener en sí mismos un significado: un significado maligno.

II

Afortunadamente, una serpiente en el dormitorio de una de las mejores casas de una ciudad moderna no es un fenómeno tan común que convierta en algo totalmente innecesaria una explicación. Harker Brayton, un soltero de treinta y cinco años, erudito, ocioso y algo atlético, rico, famoso y de buena salud, había regresado a San Francisco de un viaje realizado por todo tipo de países remotos y poco habituales. Sus gustos, siempre un poco lujosos, se habían vuelto algo más exigentes tras largas privaciones, por lo que incluso los recursos del Castle Hotel resultaban inadecuados para su absoluta gratificación, razón por la que había aceptado alegremente la hospitalidad de su amigo el distinguido científico doctor Druring. La casa grande y anticuada del doctor Druring, situada en lo que es ahora un oscuro barrio de la ciudad, tenía un aspecto exterior y visible de orgulloso apartamento. Claramente no se relacionaba con las edificaciones contiguas de su alterado entorno, por lo que parecía haber desarrollado algunas excentricidades surgidas directamente de su aislamiento. Una de ellas era un «ala» claramente irrelevante desde el punto de vista arquitectónico y no menos rebelde en cuanto al propósito: pues se trataba de una combinación de laboratorio, casa de fieras y museo. Allí era donde el doctor satisfacía el aspecto científico de su naturaleza con el estudio de aquellas formas de la vida animal que atraían su interés y se conformaban a sus gustos; que debe confesarse se dirigían más bien hacia los de tipo inferior. Para que alguno de los superiores resultara agradable a sus sentidos debía retener por lo menos algunas características rudimentarias pertenecientes a los «dragones primigenios», como era el caso de los sapos y las serpientes. Sus simpatías científicas eran claramente reptilianas: amaba a los seres vulgares de la naturaleza y gustaba de describirse a sí mismo como el Zola de la zoología. Como su esposa e hijas no tenían la ventaja de compartir su curiosidad ilustrada con respecto a las obras y costumbres de éstas, para nosotros, malhadadas criaturas, habían sido excluidas con innecesaria austeridad de lo que él llamaba el Serpentario, y condenadas a las compañías de sus semejantes, aunque para suavizar los rigores de su destino, gracias a su gran riqueza había permitido a los reptiles vivir en un entorno magnífico y brillar con esplendor superior.

Arquitectónicamente y desde el punto de vista del «amueblamiento» el Serpentario gozaba de una severa simplicidad adecuada a las circunstancias humildes de sus ocupantes, a muchos de los cuales, por razones de seguridad, no se les podía conceder la libertad que es necesaria para el gozo pleno del lujo, porque tenían la inquietante peculiaridad de estar vivos. Sin embargo, en sus apartamentos tenían tan escasas restricciones personales como resultarían compatibles con la protección que necesitaban frente a la costumbre funesta de comerse unos a otros. Por lo demás, tal como Brayton había sido solícitamente advertido, era más que una tradición el que algunos de ellos, en diversos momentos, se encontraran en ciertas partes del lugar en las que hubiera resultado bastante embarazoso explicar su presencia. Mas a pesar del

Serpentario y de sus extraordinarias asociaciones —a las que para ser sinceros prestaba él muy poca atención—, la vida en la mansión Druring le resultaba a Brayton muy de su agrado.

III

Salvo un sobresalto y un simple estremecimiento de desagrado, aquello no afectó demasiado al señor Brayton. Su primer pensamiento fue el de tocar la campana para que viniera un criado; pero, aunque el cordón de la campana colgara muy cerca de donde estaba, no hizo ningún movimiento hacia él; pasó por su mente el pensamiento de que dicho acto le convertiría en sospechoso de haber tenido miedo, lo que desde luego no había sido cierto. Tenía una conciencia más aguda de la naturaleza incongruente de la situación que de la sensación de verse afectado por sus peligros; aquélla resultaba repugnante, pero absurda.

El reptil pertenecía a una especie con la que Brayton no estaba familiarizado. Tan sólo podía conjeturar su longitud, pero en su parte más visible el cuerpo del animal parecía tan grueso como su antebrazo. ¿En qué medida resultaba peligroso, si es que lo era? ¿Era una serpiente venenosa? ¿Constrictora? Su conocimiento de las señales de peligro de la naturaleza no le permitían saberlo; nunca había descifrado esos códigos.

Pero si el animal no era peligroso, al menos era ofensivo. Y resultaba además, «por encontrarse fuera de lugar», una impertinencia. La gema no era digna del engaste. Ni siquiera los gustos bárbaros de nuestro tiempo y país, que han recargado las paredes de las habitaciones con cuadros, el suelo con muebles, y los muebles con chucherías, habían proporcionado un lugar adecuado para ese ejemplar de vida salvaje de la selva. Además —¡y ese pensamiento le resultaba insoportable!—, las exhalaciones de su aliento se mezclaban con la atmósfera que él mismo estaba respirando.

Cuando aquellos pensamientos tomaron forma, con mayor o menor definición, en la mente de Brayton, le obligaron a la acción. El proceso podríamos denominarlo como consideración y decisión. Mediante él somos sabios o imprudentes. Así es como la hoja marchita bajo una brisa otoñal muestra mayor o menor inteligencia que sus semejantes cayendo sobre el suelo o sobre el lago. El secreto de la acción humana es manifiesto: algo contrae nuestros músculos. ¿Tiene alguna importancia el que demos el nombre de voluntad a esos cambios moleculares preparatorios?

Brayton se puso en pie y se dispuso a alejarse despaciosamente de la serpiente, sin inquietarla si ello era posible, hasta cruzar la puerta. Así se retiran los hombres de la presencia de lo grandioso, pero lo grandioso es poder; y el poder es una amenaza. Sabía que podía caminar hacia atrás sin equivocarse. Si el monstruo le seguía, el gusto del decorador que había llenado las paredes de pintura también había colgado de ellas toda una serie de armas orientales asesinas, de entre las que podría elegir una que resultara conveniente a la ocasión. Entretanto, los ojos de la serpiente ardían con una malevolencia más implacable todavía que antes.

Brayton levantó del suelo el pie derecho dispuesto a dar un paso atrás; pero en ese mismo momento sintió una poderosa aversión a hacerlo.

«Se me considera un hombre valiente —pensó—. ¿Es que la valentía no es sino orgullo? ¿Por el hecho de que no haya nadie que atestigüe la vergüenza, voy a retirarme?».

Se sostenía apoyando la mano derecha en el respaldo de la silla, puesto que tenía el pie suspendido en el aire.

—¡Absurdo! —dijo en voz alta—. No soy tan cobarde como para tener miedo de que parezca estar atemorizado.

Levantó el pie un poco más, doblando ligeramente la rodilla y posándolo en el suelo: ¡un par de centímetros por delante del otro! No podía ni pensar cómo había sucedido aquello. El intento que hizo con el pie izquierdo obtuvo el mismo resultado: también éste avanzó con respecto al derecho. La mano aferraba el respaldo de la silla; el brazo estaba recto, como si fuera a tirar de la silla hacia atrás. Cualquier observador habría dicho que no deseaba perder ese punto de asimiento. La cabeza maligna de la serpiente seguía sobresaliendo desde el anillo interior, lo mismo que antes, al nivel del cuello. No se había movido, pero ahora sus ojos eran como chispas eléctricas que irradiaran un número infinito de agujas luminosas.

La tez del hombre había adquirido una palidez cenicienta. Volvió a avanzar un paso, y otro más, arrastrando en parte la silla, que cuando finalmente soltó cayó con estruendo sobre el suelo. El hombre lanzó un gemido; la serpiente ni se movió ni emitió sonido alguno: pero sus ojos eran dos soles deslumbrantes. El propio reptil quedaba totalmente oculto por ellos. Emitían aros crecientes de colores fuertes y vivos que, en su mayor expansión, desaparecían sucesivamente como pompas de jabón; parecían aproximarse al rostro del hombre, pero poco después parecían encontrarse a una distancia inconmensurable. Escuchó en algún lugar el latido continuo de un gran tambor, con ráfagas intermitentes de una música lejana, inconcebiblemente dulce, como los tonos de un arpa eolia^[4]. Creyó que era la melodía del amanecer de la estatua de Memnon^[5], y creyó encontrarse en los juncos al lado del Nilo, escuchando con un sentimiento de exaltación ese himno inmortal a través del silencio de los siglos.

Cesó la música; o más bien se convirtió, con una graduación insensible a los sentidos, en el retumbar distante de una tormenta que se aleja. Se extendía ante él un paisaje que relucía bajo el sol y la lluvia, arqueado por un arco iris de colores vivos que enmarcaba en su curva gigantesca cien ciudades visibles. A media distancia, una serpiente enorme que llevaba una corona levantaba la cabeza por encima de sus voluminosas convoluciones y le contemplaba con los ojos de su madre muerta. De pronto aquel paisaje de encantamiento pareció elevarse velozmente como el telón de un teatro y desapareció en el vacío. Algo le dio un fuerte golpe en el rostro y el pecho. Había caído al suelo y la sangre caía de su nariz rota y sus labios magullados. Permaneció un tiempo atontado y aturdido, caído con el rostro sobre el suelo y los ojos cerrados. Unos momentos después se recuperó y supo entonces que con la caída, que le hizo apartar la mirada, había roto el hechizo que le retenía. Supo que entonces,

si mantenía apartada la mirada, podría retirarse, pero el pensamiento mismo de que la serpiente estaba a muy poca distancia de su cabeza, aunque no la viera —quizás a punto de saltar sobre él y anudar sus anillos sobre su garganta— resultaba demasiado horrible. Levantó la cabeza, volvió a mirar aquellos ojos funestos y de nuevo se convirtió en su esclavo.

La serpiente no se había movido y parecía haber perdido en parte el poder que tenía sobre la imaginación del hombre; no se repitieron las ilusiones magnificentes de los momentos anteriores. Bajo su frente plana y sin cerebro los ojos negros, como dos gotas relucientes, brillaban como al principio, con una inexpresable actitud maligna. Era como si aquel animal, seguro ya de su triunfo, hubiera decidido no poner en práctica más tretas para atraerle.

Se produjo entonces una escena terrible. El hombre, yacente en el suelo a menos de un metro de su enemigo, levantó la parte superior de su cuerpo sobre los codos, con la cabeza echada hacia atrás y las piernas totalmente extendidas. Su rostro estaba blanquecino entre las manchas de sangre; los ojos los tenía abiertos al máximo. Había espuma en sus labios que le caía en forma de copos. Unas potentes convulsiones recorrían su cuerpo obligándole a practicar ondulaciones casi serpentinas. Se dobló por la cintura, fue cambiando las piernas de un lado al otro y a cada momento se encontraba un poco más cerca de la serpiente. Presionaba el suelo con las manos en un intento de retroceder, pero seguía avanzando constantemente sobre los codos.

IV

El doctor Druring y su esposa estaban sentados en la biblioteca. El científico se encontraba en un raro estado de buen humor.

—Mediante el intercambio con otro coleccionista, acabo de obtener un espléndido ejemplar de *ophiophagus* —le dijo a su mujer.

—¿Y qué es eso? —preguntó ella con muy poco interés.

—¡Bendita sea mi alma, qué ignorancia tan profunda! Querida mía, un hombre que tras casarse se entera de que su esposa no sabe griego tiene derecho a divorciarse, la *ophiophagus* es una serpiente que se come a las otras serpientes.

—Pues ojalá se coma todas las tuyas —contestó ella cambiando con actitud ausente la dirección de la lámpara—. ¿Pero cómo las consigues? Imagino que hechizándolas.

—No cambiarás nunca, querida —dijo el doctor con afectada petulancia—. Ya sabes lo que me irrita cualquier alusión a esa superstición vulgar sobre la facultad de fascinación de las serpientes.

¡La conversación fue interrumpida por un poderoso grito que sonó en la casa silenciosa como la voz de un demonio que gritara desde una tumba! Y sonó y volvió a sonar con una terrible claridad. Se pusieron en pie de un salto: el hombre, confundido; su esposa, pálida e incapaz de hablar por el terror. Casi antes de que hubiera desaparecido el eco del último grito, el doctor había salido de la habitación y subía las escaleras de dos en dos escalones. En el corredor, frente a la habitación de Brayton, encontró a varios criados que habían descendido del piso superior. Entraron juntos sin llamar a la puerta. No tenía el pestillo echado y cedió fácilmente. Brayton yacía muerto sobre el suelo, boca abajo. La cabeza y los brazos estaban parcialmente ocultos por la barandilla del pie de la cama. Tiraron del cuerpo hacia atrás y le dieron la vuelta. Tenía el rostro manchado de sangre y espuma, los ojos totalmente abiertos, contemplando... ¡una visión terrible!

—Ha muerto de un ataque —observó el científico doblando una rodilla y colocando una mano sobre el corazón del yacente. Mientras se encontraba en esa posición, miró bajo la cama y añadió—: ¡Dios mío! ¿Cómo llegó eso hasta aquí?

Se metió bajo la cama, sacó la serpiente y la arrojó, enroscada todavía, al centro de la habitación, donde con un sonido apagado se deslizó por el suelo pulido hasta que chocó con la pared y se quedó allí inmóvil. Era una serpiente disecada a la que le habían puesto como ojos dos botones de zapato.

Un terror sagrado

A holly terror

I

El último en llegar a Hurdy-Gurdy no produjo el menor interés. Ni siquiera fue bautizado con ese apodo pintorescamente descriptivo que con tanta frecuencia es la palabra de bienvenida al recién llegado a un campamento minero. En casi cualquier otro campamento de por allí esa circunstancia le habría asegurado algún apelativo como «El Enigma de la Cabeza Blanca» o «No Sarvey», una expresión que ingenuamente se suponía sugería a las inteligencias rápidas la frase española *quién sabe*. Llegó sin provocar la menor ondulación de interés sobre la superficie social de Hurdy-Gurdy: un lugar que al desprecio general californiano por la historia personal de cada hombre añadía la indiferencia local por el suyo propio. Hacía ya muchísimo tiempo que nadie de la menor importancia había llegado allí, si es que había llegado alguien. Porque en Hurdy-Gurdy no vivía nadie.

Sólo dos años antes el campamento había incluido una bulliciosa población de dos mil o tres mil hombres y no menos de una docena de mujeres. La gran mayoría de los primeros había trabajado duramente varias semanas para demostrar, ante el desagrado de las últimas, el carácter singularmente mentiroso de la persona que les había atraído hasta allí con ingeniosos relatos acerca de ricos depósitos de oro. Ese acto, pues todo hay que decirlo, no le produjo ni satisfacción mental ni beneficio económico, pues la bala de una pistola de un ciudadano de espíritu cívico había colocado a ese caballero tan imaginativo más allá del alcance de las calumnias al tercer día de crearse el campamento. No obstante, su ficción resultó tener de hecho ciertos fundamentos, por lo que muchos se habían quedado un tiempo considerable en los alrededores de HurdyGurdy, aunque ya hacía tiempo que se habían ido todos.

Dejaron, no obstante, amplias muestras de su estancia. Desde el punto en el que Injun Creek se une al Río San Juan Smith, ascendiendo por las dos orillas del primero hasta el cañón en el que emerge, se extendía una doble fila de chozas desvencijadas que para lamentar su desolación parecía que fueran a caerse unas encima de las otras; y un número igual de cabañas se había esparcido pendiente arriba a ambos lados encaramándose sobre las prominencias, desde donde se inclinaban hacia adelante

para tener una buena vista de la desoladora escena. La mayoría de esos habitáculos se habían ido demacrando, como por hambre, hasta alcanzar la condición de simples esqueletos de los que pendían desagradables jirones de lo que podría haber sido piel, pero en realidad era lienzo. El pequeño valle que habían abierto con pico y pala se veía afeado por las largas y curvadas líneas de los canalillos podridos que daban aquí y allá arriba de las crestas afiladas, y se apoyaban dificultosamente a intervalos sobre palos mal cortados. Todo el lugar presentaba ese aspecto tosco y lúgubre del desarrollo detenido que en un país nuevo sustituye a la gracia solemne de las ruinas forjadas por el tiempo. Allí donde había quedado algún resto del suelo original se habían extendido hierbas y zarzas, y en los lugares húmedos y malsanos el visitante curioso podría haber obtenido innumerables recuerdos de la antigua gloria del campamento: una bota sin pareja recubierta de moho verde y repleta de hojas podridas; un ocasional sombrero viejo de fieltro; restos de una camisa de franela; latas de sardinas inhumanamente mutiladas y una sorprendente abundancia de botellas negras distribuidas por todas partes con una imparcialidad verdaderamente universal.

II

El hombre que acababa de redescubrir Hurdy-Gurdy no sentía curiosidad por su arqueología. Y cuando vio a su alrededor las lúgubres muestras del trabajo perdido y las esperanzas rotas, cuyo significado desalentador se veía acentuado por la pompa irónica del dorado barato que provocaba el sol naciente, su suspiro de fatiga no reveló ninguna sensibilidad. Simplemente quitó de lomos de su fatigado burro un equipo de minero algo más largo que el propio animal, ató éste a una estaca, eligió de entre su equipo un hacha pequeña y cruzó enseguida el lecho seco de Injun Creek para dirigirse a la parte superior de una colina baja que había al otro lado.

Al pisar una valla caída que había estado formada por matas y tablas, eligió una de éstas y la cortó en cinco partes que afiló por uno de los extremos. Después inició una especie de búsqueda, agachándose de vez en cuando para examinar algo con gran atención. Finalmente su paciente examen debió verse recompensado por el éxito, pues de pronto se levantó cuan largo era, hizo un gesto de satisfacción, pronunció la palabra «Scarry^[6]» y se alejó enseguida con pasos largos e iguales que fue contando. Se detuvo y clavó en el suelo una de las estacas. Después miró cuidadosamente a su alrededor, midió un número de pasos sobre un terreno singularmente desigual y clavó otra estaca. Recorriendo dos veces esa distancia en ángulo recto con la dirección anterior clavó una tercera, y repitiendo el proceso metió la cuarta y finalmente la quinta. Hizo después una hendidura en la parte superior, en la que insertó un viejo sobre de cartas cubierto con un intrincado sistema de trazos hechos a lápiz. En resumen, había presentado una reclamación de terrenos de estricto acuerdo con las leyes de la minería local de Hurdy-Gurdy y había colocado la nota habitual.

Es necesario explicar que uno de los terrenos adjuntos a Hurdy-Gurdy —que con el tiempo acabó estando adjunto a la metrópolis— era un cementerio. En la primera semana de la existencia del campamento había sido trazado cuidadosamente por un comité de ciudadanos. Al siguiente día se había producido un debate entre dos miembros del comité acerca de un lugar mejor, y al tercer día la necrópolis fue inaugurada con un funeral doble. Conforme el campamento había ido menguando, el cementerio fue creciendo; y mucho antes de que el último habitante, victorioso tanto contra la insidiosa malaria como contra el rápido revólver, hubiera apuntado la cola de su burro hacia Injun Creek, el asentamiento periférico se había convertido en un barrio populoso, ya que no popular. Y ahora, cuando había caído sobre la ciudad la hoja seca y amarilla de una desagradable senilidad, el camposanto —aunque algo desfigurado por el tiempo y las circunstancias, y no totalmente exento de innovaciones en la gramática y experimentos en la ortografía, por no hablar de los estragos del devastador coyote— respondía a las necesidades humildes de sus ciudadanos con razonable satisfacción. Formaba un generoso campo de dos acres — que había sido elegido con encomiable sentido de la economía, pero

innecesariamente, porque no tenía valor como campo de mineral—, e incluía dos o tres árboles esqueléticos (de una robusta rama lateral de uno de ellos colgaba todavía significativamente una cuerda estropeada por el tiempo), medio centenar de montículos, una veintena de toscos tablones cuyas inscripciones mostraban las peculiaridades literarias ya mencionadas y una esforzada colonia de chumberas. En conjunto, el Lugar de Dios, como había sido bautizado con característica reverencia, podía jactarse justamente de una desolación de calidad indudablemente superior. El señor Jefferson Doman había hecho su reivindicación territorial en la parte más poblada de aquella interesante heredad. Si en la realización de sus designios consideraba adecuado extraer a alguno de los muertos, éstos tendrían el derecho a ser vueltos a enterrar convenientemente.

III

El señor Jefferson Doman procedía de Elizabethtown, New Jersey, donde seis años antes había dejado su corazón al tomar a una joven de cabellos dorados y actitud recatada, llamada Mary Matthews, como seguridad colateral de que regresaría para pedir su mano.

—Simplemente sé que nunca regresarás vivo: nunca lograrás nada —fue la observación que ejemplificaba la idea que tenía la señorita Matthews de lo que constituía el éxito, y de paso su opinión acerca de lo que consideraba estimulante. Luego añadió—: si no vuelves, también yo iré a California. Puedo ir poniendo las monedas en bolsitas conforme las vayas sacando.

Esta característica teoría femenina acerca de los depósitos auríferos no resultaba aceptable para la inteligencia masculina, pues el señor Doman creía que el oro se encontraba en estado líquido. Él desaprobó la intención de ella con considerable entusiasmo, reprimió sus sollozos poniendo ligeramente una mano en su boca, se rió mientras le besaba las lágrimas y con un alegre «nos veremos» se fue a California a trabajar por ella durante largos años sin amor, con un corazón poderoso, una esperanza alerta y una fidelidad firme que ni por un momento se olvidó de lo que estaba haciendo. Entretanto, la señorita Matthews había concedido el monopolio de su humilde talento para meter monedas en sacos al señor Jo. Seeman, de Nueva York, jugador, muy apreciado como tal aunque no tanto como el genio de ella para sacarlas luego del saco y dárselas a sus rivales locales. Por lo que respecta a esta última actitud, él manifestó su desaprobación con un acto que le valió el puesto de encargado de la lavandería de la prisión estatal, y a ella el *sobrenombre de* «Moll Caracortada». Aproximadamente en aquella época escribió al señor Doman una conmovedora carta de renuncia, incluyendo su fotografía como muestra de que ya no tenía el derecho a permitirse soñar con que se convertiría en la señora Doman, al tiempo que le contaba tan gráficamente cómo se había hecho esa herida al caerse de un caballo, que el señor Doman se vengó de aquel animal abusando de las espuelas con el pobre e inocente potro que le había llevado hasta Red Dog, para recoger la carta, y con el que regresaba al campamento. Pero la carta no consiguió cumplir su objetivo; la fidelidad que hasta entonces había sido para el señor Doman un asunto de amor y deber se convirtió desde entonces también en un tema de honor; y la fotografía, que mostraba el rostro en otro tiempo hermoso tristemente desfigurado, como por el corte de un cuchillo, se instaló en su afecto, mientras su predecesora, más hermosa, era tratada con desprecio contumaz. Es justo decir que al ser informada de aquello, la señorita Matthews no pareció sorprenderse de lo poco que había estimado la generosidad del señor Doman, que por el tono de su última carta habría cabido esperar. Sin embargo, poco después las cartas de ella empezaron a ser cada vez menos frecuentes, hasta que por fin cesaron totalmente.

Pero el señor Doman tenía otro corresponsal, el señor Barney Bree, de Hurdy-

Gurdy, quien anteriormente había estado en Red Dog. Este caballero no era minero, aunque entre éstos resultaba una figura notable. Su conocimiento de la minería consistía principalmente en un dominio maravilloso de su jerga, a la que había hecho abundantes contribuciones, enriqueciendo su vocabulario con una abundancia de frases inusuales más notables por su aptitud que por su refinamiento, y que impresionaban a los «novatos» sin instrucción por la sensación de profundidad del conocimiento del inventor. Cuando no mantenía un círculo de admirativos oyentes procedentes de San Francisco o del este, se le podía encontrar entregado al trabajo, comparativamente más oscuro, de barrer las diversas casas de baile y purificar las escupideras.

Barney no parecía tener más que dos pasiones en la vida: el amor a Jefferson Doman, que en otro tiempo le había prestado algún servicio, y el amor al whisky, que desde luego no se lo había prestado. Había estado entre los primeros que se abalanzaron sobre HurdyGurdy, pero no había prosperado y gradualmente se fue degradando hasta la posición de sepulturero. No era una vocación, pero Barney dedicaba a ella su mano temblorosa de forma irregular siempre que se producía algún mal entendimiento en la mesa de juego, coincidiendo en el tiempo este trabajo con su recuperación parcial de una prolongada época de vicio. Un día, el señor Doman recibió en Red Dog una carta con un matasellos que simplemente decía «Hurdy, Cal.», y como se hallaba ocupado por otra cosa, la dejó descuidadamente en un agujero de su cabaña para leerla más tarde. Unos dos años más tarde la encontró accidentalmente y la leyó. Decía lo siguiente:

Hurdy, 6 De Junio:

Amigo Jeff: La encontré buena en el campo de huesos. Está ciega y piojosa. Estoy montado: Es mío y mi parte es tuya también. Tuyo,

Barney

Posdata: La Marqué con Scarry.

Como tenía un conocimiento del *argot* general de los campamentos mineros y también del sistema privado del señor Bree para la comunicación de las ideas, el señor Doman no tuvo dificultad para entender en aquella epístola poco común que Barney estaba cumpliendo su deber como sepulturero cuando descubrió una cama rocosa de cuarzo sin afloramientos; que evidentemente abundaba en ella el oro; que movido por consideración de su amistad aceptaba al señor Doman como socio y esperaba que la declaración de su voluntad de caballero en el asunto mantuviera discretamente el descubrimiento en el secreto. Por la posdata podía deducirse claramente que para ocultar el tesoro había enterrado sobre él la parte mortal de una persona llamada Scarry.

Parece ser que según los acontecimientos posteriores, tal como se los contaron al

señor Doman en Red Dog, antes de tomar esta precaución el señor Bree tuvo que eliminar una modesta competencia por el oro; en cualquier caso fue aproximadamente en esa época cuando se inició en la memorable serie de libaciones y festines que siguen siendo una de las tradiciones más amadas en la zona de San Juan Smith, de la que se habla con respeto incluso en lugares tan alejados como Ghost Rock y Lone Hand. Cuando concluyeron las celebraciones, algunos antiguos ciudadanos de Hurdy-Gurdy, para quienes había realizado amablemente sus oficios en el cementerio, le dejaron sitio entre ellos y allí se quedó para su descanso.

IV

Cuando terminó de clavar las estacas como su reivindicación minera, el señor Doman regresó andando al centro de ésta y se quedó inmóvil en el mismo punto en el que su búsqueda ante las tumbas había terminado al exclamar «Scarry». Volvió a inclinarse sobre el tablero que llevaba ese nombre y como para reforzar los sentidos de la vista y del oído, pasó el dedo índice a lo largo de las letras toscamente talladas. Al levantarse de nuevo, añadió oralmente a esa inscripción simple este sorprendente epitafio:

—¡Fue un terror sagrado!

Si le hubieran pedido al señor Doman que aportara pruebas de esas palabras —y considerando que tenían un carácter algo censurable sin duda se lo habrían pedido, de haber alguien—, se habría visto en una difícil situación por la ausencia de testigos fiables y a lo más que habría podido apelar habría sido a la evidencia de los rumores. En aquel tiempo, cuando Scarry había tenido fama en los campamentos mineros de la zona —cuando tal como lo habría dicho el editor del *Hurdy Herald* se encontraba ella «en la plenitud de su poder»— la fortuna del señor Doman se encontraba en una marea baja, y llevaba la vida errantemente laboriosa de un prospector. Había pasado la mayor parte del tiempo en las montañas, unas veces con un compañero y otras con otro. Su juicio acerca de Scarry se había formado a partir de los recitales admirativos de esos compañeros casuales procedentes de diversos campamentos; personalmente no había tenido nunca la dudosa ventaja de conocerla ni la precaria distinción de sus favores. Y cuando finalmente, al terminar ella su perversa profesión en Hurdy-Gurdy, él leyó por azar en un ejemplar del *Herald* una nota necrológica de una columna entera (escrita por el humorista local en el más elevado estilo de su arte), Doman había concedido a la memoria de ella y al genio de su historiógrafo el tributo de una sonrisa, olvidándola después caballerosamente. Pero de pie ahora al lado de la tumba de aquella Mesalina de las montañas, recordó los acontecimientos principales de la turbulenta carrera de aquella mujer, tal como los había oído celebrar en diversos fuegos de campamento, y quizás por un intento inconsciente de autojustificarse repitió que ella fue un terror sagrado, y después metió el pico en la tumba hasta el mango. En ese momento, un cuervo que había estado silenciosamente posado sobre una rama del árbol maldito que tenía sobre su cabeza, chasqueó solemnemente el pico y emitió su opinión sobre el asunto con un graznido de aprobación.

Dedicándose con gran celo a su descubrimiento del oro abundante, que probablemente achacaba a la conciencia con la que ejercitaba su trabajo de sepulturero, el señor Barney Bree había cavado un sepulcro inusualmente profundo, por lo que casi estaba anocheciendo cuando el señor Doman, trabajando con la deliberación lenta del que tiene «una cosa segura» y ningún miedo a que nadie reclamara un derecho anterior, llegó al ataúd y lo dejó al descubierto. Al hacerlo se vio enfrentado a una dificultad para la que no se había preparado; el ataúd —una

simple cáscara plana de tablones rojizos por lo visto no muy bien conservados— no tenía asas y ocupaba todo el fondo de la excavación. Lo único que podía hacer sin violar la santidad y decencia de la situación era realizar una excavación lo bastante larga como para poder ponerse de pie a la cabeza del ataúd y, colocando debajo sus manos poderosas, levantarlo sobre su extremo más estrecho; y eso fue lo que decidió hacer. La proximidad de la noche aceleró sus esfuerzos. Ni se le pasó por la cabeza abandonar en aquella fase la tarea para reanudarla por la mañana en condiciones más ventajosas. El estímulo febril de la codicia y la fascinación del terror le hicieron proseguir el trabajo con una voluntad de hierro. Ya no se mostraba ocioso, sino que trabajaba con un interés terrible. Se destocó la cabeza, se quitó las prendas exteriores, se abrió la camisa por el cuello descubriendo el pecho, por el que corrían sinuosos riachuelos de sudor, mientras este duro e impenitente buscador de oro y ladrón de tumbas trabajaba con una energía gigantesca que casi dignificaba el carácter de su horrible propósito; y cuando los bordes del sol desaparecieron por la línea serrada de las colinas del oeste, y la luna llena había surgido de las sombras que cubrían la llanura purpúrea, había puesto en pie el ataúd y lo dejó allí apoyado contra el borde de la tumba abierta. Después, levantando el cuello por encima de la tierra en el extremo opuesto de la excavación, mientras contemplaba el ataúd sobre el que caía ahora la luz de la luna produciendo una luminosidad total, se estremeció con un terror repentino al observar sobre el ataúd la sorprendente aparición de una oscura cabeza humana: la sombra de la suya. Por un instante, aquella circunstancia simple y natural le acobardó. El ruido de su respiración fatigada le asustó, y trató de mitigarla, pero sus pulmones ardientes no se lo permitieron. Después, echándose a reír y habiendo perdido totalmente el espíritu, empezó a mover su cabeza de un lado a otro para obligar a la aparición a repetir los movimientos. Le tranquilizó y consoló comprobar que dominaba a su propia sombra. Estaba contemporizando con la situación, realizando con una prudencia inconsciente una maniobra que retrasara la catástrofe inminente. Sentía que las fuerzas invisibles del mal se estaban cerrando sobre él y por el momento parlamentaba con lo inevitable.

Observó entonces una sucesión de varias circunstancias inusuales. La superficie del ataúd que mantenía fija su mirada no era plana; presentaba dos bordes claros, uno longitudinal y otro transversal. Donde se cruzaban, por la parte más ancha, había una placa metálica corroída que reflejaba la luz de la luna con un brillo tenebroso. A lo largo de los bordes exteriores del ataúd, a largos intervalos, había unas cabezas de clavos comidas por el óxido. ¡Este frágil producto del arte de carpintero se había introducido en la tumba por el lado contrario!

Quizás fuera una de las bromas del campamento: una manifestación práctica del espíritu chistoso que encontraba su expresión literaria en la noticia necrológica, desordenada y patas arriba, salida de la pluma del gran humorista de Hurdy-Gurdy. Quizás tuviera algún significado personal y oculto en el que no pudieran penetrar las mentalidades no instruidas de la tradición local. Una hipótesis más caritativa era que,

debido a un infortunio del señor Barney Bree, al realizar sin ayuda el enterramiento (bien por decisión propia, para preservar en secreto su oro, o por la apatía pública), había cometido un error que después no pudo o no quiso rectificar. Pero cometido el error, la pobre Scarry fue bajada a tierra boca abajo.

Cuando el terror y la estupidez se alían, el efecto es terrible. Aquel hombre osado y de fuerte corazón, aquel duro trabajador nocturno entre los muertos, el enemigo que desafiaba la oscuridad y la desolación, sucumbió a una sorpresa ridícula. Le sobrecogió un escalofrío: se estremeció y sacudió sus hombros enormes como si tratara de quitarse de encima una mano helada. Ya no respiraba y la sangre de sus venas, incapaz de reducir su ímpetu, brotaba ardiente bajo su piel fría. Carente del oxígeno necesario, le subió a la cabeza y congestionó su cerebro. Sus funciones físicas se habían pasado al enemigo; incluso su corazón se había dispuesto en su contra. No se movió; ni siquiera podía gritar. Sólo necesitaba un ataúd para estar muerto: tan muerto como la muerta que tenía frente a él con la altura de una tumba abierta y el grosor de un tablón podrido en medio.

Después recuperó los sentidos de uno en uno; la marea del terror que había superado sus facultades empezó a remitir. Pero con el retorno de los sentidos perdió singularmente la conciencia del objeto de su miedo. Veía la luz de la luna dorando el ataúd, pero ya no veía el ataúd que la luna doraba. Al levantar la mirada y girar la cabeza, observó, curioso y sorprendido, las ramas negras del árbol muerto, y trató de calcular la longitud de la cuerda, deshilachada por el tiempo que colgaba de su mano fantasmal. El ladrido monótono de los lejanos coyotes le afectó como algo que ya hubiera oído años antes en un sueño. Un búho cruzó por encima de él sobre unas alas que no hacían ruido, y trató de predecir la dirección que tomaría su vuelo cuando llegara al risco que elevaba su parte frontal iluminada a unos dos kilómetros de distancia. Su oído captó el caminar sigiloso de una ardilla a la sombra de un cacto. Lo observaba todo intensamente; sus sentidos estaban alerta, pero no veía el ataúd. Lo mismo que uno puede quedarse mirando al sol hasta que éste parece negro y después desaparece, su mente, habiendo agotado su capacidad para el terror, ya no era consciente de la existencia de nada que fuera terrorífico. El asesino estaba ocultando la espada.

Durante esta tregua en la batalla se dio cuenta de que había un olor débil pero vomitivo. Al principio pensó que se trataba de una serpiente de cascabel, e involuntariamente trató de mirar a sus pies. Eran casi invisibles en la oscuridad de la tumba. Un sonido áspero y gutural, como el estertor de la muerte en una garganta humana, parecía brotar del cielo, y un momento después una sombra grande, negra y angulosa, como si ese sonido se hubiera vuelto visible, cayó en un vuelo curvo desde la rama más alta del árbol espectral, aleteó un instante delante de su rostro y se alejó en la niebla a lo largo del torrente. Era el cuervo. El incidente le permitió recuperar el sentido de la situación y volvió a buscar con la mirada el ataúd erguido, que ahora la luna iluminaba en la mitad de su longitud. Vio el brillo de la placa metálica y, sin

moverse, intentó descifrar la inscripción. Después se puso a especular con respecto a lo que había detrás. Su imaginación creativa representó una imagen vívida. Los tablones no parecían ya un obstáculo y vio el cadáver lívido de la mujer muerta, de pie y vestida con el sudario, contemplándole con la mirada vacía con unos ojos sin párpados y hundidos. La mandíbula inferior estaba caída, el labio superior, apartado, descubriendo los dientes. Pudo ver una mancha, como un dibujo, en las mejillas huecas: la consecuencia de la decadencia. Por algún proceso misterioso, su mente volvió por primera vez al día en que vio la fotografía de Mary Matthews. Contrastó su belleza rubia con el aspecto fúnebre de aquel rostro muerto: el objeto que más amaba con el más horrible que era capaz de concebir.

El Asesino avanzó ahora y mostrando la hoja la acercó a la garganta de la víctima. Es decir, aquel hombre fue consciente, al principio de una manera oscura, pero luego con gran definición, de una enorme coincidencia, una relación, un paralelismo entre el rostro de la fotografía y el nombre del tablón. Uno estaba desfigurado, el otro describía una desfiguración. El pensamiento se adueñó de él y le sacudió. Transformó el rostro que su imaginación había creado tras la tapa del ataúd; el contraste se convirtió en parecido; el parecido en identidad. Recordando las numerosas descripciones de la apariencia personal de Scarry, que había oído en las murmuraciones de los fuegos de campamento, intentó recordar, sin demasiado éxito, la naturaleza exacta de la desfiguración por la que la mujer había recibido ese feo apodo; y lo que faltaba en su memoria lo proporcionaba la imaginación, llenándolo con la validez de la convicción. En el intento enloquecedor de recordar algunas partes de la historia de esa mujer, que había oído, los músculos de los brazos y las manos se contrajeron con una tensión dolorosa, como si se estuviera esforzando para levantar un gran peso. El esfuerzo hacía temblar y retorcerse su cuerpo. Los tendones de su cuello estaban tan tensos como una tralla, y empezó a respirar a boqueadas breves y potentes. La catástrofe no podía retrasarse ya demasiado si no quería que la agonía de la anticipación no dejara nada por hacer al *golpe de gracia* de la verificación. El rostro cicatrizado que había tras la tapa le mataría a través de la madera.

Un movimiento del ataúd alteró sus pensamientos. Se adelantó hasta encontrarse a treinta centímetros de su rostro, haciéndose visiblemente más grande conforme se aproximaba. La placa metálica oxidada, con una inscripción que no podía leerse con la luz de la luna, le miraba fijamente a los ojos. Decidido a no acobardarse, intentó apoyar los hombros más firmemente contra el extremo de la excavación, y casi llegó a caerse hacia atrás en el intento. No había nada que le sujetara; inconscientemente había avanzado hacia su enemigo, aferrando el gran cuchillo grande que había extraído del cinto. El ataúd no había avanzado y sonrió al pensar que no podría retirarse. Levantando el cuchillo, golpeó la pesada empuñadura con toda su fuerza contra la placa metálica. Se oyó un ruido agudo y sonoro, y con un resquebrajamiento apagado la tapa podrida del ataúd se despedazó y cayó a sus pies. El vivo y la muerta estaban cara a cara: el hombre, frenético y gritando, la mujer en pie, tranquila en su

silencio. ¡Era un terror sagrado!

V

Unos meses más tarde, un grupo de mujeres y hombres pertenecientes a los más elevados círculos sociales de San Francisco pasó por Hurdy-Gurdy inaugurando el viaje a Yosemite Valley por un nuevo camino. Se detuvieron para la cena y mientras la preparaban exploraron el desolado campamento. Un miembro del grupo había estado en Hurdy-Gurdy en sus tiempos de gloria. Había sido uno de sus ciudadanos prominentes; y solía decirse que en una sola noche pasaba por su mesa de faro más dinero que en las de sus competidores en toda una semana; pero siendo ahora millonario, se dedicaba a empresas más importantes y no consideraba que aquellos primeros éxitos tuvieran una importancia suficiente como para merecer la distinción de un comentario. Su esposa inválida, una dama famosa en San Francisco por la costosa naturaleza de sus entretenimientos y el rigor que ponía en relación con la posición social y los «antecedentes» de quienes la acompañaban, iba con la expedición. Durante un paseo por entre las chozas del campamento abandonado, el señor Porfer dirigió la atención de su esposa y amigos hacia el árbol seco que había en una colina baja, al otro lado del Injun Creek.

—Tal como les dije —afirmó—, pasé por este campamento en 1852 y me contaron que no menos de cinco hombres fueron ahorcados allí por los vigilantes en diferentes momentos, y todos en aquel árbol. Si no me equivoco, todavía cuelga de él una cuerda. Vayamos a ver ese lugar.

Lo que no añadió el señor Porfer fue que esa cuerda quizás fuera la misma de cuyo fatal abrazo había escapado su cuello por tan poco que si hubiera tardado una hora más en salir de esa región habría muerto.

Andando despacio junto al torrente hasta un punto conveniente para cruzarlo, el grupo encontró el esqueleto de un animal atado a una estaca, que el señor Porfer, tras examinarlo debidamente, afirmó era el de un asno. Las orejas que lo distinguían habían desaparecido, pero una gran parte de la cabeza no comestible había sido perdonada por alimañas y pájaros, además la resistente brida de pelo de caballo estaba intacta, lo mismo que la cuerda de un material similar que lo ataba a una estaca firmemente hundida todavía en la tierra. A su lado estaban los elementos metálicos y de madera de un equipo de minero. Hicieron los comentarios habituales, cínicos por parte de los hombres y sentimentales y refinados por la de las damas. Un momento más tarde se encontraron junto al árbol del cementerio y el señor Porfer se deshizo de su dignidad lo suficiente como para colocarse bajo la cuerda podrida y enlazarla confiadamente alrededor de su cuello, lo que por lo visto pareció satisfacerle mucho a él, pero causó un gran horror a su esposa, que sufrió un pequeño ataque con la representación.

La exclamación de un miembro del grupo los reunió a todos junto a una tumba abierta, en cuyo fondo vieron una confusa masa de huesos humanos y los restos rotos de un ataúd. Los coyotes y las águilas ratoneras habían ejecutado los últimos y tristes

ritos por lo que se refería a todo lo demás. Vieron dos cráneos, y para investigar esta repetición bastante inusual, uno de los hombres jóvenes tuvo la audacia de introducirse de un salto en la tumba y pasárselos a uno de los que estaba arriba antes de que la señora Porfer pudiera dar a conocer su desaprobación a ese acto tan sorprendente, aunque lo hiciera con considerable sentimiento y con palabras muy selectas. Al proseguir su búsqueda de los restos en el fondo de la tumba, el joven entregó una placa de ataúd oxidada con una inscripción toscamente hecha que, con dificultad, el señor Porfer descifró y leyó en voz alta con un serio intento, no totalmente desprovisto de éxito, de obtener el efecto dramático que consideraba adecuado a la ocasión y a su capacidad retórica:

Manuelita Murphy
Nacida en la Misión San Pedro; muerta en Hurdy-Gurdy
a los cuarenta y siete años
El Infierno está lleno de gente así

Como deferencia a la piedad del lector y a los nervios del fastidioso grupo de ambos sexos que comparten los nervios de la señora Porfer, no nos referiremos a la dolorosa impresión producida por esa inusual inscripción, salvo para decir que la capacidad de elocuencia del señor Porfer no había encontrado nunca antes un reconocimiento tan espontáneo y abrumador.

El siguiente objeto que recompensó al necrófago de la tumba fue una maraña larga de cabellos negros manchados de barro: pero recibió poca atención porque rompió el ambiente anterior. De pronto, con una breve exclamación y un gesto de excitación, el joven desenterró un fragmento de roca grisácea y, tras inspeccionarlo presurosamente, se lo entregó al señor Porfer. Cuando la luz del sol cayó sobre él lanzó unos destellos amarillos: estaba recubierto de puntos brillantes. El señor Porfer lo cogió, inclinó la cabeza sobre él un momento y lo arrojó descuidadamente con un solo comentario:

—Piritas de hierro: el oro del loco.

El joven del descubrimiento quedó por lo visto un poco desconcertado.

Entretanto la señora Porfer, incapaz de soportar ya aquel desagradable asunto, había vuelto junto al árbol y se había sentado sobre sus raíces. Mientras se arreglaba de nuevo una trenza de dorados cabellos que se había salido de su lugar, atrajo su atención lo que parecía ser, y era realmente, un fragmento de un abrigo viejo. Mirando a su alrededor para asegurarse de que un acto tan impropio de una dama no fuera observado, metió la enojada mano en el bolsillo delantero que estaba a la vista y sacó una cajita mohosa. Sus contenidos eran los siguientes:

Un puñado de cartas en cuyo matasellos figuraba «Elizabethtown, New jersey».

Un rizo de cabello rubio atado con una cinta. Una fotografía de una hermosa joven.

Otra de la misma, pero singularmente desfigurada. Un nombre en el dorso de la fotografía: «Jefferson Doman».

Unos momentos después, un grupo de ansiosos caballeros rodeaba a la señora Porfer mientras seguía sentada e inmóvil al pie del árbol, con la cabeza caída hacia adelante, aferrando con los dedos una fotografía aplastada. Su marido le levantó la cabeza, descubriendo un rostro fantasmalmente blanco salvo la larga cicatriz, conocida por todos sus amigos, que ningún arte podía ocultar, y que atravesaba ahora la palidez de su semblante como una maldición visible.

Mary Matthews Porfer tenía la mala suerte de estar muerta.

El entorno conveniente

The suitable surroundings

La noche

Una noche de mediados de verano, el hijo de un granjero que vivía a unos veinte kilómetros de la ciudad de Cincinnati, cruzaba un bosque denso y oscuro siguiendo un camino de herradura. Se había desorientado mientras buscaba unas vacas perdidas, y cerca ya de la medianoche se encontraba muy lejos de su casa, en una zona con la que no estaba familiarizado. Pero era un joven valiente y, como conocía la dirección aproximada en la que se hallaba su casa, se metió en el bosque sin vacilar, guiado por las estrellas. Al encontrarse, el camino de herradura y observar que iba en la dirección correcta, lo siguió.

La noche era clara, pero en el bosque estaba todo muy oscuro. El muchacho se mantenía en el camino más por el sentido del tacto que por el de la vista. La verdad es que no era fácil perderse, pues los matorrales de ambos lados eran tan espesos que resultaban casi impenetrables. Se había introducido ya en el bosque unos dos kilómetros cuando se sorprendió al ver un débil rayo de luz que brillaba a través del follaje que bordeaba el camino por el lado izquierdo. Ver aquello le sorprendió e hizo que su corazón empezara a latir poderosamente.

—La casa del viejo Breede debe estar por aquí —dijo para sí mismo—. Éste debe ser el otro lado del camino por el que llegamos a ella desde nuestra casa. ¿Pero qué será esa luz encendida?

Sin embargo, siguió adelante. Al cabo de un momento había salido del bosque y había entrado en un pequeño claro en el que crecían sobre todo zarzales. Había restos de una valla podrida. A unos metros del sendero, en mitad del «claro», estaba la casa de la que procedía la luz a través de una ventana sin cristal. Lo había tenido en otro tiempo, pero hacía ya mucho que tanto éste como el marco que lo sujetaba había cedido a las piedras lanzadas por manos de muchachos aventureros que gustaban de poner a prueba tanto su valor como su hostilidad hacia lo sobrenatural; pues la casa Breede tenía fama de estar hechizada. Posiblemente no fuera así, pero hasta el más escéptico no podría negar que estaba desierta; lo que en las zonas rurales viene a ser lo mismo.

Al contemplar la misteriosa y débil luz que salía de la ventana en ruinas, el muchacho recordó con aprensión que su propia mano había ayudado a su destrucción. Lo patético de su arrepentimiento estaba en proporción con su tardanza e ineficacia. Casi esperaba que se lanzaran contra él todas las malevolencias ultraterrenas e incorpóreas a las que había ultrajado ayudando a romper sus ventanas y su paz. Pero este tenaz muchacho, sacudiendo todos sus miembros, no se retiró. La sangre de sus

venas era fuerte y estaba enriquecida con el hiedo de los hombres de la frontera. Perteneía a aquella raza que, dos generaciones atrás, había sometido al indio. Se dispuso a pasar junto a la casa.

Cuando estaba haciéndolo, miró por el espacio vacío de la ventana y contempló algo extraño y aterrador: la figura de un hombre sentado en el centro de la habitación, en una mesa sobre la que había unas hojas sueltas de papel. Tenía apoyados los codos en la mesa, sujetándose con las manos la cabeza, que llevaba descubierta. A cada lado, los dedos se introducían en los cabellos. A la luz de la única vela, que estaba un poco lejos, su rostro parecía de un amarillo mortal. La llama iluminaba ese lado del rostro, y el otro estaba en una sombra profunda. Los ojos del hombre estaban fijos en el espacio vacío de la ventana, con una mirada en la que un observador de más edad y más brío habría discernido algo de aprensión, pero que al muchacho le pareció que carecía totalmente de alma. Creyó que aquel hombre estaba muerto.

La situación era horrible, pero no carecía de fascinación. El muchacho se detuvo para fijarse en todo. Se sentía débil y tembloroso; podía sentir que la sangre se le retiraba del rostro. Sin embargo, apretó los dientes y avanzó con resolución hacia la casa. No tenía ninguna intención consciente: era el simple valor que da el terror. Metió su blanco rostro por la abertura iluminada y, en ese instante, un lamento extraño y agudo, un grito, rompió el silencio de la noche: el canto de una lechuza. El hombre se puso en pie de un salto, derribó la mesa y apagó la vela. El muchacho escapó.

El día anterior

—Buenos días, Colston. Parece que estoy de suerte. Siempre ha dicho usted que mis alabanzas de su obra literaria eran mera cortesía, pero aquí me encuentra absorbido, diría que sumergido, en su última historia aparecida en el *Messenger*. Si no llega a tocarme en el hombro, ni me habría dado cuenta de su presencia.

—La prueba es más poderosa de lo que usted parece entender —contestó el otro—. Es tan fuerte su deseo de leer mi historia que voluntariamente está renunciando a consideraciones egoístas y perdiendo todo el placer que podría obtener de ella.

—No le entiendo —contestó el primero plegando el periódico que sostenía y metiéndolo en el bolsillo—. De todas maneras ustedes, los escritores, son bastante raros. A ver, dígame lo que he hecho o dejado de hacer en este asunto. ¿En qué medida depende de mí el placer que obtengo, o podría obtener, de su obra?

—De muchas maneras. Permítame preguntarle si disfrutaría mucho de su desayuno si lo tomara en este coche público en la calle. Supongamos que el fonógrafo se ha perfeccionado tanto que puede darle una ópera entera: canto, orquestación y todo lo demás; ¿cree usted que le proporcionaría mucho placer si lo pusiera en marcha en el despacho mientras trabaja? ¿Importa realmente una serenata de

Schubert cuando la escucha interpretada por un italiano inoportuno en un transbordador matinal? ¿Está siempre preparado y dispuesto para el placer? ¿Mantiene todos los estados de ánimo a su disposición, listos para cualquier demanda?

—¡Permítame, señor, que le recuerde que la historia que me ha hecho el honor de empezar, como una manera de olvidarse de la incomodidad de este coche, es una historia de fantasmas!

—¿Y bien?

—¿Cómo que y bien? ¿Es que el lector no tiene deberes que se corresponden con sus privilegios? Usted ha pagado cinco centavos por ese periódico. Es suyo. Tiene el derecho a leerlo donde y cuando quiera. Gran parte de lo que contiene no se ve afectada, ni para bien ni para mal, por el momento, el lugar o el estado de ánimo; una parte exige en realidad que se lea enseguida: mientras se encuentra en efervescencia. Pero mi historia no tiene ese carácter. No es «lo último» de Fantasmalandia. No se espera de usted que esté *au courant* de lo que está sucediendo en la esfera de los espectros. La historia se conservará hasta que tenga usted tiempo para introducirse en el marco mental apropiado para el sentimiento de lo escrito; y respetuosamente opino que no podrá conseguirlo en un coche público, aunque sea el único pasajero. Ese tipo de soledad no es la adecuada. Un autor tiene sus derechos, que el lector está obligado a respetar.

—¿Puede darme un ejemplo concreto?

—El derecho a la atención continuada del lector. Negárselo es inmoral. Compartir su atención con el traqueteo de un coche, con el móvil panorama de las multitudes por las aceras y de los edificios al otro lado —con cualquiera de las miles de distracciones de nuestro entorno habitual— es tratar al autor con grave injusticia. ¡Dios mío, es algo infame!

El que así hablaba se había puesto en pie y se sujetaba gracias a una de las cintas de cuero que colgaban del techo del coche. El otro hombre levantó la mirada y le contempló con repentino asombro, preguntándose si un agravio tan trivial podía justificar un lenguaje tan fuerte. Vio que el rostro de su amigo estaba inhabitualmente pálido y que sus ojos brillaban como carbones encendidos.

—Sabe a qué me refiero —siguió diciendo el autor, amontonando impetuosamente sus palabras—. Sabe perfectamente lo que quiero decir, señor Marsh. Mi historia aparecida en el *Messenger* de esta mañana está claramente subtitulada como «Una historia de fantasmas»; lo bastante grande como para que todos lo vean. Todo lector honorable entenderá con ello las condiciones en las que ha de leerse la obra.

El hombre al que se habían dirigido con el nombre de Marsh parpadeó un poco antes de preguntar con una sonrisa:

—¿Qué condiciones? Sabe usted que sólo soy un sencillo hombre de negocios y no se supone que deba entender de tales cosas. ¿Cómo, cuándo y dónde debería leer

su historia de fantasmas?

—En soledad, por la noche, a la luz de una vela. Hay ciertas emociones que un escritor puede provocar con bastante facilidad: como la compasión o la alegría. Puedo conmovérmelo hasta las lágrimas o la risa casi bajo cualquier circunstancia. Pero para que mi historia de fantasmas sea efectiva debe disponerse a sentir miedo, por lo menos una poderosa sensación de lo sobrenatural, y eso ya es más difícil. Tengo derecho a esperar de usted que si quiere leerme me dé una posibilidad; que usted mismo se predisponga y se vuelva accesible a la emoción que trato de inspirar.

El coche había llegado ya a su destino y se detuvo. Acababa de completar el primer viaje del día y la conversación de los dos primeros pasajeros no había sido interrumpida. Las calles se encontraban todavía silenciosas y desoladas; las azoteas de las casas empezaban a ser rozadas por el sol naciente. Cuando se bajaron del coche y se marcharon caminando juntos, Marsh contempló atentamente a su compañero, del que se decía que era adicto, como casi todos los hombres de capacidad literaria poco frecuente, a diversos vicios destructivos. Ésa es la venganza que las mentes oscuras suelen cobrarse contra las más brillantes, por el resentimiento que les causa la superioridad de estas últimas. Se reconocía que el señor Colston era un hombre genial. Hay almas honestas que creen que la genialidad es un tipo de exceso. Se sabía que Colston no bebía alcohol, pero muchos decían que tomaba opio. Había algo en su aspecto de aquella mañana —un cierto salvajismo en la mirada, una palidez inusual, una manera de hablar rápida e impulsiva— que al señor Marsh le confirmó ese informe. Sin embargo, no era dado a abandonar un tema que le resultaba interesante, por mucho que excitara a su amigo.

—¿Quiere decir entonces que si me tomo la molestia de observar sus directrices, situarme en las condiciones que usted exige —soledad, nocturnidad y una vela de sebo—, puede darme con su oro fantasmal un sentimiento incómodo de lo sobrenatural, tal como lo expresó? ¿Puede acelerar mis pulsaciones, que me sobresalte por los ruidos repentinos, transmitir una corriente fría y nerviosa por mi columna y hacer que se me erice el cabello?

Colston se volvió repentinamente hacia él y, sin dejar de caminar, le miró fijamente a los ojos.

—No se atrevería... no tendría usted el valor suficiente —dijo enfatizando las palabras con un gesto de desprecio—. Es lo bastante valiente para leerme en un coche público, pero en una casa desierta... ¡solo... en el bosque... por la noche! ¡Bah! Tengo en mi bolsillo un manuscrito que le mataría.

Marsh se sintió colérico. Se consideraba un valiente y aquellas palabras le molestaron.

—Si conoce usted algún lugar semejante, lléveme allí esta noche y déjeme su historia y una vela. Vuelva a por mí cuando haya tenido tiempo suficiente para leerla, le contaré la trama entera y... le echaré de allí a patadas.

Así es como ocurrió que el hijo del granjero, al mirar por la ventana sin cristales

de la casa Breede, vio a un hombre sentado a la luz de una vela.

El día siguiente

A última hora de la tarde del siguiente día, tres hombres y un muchacho se acercaron a la casa Breede por el mismo lugar por el que el joven había escapado la noche anterior. Los hombres estaban animados, reían y hablaban con voz potente. Hacían sobre la aventura del muchacho irónicos comentarios chistosos y humorísticos, pues era evidente que no le creían. El muchacho aceptaba sus bromas con seriedad y sin responderles. Tenía un sentido de lo apropiado de las cosas y sabía que el que afirma haber visto a un muerto levantarse de su silla y apagar una vela de un soplado no es un testigo creíble.

Como al llegar a la casa encontraron la puerta abierta, el grupo de investigadores entró sin ceremonial. Desde el pasillo principal se abría una puerta a la derecha y otra a la izquierda. Entraron en la habitación de la izquierda: la que tenía la ventana vacía. Había allí el cadáver de un hombre.

Yacía sobre un costado, con el brazo debajo y la mejilla sobre el suelo. Sus ojos estaban muy abiertos y su mirada no resultaba agradable. Tenía abiertas las mandíbulas y un charquito de saliva se había formado bajo la boca. La habitación sólo contenía, aparte del cadáver, una mesa derribada, una vela parcialmente utilizada, una silla y un papel escrito. Todos contemplaron el cadáver y le tocaron el rostro por turnos. El muchacho se quedó en pie, en actitud grave, junto a la cabeza, asumiendo una actitud de propietario. Fue el momento de mayor orgullo de su vida. Uno de los hombres comentó que el chico había tenido razón, observación que fue recibida por los otros dos con asentimientos de aquiescencia. Era el escepticismo excusándose ante la verdad. Entonces, uno de los hombres cogió del suelo la hoja manuscrita y se dirigió hacia la ventana, pues ya las sombras de la tarde estaban oscureciendo el bosque. Se escuchó en la distancia el canto de un chotacabras, mientras un abejorro monstruoso salió velozmente por la ventana batiendo estruendosamente las alas hasta que se perdió a lo lejos. El hombre que había cogido el papel lo leyó:

El manuscrito

«Antes de cometer el acto que, correcta o equivocadamente, he decidido, y presentándome ante mi Hacedor para ser juzgado, yo, James R. Colston, considero mi deber como periodista hacer una declaración pública. Creo que mi nombre es tolerablemente bien conocido por la gente como escritor de relatos trágicos, pero ni la más sombría imaginación concibió nunca nada tan trágico como mi propia vida e

historia. No en los incidentes: mi vida ha estado desprovista de aventura y acción. Pero mi historia mental ha estado repleta de experiencias como el asesinato y la condenación. No las volveré a contar aquí: algunas de ellas están escritas y dispuestas a ser publicadas en diversos lugares. El objetivo de estas líneas es explicar a quien pueda estar interesado que mi muerte es voluntaria: es un acto que yo mismo he decidido. Moriré a las doce de la noche del quince de julio: un aniversario significativo para mí, pues en ese día y a esa hora mi amigo en el tiempo y la eternidad, Charles Breede, juró ante mí con el mismo acto que por su fidelidad a nuestra promesa ahora me obliga a mí. Se quitó la vida en su pequeña casa de los bosques de Copeton. Dieron el habitual veredicto de “locura temporal”. Si hubiera testificado yo en la investigación, y hubiera dicho todo lo que sabía, ¡me habrían considerado loco!».

Venía después un pasaje más largo que el hombre leyó sólo para sí mismo. El resto, volvió a leerlo en voz alta.

«Me queda todavía una semana de vida para disponer mis asuntos mundanos y prepararme para el gran cambio. Es suficiente, pues mis asuntos son escasos y hace ya cuatro años que la muerte se convirtió para mí en una obligación imperativa.

»El escrito estará junto a mi cuerpo; ruego el favor, al que lo encuentre, de que lo entregue al juez».

James R. Colston

»*Posdata*: Willard Marsh, en este fatal día quince de julio, le he entregado este manuscrito para que sea abierto y leído en las condiciones acordadas y en el lugar que yo designé. Renuncio a mi intención de mantenerlo junto a mi cuerpo para explicar la forma de mi muerte, que no es importante. Servirá para explicar la forma de la suya. Tengo que ir a buscarle durante la noche para asegurarme de que ha leído el manuscrito. Me conoce lo suficiente para saber que acudiré. Pero amigo mío, eso será después de las doce de la noche. ¡Que Dios tenga piedad de nuestras almas!

J. R. C.»

Antes de que el hombre que estaba leyendo el manuscrito lo hubiera terminado, habían recogido y encendido la vela. Cuando el lector terminó, acercó tranquilamente el papel a la llama y, a pesar de las protestas de los demás, lo sostuvo allí hasta que se convirtió en cenizas. El hombre que lo hizo, y que después aguantó plácidamente una severa reprimenda del juez, era un yerno del fallecido Charles Breede. En la investigación nadie pudo sacarle un relato inteligente de lo que contenía aquel papel.

De «The Times»

«Ayer, los comisionados del manicomio enviaron al asilo al señor James R. Colston, autor de cierta fama local relacionado con el Messenger. Se recordará que en

la noche del día quince el señor Colston fue puesto bajo custodia por uno de sus compañeros de alojamiento de Baine House, quien había observado que actuaba muy sospechosamente, descubriéndose la garganta y afilando una cuchilla cuyo borde comprobaba de vez en cuando produciéndose cortes en la piel del brazo, etc. Al ser entregado a la policía, el infortunado presentó una desesperada resistencia, y desde entonces se ha mostrado tan violento que ha sido necesario ponerle una camisa de fuerza. Casi todos los demás estimados escritores contemporáneos de nuestro autor siguen en libertad».

La ventana entablada

The Boarded Window

En 1830, hasta sólo unos kilómetros de lo que es ahora la importante ciudad de Cincinnati, había un bosque inmenso y casi continuo. Toda la región estaba poblada, escasamente, por gentes de la frontera: almas inquietas que tan pronto habían levantado con leños del bosque casas bastante habitables y alcanzado ese grado de prosperidad que hoy llamaríamos indigencia, impelidas por algún impulso misterioso de su naturaleza lo abandonaban todo y seguían avanzando hacia el oeste para enfrentarse a nuevos peligros y privaciones en el intento de recuperar las escasas comodidades a las que habían renunciado voluntariamente. Muchos de ellos habían abandonado ya esa región buscando asentamientos mas remotos, pero entre los que quedaban estaba uno de los que fueron primeros en llegar. Vivía solo en una cabaña de leños rodeado por todas partes por el gran bosque, de cuyo silencio y tinieblas parecía formar parte, pues nadie sabía que hubiera sonreído nunca ni hubiera pronunciado una palabra innecesaria. Sus necesidades simples las obtenía mediante la venta o trueque de pieles de animales salvajes en la ciudad del río, pues no crecía nada en aquella tierra que, si hubiera sido necesario, habría reivindicado por un derecho de propiedad indisputable. Sí había algunas pruebas de «mejoras»: unos cuantos acres de tierra situados inmediatamente al lado de la casa habían sido talados en otro tiempo, y los tocones podridos se encontraban medio ocultos por los árboles nuevos a los que se les había permitido reparar la desolación producida con el hacha. Evidentemente, el deseo agrícola de aquel hombre había ardido con una llama vacilante y expiró entre cenizas penitenciales.

La pequeña cabaña de leños, con la chimenea de palos, el techo de tableros combados que se mantenían en su sitio gracias a unos palos atravesados, con las grietas tapadas con arcilla, sólo tenía una puerta y, directamente en la pared de enfrente, una ventana. Sin embargo esta última estaba tapada con tablones, sin que nadie se acordara del tiempo en que no fue así. Nadie sabía tampoco por qué estaba tan cerrada; ciertamente no porque a su ocupante le desagradara la luz y el aire, pues en las raras ocasiones en que un cazador había pasado por aquel solitario lugar, normalmente había visto al propietario tomando el sol en los escalones de entrada, si el cielo había tenido a bien satisfacer sus necesidades de luz solar. Creo que hoy viven pocas personas que hayan conocido el secreto de esa ventana, pero como verá el lector, yo soy una de ellas.

Se decía que aquel hombre se llamaba Murlock. Parecía tener unos setenta años, aunque en realidad sólo eran cincuenta. Algo más que el paso del tiempo había colaborado en su envejecimiento. Su cabello y su barba larga y tupida eran blancos; los ojos, grises y carentes de brillo, estaban hundidos; el rostro parecía singularmente

cosido por arrugas que daban la impresión de pertenecer a dos sistemas en intersección. Su figura era alta y enjuta, con cierta inclinación de hombros: la de un porteador de cargas. Nunca le vi; estas noticias las supe por mi abuelo, a quien debo también la historia de aquel hombre, que me contó cuando yo era un muchacho. Le había conocido en aquellos tiempos lejanos porque vivía cerca de él.

Un día encontraron muerto a Murlock en su cabaña. No eran tiempos ni lugares para jueces y periódicos, por lo que supongo que se acordó que había muerto por causa natural, pues si no hubiera sido así se habría comentado y yo lo recordaría. Sólo sé que con cierto sentimiento de lo que es apropiado enterraron el cadáver cerca de la cabaña, junto a la tumba de su esposa, que le había precedido hacía ya tantos años que en la tradición local apenas se había conservado algún indicio de su existencia. Con eso se cierra el último capítulo de esta historia auténtica: salvo, ciertamente, la circunstancia de que muchos años después, en compañía de otro espíritu igualmente intrépido, penetré en la región y llegué a aventurarme lo bastante cerca de la cabaña en ruinas para arrojar una piedra contra ella y escapar corriendo para evitar al fantasma que, como sabían todos los muchachos bien informados de los alrededores, habitaba en aquel lugar. Pero hay un capítulo anterior que me proporcionó mi abuelo.

Cuando Murlock construyó la cabaña y empezó a trabajar con el hacha para crear una granja —entre tanto el rifle era su medio de apoyo—, era joven, fuerte y lleno de esperanzas. En el condado más oriental de donde procedía se había casado, tal como era habitual, con una mujer joven que en todos los aspectos era merecedora de su honesta devoción, pues compartió los peligros y las privaciones del destino de Murlock con voluntarioso espíritu y corazón alegre. En ninguna parte está anotado el nombre de ella; de los encantos de su mente y su persona la tradición guarda silencio, y el que dude está en libertad para mantener sus dudas, ¡pero Dios me prohibiría que yo las compartiera! Cada día que vivió como viudo sirve de prueba del afecto y la felicidad que les unía, ¿pues qué otra cosa, sino el magnetismo de un recuerdo bendito, podría haber encadenado a un destino semejante a un espíritu aventurero como aquél?

Un día, cuando Murlock regresaba de cazar en una zona distante del bosque, encontró a su esposa postrada por la fiebre y delirando. No había médico a muchos kilómetros, ni vecino alguno; tampoco se encontraba ella en unas condiciones que permitieran dejarla sola para ir a buscar ayuda. Así que se dispuso a alimentarla para que recuperara la salud, pero al final del tercer día ella quedó inconsciente y después murió, sin que por lo visto volviera a recuperar la razón.

Por lo que sabemos de una naturaleza como la de Murlock, podemos atrevernos a esbozar algunos detalles del cuadro perfilado por mi abuelo. Cuando se convenció de que estaba muerta, Murlock tenía todavía el suficiente sentido como para recordar que a los muertos hay que prepararlos para el enterramiento. En la ejecución de ese deber sagrado tropezó de vez en cuando, realizó algunas cosas incorrectamente, y otras, que hizo correctamente, las repitió una y otra vez. Sus ocasionales fracasos en

el intento de ejecutar un acto simple y ordinario le llenaron de asombro, como el de un hombre embriagado que se sorprende de la suspensión de las leyes naturales familiares. También él se sorprendió de no llorar: se sintió sorprendido y un poco avergonzado; seguramente es poco amable no llorar por los muertos.

—Mañana tendré que hacer el ataúd y cavar la tumba —dijo en voz alta—. Entonces la echaré de menos, cuando ya no pueda verla nunca, pero ahora... está muerta, claro que sí, pero todo está bien... *Debe* estar todo bien, de alguna manera. Las cosas no pueden ser tan malas como parecen.

Permaneció en pie junto al cadáver bajo la luz menguante, arreglándole el pelo y dando los últimos toques a ese simple aseo, haciéndolo todo mecánicamente, sin poner el alma en ello. Pero por su conciencia transitaba una corriente subterránea de convicción de que todo estaba bien; de que volvería a tenerla como antes, y todo quedaría explicado. No tenía experiencia en la pena; el uso no había hecho crecer su capacidad a ese respecto. Su corazón no podía contenerlo todo, ni su imaginación concebirlo correctamente. No sabía que había sido golpeado duramente; ese conocimiento vendría más tarde, para no irse nunca. La pena es una artista de facultades tan variadas como los instrumentos con los que toca sus endechas funerarias, evocando en algunos las notas más agudas, en otros los acordes bajos y graves que palpitan recurrentemente, como el batir lento de un tambor distante. Sobresalta a algunas naturalezas; adormece a otras. Para algunos es como el golpe de una flecha que abre la sensibilidad a lo fúnebre de la vida; para otros como un mazazo que al golpear adormece. Podemos entender que Murlock se hubiera visto afectado de esa manera, pues en cuanto hubo terminado su piadoso trabajo (y aquí nos movemos en campos más seguros que el de la simple conjetura), dejándose caer en una silla al lado de la mesa sobre la que estaba el cuerpo, y observando lo blanco que era el perfil del cadáver en la creciente oscuridad, apoyó los brazos en el borde de la mesa y dejó caer el rostro sobre ellos, todavía sin lágrimas, pero indeciblemente fatigado. ¡En ese momento entró por la ventana abierta un sonido prolongado y gimiente, como el llanto de un niño perdido en las profundidades de un bosque oscuro! Pero no se movió. Otra vez, aunque más cerca que antes, sonó en sus sentidos ese grito ultraterreno. Quizás fuera un animal salvaje; o quizás un sueño: pues Murlock estaba dormido.

Unas horas más tarde, como se supo después, aquel vigilante poco cumplidor despertó, levantó la cabeza que tenía apoyada en los brazos y escuchó atentamente, aunque no sabía qué. En la negra oscuridad, al lado del cadáver, recordándolo todo sin sobresaltarse, forzó sus ojos para ver, pero no sabía qué. Todos sus sentidos estaban alerta, la respiración suspendida, la sangre había aquietado su movimiento como para ayudar al silencio. ¿Quién, qué le había despertado, y dónde estaba?

De pronto la mesa se agitó bajo sus brazos, y en ese momento oyó, o creyó oír, un paso ligero y suave... y otro más... ¡sonaba como si unos pies descalzos caminaran sobre el suelo!

Estaba tan aterrado que no podía gritar ni moverse. Se vio obligado a esperar, a esperar allí en la oscuridad durante lo que le parecieron siglos, conociendo el máximo terror que un hombre puede conocer, y vivir para contarlo. Intentó vanamente pronunciar el nombre de su esposa muerta, estirar vanamente su mano a través de la mesa para saber si ella estaba allí. Pero su garganta se había quedado impotente y sus brazos y manos le pesaban como si fueran de plomo. Sucedió entonces algo aterrador. Un cuerpo pesado debió lanzarse contra la mesa con tal impulso que la levantó contra el pecho del hombre y llegó casi a derribarle, y en ese mismo instante oyó y sintió la caída de algo en el suelo con un golpetazo tan violento que el impacto sacudió la casa entera. Se produjo después una refriega y una confusión de sonidos imposible de describir. Murlock se había puesto en pie. Por el exceso de miedo, había perdido el control de sus facultades. Lanzó las manos sobre la mesa y no encontró nada allí.

Hay un punto en el que el terror puede convertirse en locura; y la locura incita a la acción. Sin ninguna intención definida, sin más motivo que el impulso inexplicable de un loco, Murlock saltó hacia la pared, tanteando un poco cogió el rifle cargado y disparó sin apuntar. Cuando el destello iluminó vivamente la habitación, vio una pantera enorme que arrastraba a la mujer muerta hacia la ventana, con los colmillos clavados en su garganta. Se produjo entonces una oscuridad mayor todavía que la anterior, y silencio; cuando recuperó la conciencia el sol estaba alto y en el bosque se escuchaba el canto de los pájaros.

El cadáver yacía cerca de la ventana, donde lo había dejado la pantera cuando se asustó por el destello y el sonido del rifle. Tenía las ropas arrancadas, los largos cabellos en desorden, los miembros extendidos de cualquier manera. De la garganta, terriblemente herida, había brotado un chorro de sangre que formó un charco que todavía no había terminado de coagularse. La cinta con la que él le había atado las muñecas estaba rota; las manos, apretadas. Entre los dientes tenía un fragmento de la oreja del animal.

Una dama de Redhorse

A Lady from Redhorse

Coronado, 20 de junio.

Cada vez estoy más interesada en él. No es, estoy segura, su... ¿Conoces algún buen sustantivo que corresponda al epíteto «guapo»? No me gusta decir «belleza» cuando hablo de un hombre. Es harto guapo, Dios lo sabe. Cuando está en sus mejores momentos, que siempre lo son, ni siquiera confiaría en ti... la más fiel de las esposas. No creo que la fascinación de su trato tenga mucho que ver con ello. Bien sabes que el encanto del arte reside en algo indefinible, e imagino que para nosotras, mi querida Irene, el arte que estamos considerando es menos indefinible que para dos muchachas recién presentadas en sociedad. Sé de qué manera mi apuesto caballero obtiene muchos de sus efectos y hasta podría darle algunos consejos para que los realizara. Sea como fuere, sus modales son deliciosos. En este hombre, sospecho, lo que más me atrae es la inteligencia. Su conversación es la más seductora que he oído y no puede compararse con la de ningún otro. Parece conocerlo todo, y tiene que ser así porque lo ha leído todo, ha estado en todas partes, ha visto cuanto había que ver —a veces, creo, más de lo que conviene— y está relacionado con la gente más rara. Y su voz, Irene... Cuando la oigo, siento que debería pagar para oírla, aunque soy dueña de ella, claro está, cuando se dirige a mí.

3 de julio.

Tengo la impresión de que mis observaciones sobre el doctor Barritz, escritas al correr de la pluma, deben de haber sido muy tontas; de otro modo, no te habrías referido a él con esa ligereza, por no decir falta de respeto. Créeme, querida, tiene más dignidad y seriedad (de aquellas, quiero decir, que no son incompatibles con una manera de ser juguetona y siempre encantadora) que cualquiera de los hombres que tú y yo hayamos conocido nunca. Y el joven Raynor —conociste a Raynor en Monterrey— me cuenta que todos los hombres lo estiman y que en todas partes lo tratan con deferencia. Hay también un misterio, algo acerca de su relación con la gente de Blavatsky, en la India del Norte. Tampoco Raynor ha querido o podido contarme detalles. Deduzco que al doctor Barritz lo consideran —¡no te atrevas a reírte!— un mago. ¿Puede haber algo más hermoso? Un misterio común no es, desde luego, tan divertido como un escándalo, pero cuando se vincula con prácticas oscuras y terribles, con el ejercicio de poderes sobrenaturales, ¿puede haber algo más sugestivo? Explica, asimismo, la singular influencia que este hombre tiene sobre mí. Es lo indefinible de su arte: magia negra. En serio, querida, tiemblo de verdad cuando fija en los míos la mirada inescrutable de sus ojos —dos especies de astros— que he intentado vanamente describirte. ¡Qué atroz sería si tuviera el poder de hacerla caer a una rendida de amor! ¿Es que la multitud de Blavatsky tiene ese poder cuando está

fuera de Sepoy?

16 de julio.

¡Increíble! Anoche, cuando mi tía estaba en uno de los saraos del hotel (los odio), se presentó el doctor Barritz. Era escandalosamente tarde. Estoy segura de que había hablado con mi tía en el salón de baile y que supo por ella que yo estaba sola. Yo había pasado la tarde queriendo sonsacarle la verdad acerca de su relación con los thugs de Sepoy, y todo lo de la magia negra, pero a la noche, en cuanto me clavó los ojos (porque lo recibí a esa hora, me avergüenza decirlo), me sentí perdida. Temblé, enrojecí... ¡Oh Irene, Irene, no puedo expresar con palabras cuanto lo amo, y tú sabes lo que es eso!

¡Las vueltas de la vida! ¡Yo, el patito feo de Redhorse, hija (dicen) del viejo Jim de Calamity, y por cierto su heredera, sin otros parientes vivos que una tía vieja que ya no sabe en qué forma mimarme, yo, desprovista de todo salvo de un millón de dólares y de un pretendiente en París, me atrevo a enamorarme de un dios como él! Querida, si estuvieras aquí, conmigo, te agarrarías la cabeza.

Estoy persuadida de que se ha dado cuenta de mis sentimientos porque se quedó pocos minutos, sin decir nada que no pudiera decir cualquiera, y después, fingiendo que tenía otro compromiso, se marchó. Hoy supe (me lo dijo un pajarito: el botones del hotel) que se fue derecho a la cama. ¿Es que eso no te llama la atención como una prueba de sus costumbres ejemplares?

17 de julio.

Ese canallita de Raynor vino a visitarme ayer y su charla me puso frenética. Nunca se le acaba la cuerda —es decir, cuando destroza unas veinte reputaciones, más o menos—, no hace una pausa entre la persona sobre la cual acaba de expedirse y la próxima a quien le toca el turno. (Entre paréntesis, me preguntó por ti, y el interés que manifestó me pareció, lo confieso, bastante vraisemblable). El señor Raynor no respeta ninguna de las leyes del juego; como la Muerte (que él infligiría si la calumnia fuera fatal) todas las estaciones le parecen buenas. Pero le tengo afecto porque nos conocimos en Redhorse cuando éramos chicos. En aquel tiempo lo llamaban «Risita» y a mí —Oh Irene, ¿me atreveré a decírtelo?— «Yutecita». Vaya a saber por qué. Tal vez aludían a la tela de mis delantales; tal vez porque ese apodo rimaba con «Risita», pues Risita y yo éramos compañeros inseparables y a los mineros les habría parecido delicado establecer entre nosotros algún parentesco.

Más tarde se nos unió un tercero, otro hijo de la Adversidad. A semejanza de Garrick, entre la Tragedia y la Comedia, aquél tenía una inhabilidad crónica para optar entre los iguales reclamos del Frío y del Hambre. Entre él y la tumba había una distancia de pocos pasos y la esperanza de una comida que le permitiera vivir y que le hacía, al mismo tiempo, la vida insoportable. Recogía literalmente sus precarios medios de vida, los suyos y los de su madre, «clorurando terreros», es decir que los

mineros le permitían hurgar en los desechos buscando piezas de «mena» (mineral válido), inadvertidas por ellos, juntarlas y venderlas al Sindicato de la Molienda. Se asoció a nuestra firma —en adelante «Yutecita, Risita y Terrero»— gracias a mí. Porque tu amiga no podía entonces, ni puede ahora, ser indiferente a su valor y a sus hazañas para impedir que Risita ejerciera el derecho inmemorial de su sexo: insultar a una mujer desvalida. Esa mujer era yo. Después que el viejo Jim pegó el golpe en Calamity y yo empecé a usar zapatos e ir a la escuela, y que a Risita, para emularme, le dio por lavarse la cara y se transformó en Jack Raynor, de Wells, Fargo y Cía., y que la vieja señora Barts se reunió con sus antepasados, Terrero se trasladó a San Juan Smith donde se empleó de mayoral de una diligencia y fue muerto por unos salteadores de caminos, etc.

¿Por qué te cuento estas cosas, querida? Porque pesan en mi corazón. Porque atravieso el Valle de la Humildad. Porque quiero habituarme a la convicción de ser indigna de atarle el cordón de los zapatos al doctor Barritz. Porque ¡Dios mío, Dios mío! hay un primo de Terrero en este hotel. No he hablado con él. En otros tiempos, apenas lo he tratado, ¿pero supones que me habrá reconocido? Por favor, en tu próxima carta, dime ingenua y francamente lo que piensas... y dime que no lo crees. ¿Supones que el doctor Barritz sabe quién soy y que por eso me dejó hace dos noches cuando me ruboricé y temblé como una boba delante de sus ojos? Tú sabes que no puedo sobornar a todos los periódicos, y que no puedo traicionar a nadie que haya sido cortés con Yutecita en Redhorse, ni aunque me proscriban socialmente. Y ahora este pasado vergonzoso resucita. Antes no me importaba mucho, como sabes, pero ahora... ahora no es lo mismo. Jack Raynor —estoy segura— no habrá de contarle nada. Más aún: parece tenerlo en tal consideración que apenas abre la boca delante de él, y a mí me sucede otro tanto. ¡Dios mío, Dios mío! Aparte del millón de dólares, cómo me gustaría valer algo por mí misma. Si Jack fuera tres pulgadas más alto, me casaría con él y volvería en cilicio a Redhorse para el resto de mis días.

25 de julio.

Ayer tuvimos una espléndida puesta de sol y quiero contarte todo lo que sucedió. Me zafé de tía y de todos y me fui a caminar por la playa. Espero que me creas, desconfiada: no había mirado por una de las ventanas del hotel que dan al mar y no había visto que él paseaba también. Si conservas un mínimo de delicadeza femenina no pondrás en duda mis palabras. Pronto abrí mi parasol y estaba mirando soñadoramente el mar cuando él se me acercó: venía desde la orilla. El mar estaba bajo. Te aseguro que la arena brillaba alrededor de sus pies. Al acercarse, se quitó el sombrero y me dijo:

—Señorita Dement, ¿puedo sentarme a su lado, o prefiere caminar conmigo?

No pareció ocurrírsele que no me agradara ninguna de las dos alternativas. ¿Imaginas una desenvoltura igual? ¿Desenvoltura? ¡Era descarado, querida, lisa y francamente descarado! Bueno, no me molestó, y contesté mientras palpitaba mi rústico

corazón de Redhorse:

—Me... me encantará hacer lo que usted prefiera.

¿Concibes palabras más estúpidas? Amiga del alma, ¡mi fatuidad es un abismo, un abismo sin fondo!

Me tendió la mano, sonriendo para ayudarme a poner de pie; yo le entregué la mía sin vacilar un instante, y cuando al contacto de sus dedos me di cuenta de que mi mano temblaba de emoción, me ruboricé más que el rojo crepúsculo. Conseguí levantarme, sin embargo, y después de un momento, como él no la soltara, sacudí un poco la mano. Él persistía en sujetarla, sin decir una palabra, y me miraba en la cara con una especie de sonrisa que yo no sabía —¿cómo podía saberlo?— si era de afecto, o de burla, o vaya a saber de qué... ¡Qué hermoso estaba, con los fuegos del sol poniente ardiendo en la profundidad de sus ojos! ¿No sabes, querida, si los thugs y los expertos de la región de Blavatsky tienen alguna clase peculiar de ojos? Ah, si hubieras visto su soberbia actitud, la majestuosa inclinación de su cabeza, semejante a la de un dios, mientras se mantenía frente a mí después que yo me puse de pie. Era una noble escena que pronto eché a perder porque sentí flaquear mis rodillas. Él sólo podía hacer una cosa, y la hizo: me sostuvo por la cintura.

—Señorita Dement, ¿se siente usted mal? —me dijo.

No era una exclamación. En el tono de su voz no había alarma ni solicitud. Si hubiera añadido: «Supongo que esto es lo que más o menos se aguarda que diga», no habría expresado con mayor claridad la situación. Sus modales me dejaron avergonzada e indignada porque yo sufría intensamente. Arrancando mi mano de la suya, hice a un lado el brazo que me sostenía, me liberé, caí redonda y allí permanecí en la arena, indefensa. En el forcejeo, también se me cayó el sombrero y el pelo se me desparramó sobre los hombros de la manera más humillante.

—¡Déjeme! —grité sofocada—. Por favor, déjeme. ¡Usted... usted es un thug! ¿Cómo se atreve a pensar eso de mí? ¡Tengo la pierna dormida!

Sus modales cambiaron en un instante. Pude notarlo a través de mis dedos y de mi pelo. Hincó una rodilla, me apartó el cabello de la cara y me dijo con la mayor ternura:

—¡Pobrecita! Dios sabe que no quise hacerla sufrir. ¿Cómo podría hacerla sufrir? Tan luego yo... que la amo... ¡Que la he amado durante... años y años!

Separándome las manos de la cara, las cubrió de besos. Mis mejillas ardían, toda mi cara ardía. Creo que por poco echaba humo. ¿Qué podía hacer? La escondí en su hombro... No había otro lugar. Querida amiga, cómo se estremecía y hormigueaba mi pierna. ¡Cómo hubiese yo querido que volviera a la normalidad!

Así estuvimos sentados un largo rato. Soltó una de mis manos para tomarme de nuevo de la cintura, y yo me pasé el pañuelo por los ojos y la nariz. No quise mirarlo hasta guardar el pañuelo. En vano trató de separarme un poco para fijar sus ojos en los míos. Después, ya más tranquila, y cuando había empezado a oscurecer, levanté la cabeza, lo miré fijamente y le dediqué una sonrisa, mi mejor sonrisa.

—¿Qué quiso usted decir —le pregunté— con lo de años y años?

—Querida —replicó gravemente, fervorosamente—, sin las mejillas chupadas, los ojos hundidos, el pelo largo y lacio, el andar agobiado, los harapos, la suciedad y la juventud, ¿no me reconoces? ¿No te das cuenta, no quieres darte cuenta? Yutecita, ¡soy Terrero!

En un instante nos pusimos de pie. Tomándolo por las solapas escruté su hermosa cara en la creciente oscuridad, Estaba tan exaltada que me faltaba el aliento.

—¿Y no estás muerto? —pregunté sin saber muy bien lo que decía.

—Sólo muerto de amor, querida. Las balas de los salteadores no consiguieron matarme. Logré curar de aquellas heridas. Pero ésta, mucho me temo, es fatal.

—¿Pero no sabe entonces que Jack... el señor Raynor? No sabes que...

—Me avergüenza decir, querida, que he venido directamente de Viena porque Jack me lo sugirió. Sí, Jack, esa persona indigna de confianza.

Irene, uno y otro engañaron a esta amiga que tanto te quiere.

MARY JANE DEMENT

P. S. Lo peor de todo es que no hay ningún misterio. Todo fue inventado por Jack Raynor para despertar mi curiosidad. James no es un thug. Me asegura solemnemente que en todos sus viajes no ha puesto jamás un pie en Sepoy.

Los ojos de la pantera

The eyes of the panther

I

Uno no siempre se casa cuando está loco

One does not always marry when insane

Un hombre y una mujer —la naturaleza había sido responsable del agrupamiento— se encontraban sobre un rústico asiento a última hora de la tarde. El hombre era de mediana edad, esbelto, atezado, tenía la expresión de un poeta y la tez de un pirata: era un hombre al que a nadie le importaría volver a mirar una segunda vez. La mujer era joven, rubia, llena de gracia, con algo en su figura y movimientos que sugería la palabra «ligereza». Iba vestida con un traje gris al que daban textura unas extrañas manchas marrones. Podía ser hermosa, pero no era fácil decirlo porque los ojos impedían que se prestara atención al resto del cuerpo: eran de color verde grisáceo, largos y estrechos, con una expresión que desafiaba todo análisis. De lo único que podía estar seguro uno es de que eran inquietantes. Cleopatra debió tener unos ojos semejantes.

El hombre y la mujer estaban conversando.

—Cierto —decía ella—. ¡Dios sabe que te amo! Pero casarme contigo... eso no. No puedo ni podré hacerlo.

—Irene, ya me has dicho eso muchas veces, pero siempre me has negado cualquier explicación. Tengo derecho a saber, a entender, a poner a prueba mi fortaleza si es que la tengo. Dame una razón.

—¿De por qué te amo?

Tras sus lágrimas y palidez, la mujer estaba sonriendo. Pero aquello no provocó sentido del humor alguno en el hombre.

—No; para eso no hay razones. Una razón para no casarte conmigo. Tengo derecho a saberlo. Debo saberlo. ¡Lo sabré!

Se había levantado y estaba de pie ante ella, con las manos enlazadas y una arruga en el rostro por la que podría decirse que estaba ceñudo. Daba la impresión de que estaba dispuesto a saberlo, aunque para ello tuviera que estrangularla. Ella había

dejado de sonreír; simplemente permanecía sentada, mirando hacia arriba, al rostro de él, con una expresión fija que no parecía tener en absoluto emoción ni sentimiento. Sin embargo, había algo en ella que domeñó el resentimiento del hombre y le hizo estremecerse.

—¿Estás decidido a conocer mi razón? —le preguntó en un tono totalmente mecánico, un tono que parecía proceder de su mirada.

—Si no es pedirte demasiado.

Evidentemente, el señor de aquella creación estaba cediendo a su criatura parte de su dominio.

—Pues muy bien, vas a saberlo: estoy loca.

El hombre se sorprendió, después pareció no creerla y se dio cuenta de que debía estar burlándose de él. Pero también ahí le falló el sentido del humor, por lo que a pesar de su incredulidad se sintió absolutamente turbado por aquello en lo que no creía. Entre nuestras convicciones y nuestros sentimientos no se da un buen entendimiento.

—Eso es lo que dirían los médicos... si lo supieran —siguió diciendo la mujer—. Yo preferiría considerarlo como un caso de «posesión». Siéntate y escucha lo que voy a decirte.

En silencio, el hombre volvió a sentarse a su lado sobre el rústico banco que había al borde del camino. Frente a ellos, en el lado oriental del valle, las colinas estaban enrojecidas ya por el atardecer; y la quietud, a su alrededor, tenía esa peculiar cualidad que anuncia el crepúsculo. La solemnidad misteriosa y significativa del momento se había transmitido de alguna manera al estado de ánimo del hombre. En el mundo espiritual hay, lo mismo que en el material, signos y presagios de la noche.

Procurando no mirarla fijamente a los ojos, pues siempre que lo hacía así tomaba conciencia de un terror indefinible que, pese a su belleza felina, le producían siempre, Jenner Brading escuchó en silencio la historia que le contó Irene Marlowe. Como deferencia al posible prejuicio del lector frente al método carente de arte de un narrador de historias poco avezado, el autor se aventura a sustituir la versión de Irene por la propia.

II

Una habitación puede ser demasiado pequeña para tres, aunque uno esté fuera

A room may be too narrow for three, though one is outside

En una pequeña cabaña de leños compuesta por una sola habitación, escasa y toscamente amueblada, había una mujer sentada en el suelo, con la espalda apoyada en una de las paredes, que aferraba contra su pecho a un niño. Fuera, en todas las direcciones, se extendía durante muchas millas un bosque denso e ininterrumpido. Era de noche y la habitación estaba a oscuras: ningún ojo humano hubiera podido discernir a la mujer y el niño. Sin embargo, eran observados estrecha y vigilantemente, sin que por un instante se relajara la atención; y éste es el hecho sobre el cual gira la presente narración.

Charles Marlowe era de esa clase de pioneros del bosque que ha desaparecido ya en este país: hombres que encontraban su ambiente más aceptable en las soledades selváticas que se extendían a lo largo de la pendiente oriental del Valle del Mississippi, desde los Grandes Lagos hasta el Golfo de México. Durante más de cien años, generación tras generación, aquellos hombres fueron avanzando hacia el oeste, con el rifle y el hacha, reclamando aquí y allí a la naturaleza y a sus hijos salvajes unos acres aislados para arar, que tan pronto habían reclamado como tenían que entregar a sus sucesores, menos aventureros pero más prósperos. Al final, atravesando el borde del bosque, llegaron a campo abierto y se desvanecieron como si se hubieran caído de un risco. El pionero de los bosques ya no existe; el pionero de las llanuras —aquel cuya fácil tarea consistió en dominar y ocupar dos terceras partes del país en una sola generación— es una criatura distinta e inferior. Compartiendo con Charles Marlowe, en las extensas soledades, los peligros, durezas y privaciones de aquella vida extraña y poco provechosa, estaban su esposa y su hija, a quienes se sentía apasionadamente unido, como era habitual entre los de su clase, para quienes las virtudes domésticas eran una religión. La mujer era todavía lo bastante joven como para resultar bonita, y el aislamiento terrible de su destino le era tan nuevo que aún podía sentirse alegre. Manteniendo una gran capacidad para ser feliz, aunque las satisfacciones simples de la vida en el bosque no pudieran llenarla, el cielo la había tratado honorablemente, pues sus necesidades se veían abundantemente provistas con las tareas ligeras de la casa, su hija, su esposo y algunos libros absurdos.

Una mañana de mediados de verano, Marlowe cogió el rifle que estaba colgado de la pared, por medio de unos ganchos de madera, dando a entender su intención de salir a cazar.

—Tenemos suficiente carne —le dijo la esposa—. No salgas hoy, por favor. ¡Anoche tuve un sueño terrible! No puedo recordarlo, pero estoy casi segura de que si

sales fuera sucederá en realidad.

Resulta doloroso confesar que Marlowe recibió aquella afirmación solemne con menor gravedad de la que correspondía a la naturaleza misteriosa de la calamidad presagiada. Para ser sinceros, se echó a reír.

—Intenta recordar —le dijo—. Quizá soñaste que Baby había perdido la facultad de hablar.

Aquella conjetura se la había sugerido, evidentemente, el hecho de que Baby, aferrándose al borde de la capa de caza del padre con sus diez deditos gordiflones, estaba expresando en ese momento lo que le provocaba la situación con una serie de exultantes «gu-gus» inspirados por el gorro de piel de mapache del padre.

La mujer cedió: como carecía de sentido del humor, no pudo ofrecer resistencia a las bromas amables de su marido. Por tanto, después de besar a la madre y a la hija, salió de la casa cerrando para siempre la puerta a la felicidad.

Al caer la noche no había regresado. La mujer preparó la cena y aguardó. Después acostó a Baby y le cantó suavemente hasta que se durmió. Para entonces, el fuego del hogar sobre el que había cocinado la cena se había apagado y la habitación estaba iluminada por una sola vela. La colocó en la ventana abierta como señal de bienvenida al cazador, por si acaso se aproximaba por ese lado. Precavidamente había cerrado y colocado la barra en la puerta contra los animales salvajes que pudieran preferirla a una ventana abierta; en cuanto a las costumbres de los animales de presa de entrar en una casa sin ser invitados, no estaba bien informada, pero con auténtica previsión femenina había considerado la posibilidad de que lo hicieran por la chimenea. Conforme avanzaba la noche no fue sintiéndose menos ansiosa, pero sí más somnolienta, y finalmente apoyó los brazos en la cama junto a la hija y reposó la cabeza sobre ellos. La vela de la ventana se quemó hasta el candelero, chisporroteó y llameó un momento y se apagó sin que nadie la viera, pues la mujer dormía y estaba soñando.

En el sueño se encontraba sentada junto a la cuna de una segunda hija. La primera había muerto. El padre había muerto. La casa del bosque se había perdido y el lugar donde vivía no le resultaba familiar. Tenía unas pesadas puertas de roble que estaban siempre cerradas, y por el lado exterior de las ventanas, incrustadas en los gruesos muros de piedra, había barras de hierro que evidentemente (así lo pensó ella) estaban puestas allí contra los indios. Todo aquello lo percibió con una infinita piedad hacia ella misma, pero sin sorpresa: una emoción que resulta desconocida en los sueños. El cobertor impedía ver a la niña que estaba en la cuna, pero algo le impulsó a apartarlo. Lo hizo así y quedó al descubierto el rostro de un animal salvaje. Despertó del sueño con el sobresalto de aquella revelación temible temblando en la oscuridad de su cabaña del bosque.

Recuperando lentamente el sentido de lo que la rodeaba realmente, tocó a la niña real y se aseguró de que respiraba y estaba bien; pero no pudo evitar pasarle ligeramente una mano por el rostro.

Después, movida por algún impulso que probablemente no habría podido explicar, se levantó, tomó en sus brazos al bebé dormido y lo apretó contra el pecho. La mujer se dio entonces la vuelta hacia la pared junto a la que se encontraba la cabecera de la cuna y, al levantar la mirada, vio dos objetos brillantes que producían un resplandor verde-rojizo en la oscuridad. Los tomó por dos carbones del hogar, pero al recuperar el sentido de la dirección cobró conciencia, con inquietud, de que no se encontraban en esa zona de la habitación, sino que estaban demasiado elevados, casi al nivel de su mirada... de su propia mirada. Pues eran los ojos de una pantera.

El animal se encontraba en la ventana abierta que tenía enfrente, a menos de cinco pasos. Lo único que podía verse era aquellos ojos terribles, pero en el tumulto angustiado de sus sentimientos, cuando comprendió la situación, supo, de alguna manera, que el animal se encontraba apoyado en sus cuartos traseros, con las patas delanteras sobre la repisa de la ventana. Aquello significaba un interés maligno, y no una simple gratificación de una curiosidad indolente. La conciencia de su actitud fue un horror añadido que acentuó la amenaza de aquellos ojos terribles, en cuyo fuego firme se consumieron totalmente la fuerza y el valor de la mujer. Mientras se interrogaba a sí misma en silencio, se estremeció y se sintió enferma. Le fallaron las rodillas y gradualmente, tratando de evitar instintivamente un movimiento repentino que provocara a la bestia a lanzarse sobre ella, fue agachándose, se apoyó en la pared y trató de proteger al bebé con su cuerpo tembloroso sin apartar la mirada de las esferas luminosas que la estaban matando. En su dolor, ni siquiera pensó en la llegada de su esposo: no tenía ninguna esperanza o sugerencia de que pudiera escapar o la rescataran. Su capacidad de pensar y sentir se había reducido a las dimensiones de una sola emoción: el miedo al salto del animal, al impacto de su cuerpo, al golpe de sus grandes patas, al contacto de sus dientes en la garganta, al que devorara a su bebé. Totalmente inmóvil y en absoluto silencio, aguardó su destino mientras los momentos se convertían en horas, en años, en eras; pero durante todo aquel tiempo, aquellos ojos diabólicos mantuvieron la vigilancia.

Al regresar tarde a su cabaña aquella noche, con un ciervo sobre los hombros, Charles Marlowe intentó abrir la puerta, pero ésta no cedió. Llamó y no obtuvo respuesta. Dejó el ciervo en el suelo y rodeó la cabaña para dirigirse a la ventana; al dar la vuelta a la esquina creyó oír el sonido de unos pasos sigilosos y unos crujidos en el matorral del bosque, pero eran demasiado ligeros para estar seguro de ello, a pesar de que su oído era muy fino. Se acercó a la ventana y se sorprendió de encontrarla abierta, pero pasó una pierna por encima de la repisa y entró en la cabaña. Todo era oscuridad y silencio. Se abrió camino hasta el hogar, encendió una cerilla y prendió una vela. Miró entonces a su alrededor y vio a su esposa acobardada en el suelo, apoyada en la pared, aferrando a la niña. Cuando corrió hacia ella, ésta se levantó y rompió a reír, con una risa prolongada, fuerte y mecánica, desprovista de alegría y de sentido: ese tipo de risa que se asemeja al rechinar metálico de una cadena. Sin darse cuenta de lo que hacía, extendió los brazos hacia ella. Seguía

sosteniendo el bebé, pero estaba muerto: la fuerza del abrazo de la madre había sido mortal.

III

La teoría de la defensa

The theory of the defense

Eso fue lo que sucedió una noche en un bosque, pero Irene Marlowe no se lo contó todo a Jenner Brading: ella misma no lo sabía todo. Cuando hubo concluido la narración, el sol estaba por debajo del horizonte y el prolongado crepúsculo del verano había empezado a profundizar en las hondonadas de la tierra. Brading guardó silencio unos momentos, pues esperaba que el relato prosiguiera con alguna relación concreta con la conversación que lo había iniciado; pero la narradora permanecía tan silenciosa como él, con el rostro apartado, enlazando y soltando las manos que tenía sobre su regazo, como una sugerencia singular de una actividad que fuera independiente de su voluntad.

—Es una historia triste, terrible —observó por fin Brading—, pero no la entiendo. Dices que Charles Marlowe es tu padre; y eso lo sé. Que envejeció antes de tiempo, destrozado por alguna gran pena; lo he visto o creí haberlo visto. Pero perdona que no entienda el que digas que tú... que tú...

—Que estoy loca —contestó ella sin el menor movimiento de la cabeza o el cuerpo.

—Pero Irene, dices... por favor, querida, no apartes la vista de mí: dices que la niña murió, no que se volvió loca.

—Ciertamente, esa niña: yo soy la segunda. Nací tres meses después de aquella noche, pues la piedad permitió a mi madre vivir hasta que me dio la vida a mí.

Brading volvió a guardar silencio; se sentía algo aturdido y no se le ocurría nada adecuado que decir. Ella seguía teniendo el rostro apartado. En su confusión, él fue a tomar impulsivamente las manos que ella cerraba y abría en el regazo, pero algo, aunque no supo qué, le retuvo. Recordó entonces, vagamente, que nunca la había cogido de la mano.

—¿Es probable que una persona nacida en esas circunstancias sea como las demás... como las que se consideran cuerdas?

Brading no respondió; le preocupaba un nuevo pensamiento que estaba tomando forma en su mente: lo que un científico habría llamado una hipótesis, y un detective una teoría. Podía arrojar una luz adicional, aunque bastante fantástica, acerca de las dudas sobre la cordura de ella que no había despejado con su relato.

El país era todavía nuevo, y fuera de los pueblos estaba escasamente poblado. El cazador profesional seguía siendo una figura habitual que tenía entre sus trofeos las cabezas y las pieles de las piezas de caza más grandes. Los relatos diversamente creíbles acerca de encuentros nocturnos con animales salvajes en caminos solitarios eran corrientes, pasaban por las fases habituales de crecimiento y decadencia, y

terminaban por ser olvidados. Una adición reciente a esos apócrifos populares, que parecía haberse originado por generación espontánea en varios hogares, era el de una pantera que había asustado a algunos miembros de la familia mirándoles por la noche desde una ventana. El cuento había provocado su pequeña oleada de excitación: incluso había alcanzado la distinción de ocupar un espacio en un periódico local. Brading no le había prestado atención, pero la semejanza con la historia que acababa de escuchar le impresionó de una manera que era algo más que accidental. ¿No era posible que una historia hubiera sugerido la otra: que al encontrar las condiciones apropiadas en una mente morbosa y una fantasía fértil hubiera ido creciendo hasta convertirse en el relato trágico que había escuchado?

Brading recordó determinadas circunstancias de la historia y el temperamento de la joven, a las que hasta entonces no había prestado atención por la falta de curiosidad del enamorado: la vida solitaria que llevaba con su padre, en cuya casa, por lo visto, nadie era aceptado como visitante, o el extraño miedo a la noche con el que aquellos que mejor la conocían explicaban el que nunca se la viera después de oscurecer. Seguramente, en una mente así la imaginación habría ardidado con una llama ingobernable, penetrando y envolviendo la estructura entera. De que estaba loca no le cabía ya ninguna duda, aunque esa convicción le produjera el dolor más agudo; simplemente había confundido erróneamente el efecto de su trastorno mental con su causa, poniendo en relación imaginaria con su propia personalidad las extravagancias de los creadores de mitos del lugar. Con la intención vaga de poner a prueba su nueva «teoría», pero sin ninguna idea concreta de cómo hacerlo, dijo gravemente, aunque vacilante:

—Irene, amor mío, quiero que me digas... te ruego que no te ofendas, pero dime...

—Ya te lo he dicho —le interrumpió ella hablando con una ansiedad apasionada que él nunca le había escuchado—: ya te he dicho por qué no podemos casarnos. ¿Hay algo más que merezca la pena decir?

Antes de que pudiera detenerla, se había levantado de un salto del banco, y sin ninguna palabra o mirada se deslizó entre los árboles hacia la casa de su padre. Brading se había levantado para retenerla; pero se quedó en pie, observándola en silencio, hasta que se desvaneció en la penumbra. De pronto se sobresaltó como si le hubieran disparado; su rostro adoptó una expresión de asombro y alarma: ¡en una de las sombras negras por la que había desaparecido ella, Brading captó un vislumbre rápido y breve de unos ojos brillantes! Por un instante permaneció asombrado y falto de resolución, pero enseguida se lanzó al bosque tras ella, gritando:

—¡Cuidado, Irene, cuidado! ¡La pantera! ¡La pantera!

Un momento después había cruzado la franja boscosa y llegado a campo abierto, a tiempo para ver cómo la falda gris de la joven desaparecía tras la puerta de su padre. No se veía por allí pantera alguna.

IV

Una apelación a la conciencia de Dios

An appeal to the conscience of god

El abogado Jenner Brading tenía su casa de campo en las afueras de la ciudad. Justo detrás de ella estaba el bosque. Como era soltero y, por tanto, el draconiano código moral de la época y el lugar le negaba los servicios de la única especie de ayuda doméstica que se conocía por allí, la «joven contratada», se alojaba en el hotel del pueblo, donde tenía también su despacho. La casa que tenía junto al bosque era simplemente un alojamiento que mantenía, desde luego sin grandes costos, como muestra de prosperidad y respetabilidad. Era poco adecuado que aquel a quien un periódico local había señalado con orgullo como «el principal jurista de su tiempo» careciera de hogar, aunque a veces él sospechara que los términos «hogar» y «casa» no eran estrictamente sinónimos.

Ciertamente, su conciencia de esa disparidad, y su voluntad de armonizarla, fueron asuntos de deducción lógica, pues era sabido de manera general que poco después de construirse la casa su propietario había hecho un intento inútil de casarse: en realidad había llegado hasta el punto de ser rechazado por la hermosa pero excéntrica hija del anciano Marlowe, el recluso. Esto era del dominio público, y resultaba creíble porque lo había contado él mismo, y no ella, lo que era una inversión del orden habitual de las cosas y por tanto no podía dejar de resultar convincente.

El dormitorio de Brading se encontraba en la parte posterior de la casa, con una sola ventana que daba al bosque. Una noche le despertó un ruido en la ventana; apenas pudo saber de qué se trataba. Con una pequeña conmoción nerviosa, se sentó en la cama y cogió el revólver que, con una previsión más apropiada en alguien que tuviera la costumbre de dormir en el suelo con la ventana abierta, había puesto bajo la almohada. La habitación se encontraba en una oscuridad total, pero no sintiéndose aterrado, supo adónde dirigir la mirada, y aguardó en silencio lo que pudiera suceder. Pudo discernir entonces oscuramente cómo se abría una zona en la que la oscuridad se volvía más ligera. Después, en el borde inferior, aparecieron dos ojos relucientes que ardían con un brillo maligno que producía un terror inexpresable. A Brading el corazón le dio un vuelco y luego pareció quedársele inmóvil. Un escalofrío recorrió su columna y los cabellos; sintió que la sangre abandonaba sus mejillas. No fue capaz de gritar, ni para salvar su vida; como era hombre de coraje, no lo habría hecho, ni para salvar la vida, aunque hubiera sido capaz de ello. Pudo sentir cierto temblor en su cuerpo cobarde, pero su espíritu era de un material más duro. Lentamente, los ojos brillantes se elevaron con un movimiento que parecía de aproximación; y lentamente también, la mano derecha de Brading sostuvo la pistola. ¡Disparó!

Cegado por el destello y aturdido por el hecho, sin embargo Brading escuchó, o creyó escuchar, el grito salvaje y profundo de la pantera, aunque le pareció sonar muy humano y le sugirió algo diabólico. Saliendo de la cama de un salto, se vistió rápidamente y, con la pistola en la mano, salió por la puerta y se encontró con dos o tres hombres que llegaban corriendo desde la carretera. Tras una cuidadosa búsqueda por la casa, les dio una breve explicación. La hierba estaba húmeda por el rocío, y bajo la ventana se veía un trecho pisoteado que formaba un rastro sinuoso, visible bajo la luz de una linterna, y que se dirigía hacia los arbustos.

Uno de los hombres tropezó y cayó sobre las manos; al levantarse y frotarlas se dio cuenta de que estaban resbaladizas. Al examinarlas vieron que estaban enrojecidas con sangre.

El encuentro con una pantera herida, sin ir armados, no era del agrado de ninguno; todos se dieron la vuelta, salvo Brading. Éste, llevando una linterna y la pistola, se introdujo valientemente en el bosque. Tras cruzar una zona difícil por el matorral bajo, llegó a un pequeño claro y allí encontró recompensa a su valor, pues vio el cuerpo de su víctima. Pero no era una pantera.

Eso es lo que se ha contado, incluso hasta el día de hoy, junto a una lápida gastada por el tiempo del cementerio del pueblo, y durante muchos años, así lo atestiguó diariamente junto a la tumba la figura encorvada y de rostro apenado del anciano Marlowe, a cuya alma, y a la de su extraña e infeliz hija, la lápida desea paz. Paz y reparación.



AMBROSE BIERCE (Ohio, 1842 - ¿1914?). Escritor, periodista y editor estadounidense, prestó servicios en el Ejército de la Unión durante la Guerra Civil, en la que fue herido de gravedad. Su primer cuento, «The Haunted Valley», fue publicado en 1871 en la revista *Overland Monthly*. En 1877 inauguró su famosa columna «Prattle» en el semanario *Argonaut*. En 1887 empezó a trabajar para los periódicos de William Randolph Hearst y su fructífera relación duró más de veinte años, período en el que su envenenada pluma combatió la impostura de políticos, predicadores, abogados, racistas, capitalistas, poetas, anarquistas e inescrupulosos de todo tipo. La prosa de Bierce —heredero literario de Poe, Melville y Hawthorne— se caracteriza por la lucidez y el cinismo y cierta fascinación por el horror y la muerte. Entre sus obras sobresalen *Cuentos de soldados y civiles* (1891), *El monje y la hija del verdugo* (1892) y *El diccionario del diablo* (1906).

La muerte de Ambrose Bierce está rodeada de incertidumbre. A fines de 1913, a los 71 años, viajó a México, en plena Revolución, y en su última carta dice que va a trasladarse a Ojinaga, ciudad donde unos días después se libró una sangrienta batalla. Bierce escribió: «Debe de ser horrible morir entre sábanas; si Dios quiere, a mí no me ocurrirá».

Notas

[1] Esta historia fue escrita en colaboración con *Miss Ina Lillian Peterson*. (N. del A.)

<<

[2] El «faro» es un juego en el que los jugadores apostaban acerca de qué cartas levantaría el crupier. (N. del T.) <<

[3] Les ha alterado el nombre, pues Hellborn significa «nacido en el infierno», y Sharper «fullero». (N. del T.) <<

[4] Arpa eolia: instrumento musical compuesto por una caja sonora con seis u ocho cuerdas afinadas en un mismo tono, y que producía los sonidos al ser expuesto a una corriente de aire. (N. del T.) <<

[5] Memnon: héroe de la guerra de Troya hijo de la diosa Aurora. A su muerte, la madre consiguió que Zeus le otorgase la inmortalidad, aunque siguió humedeciendo el mundo todas las mañanas con sus lágrimas (el rocío). Se le suponía enterrado en diversos lugares y uno de ellos era una gigantesca estatua cuyas piedras, al trepidar por el cambio de temperatura del amanecer, producían un sonido que se pensaba era la respuesta de Memnon al llanto de su madre. (N. del T.) <<

[6] El apodo Scarry se podría traducir como «la de la cicatriz». (N. del T.) <<